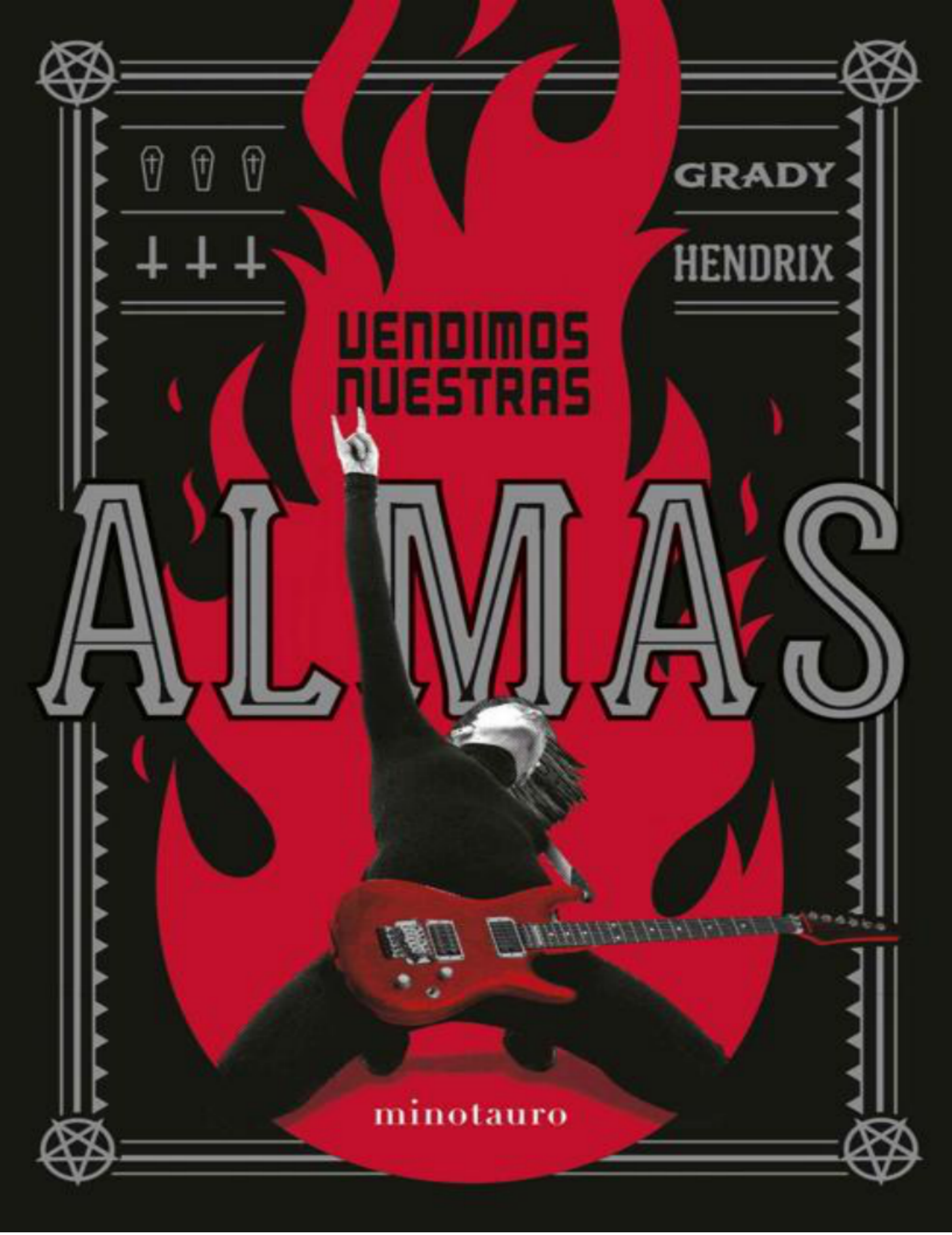

GRADY
HENDRIX
VENDIMOS
NUESTRAS
ALMAS
minotauro

Índice

Sinopsis

Todas las mañanas, Kris Pulaski se despierta en medio de un infierno. En los 90, era la guitarrista solista de Dürt Würk, un grupo de heavy metal que rozó el éxito con los dedos hasta que el cantante principal, Terry Hunt, emprendió una carrera en solitario que lo lanzó al estrellato y dejó que sus compañeros se pudrieran en la irrelevancia.

Ahora Kris trabaja como gerente nocturna del Best Western; está agotada, arruinada y deprimida. Sin embargo, un día todo cambia: un sobrecogedor acto violento pone su vida patas arriba, y comienza a sospechar que Terry no solo saboteó la banda.

Kris se lanza a la carretera con la esperanza de reunir a Dürt Würk y enfrentarse al hombre que le arruinó la vida. Su viaje la llevará desde el cinturón industrial de Pensilvania hasta un satánico festival de música, pasando por un centro de rehabilitación para celebridades.

Vendimos nuestras almas es una furiosa power ballad sobre la importancia de no tirar nunca la toalla, un viaje épico hacia el corazón de un país paranoico dominado por las pastillas y las conspiraciones que parece haber perdido su propia alma.

Grady Hendrix se ha convertido en un ídolo de masas, una estrella de rock de la literatura de género que consigue conectar con el público a través del terror, el humor, la cultura pop y la crítica social.

VENDIMOS NUESTRAS ALMAS

GRADY HENDRIX

minotauro



Nota a la edición digital[1]

True as Steel[1]

Kris estaba sentada en el sótano, encorvada sobre la guitarra e intentando tocar el principio del «Iron Man» de Black Sabbath. Su madre la había apuntado a clases de guitarra con un chaval que trabajaba con su padre en la fábrica, pero tras seis semanas tocando «Estrellita dónde estás» en una acústica del JCPenney, Kris no sentía más que ganas de gritar. Por eso se escondió en el parque cuando en teoría debería haber estado en casa del señor McNutt, se había guardado el pago de 50 $ por las dos clases que se había saltado y, junto con todos sus ahorros, se había comprado por 160 $ una Fender Musicmaster rayada a más no poder y un amplificador Radio Shack cochambroso en una tienda de segunda mano. Luego le dijo a su madre que McNutt había intentado espiarla mientras orinaba, y de ahí que ahora, en vez de ir a clase, Kris se acurrucara en aquel sótano helado sin que le salieran los acordes de quintas.

Tenía las muñecas huesudas y frágiles. Las cuerdas de mi, si y sol le rasgaban las puntas de los dedos. Notaba las costillas doloridas allí donde apoyaba la Musicmaster. Cerró la mano como una garra en torno al mástil de la guitarra y presionó con el dolorido índice el la, con el corazón el re y con el anular el sol, rasgueó las cuerdas con la púa y, de repente, de su amplificador surgió el mismo sonido que había surgido del amplificador de Tony Iommi. El mismo acorde que 100 000 personas oyeron en Filadelfia sonó allí con ella, en su sótano.

Volvió a tocar el acorde. Era lo único que relucía en aquel sórdido sótano con su única bombilla de cuarenta vatios y ventanas mugrientas. Si Kris podía tocar suficientes acordes sin parar y en el orden correcto, podría aislarse de todo lo demás, de la nieve sucia que no se derretía jamás, de los armarios llenos de ropa de segunda mano, de las aulas sobrecalentadas del instituto Independence, del tostón de clases sobre el Congreso Continental, del comportamiento adecuado de una dama y los peligros de juntarse con malas influencias, y de cómo despejar la *y* de la equación, y de cuál es la tercera persona del plural del verbo *chanter* y qué simboliza el guante de béisbol de Holden Cauldield, qué simboliza la ballena, qué simboliza la luz verde y qué simboliza absolutamente todo lo que hay en el mundo, porque por lo visto nada es lo que parece y todo es un engaño.

Era demasiado difícil. Contar los trastes, aprenderse el orden de las cuerdas, tratar de recordar qué dedos iban en qué cuerdas y en qué orden, mirar de la libreta al diapasón y a su mano… Tardaba una hora en tocar un acorde. Joan Jett no se miraba los dedos ni una sola vez cuando tocaba «Do You Wanna Touch Me». Tony Iommi sí se miraba

las manos, pero las movía tan rápido que parecían líquidas, nada que ver con los movimientos torpes y artríticos de Kris. Le picaba la piel, notaba un hormigueo en la cara y sentía el impulso de destrozar la guitarra contra el suelo.

En el sótano hacía un frío gélido. Veía cómo se le condensaba el aliento. Tenía las manos entumecidas en forma de garras. El helor subía del suelo de cemento y le convertía la sangre de los pies en aguanieve. Tenía las lumbares rellenas de arena.

No era capaz de hacerlo.

El agua borboteaba con fuerza por las cañerías mientras su madre fregaba los platos en el piso de arriba, al mismo tiempo que la voz de su padre atravesaba los tablones del suelo recitando una lista interminable de quejas. Unos descontrolados golpes amortiguados hacían caer el polvo del techo mientras sus hermanos rodaban por el sofá, atizándose para ver quién decidía qué poner en el televisor. Desde la cocina, su padre gritó:

—¡Como vaya, me vais a oír!

La casa era una enorme montaña negra que oprimía a Kris y la amenazaba con arrastrarla bajo tierra.

Kris colocó los dedos en el segundo traste, rasgueó las cuerdas y, cuando todavía vibraban y antes siquiera de poder pensárselo, deslizó la mano hacia el quinto traste, rozó las cuerdas dos veces y, al instante, volvió a deslizarla hacia el séptimo traste y tras rasguearlas dos veces, sin detenerse aunque le dolía la muñeca, la arrastró hacia el décimo, y luego hacia el duodécimo, apresurándose para seguir el ritmo del *riff* que tantas veces había oído en su cabeza, el *riff* que había oído sin descanso en el segundo disco de Sabbath, el *riff* que reproducía mentalmente cuando se dirigía hacia la casa de McNutt, sentada en la clase de álgebra o tumbada en la cama por la noche. El *riff* que decía que todos la subestimaban, que no sabían lo que tenía dentro y que ignoraban que podía destruirlos a todos.

Y de repente, por unos instantes, «Iron Man» inundó el sótano. La tocó para una audiencia inexistente, pero sonó igual que en el disco. La música resonaba en cada átomo de su ser. Podrías haberla abierto en canal, examinarla bajo el microscopio y Kris Pulaski habría sido «Iron Man» hasta la médula.

La muñeca izquierda le palpitaba de dolor, tenía los dedos en carne viva, la espalda dolorida y las puntas del pelo congeladas, y su madre no sonreía jamás, y su padre registraba su habitación una vez por semana, y su hermano mayor decía que iba a dejar la universidad para enrolarse en el ejército, y su hermano pequeño le robaba la ropa interior cuando no cerraba la puerta de su habitación, y aquello era demasiado difícil y todo el mundo se reiría de ella.

Pero era capaz de hacerlo.

34 AÑOS MÁS TARDE

OYENTE: …sois parte del problema, no de la solución.

KEITH: Hablas como un *hippie*, pringado.

OYENTE: Yo digo lo que veo. Estáis atontados. Vuestros dueños tejanos os dicen qué tocar. ¿Por qué no ponéis música de verdad que hable de lo que está pasando en el mundo?

CARLOS: Nos flipa lo que ponemos, pringado. Si a ti no te mola, ponte la radio por satélite.

OYENTE: ¿A que no os atrevéis a poner a Nervosa, o Sepultura, o Torture Squad? Estáis demasiado [censurado] como para poner a Rage Against the Machine.

CARLOS: ¿Qué tiempo hace en el sótano de tu madre, metalero?

—96.1 ZZO, «Las mañanas de Keith y Carlos»
10 de mayo de 2019

Welcome to Hell[1]

Kris estaba detrás del mostrador de recepción del Best Western, junto a la autopista US-22, con unos pantalones azul marino y un chaleco, observando al tipo desnudo que había entrado por las puertas correderas y cuyo miembro se mecía a un lado y a otro. Aunque llevara una funda de almohada en la cabeza, Kris sabía perfectamente quién era.

—Señor Morrell —dijo—. Vamos a tener que cobrarle por haberle hecho agujeros a esa funda de almohada.

—Que te follen, zorra.

—Bueno, voy a llamar a la policía.

Levantó el teléfono.

—No soy Josh Morrell —dijo Josh Morrell.

Kris marcó el número de la comisaría de memoria. Josh Morrell se inclinó por encima del mostrador, le dio un manotazo al conmutador y desconectó la llamada. Fue entonces cuando Kris cayó en la cuenta de que eran las tres de la madrugada y que ella era la única trabajadora en mitad de un hotel semivacío en el centro de un aparcamiento apenas ocupado con un hombre desnudo que llevaba una funda de almohada en la cabeza. Si no hubiera sido una mujer, hasta le habría hecho gracia.

—Tenemos cámaras grabando la zona de la recepción, señor Morrell —lo amenazó Kris, y notó cómo la voz se le iba debilitando por mucho que intentara hablar con firmeza.

—No soy Josh Morrell —repitió Josh Morrell.

Estaba tan cerca de él que a Kris le llegaba un aroma a Old Spice y a cerveza ligera. Veía cómo le brillaban los ojos a través de los agujeros que había cortado en la funda de almohada. Distinguía cómo se hundía e inflaba a demasiada velocidad la tela que le cubría la boca. Kris sabía que cualquier movimiento que hiciera podía ser peligroso, así que se quedó inmóvil.

Josh Morrell reculó varios pasos y comenzó a expulsar un chorro enorme de orina, sacudiendo las caderas a un lado y a otro para asegurarse de que rociaba todo el mostrador de recepción. El hedor a amoníaco reptó hasta los orificios nasales de Kris. El chorro repiqueteaba con ruidos sordos sobre la madera y agudos sobre las baldosas.

Hubo un tiempo en que Kris Pulaski se pateaba lugares enteros hasta dominarlos. Hubo un tiempo en que entraba en edificios extraños de estados lejanos donde las únicas personas que conocían su nombre eran las que la acompañaban sobre el escenario. Se había

plantado frente a una muchedumbre que la detestaba en Eugene, Bangor, Marietta y Buckhannon, y había afinado con calma la guitarra delante de aquellos borrachos descontrolados que le dejaban agujeros de bala en la furgoneta y deslizaban notas debajo de los limpiaparabrisas que rezaban «LAS MARICAS METALERAS TIENEN SIDA», que una vez le arrojaron un pañal lleno de mierda al escenario, que empezaban peleas porque querían apalizar sin misericordia a cualquiera que viniera desde más de ochenta kilómetros a la redonda.

Kris se plantaba frente a aquellos catetos bizcos y cortos por cuyas venas fluía Blatz y Keystone en vez de sangre, que hedían a Schaefer y Natty Boh, y a Lone Star, y a Iron City, y esperaba tranquilamente a que empezara la percusión antes de rasguear con desgana en el compás de entrada y construir poco a poco el primer *riff*, y luego el bajo entraba suave detrás de ella, y la otra guitarra la siguía antes de romper de improviso a completar sus ritmos con violentos arpegios, y en los primeros redobles retumbantes de bombo y toms ya se los habían metido en el bolsillo, arrasando la sala sin piedad, azotando a los barbudos con un muro de sonido hasta que empezaban a asentir con la cabeza, a mover los hombros, a subir y bajar las barbillas contra su voluntad, hasta que el que controlaba menos los impulsos o tenía más que demostrar apartaba de un empujón a la persona que tenía delante y la pista empezaba a bullir frente al escenario.

Los thrasheros agresivamente despreocupados con sus camisetas negras de manga larga y largas melenas negras, los viejos metaleros con sus barbas y chalecos de parches, los culpables de tiroteos escolares, blancos como la leche, con las muñecas huesudas rodeadas por pulseras que los identificaban como menores de edad… Kris había convertido a los que la odiaban en bailarines, a los matones en admiradores, a los espectadores molestos en fanes. Un vegano abstemio le había dado un puñetazo en la boca, ni siquiera recordaba la cantidad de jóvenes que le habían besado las Doc Martens y había acabado inconsciente después de comerse la bota de un tipo que había conseguido saltar hacia el público desde el escenario en el Wally's. Se las había apañado para que en el palco del Rumblestiltskins botaran como un trampolín, con los chavales enzarzados en un pogo que hacía que llovieran copos de pintura como si de granizo se tratara.

Ahora observaba cómo Josh Morrell se meaba en el suelo del Best Western a las tres de la madrugada, y le daba demasiado miedo reaccionar. Cuando terminó, se sacudió las últimas gotas del miembro flácido, se volvió, dejó escapar un descomunal pedo húmedo y se marchó por las puertas automáticas.

Por inercia, y antes de poder evitarlo, Kris le gritó:

—Disfrute de su estancia.

Luego esperó a que dejaran de temblarle las manos, levantó el teléfono y llamó a la policía.

Media hora más tarde, se presentó allí su hermano. Lo dejó entrar en el vestíbulo y se paró en seco frente al charco de orina sobre las baldosas de terracota.

—Hostia, Kris, qué asco. ¿Ni siquiera te has dignado a limpiar?

—Está en la habitación 211 —respondió Kris.

—Estará borracho —dijo Little Charles.

—Tengo que servir el desayuno de aquí a dos horas —dijo Kris—. Todo tiene que oler a pino fresco antes de que la gente empiece a comerse sus bollitos.

—No voy a rellenar un informe de incidencia.

—Me ha meado encima —replicó Kris—. Ahí tienes las pruebas. Te puedo enseñar las imágenes de la cámara de seguridad.

Little Charles ya no se enfadaba con Kris, sino que se limitaba a ignorarla.

—Te noto agobiada —dijo—. ¿Ya haces lo de la vela y la flor que te enseñó el doctor Murchison? Huele la flor, sopla la vela. ¿Quieres que lo hagamos juntos?

—No estoy agobiada —respondió Kris—. Estoy cabreada.

—Te veo mucha tensión en la mandíbula y el pecho.

—Mira, yo hago lo de la velita y la flor si te encargas de ese hombre por mí. Bajará y volverá a hacer lo mismo en cuanto te vayas.

—No te preocupes, Kris —dijo Little Charles con el mismo tono de voz al que recurría siempre que una mujer estaba disgustada—. Yo me encargo. Tú espérame aquí y limpia esto. Todo saldrá bien. Voy a hablar con el susodicho.

Una vez, en Wichita, el propietario de un local se negó a pagarle a la banda su parte de las entradas. Le dijo a Kris que, si tanto quería los 200 $, le chupara la polla. Cuando se dio media vuelta, ella se inclinó por encima de la barra, levantó la caja registradora entera y echó a correr. Scottie ya había arrancado la furgoneta y salieron pitando del aparcamiento y levantando gravilla como en *El sheriff chiflado*.

Ahora, veintidós años más tarde, se limitó a decir:

—Gracias, Little Charles.

Las puertas giratorias lo expulsaron al exterior y Kris lo vio andando por la acera en dirección a las habitaciones de los huéspedes, e inhaló la flor y sopló la vela cinco veces, pero no le funcionó porque la flor olía a meado de Josh Morrell.

Durante once años, Kris habría podido ir a cualquier parte del mundo con solo levantar el teléfono. Podía llamar en frío a las salas, enviar demos, cambiarse el sitio con Corpse Orgy y Mjölnir y mandar cartas a los chavales que organizaban los conciertos. Luego se

montaban en la furgoneta con su altillo secreto para los micros y su regla de «Nada de pegatinas del grupo» después de que se la hubieran reventado cuatro veces y recorrían los Estados Unidos de concierto en concierto.

Kris había sobrevivido a mil trescientos veintiséis bolos, y de todos y cada uno de ellos había salido con pitidos en los oídos, los antebrazos doloridos, el pelo chorreando y sangre seca debajo de las uñas. Había tocado para ochocientas personas, y había tocado en bares en los que conocía el nombre de toda la audiencia. Había tocado varias veces para cinco mil personas que estaban allí para ver a Slayer.

Había sobrevivido a los conciertos humillantes, a los conciertos como favor, a los conciertos del «que os den por culo», a los conciertos en los que te dejabas llevar por la situación, a los conciertos interminables en el que después de una canción tocabas otra y otra, a los conciertos que terminaban en once minutos porque había demasiados grupos en el programa, a los conciertos que se salían de madre, a los conciertos con las salas vacías, a los conciertos donde a nadie le importaba una mierda el grupo porque estaban allí por la cerveza y a los conciertos alucinantes cuyo único cierre posible era quemar la sala, tipo funeral vikingo, cuando terminaran. Había tocado en conciertos en los que no había ninguna diferencia entre el escenario y el público, con críos sentados detrás de ella, a su lado, gateando entre las cajas, derribando botellas de cerveza de los amplificadores. Había tocado desde plataformas altísimas con vistas a barricadas de acero que retenían a una multitud creciente que formaba múltiples fosos.

Ahora tenía cuarenta y siete años y las rodillas se le resentían cuando subía escaleras, y el hombro derecho no paraba de dolerle, y tenía acúfenos en el oído izquierdo, y hacía seis años que aquella recepción de hotel a medianoche se había convertido en su espacio seguro. Era allí donde el teléfono no sonaba para ofrecerle servicios de consolidación de las deudas y nadie sabía cómo se apellidaba. Era allí donde terminabas cuando nadie quería contratar a tu grupo, cuando no llegaste a firmar ese contrato gordo, cuando las ventas nunca despegaron, cuando estuviste a punto de tocar esa gran oportunidad y no llegaste por los pelos. Era el último trabajo que había podido conseguir, y solo gracias a la ayuda de Little Charles, y probablemente no hubiera otro después de ese, de modo que se dispuso a coger la fregona, llenar un cubo de agua y limpiar la orina de Josh Morrell.

Las puertas se abrieron y Little Charles entró en el vestíbulo con una mano colgada del cinturón, lleno hasta los topes. Kris metió el mocho en el cubo amarillo, tiró de la palanca que lo escurría e hizo que vomitara un agua grisácea.

—¿Has visto lo que le ha hecho a la almohada? —preguntó Kris.

—Dice que no ha sido él —respondió Little Charles.

—¿Lo has dejado allí?

—Arrestarlo no le haría ningún bien a nadie —dijo Little Charles—. Sería su palabra contra la tuya.

—Estoy limpiando sus meados ahora mismo —replicó Kris—. Es mi palabra contra la de nadie más.

—Le he dicho que si ocurría algo más y yo tenía que volver, él y yo tendríamos un problema.

—Yo ya tengo un problema —insistió Kris—. Probablemente esté vigilando el aparcamiento para volver aquí y cagarse en cuanto te vayas.

—Lo he acojonado —dijo Little Charles—. Y eso es todo lo que pienso hacer esta noche. Y punto.

Se dirigió de nuevo hacia las puertas, que se abrieron con un zumbido, y escogió ese momento dramático justo antes de salir para girarse y decir:

—He vendido la casa de mamá. Tienes que estar fuera en seis semanas.

Kris vio cómo se metía en el coche y salía del aparcamiento en dirección a la Ruta 22.

Apretó ambos puños con tanta fuerza que los tendones se le quejaron. Hundió las uñas en las palmas de las manos hasta que le sangraron. Durante once años, Kris y Dürt Würk habían luchado contra el mundo, y ella llevaba otros diez años luchando sola. Habían sobrevivido a la muerte del metal, y habían superado los años del *grunge* sin tan siquiera llegar a versionar «Smells Like Teen Spirit», y casi parecía que tuvieran un cierto rumbo. Pero ahora la música se había terminado, así como el dinero, y en seis semanas perdería también su casa. Aquello era lo único que le quedaba. Así que levantó la fregona goteante, la dejó caer sobre el suelo y siguió limpiando la orina de Josh Morrell.

MARK METAL: En una década, el Valle del Lehigh ha perdido un referente del *rock* tras otro, Croc Rock, American Music Hall, Wally’s y, el pasado domingo, se añadió una baja más a la lista, con el incendio de la Guerner’s Sporting House. Se trataba del bar con el escenario más pequeño del estado y la cerveza más caliente. Fue el lugar donde bandas locales como Dürt Würk o Powerhole hicieron sus primeros conciertos, lo que le otorgó la condición de casi legendario. El propietario, Bobby Dali, cerró el local el pasado septiembre para mejorar la acústica y los lavabos, repugnantes ambos, pero hace seis semanas se colgó, y a las tres de la madrugada de este pasado domingo, un fuego provocado por un fallo eléctrico quemó la Sporting House hasta los cimientos antes de que acudiera al lugar un único bombero…

—90.3 WXLV, «El programa de Mark Metal»
11 de diciembre de 2013

Powerslave[1]

Kris se dejó caer en el interior granate del coche de su padre, exhausta. Por muchos años que pasaran, el Grand Marquis blanco con interiores granates, y diecinueve años encima, seguiría siendo siempre el coche de su padre. Lo había comprado en 1999, cuando todo el mundo pensaba que el cáncer no sería para tanto. Ella le dijo que parecía el coche de un narco, y él hizo ver como si no la hubiera oído, pero un año más tarde, de camino a la clínica renal, dijo de pronto:

—Mira qué coche. Merezco algo de estilo.

Kris cerró los ojos con tanta fuerza que notó un calambre en los párpados. Estaba a punto de vencerla el sueño. Con los ojos aún cerrados, alargó un brazo, giró la llave y el motor rugió, hiperacelerado, y luego se relajó hasta emitir un gruñido sibilante y un chasquido metálico que probablemente indicara que pronto le debería más dinero al mecánico. Todos le decían que se lo quitara de encima, pero a Kris le gustaba el coche de su padre. No tenía todos esos cachivaches que le decían a los demás dónde estabas, ni LoJack ni GPS que rastreara tu ubicación para todo aquel que estuviera escuchando. A Kris le gustaba ser invisible.

Abrió los ojos, activó el limpiaparabrisas para limpiar el rocío temprano de la mañana, dio marcha atrás para salir de la plaza y cruzó el aparcamiento del Best Western en dirección a la US-22. Tenía el cerebro en punto muerto, cociéndose en un cráneo lleno de líquido del sueño, y le llegaba el aroma narcótico que le subía del pecho. Su habitación estaba apenas iluminada, con la cama cubierta de cojines y sábanas suaves, le sentaría de lujo tomarse una cerveza y tirarse encima.

Little Charles había vendido la casa de su madre. Tenía seis semanas para encontrar un lugar donde vivir. Kris dejó el pensamiento en una caja y la escondió entre las estanterías de la parte trasera de su cerebro, donde el resto de sus problemas dormían en la oscuridad. Le costaba encontrar sitio, pero consiguió embutirla entre «deuda de la tarjeta de crédito» y «no lloré en el funeral de mi madre, tengo algo dentro que no funciona nada bien».

Giró hacia el este en la 22, conduciendo entre la fábrica de cemento Standard abandonada y su novia en ruinas, la GB&B, la vieja planta de cojinetes de bolas, que se alzaban como lápidas gemelas que señalizaban la entrada a Gurner. Pasó por delante del terreno descuidado donde una vez estuvo la Sporting House. Había sido el motel en el que todas las bandas del Valle del Lehigh habían tocado por primera vez, y el diminuto cubículo donde los grupos esperaban

antes de salir al escenario estaba repleto de grafitis de Teeze, Dirty Blond e incluso Vicious Barreka, todos dejando constancia de ese momento *Gerónimo* antes de saltar del precipicio por primera vez. La inscripción de Kris rezaba:

DÜRT WÜRK – 27 DE SEPTIEMBRE DE 1989 – EL METAL NO MORIRÁ JAMÁS

Ahora no era más que un solar ahogado por los hierbajos y un cartel de Disponible descolorido por el sol en la parte delantera. Por lo visto, al final todo acaba muriendo.

Kris adelantó la pierna y piso a fondo el freno, y el volante se le hundió en el pecho. La adrenalina le inundó las venas, se le pasó el sueño y los ojos le temblaban cuando oyó el estruendo de un claxon y el coche de detrás estuvo a punto de empotrarse contra el suyo. Otros coches vociferaban a su alrededor, insistiendo con los cláxones, pero Kris no podía moverse. Paralizada en el carril derecho de la US-22, contemplaba lo que se alzaba imponente en el horizonte y notó la saliva líquida, amarga. Se le aceleró la respiración mientras observaba el espanto que se alzaba por encima de Gurner y que había surgido allí durante la noche como una suerte de torre oscura de *El Señor de los Anillos*.

El Rey Ciego había regresado, y la miraba desde la gigantesca valla publicitaria con sus ojos negros sin pupilas. El cartel, escrito con fuente gótica, rezaba:

KOFFIN — REGRESO DE ENTRE LOS MUERTOS

Debajo había una foto del Rey Ciego. Tenía una brutal corona con espinas clavada en la cabeza. La sangre le corría por el rostro. Los retocadores digitales se habían asegurado de que apenas hubiera envejecido un solo día.

A lo largo de la parte inferior, habían escrito lo siguiente:

ÚLTIMOS CINCO CONCIERTOS
30 DE MAYO-8 DE JUNIO, LA, LV, SF

Kris se quedó mirando al Rey Ciego, con las entrañas revueltas. Estaba vivo. Era legión. Era un coloso formado por abogados, contables, músicos de sesión y compositores que podía verse desde el espacio. Ella, en cambio, era frágil y diminuta, y ocupaba la recepción vacía del Best Western viéndose reflejada en las puertas de cristal, una sombra con pantalones azul marino y la placa con el nombre clavada en el chaleco, sonriendo a las personas que vomitaban su odio en el cenicero de su rostro.

En el oscuro almacén de la parte trasera de su cerebro, los estantes abarrotados se inclinaron hacia delante y los paquetes se deslizaron hacia el borde de sus estanterías, y ella se esforzó por empujarlos hacia el fondo. Le empezaron a temblar las manos, el mundo giraba y se revolvía a su alrededor, y entonces Kris pisó el

acelerador y se puso en marcha, desesperada por llegar al lavabo antes de vomitar, llevando el Grand Marquis de su padre hacia Bovino Street, girando en el mercado Jamal's Sunshine, abriéndose camino por el Saint Street Swamp.

Allí, las casas abandonadas regurgitaban enredaderas verdes por toda su superficie. Los jardines se derramaban sobre las aceras. Los mapaches dormían en sótanos derrumbados y generaciones de zarigüeyas habían criado en habitaciones de matrimonio desocupadas. Cerca de Bovino, las familias hispánicas se estaban mudando a viejas casas pareadas de dos pisos y colgando banderas puertorriqueñas en las ventanas, pero a lo que había más allá lo llamaban Saint Street Swamp, el «pantano» de Saint Street, porque, si te adentrabas lo suficiente, no había forma de salir. Las únicas personas que vivían en St. Nestor y St. Kirill eran demasiado viejas como para trasladarse… o Kris.

Aparcó en la entrada de la casa donde había crecido y corrió hacia el porche de ladrillo incrustado en la fachada hundida, metió la llave en la cerradura, abrió con la cadera la puerta abombada por el agua y se mordió la lengua antes de poder reclamar: «Ya estoy en casa».

Comprarle una casa a tu madre. Ese era el sueño de cualquier estrella del rock. Kris no cabía en sí de orgullo el día que firmó el papeleo. Ni siquiera se lo había leído, sino que se limitó a garabatear su firma en la parte inferior, sin que se le llegara a ocurrir en ningún momento que acabaría viviendo allí. Corrió por el mismo recibidor que una vez recorrió fuera de sí con una funda en la mano, gritándoles a su madre y a su padre que porque ellos le tuvieran miedo al mundo ella no tenía por qué sentir lo mismo. Luego Kris abrió con rapidez la puerta de la nevera y dejó que el aire frío le secara el sudor.

Le quitó la chapa a una botella verde con un enérgico silbido. Necesitaba bajar el ritmo un instante. La valla publicitaria la había sacado de sus casillas. Sintió el impulso de buscar información en internet, pero ya sabía lo más importante: el Rey Ciego había vuelto.

Sobre el hule blanco de la mesa de la cocina descansaba el túper con las cosas de la manicura. Cinco meses atrás, todavía iba a casa todos los domingos, se sentaba delante de su madre y le pintaba las uñas. Aquello siempre hacía que cayera en la cuenta de lo suaves que tenía su madre las manos en comparación a sus descomunales espátulas, salpicadas de cicatrices sutiles y amarilleadas por viejos callos. Al mirar la caja, sintió como si se desplomara hacia el abismo, así que la metió debajo de la pila. Le picaba la piel. Necesitaba hacer algo.

Se había acabado la Rolling Rock y aún tenía la boca seca. Las venas de las sienes le palpitaban y notaba cómo le ardía la sangre. El

Rey Ciego había regresado. Se abrió una segunda cerveza.

Kris sentía una cierta agitación en el esternón al pensar en el Rey Ciego. Había conseguido mantener la compostura mientras estaba fuera del radar, pero ahora había regresado. ¿Por qué no la dejaba en paz?

Las estanterías se inclinaron hacia delante, las cajas resbalaron y se precipitaron hacia el suelo, y el cerebro se le llenó de murciélagos aullantes, su mísero sueldo de tres cifras, los excesos de datos constantes de MetroPCS, los regalos de Navidad que había comprado en la tienda de todo a 99 centavos, los intentos por rascar la fianza de una casa nueva del fondo vacío que era su cuenta bancaria.

La ambulancia cargando dentro a su madre, llevándosela al ritmo al que iríais a comprar al súper. Sentada en la fila delantera del Sacred Heart, casi vacío, mientras un sacerdote desconocido recitaba perogrulladas de «inserte aquí el nombre» sobre su madre, mucha pompa y nada de pasión, levantándose y sentándose según se lo ordenaran, farfullando cánticos sobre el amanecer con rimas falsas y mala métrica, esforzándose al máximo por obligarse a llorar. Sentada delante del chaval con el brote de acné en la frente de la Funeraria Grabowski, diciéndole que no habría ni velatorio ni embalsamamiento, y que lo único que quería era que incineraran a su madre hasta las cenizas y las metieran en una urna que había comprado por internet, y ver cómo la simpatía del chaval desaparecía en cuanto caía en la cuenta de que Kris no era más que una pobre más que le estaba haciendo perder el tiempo.

El dinero que habría costado organizar el funeral que su madre se merecía era lo que el Rey Ciego se gastaba en masajes todas las semanas. El dinero que separaba a Kris del abismo era un error de redondeo en la cuenta bancaria del Rey Ciego. Contempló su tamaño, colorido, amado, cerniéndose sobre la US-22, y ella a sus pies mirando hacia arriba, gris y minúscula.

Vio que tenía demasiado miedo como para tocar, demasiado miedo como para enfadarse, demasiado miedo como para luchar, demasiado miedo como para huir de Gurner. Vio la furgoneta de UPS, y a los abogados de él, y el acuerdo que había firmado, y la paroxetina, el bupropión y el clonazepam que se metía por la garganta, y todo lo que le habían prescrito para bajarle el enfado y que hacían que se sintiera como si estuviera muerta, y había creído que estaba bien, porque había estado ocho años creyendo que todo había terminado y que todo saldría bien, pero se equivocaba.

Y entonces abrió de un empujón con el hombro la puerta del sótano, y tuvo que hacer fuerza porque hacía muchísimo tiempo que no la usaban, y gruñó al abrirse, y el aire olía a polvo rancio y Kris empezó a bajar ruidosamente por las escaleras de madera, lanzándose

hacia lo que había jurado que no volvería a hacer jamás.

REVERENDO CARSON: …lleva mucho tiempo estudiando a los seguidores de la música *heavy metal*, la música satánica, la música ocultista, como quiera llamarla. ¿Quién escucha esas cosas?

DOCTOR PADMERE: De lejos, hablamos de individuos de bajo rendimiento con resultados muy pobres en la mayoría de los indicadores que utilizamos para analizar el comportamiento humano, con un IQ bajo, poca paciencia, poca confianza y poca seriedad. Donde sí vemos resultados altos es en aspectos como la ira, la mentira, el consumo abusivo de narcóticos y alcohol, las tasas de suicidio…

REVERENDO CARSON: En otras palabras, que no son precisamente las personas con las que querrías que se casara tu hija.

DOCTOR PADMERE: En absoluto.

—WCYI 580 AM, Cadena de Alabanzas y Liderazgo Cristiano de Denver
14 de diciembre de 1993

Reign in Blood[1]

El sótano apenas estaba iluminado por la luz gris que se filtraba a través de las ventanas, sucias y a medio enterrar. Hacía un frío invernal incluso en verano. Un sofá polvoriento de tela escocesa descansaba en medio de la habitación con montones de cajas llenas de declaraciones de la renta y facturas antiguas. Había sillas con los respaldos rotos empotradas contra las paredes, y el suelo estaba abarrotado de todo con lo que Kris y sus hermanos habían crecido y que su madre había guardado, cajas de juguetes viejos, un parque hundido, un triciclo con las ruedas dobladas…

Antes de que pudiera pensárselo dos veces, Kris se abrió paso por la habitación y abrió la puerta del armario en el que se alzaba una torre inestable de cajas de cartón con estampado de vetas de madera oscura. Contenían el cadáver de todas las querellas antiguas, de todas las viejas batallas, con el Rey Ciego. Las rodillas le crujieron cuando se agachó y las lumbares se le resintieron cuando apartó las cajas a un lado. Detrás de ellas había una única funda flexible y una toalla de playa ajada puesta por encima de un amplificador Supergroup Laney. Kris extrajo la funda por el mástil, levantó la toalla polvorienta y sacó el amplificador. Sintió otra punzada de dolor en las lumbares.

Empujó una silla de comedor con respaldo tipo escalera hacia el centro del sótano, se sentó, abrió la funda y sacó la guitarra.

Seis años atrás, Kris había encerrado la guitarra en el armario como si de un perro rebelde se tratara. Por la noche, soñaba que la oía rascando la puerta para que la dejara salir. Pero se había mantenido firme y había ignorado sus gimoteos. Durante dos años, no había pasado ni un solo día sin que se sintiera culpable por no tocar, pero finalmente, la culpa se había disipado en ese ruido de fondo de autodesprecio que definía su vida. Y no había tocado desde entonces. Se había cortado las manos y las había enterrado, y ahora había vuelto para desenterrarlas.

Su Gibson Melody Maker blanca se equilibró sola en la curva de su muslo. Después de aquella primera Fender Musicmaster, esa era la única otra guitarra que había tenido. Tenía boquetes en la parte trasera por culpa de la hebilla del cinturón y una muesca de desgaste en la parte delantera que le había hecho con la muñeca. Encontró un cable en el bolsillo lateral de la funda, lo pasó por la correa y lo conectó, y entonces encendió el amplificador. El zumbido parecía estar dándole la bienvenida a casa.

Encontró una púa y tocó un sol abierto, y se sorprendió de lo poco que le costó afinarla. Las notas seguían justo dentro de sus oídos,

esperando a que volviera a oírlas.

Tocó «Iron Man». La tocó fatal. La tocó despacio, tropezando en los cambios de acordes igual que la primera vez. Echaba de menos sus transiciones; tenía las manos como espaguetis blanduchos que no la obedecían y las puntas de los dedos regordetas, y movía la púa con vacilación. Cuando terminó, empezó de nuevo, rasgueando con toda la fuerza posible la cuerda del mi justo detrás de la nuez para la introducción y haciendo que gimiera. Luego subió el volumen del amplificador y repitió el proceso. Las cuerdas de acero amenazaban con atravesarle las puntas de los dedos. Notó cómo vibraba el polvo del aire. El oído izquierdo se le empezó a resentir con un estridente mi.

Volvió a tocar «Iron Man», bajando la púa con fuerza. Luego volvió a tocarla. Y otra vez. Y otra. Y la respiración se le relajó, y los murciélagos dejaron de chillar, y el Rey Ciego se disipó.

¿Cómo había podido dejar de tocar?

Cuando Little Charles se fue a la universidad en 1982, dejó en casa cinco discos: el *Darkness on the Edge of Town* de Bruce Springsteen, que, honestamente, Kris no había oído que lo pusiera jamás, el *Physical* de Olivia Newton-John, que compró solo por la cubierta, *The Cars*, que lo adquirió porque todos sus amigos lo tenían, el *Fresh Fruit for Rotting Vegetables* de los Dead Kennedys, con su naranja intenso, y el *Paranoid* de Black Sabbath.

Escuchaba a los Dead Kennedys sobre todo porque hacían mucho ruido y eran divertidos. La cubierta barata del *Paranoid* la echaba para atrás, con esa foto con *flash* borrosa de un tipo con una espada saltando de detrás de un árbol, pero con los años cada vez giraba más en su tocadiscos Sears. Cuando cumplió catorce años, tenía los *riffs* de «Electric Funeral» y «Paranoid» grabados a fuego en la mente.

Había empezado a tocar porque era la única forma de sacarse las canciones de la cabeza, que le bajaran por los brazos, le llegaran a los dedos y se alzaran hacia el aire.

Una fría tarde de septiembre, cuando tenía quince años, estaba en el sótano peleándose con «Iron Man» por milésima vez cuando, «tic, tic», alguien le dio unos golpecitos en la ventana con un penique. Kris se levantó de la silla, abrió la ventana y un chaval pegó la cara contra la mosquitera y dijo:

—¿Eso es Sabbath?

Lo reconoció al instante, aunque no fuera más que una oscura sombra. Era un muchacho enclenque, con ojos almendrados, los pómulos altos y el pelo rubio. Iba equipado con unos descomunales aparatos que le deformaban la boca. Era un año mayor que Kris y ella no sabía si le sorprendía más que le estuviera hablando o que conociera a Sabbath.

—En efecto —respondió—. Es Sabbath.

Sin mediar palabra, el chaval se levantó y se fue.

Al día siguiente, después del instituto, se presentó en la puerta principal con su guitarra acústica. Gracias a Dios que sus hermanos no estaban en casa. Su madre los dejó bajar al sótano con la condición de que no cerraran la puerta.

—Toca algo —le dijo a Kris.

Así que tocó «Iron Man», porque en el *metal* todo empieza por Sabbath, la primerísima banda de *heavy metal*, los pringados oriundos de una tal Birmingham, los que obligaron al mundo a levantarse y escuchar. Y Kris lo hizo de pena.

Al saberse con público, notaba los dedos especialmente torpes, y no dejaba de repetir: «Espera. Un momento», y las mejillas le ardían, pero él no la interrumpió, y ella se pasó un buen rato tocando, y al final consiguió interpretar unos eufóricos e impecables cuarenta y cinco segundos de «Iron Man» cayendo de nota en nota, con los dedos adelantándosele al cerebro, danzando a lo largo del mástil de la guitarra. No sabía cómo silenciar las cuerdas y el tono de su Musicmaster habría sido más adecuado para el «Cumpleaños feliz», pero por primera vez en su vida sintió que en el mundo había un lugar para ella. Luego se quedó en blanco cuando tuvo que mover los dedos del sol al re y todo se vino abajo.

El chaval se llamaba Terry Hunt, y se convirtieron en el público del otro. A él no le importaba que todo el mundo creyera que se estaba tirando a una chica un año menor. Eran las únicas dos personas que se tomaban en serio. En Halloween, se regalaron cintas, y más tarde, después de Navidad, Kris fue a su casa por primera vez y se sentó en la sala de alta fidelidad del padre de Terry mientras este arrancaba el envoltorio del flamante *Seventh Star* de Sabbath.

—Ya solo queda Tony Iommi —dijo Kris.

—Pero si él dice que es Sabbath, sigue siendo Sabbath.

—Puede decir misa —replicó Kris—, pero si en un grupo hay cuatro personas y se marchan tres, ya no es la misma banda.

—Sí si la persona que se queda es Tony Iommi. Pasaría lo mismo con Ozzy.

—¿Y si se quedara Geezer? —preguntó Kris.

—Los bajistas no cuentan —contestó Terry.

Aquel fue el año en que Metallica y Megadeth, ni su madre ni sus profesores, le enseñaron a Kris todo lo que necesitaba saber. Su padre podía decirle lo que le prohibía llevar puesto al instituto y su madre cuándo era la hora de irse a dormir, pero el *Master of Puppets* de Metallica le descubrió que la ira abre puertas, y el *Peace Sells… but Who's Buying?* de Megadeth le enseñó que había algunas luchas que valía la pena luchar.

A lo largo del verano de 1986, ella y Terry se escondieron en sus habitaciones, encorvados sobre sus tocadiscos y guitarras, debatiendo sobre el *talmud* del *heavy metal*. Ella creía que el *Eat 'Em and Smile* de David Lee Roth era una chorrada; Terry opinaba que era una muestra «magistral de teatralidad». Kris consideraba que Iron Maiden había metido la pata hasta el fondo al introducir sintetizadores en *Somewhere in Time*; él decía que los sintetizadores le daban cuerpo a la música y sonaban de maravilla.

Discutían sin descanso sobre si la canción «You've Got Another Thing Comin'» de Judas Priest no debería llamarse en realidad «You've Got Another Think Coming». Kris defendía el nuevo disco de Mercyful Fate ante Terry, que lo consideraba una «gilipollez de Dragones y Mazmorras». Salían atropelladamente de la casa del otro. Cenaban con las familias. Iban en bici al Wall to Wall Sound y le pedían a la madre de Terry que los llevara en coche al centro comercial donde estaba la gran tienda de discos. No coincidían en nada, salvo en lo más importante, el *heavy metal* era su religión. Le arrancaba al mundo la sonrisa. Contaba la verdad. Derribaba puertas.

El *heavy metal* les salvó el alma y ellos se salvaron mutuamen-te. Cuando un crío le dijo a todo el mundo que Kris tenía una ETS, Terry le robó la libreta de los deberes y se la llenó de pentagramas y un primer borrador de una nota de suicidio. Los padres del chaval, megacristianos, lo sacaron del Independence High y lo metieron en un internado de Delaware. Cuando Kris se enteró de que el bajista de Metallica, Cliff Burton, se había matado en un accidente de autobús, echó a correr hacia su bici y pedaleó como alma que lleva el diablo hasta la casa de Terry. Él abrió la puerta, con los ojos enrojecidos, y, sin mediar palabra, se abrazaron por primera vez. Los dos se habían pasado un mes entero recluidos en la habitación de Terry escuchando a Metallica. Terry llegó a comprar velas negras y usó lo que, según él, era tierra de cementerio para dibujar un pentagrama y hablar con el espíritu de Cliff, pero lo único que consiguieron fue activar el detector de humos.

Habían hablado sobre montar un grupo, pero no llegó a nada hasta Navidad, cuando Terry se fue a visitar a su primos de Ottawa. Su inquietante tío Mark trabajaba de enterrador y le encantaba contarle a Terry historias sobre sus «trabajos sucios». Cuando Terry volvió a casa le mostró a Kris lo que había dibujado en su libreta con rayos afilados: Dürt Würk, de *dirt work*, «trabajo sucio» en inglés. Se había inspirado en Mötley Crüe para las diéresis.

—Flipa —suspiró Kris.

—*Metal up your ass*[2] —coincidió Terry.

Se pasó tres meses en la clase de plástica intentando dar con el logo mientras Kris se centraba en el reclutamiento. Divisó a Scottie

Rocket en el centro comercial del Valle del Lehigh. Era la única persona que había visto con una camiseta de Plasmatics. Lo siguió durante una hora, acechando fuera del Toones y las máquinas recreativas, antes de reunir al fin el coraje de darle un golpecito en el hombro.

—Cómo mola la camiseta —le dijo.

Ella llevaba exactamente la misma. Después de una audición en el sótano, colocaron a Scottie en la guitarra rítmica. Lo que le faltaba de habilidad, lo compensaba con su energía. Su padre se había marchado a Alaska cuando él tenía tres años y su madre era enfermera, así que la mayoría de las actividades de Scottie cuando salía de la escuela consistían en ir a conciertos y meterse en peleas. Su mayor muestra de fama era la cicatriz de la cadera que le había hecho un *skin* con un destornillador en un conciertos de los Dead Kennedys. Su madre se llevó una alegría tan grande al ver que estaba haciendo algo después de la escuela, además de dejarse apuñalar, que pagó de su bolsillo su primer sistema de altavoces.

La orquestra del instituto de Tuck actuó en el Independence a finales de ese año. Él tocó el bajo eléctrico en el *Canon* de Pachelbel. Kris lo alcanzó justo antes de que se subiera al autobús y le apuntó su número de teléfono en la palma de la mano mientras los colegas de él gritaban por las ventanas:

—¡Cuidado con el negro, que engancha!

Sus padres se pusieron nerviosos al verla meter a otro chico en el sótano, y encima negro, pero ella dejaba la puerta abierta mientras tocaba «Don't Talk to Strangers» de Dio en su radiocasete portátil. Con la delicada introducción acústica que emergía en una explosión eléctrica descontrolada, Kris pensó que era justamente el tipo de heavy metal estructurado y desafiante que podría gustarle a un chaval que tocaba música clásica.

Tuck era enorme —metro noventa y ancho como un armario— y era imposible que no lo acabaran forzando a entrar en la línea ofensiva del instituto, y probablemente en el equipo de baloncesto justo después. Poco importaba que no le gustara el deporte, que desconociera lo que era el instinto asesino, que prefiriese tocar Mozart. Era un chaval negro del tamaño de una casa en un pueblecito de Pensilvania. Su padre y su entrenador ya habían planeado su futuro: el equipo del instituto, una beca deportiva en una universidad pública, séptima ronda en el sorteo de la NFL, cinco temporadas y luego de vuelta al mundo con treinta y un años con la rodilla destrozada y daños cerebrales. Buscaba lo que fuera que pudiera ayudarle a decir «no». El *metal* era la respuesta.

Kris no era capaz de recordar cómo terminó J. D. en la banda, el primer batería que tuvieron. ¿Qué le habría pasado a J. D.? Nada

bueno, probablemente. Era el chaval más imbécil y malhumorado que había conocido en la vida. Pensaba que *judío* era un país y afirmaba que su padre había inventado el signo de interroga-ción. Cuando un chico lo llamó mentiroso, intentó tirarle un nido de avispas. Le picaron tantísimas veces que los paramédicos tuvieron que inyectarle adrenalina para reactivarle el corazón.

Lo que sí recordaba era el día en que Bill se les acercó después de aquel alucinante concierto en el patio de la casa de P. J. White y les dijo que debían deshacerse del batería y tocar con él. Bill era un chaval inquieto y obsesionado con el control que siempre perdía los nervios cuando veía marcas de dedos en sus platillos. Tocaba mediante cálculos, contando los compases en lugar de sentirlos, pero Kris aún recordaba el gesto de pura felicidad que esbozó la primera vez que se perdió en el estruendo que produjeron aquella noche en la Sporting House.

En el sótano, estaba tocando «The Final Countdown» de Europe, la misma canción con la que habían abierto el concierto en la Sporting House la noche que por fin se convirtieron en una banda y dejaron de ser cinco personas tocando sus instrumentos a la vez encima de un escenario. Se pasaron tres minutos gritando una canción de cinco minutos de lo nerviosos que estaban por tocar en un escenario de verdad por primera vez. Pero cuando cerraron la actuación con su primera canción original, «Get in Your Coffins»[3], sonaron mucho más grandes de lo que eran y se metieron al público en el bolsillo, y de repente se sintieron como viejas glorias, conscientes de que por fin había un lugar para ellos en el mundo y convencidos de que podrían seguir así toda la vida.

Luego, Terry la cagó a lo grande.

No, fue Kris quien la cagó.

En realidad, ambos la cagaron, los dos juntos, codo a codo. Pero, a veces, Kris temía que ella fuera la principal culpable.

«Angel of Death» era la canción favorita de Scottie, y en las profundidades del sótano Kris la había estado practicando durante una hora y media hasta sabérsela de memoria, nota a nota. Cuando terminó, las uñas le sangraban y el sudor le caía sobre las cuerdas.

Nada de lo que tocaba habría servido encima del escenario. Demasiados roces con los dedos y notas falladas, un millón de perezosos cambios de acordes y progresiones torpes. Pero cuanto más tocaba, más se enfadaba. Hacía mucho que no se enfadaba. Durante años, el doctor Murchison le había enseñado a inhalar la flor y soplar la vela. Ahora lo que inhalaba era Slayer y soplaba Black Sabbath.

Todo el mundo le decía a Kris que la ira era su enemiga, que la vida no siempre era justa y le recomendaban que aceptara las cosas. Así que se tomó las pastillas, asistió a clases de gestión de la ira,

escuchaba grabaciones relajantes y dejó de tocar. Pero ahora la música seguía resonándole en los oídos y sus veloces dedos reavivaron un fuego a partir de cenizas frías. Despertó en su interior algo que hacía mucho que habían declarado muerto, un viejo deseo tan doloroso que solía tenerla en vilo en mitad de la noche, corroyéndole las entrañas. Tras seis años de silencio, ya no estaba dispuesta a detenerse. Subió el volumen del amplificador y llenó la casa muerta con sonido.

Todo el mundo le decía que era un sueño ridículo, una fantasía adolescente. En su día, ninguno de ellos se atrevía a decirlo en voz alta, pero era la única razón por la que la gente montaba grupos. Todos fingían que el objetivo eran las tres «p» (parranda, potorros y pasta), pero era mentira. Nadie montaba un grupo para ganar pasta. Montabas un grupo porque querías ser una leyenda. Kris quería levantar el puño hacia el mundo y ser relevante. Quería que la recordaran. Por eso aguantaron las furgonetas frías, las salas sudorosas y la cerveza barata, los promotores turbios y la rutina constante. Porque querían vivir eternamente.

Kris no había encontrado al hombre adecuado, no se había casado, no había ido a la universidad, ni siquiera había acabado el instituto, no había ahorrado dinero, no tenía carrera, no había hecho nada de eso porque lo había apostado todo a Dürt Würk. Y había perdido.

El acorde final de «Angel of Death» resonó en las paredes y desapareció. Estaba empezando a aclararse el día y el sol de la mañana bañaba ya la tenue bombilla del sótano. En aquel repentino silencio, con el amplificador zumbado suavemente a su lado, Kris supo lo que debía hacer. Debía visitar al Rey Ciego y exigirle lo que le correspondía. Había llegado el momento de enfrentarse cara a cara con Terry Hunt y hacer que pagara. ¿Con dinero? ¿Con una explicación? ¿Una disculpa? ¿Rompiéndole la nariz? No sabía cómo se lo pagaría, pero estaba convencida de que había sido ella la que llevaba todos estos años pagando el precio del éxito de él, y ahora había llegado su turno. No había otra forma de controlar la ira.

Alrededor de la base de la escalera de madera se amontonaban bolsas con las asas atadas. Algunas contenían las revistas de su madre —*National Geographic*, *Time*, *AARP*—, pero la mayoría estaban llenas de cartas que Kris no había tenido fuerzas de ordenar y su madre no había tenido el nervio de tirar. Empezó entonces a abrirlas y a revolver los sobres hasta que encontró una postal de Navidad de Scottie Rocket con su dirección escrita en el envoltorio.

Arriba, Kris metió la mano en la parte trasera del armario en busca de la pesada percha de plástico y sacó su Huesos. La luz se reflejaba en aquella chaqueta de motorista Brooks de cuero negro que todo el mundo llevaba en su época. Kris había llevado la suya durante

tantísimo tiempo que aún conservaba la forma de su cuerpo, la curvatura de sus codos, de su columna. Terry le había pintado una columna vertebral en la espalda y una caja torácica blanca que se unía cuando se la abrochaba y la rodeaba con un abrazo esquelético. Hacía años que no se la ponía, pero en ese momento se la embutió, cogió la funda de la guitarra y se montó en el coche de su padre.

De camino a las afueras de la ciudad, pasó por delante de la valla publicitaria de Terry Hunt, el Rey Ciego. Se lo había arrebatado todo y la había abandonado, y creía que todo había terminado porque eso era lo que le decían sus abogados, aunque Kris todavía no estaba dispuesta a tirar la toalla. Tiempo atrás habían sido un grupo, y habían sido buenos, quién sabe si fantásticos.

Pero el Rey Ciego los había traicionado a todos. La había hundido, la había arruinado y le había robado la música. Se había vendido y se había hecho rico, mientras que ella seguía siendo pobre. Ahora iba a por él y lo primero que debía hacer era reunir a la banda. Solo había un problema: Kris era la única persona a la que odiaban más que a Terry.

GRAY MANNING: Los propietarios y la dirección de la WDYI desean pedirles disculpas a nuestros oyentes por la emisión de «Buenos días, Gurner» de esta mañana. Aunque fuera una emisión en diferido, la crudeza de la banda conocida como Dürt Würk no tiene precedentes en la historia de esta cadena. Hemos tomado las medidas necesarias para asegurarnos de que los futuros invitados se filtren con más cuidado, y estamos llevando a cabo una revisión de las prácticas que han provocado el incidente de esta mañana. Gracias.

—88.1 WDIY, Radio pública de la comunidad del Valle del Lehigh, anuncio del director de la cadena

5 de septiembre de 1995

Under the Blade[1]

Era una señal de los cielos, un haz de luz que atravesaba los nubarrones, una solitaria explosión de color en un mundo *beige*. Nada le daba más esperanzas a Melanie que la valla publicitaria del Rey Ciego que se alzaba por encima de Star City, en Virginia Occidental. Se agarró a ella para no hundirse. Habían anunciado las últimas fechas por internet, y el regreso de Koffin ocupaba todos los programas de radio en hora punta, además, de las páginas de inicio de *Loudwire* y Spotify. Pero todas las fechas eran en la Costa Oeste, de modo que a Melanie le resultaban algo lejano y fantasioso, como la historia de un lugar que no visitaría jamás. Pero la valla publicitaria estaba justo allí. Era real.

Trabajaba sirviendo *brunches* con barra libre en un Pappy's, sonriendo a chavales de fraternidades con sus camisetas universitarias de vaginas mojadas, llevándoles margaritas helados a los maleducados que aullaban «Country Roads» a pleno pulmón, ignorando los hombros que le rozaban los pechos y las miradas que se le clavaban en el escote cuando se inclinaba sobre las mesas para dejar otra jarra de Bud. De repente, una mesa empezó a cantar un estribillo ebrio y desacompasado de la canción «Burn You Down» de Koffin.

I know where you live
Got a can of gas
And I park
Splash a spark
It's dark
Turn my frown
Upside down
When I burn you down
Down to the ground.[2]

Llevaba un plato de alitas de pollo para aquella mesa y, cuando lo dejó, vio que se estaban pasando un iPhone con la valla publicitaria en la pantalla.

—¿Sois todos seguidores de Koffin? —preguntó.

—Si te digo que sí, ¿nos darás cerveza gratis? —preguntó un pelirrojo desgarbado con las mejillas llenas de acné.

—Obviamente —respondió ella.

El chaval le alargó el móvil, acariciándole los dedos cuando ella lo cogió, pero después de dos años trabajando en Pappy's aquello ni siquiera le merecía un pestañeo. En el teléfono se veía un enorme

cartel publicitario de Koffin, con el Rey Ciego contemplando Virginia Occidental desde las alturas con sus orbes negros sin pupila y la sangre oscura que le caía de la corona clavada en el cráneo recorriéndole el rostro. Le devolvió el móvil con una sonrisa, y les preguntó:

—¿Estabais tomando Bud o Bud Light?

Después del trabajo, se marchó y aparcó su Subaru de 2008 en el aparcamiento del Sheetz, orientado hacia el río Monongahela y el descomunal rostro del Rey Ciego.

30 DE MAYO-8 DE JUNIO, LA, LV, SF

En la vida había deseado algo tanto como ir a esos conciertos. La necesidad de alejarse de aquel lugar le amargaba la saliva en la garganta. En Virginia Occidental, todo el mundo conducía los mismos coches y atestaban las autopistas a la misma hora, y comían la misma comida de McDonald's, y Starbucks, y Wendy's. O a veces de Taco Bell. Todos llenaban el depósito en Chevron y BP. Todos los niños eran estudiantes de honor, todos ponían pegatinas de lazos amarillos en el coche para mostrar que apoyaban a las tropas, o lazos rosas para demostrar que odiaban el cáncer de mama, y tenían seguros con AAA, Liberty Mutual, State Farm y Smith & Wesson. Se casaban y tenían hijos, y jugaban por internet y discutían sobre la última película de superhéroes. Ocupaban el tiempo entre la infancia y la vejez intentando ser lo más anodinos posible.

Melanie solo tenía veintiséis años y ya estaba agotada. La luz parecía agotada. Los colores parecían agotados. El mundo entero estaba agotado. «¿Cómo puedo ser tan joven y sentirme tan muerta?», pensó.

Pero sabía la respuesta. Acabó la universidad con una deuda de 29 938 $ y Navient llamando a la puerta para exigirle el pago antes incluso de que hubiera podido enmarcar el título. Tenía un trabajo que solo le permitía pagar 27 309 $ en tres años. Descubrió que su grado en animación digital no era un billete hacia un buen trabajo en Atlanta ni en Los Ángeles, porque estaba atrapada en Virginia Occidental, viviendo en la misma caja de zapatos de tres habitaciones en la que había crecido porque no era capaz de encontrar un trabajo que le permitiera ahorrar lo suficiente como para pagar la fianza de un piso nuevo.

Lo había intentado. Llevaba muchísimo intentándolo con todas sus fuerzas. Iba a entrevistas en grupo donde se sentaba en círculo con hombres de cincuenta y cinco años, todos con sus mejores trajes, turnándose para decirle al representante de recursos humanos por qué serían los mejores cajeros en Citizens. Se comprometió a solicitar un puesto de trabajo al día, y creó seis versiones diferentes de su CV que luego envió a competir con otros miles de CV de jóvenes con grados

mejores de universidades mejores, que podían permitirse aceptar puestos de prácticas no remuneradas en Nueva York, que estaban dispuestos a animar cortos sin cobrar porque así vestían sus *portfolios*. Había intentado generarse una marca personal abriéndose un canal de YouTube, porque los creadores de contenido son reyes, y estuvo un año entero colgando sus mejores obras cada dos semanas, pero al final de ese año no había ni un solo vídeo que tuviera más de 337 visualizaciones.

Lo del Pappy's comenzó como un curro a tiempo parcial porque dos años atrás no se habría imaginado trabajando a tiempo completo en un sitio donde la formación consistía en el Big Pappy dando una lección sobre la diferencia entre ser una calientabragas y una guarra (diferencia principal: las calientabragas tenían los pies en el suelo y dejaban que los hombres se las subieran al regazo, mientras que las guarras se tomaban demasiados descansos y se quedaban embarazadas). Pero ganaba entre 60 y 80 $ todas las noches solo con las propinas en metálico, casi 100 con las propinas en tarjeta, y después de seis meses tuvo que tragarse su orgullo para admitir que apenas le quedaba nada, y empezó a trabajar a tiempo completo.

Koffin la acompañó durante todo el proceso. Volvía a casa todas las noches berreando «Stand Strong»[3]o «Burn You Down»[4]a viva voz. Susurraba para sus adentros «InFANticide»[5]una y otra vez mientras esperaba en el hospital después del accidente de su padre. Estaba sonando «Get in Your Koffins» cuando conoció a su novio Greg. Cuando se enteraba de que alguien de su clase había muerto de sobredosis (doce y sumando), se ponía «A Grave is a Hole Your Heart Makes»[6].

Pero a medida que pasaban los años y no sacaban discos nuevos ni anunciaban más giras, y Terry Hunt dejó de dar entrevistas, su amor por ellos se oxidó. Se olvidó de todo salvo de su siguiente turno en el Pappy's, y se entregó a fiestas deprimentes donde fingía estar divirtiéndose, a leer la *TMZ* en el teléfono durante los descansos o cotillear con las otras camareras sobre famosos que ni siquiera sabía que existían. Y ahora allí estaba Terry, contemplándola desde las alturas, de vuelta de la tumba, y Melanie no deseaba nada más que irse a Las Vegas y verlo tocar en directo. Era un grupo que le había dado muchísimo y no había podido verlos nunca en directo, y aquellos eran los últimos conciertos.

No era más que una valla publicitaria, pero era como reconectar con una parte más joven de sí misma, buena, pura, auténtica. Era como una puerta a un mundo donde no se pasaba el día exhausta. El problema era que no tenía dinero. Navient era la propietaria de todos sus posibles ganancias futuras, y lo que ahorrara tendría que destinarlo a la fianza de una nueva casa. El mundo era una trampa y

no había forma de salir. Melanie se echó a llorar. Cuando cayó en la cuenta de que estaba sentada en el viejo Subaru de diez años, aparcada en un Sheetz y observando el cartel de Koffin en Virginia Occidental, se echó a llorar con aún más desconsuelo.

Terry Hunt la miraba desde las alturas con sus ojos negros como la noche y la sangre oscura cayéndole por el rostro. Melanie conocía su historia. Había salido de un pueblucho de Pensilvania, de una familia pobre de trabajadores del acero. Se dispuso a tocar en cualquier banda que lo aceptara. Compuso sus propias canciones. Desarrolló su propio material tocando en bares, uno tras otro. Salió del agujero por sus propios medios, y ahora estaba en aquella valla publicitaria, la estrella del *rock* más famosa del mundo, y lo había conseguido él solito.

Si él podía, ella no sería menos. Si él había sido capaz de huir de Ninguna Parte, Pensilvania, ella podría escapar de Ninguna Parte, Virginia Occidental. Se secó las lágrimas de las mejillas e ideó un plan. Luego arrancó el Subaru, cuya transmisión no paraba de emitir un sonido que parecían los gritos del *metal*, y condujo a casa para decirle a su novio que iban a darle un giro de 180º a sus vidas. El Rey Ciego le daba fuerza. El Rey Ciego le daba esperanza.

Era capaz de conseguir lo que se propusiera.

NANCY: ¡Lollapalooza! ¡Monsters of Rock! ¡Ozzfest! Y ahora prepárate para otro acontecimiento roquero legendario: la gira de despedida de Koffin, «Adiós al Rey». Cinco noches de descontrol.

SID: La virgen.

NANCY: En Los Ángeles, las entradas de los conciertos en el Rose Bowl se agotaron en menos de treinta minutos. Los tres conciertos en el T-Mobile Arena de Las Vegas volaron en menos de una hora. Todas las entradas para los conciertos de San Francisco desaparecieron en seis minutos.

SID: Koffin no es un grupo, es una marca. Condones de Koffin, auriculares de Koffin, velas negras aromáticas de Koffin, ropa interior de Koffin con la cara de Terry Hunt en la entrepierna, guitarras Terry Hunt Signature de Ibanez… Y eso que él ni siquiera toca la guitarra. Créeme, esta va a ser la primera de muchas «giras de despedida» de Terry Hunt. El tipo representa lo peor de KISS pero concentrado en una sola persona.

—100.7 WLEV, «El despertador de Sid y Nancy»
11 de mayo de 2019

Appetite for Destruction[1]

Scottie Rocket vivía a media hora del Saint Street Swamp, pero a Kris le parecía otro planeta. Gurner tenía una tasa de suicidios cuatro veces por encima de la media nacional, y había tantísimo plomo en el suelo que la EPA había cerrado el parque Bovino con una valla metálica. Scottie vivía en una bonita zona de Allentown donde todo el mundo tenía jardín, los árboles estaban sanos y los caserones bordeaban calles libres de baches.

El trayecto le dio tiempo a Kris para que se calmara. Ya no quería irse pitando hacia Los Ángeles y arrancarle la cabeza a Terry. Simplemente quería hablar con otra persona que supiera lo que significaba vivir a la sombra de Terry. Le preocupaba que Scottie todavía la odiara, así que aparcó a unas cuantas casas más abajo de donde vivía y observó a un puñado de críos jugando a básquet en sus jardines mientras ella reunía el coraje necesario. Hacía seis años que no veía a Scottie. Probablemente lo último que quisiera fuera que un fantasma del pasado se presentara allí y le invadiera la casa. Aunque tampoco podía olvidar que le había enviado aquella postal de Navidad.

Se comprobó el pelo en el retrovisor, se miró los dientes, volvió a echarse un vistazo al pelo, se olió el aliento y entonces salió del coche, cruzó varios patios delanteros salpicados por el sol, subió por el camino de la entrada y tocó al timbre de Scottie antes de pensárselo dos veces. Las campanillas eléctricas resonaron en el interior de la casa, alguien le gritó a otra persona y la puerta se abrió hasta dejar a la vista a un chaval espigado con una sudadera blanca que se estaba comiendo un *bagel*.

Kris rebuscó en su cerebro hasta dar con un nombre:

—¿Martin?

La nuez se le movió al tragar.

—Soy Kris —le explicó—. Una amiga de tu padre, del grupo que tenía. ¿Te acuerdas?

—¡Mamáááá! —gritó él, girándose hacia la casa y perdiéndose en la penumbra.

Apareció entonces una mujer con chándal.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó, secándose las manos en una servilleta.

—Me llamo… —comenzó Kris, pero la mujer la reconoció antes de que pudiera terminar.

—Hostia —exclamó la mujer—. Eres Kris.

—Hola —dijo Kris como una idiota—. Cuánto tiempo. Angela,

¿verdad?

La mujer asintió y se quedaron inmóviles, Angela dentro de la oscura casa y Kris fuera, bajo los brillantes rayos del sol de la mañana.

—Vienes a ver a Scott —dijo Angela.

—¿Está en casa? —preguntó Kris.

—Abajo —respondió Angela, pero no se movió.

—¿Tengo que rodearte? —dijo al final Kris—. O… ¿cómo quieres que lo hagamos?

Angela se echó a un lado y Kris se adentró en una casa que olía a huevos revueltos. En el salón, Martin se dejó caer en el sofá junto a una chica rubia desgarbada, idéntica a él, ambos jugando con los móviles e ignorando los dibujos que a todo volumen emergían del televisor de pantalla plana. Angela la acompañó por un pasillo enmoquetado.

—Ursula —exclamó Angela al pasar por delante del salón—, en una hora tienes que estar en el entrenamiento.

—¡Que ya lo sé! —contestó Ursula sin levantar la vista del móvil.

—¿A qué juega? —preguntó Kris.

—Al fútbol —dijo Angela.

Entraron en la cocina y Angela se apoyó en el fregadero, de cara a Kris que se había quedado paralizada en el umbral. La brillante luz del sol se colaba por la ventana que daba a los patios sin verjas de la manzana. Angela hizo un gesto de cabeza hacia una parte en el otro extremo de la cocina, sombría y difusa.

—Allí lo tienes —le dijo—. Llama con fuerza para que te oiga.

Kris echó a andar por las baldosas.

—Kris, ven a verme antes de irte. Hace más tiempo que lo conoces. Necesito saber si esto es simplemente una crisis de la mediana edad o si debería preocuparme.

Luego desapareció pasillo abajo y Kris se giró hacia la puerta del sótano. Llamó, y luego volvió a llamar con más fuerza. Algo se movió al otro lado de la puerta y una voz amortiguada exclamó:

—Ya te he dicho que no quiero desayunar.

—Soy yo. Kris. Kris Pulaski.

Oyó cómo se abría un candado y luego el chasquido de un cerrojo de seguridad, además de una cadena, y finalmente la puerta se abrió de par en par y un hombrecillo bajo que no había visto jamás apareció ante ella, un escalón por debajo, lo cual le proporcionaba a Kris unas vistas perfectas de su calva. Tenía una larga melena que le caía por debajo de los hombros en mechones grasientos. Necesitaba un buen afeitado. Un cinturón de cuero trenzado apenas le sostenía los anchos tejanos. La barriga le empujaba una pequeña riñonera negra hacia la entrepierna.

El hombre se pasó la mano derecha por la cara como si estuviera

limpiándosela de telarañas, y Kris reconoció la mano que había mirado durante tantos años. Una gruesa cicatriz blanca le rodeaba el pulgar y otra cicatriz a juego le rodeaba el índice. Unas tenues arrugas blancas se le amontonaban en los nudillos, viejas cicatrices de haberle dado puñetazos a paredes desnudas, puñetazos a rebeldes que se subían a los escenarios, puñetazos a los laterales de furgonetas, puñetazos al vocalista de Powerhole.

Después de las manos, el resto de su cuerpo ganó nitidez. Los años desaparecieron. El nudo en que se había convertido su corazón se deshizo solo, se le relajaron las rodillas, la barriga le dio una vergonzosa vuelta desde muy abajo y Kris volvía a tener veinticuatro años y toda la vida por delante y todavía no había cometido ningún error. Aún era posible salvarlo todo. Seguía contando con sus amigos. Con su música. Con Dürt Würk. Las posibilidades la llenaron como el helio y dio un paso al frente y se lanzó a los brazos de Scottie Rocket.

—¡Scottie Rocket! —gritó, y era la primera vez en seis años en que se sentía verdaderamente contenta.

Kris nunca había sido muy de abrazos, porque tenía un cuerpo como una bolsa de cuchillos, pero aquello le pareció lo correcto, como volver a coger su guitarra.

—Hola, Kris —masculló él.

—Me había olvidado de lo mucho que te echaba de menos.

Kris sonrió con la barbilla posado sobre el hombro de él.

—Te veo… —dijo Scottie, sujetándola por la espalda a poca distancia y examinándole el rostro—. Te veo muy bien.

Kris sabía la pinta que tenía. Desde que había vuelto a Gurner, había dejado de ponerse pintalabios y lápiz de ojos, de teñirse el pelo y de arrancarse las canas. El cuello de las camisetas había ido subiendo, sobre todo para cubrirse el tatuaje del pecho izquierdo, y su armario negro básico había ido viendo más beige, más blanco, e incluso algunos estampados. Había cambiado las botas por zapatos planos. Pero ahora, con la Huesos puesta, entendía perfectamente lo que Scottie quería decir. Lo que decía era que parecía ella misma, no la impostora que había estado viviendo su vida durante los últimos seis años.

—Yo también te veo bien. Pareces un profesor de ciencias naturales.

Él no respondió, sino que se limitó a observarla de cerca, a tan poca distancia que Kris podía contar todos los pelos rebeldes que le sobresalían de las cejas canosas.

—Tendría que haber venido antes —dijo ella.

—Has venido en el momento adecuado. No me gusta tener la puerta abierta. Ven.

Cerró la puerta a sus espaldas mientras ella bajaba por las

escaleras y se adentraba en la tumba de un faraón, llena de cajas de cartón marrón apiladas en montañas que le llegaban a la cabeza y que ocupaban todas las paredes, todas cuidadosamente etiquetas con rotulador negro: S, M, L, XL. CD. PEGATINAS 3 CT. Las cajas, hundidas y rotas por el paso del tiempo, estaban hasta los topes de *merchandising* de Dürt Würk que no habían llegado a vender. Había sudaderas y pañuelos tirados por el suelo. En una montaña de cajas derrumbada sobre una mesa de *air hockey* había pósteres de *All That Cremains*. Una pirámide de cajas de cartón bajo las escaleras contenía los sencillos en casete de «Reaper's Harvest» que no se habían vendido.

Era el cementerio de todos sus sueños y esperanzas, los restos polvorientos que deja atrás una banda que implosiona,
y Kris notó cómo la respiración le subía por el pecho y le picaban las manos. Dentro de las cajas estaba toda la mierda que vendían en los conciertos para pagar la gasolina y seguir trabajando. Hubo una vez en que era más valiosa que el oro. Ahora no valía nada.

—Allí están las cintas de estudio de *All That Cremains* y *Digging to China* —le dijo Scottie.

Kris miró hacia las cajas que señalaba, las que contenían sus dos primeros discos, por los que ya apenas sentía afecto alguno. Pero estaban allí, quizá Scottie supiera algo del otro.

—¿Y el *Troglodyte*? —preguntó Kris.

—Nadie sabe qué les ocurrió —contestó—. Creía que las mezclas maestras estaban en casa de mi madre, o en la Casa de la Bruja, pero lo he estado buscando durante años y no he encontrado ni una copia. Terry los enterró a una buena profundidad.

Había un catre en una esquina con un saco de dormir encima. Un hervidor de agua eléctrico descansaba sobre una caja de sencillos de 18 cm de «Chinagirl»[2]. A su lado había una bolsa de la compra de plástico llena de ramen. Un ligero hedor a sudor rancio llenaba la habitación. Kris miró a Scottie y él la miró a ella, y los dos se sostuvieron las miradas.

Desde su primerísimo concierto hasta la noche del con-trato en la Casa de la Bruja, Kris y Scottie habían luchado conjuntamente, arrimando el hombro y ofreciendo doce cuerdas de puro *heavy metal* en primera línea. Habían tocado en todos los tipos de escenarios posibles, desde espectáculos para todas las edades en restaurantes mexicanos a las afueras de Baltimore hasta el sótano abarrotado de un Wally's en Allentown. Habían tocado en bares de moteros en Nueva Jersey donde una chica le arrancó de un mordisco el meñique a un tipo, y en un Zoot's en Detroit donde un crío del foso se había pegado cuchillas al reloj y nadie se había dado cuenta hasta que Kris vio cómo le salpicaban gotas de sangre a Terry en la cara.

Habían dormido en el tejado de un restaurante chino, en Florida, dormido en la parte trasera de un Volvo destartalado mientras esperaban a que les llevaran gasolina después de tocar en el Burnstock Chili Fest, en Virginia Occidental. Ella le curaba los labios reventados, él vigilaba la puerta del baño mientras ella orinaba, habían vomitado en el mismo váter y habían tenido un terrible viaje de doce horas en Atlanta después de consumir LSD, y como todo dúo del *metal* que se preciara, se amaban y se odiaban a partes iguales. Para Kris, Scottie era el hermano que siempre había querido y el matrimonio que jamás había tenido, y ella sospechaba que, si llegaba a casarse, nada podría compararse a los once años que había compartido en la carretera con Scottie Rocket.

Por eso pudo decirle:

—Scottie, ¿vives en el sótano?

Scottie montó dos sillas de jardín de un azul brillante y las colocó en mitad del sótano. Limpió una con la manga de la camiseta y se la ofreció a Kris. La silla crujió cuando se sentó, y casi tocaba el suelo con el culo.

—¿Scottie? —repitió Kris.

—Angela y los críos… —dijo, sentándose frente a ella—. Pues que no entienden el viaje que estoy haciendo. Ja. A veces ni siquiera lo entiendo yo. Mira esto.

Se inclinó hacia delante, con la barriga descansando sobre sus muslos, y tiró de los tejanos para subírselos hasta la altura de la pantorrilla. Una mariposa negra y de un naranja intenso reposaba en medio de una zona de piel enrojecida. Estaba tan fresca que Kris veía cómo le vibraban las alas. Una aguja le atravesó el corazón. Scottie solo había tenido un tatuaje, el mismo que ella. En su día, los dos se habían hecho una cursilada de rosa roja con el tallo cubierto de alambre de espino con un tatuador colocado de Perth Amboy, Nueva Jersey,
a eso de las cuatro de la madrugada. Había sido una coña, pero no del todo. La rosa de Kris era una mancha difuminada y oxidada en la parte superior de su pecho izquierda, un patito feo comparado con aquel reluciente ser vivo que tenía Scottie en la pantorrilla.

—No recuerdo habérmelo hecho —dijo Scottie, y esbozó una sonrisa, aunque con una mirada de preocupación—. Me desperté hace un par de días y me dije: «¡Hostia puta!».

—¿Has vuelto a beber? —preguntó Kris, pero antes de que pudiera acabar la frase Scottie ya había empezado a negar con la cabeza.

—No, nunca, jamás —contestó—. Volví a rehabilitación este pasado invierno, pero no por eso. Quería centrarme, cargar las pilas, ¿sabes? No dejo de tener *flashes*… y dolores de cabeza, como si

hubiera perdido algo y no supiera el qué, ¿me sigues?

—Ay, Scottie Rocket. —Kris se inclinó hacia delante y le tocó la rodilla—. ¿Por qué no me llamaste? Habría venido.

—Sé por qué has venido hoy —le dijo Scottie.

—¿Ah, sí? —le preguntó Kris, devolviéndole la sonrisa.

—Te he invitado. En sueños.

—Ya te gustaría que soñara contigo —bromeó Kris con inquietud, y la sonrisa se le borró del rostro.

—Es la única forma segura de que nos comuniquemos sin que Terry nos oiga —insistió Scottie.

—¿Has visto que vuelve a salir de gira este verano? —preguntó Kris, intentando cambiar de tema—. Estaba pensando en ir a Los Ángeles y hablar con él, a intentar que nos pagara. A lo mejor ha cambiado y…

Se interrumpió porque Scottie se estaba riendo de ella, emitiendo una risita siseante, susurrada, con los ojos firmemente cerrados y meciéndose adelante y atrás en la silla de jardín como un bebé feliz.

—¿Qué pasa? —preguntó, avergonzada.

—Kris, ¿tú te crees que Terry va a permitir que te acer-ques a él?

—Sé que tuvimos nuestros problemas, pero ha pasado mu-cho tiempo y…

Scottie se puso en pie de un salto, se abalanzó hacia el otro extremo de la habitación y regresó con una caja llena de bolsas con cierre de cremallera. Extrajo una y se la lanzó a las manos. Dentro había un diminuto tubo de metal con dos cables en uno de los extremos y una lente de cristal en el otro.

—Eso estaba en mi pared —le dijo Scottie, antes de pasarle otra bolsa que contenía un circuito minúsculo—. Y eso, en el teléfono fijo. —Luego le alargó una bolsa con cierre de cremallera vacía—. Eso lo tenía dentro del móvil.

—Aquí no hay nada —contestó Kris.

—Es demasiado pequeño, no se ve a simple vista —le replicó Scottie, antes de sentarse y arrastrar la silla hasta casi tocar las rodillas de Kris—. ¿Sabes por qué estoy aquí abajo? Porque arriba están los televisores. Tres, y todos con acceso a internet. Le eché un ojo a la actividad y están rebotando paquetes de vídeo y audio a una dirección IP segura. Pero no puedo desconectarlos porque entonces sabrán que lo sé. Y si Terry supiera que lo sé, podría tomar medidas.

—¿Qué medidas? —preguntó Kris, nerviosa.

—Matarme, por ejemplo —respondió Scottie.

—No creo que… —comenzó Kris, aún con la esperanza de que aquello no fuera más que una broma muy elaborada.

—El Rey Ciego llevaba años dormido —continuó Scottie—. Y ahora se ha despertado. Y tú has aparecido. No puede ser casualidad.

Lo llama «gira de despedida», pero, por favor, todos vimos lo que pasó con KISS. Ha vuelto y va a seguir regresando hasta que el mundo entero sea como en la Montaña del Hierro Negro. O hasta que lo detengamos.

Kris había acudido a Scottie buscando consuelo, y no quería compadecerse de él, pero la Montaña del Hierro Negro no era más que una canción, los tipos malos de su tercer álbum, *Troglodyte*, y él estaba hablando de ellos como si fueran reales. Si era una broma, no tenía ni pizca de gracia. Si no era una broma, estaba bastante peor que ella. Hablaría con Angie. Volvería a casa, y regresaría de nuevo cuando estuviera en condiciones de gestionarlo. Apoyó las manos en los muslos y se aupó para levantarse, soportando el dolor de la rodilla izquierda.

—Tengo que irme —dijo—. Pero nos vemos pronto, ¿vale?

Scottie frunció el ceño y se ruborizó.

—Crees que estoy loco.

—No —mintió Kris—. Pero es evidente que no estás pasando por un buen momento. Ya volveremos a hablar a finales de semana.

—Pensaba que si alguien podía creerme serías tú —dijo Scottie—. Fuiste la primera que vio Black Iron Mountain. Por eso me colé en tus sueños anoche y te dije que vinieras.

—Anoche me tocaba currar —contestó Kris—. No soñé nada. Vamos a tomarnos un descanso. Nos vemos mañana.

A Scottie le temblaban las mejillas y la barbilla, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Kris se obligó a darse la vuelta y subir por la escalera. Había cometido un error. No debería haber venido.

A sus espaldas, Scottie comenzó a cantar:

—«You like drugs, you like brew. You won't believe what I can do».[3]

Kris se quedó paralizada. Volvió sobre sus talones y lo vio sentado en el suelo del sótano, conteniendo las lágrimas, y algo en sus adentros se deshizo. A ritmo, dijo:

—«Dead-end kids in the danger zone. —Luego, bajó la voz una octava—. All of you are drunk or stones».[4]

Scottie se rio. Kris estaba a punto de echarse a llorar. Se había reencontrado con su mejor amigo y estaba destrozado.

Justo después de que Dürt Würk grabara *All The Cremains*, habían hecho una gira desde Portland hasta San Diego y luego Texas. Seis semanas extenuantes metidos en la furgoneta. Primero escucharon sus cintas habituales, pero al final empezaron a rebuscar en el fondo de la caja de casetes y se enamoraron de algunas de las perlas más extrañas que encontraron. Una de ellas era el primer disco de las Runaways.

The Runaways eran un puñado de punkis adolescentes descaradas de los setenta con chupas de cuero negro y mallas elásticas. Kris había

comprado el disco en el instituto, cuando todavía estaba intentando dilucidar qué era lo que le gustaba. Más allá de «Cherry Bomb», con esa actitud malcriada y rebelde, resultó que no acabaron de gustarle demasiado las Runaways. Echó el casete a la caja de las cintas sin pensar. Terry la puso mientras atravesaban Nuevo México y la banda entera se obsesionó con «Dead End Justice», la épica canción de siete minutos que cerraba la cara B. Incluía un interludio poético y llegaba al clímax con una ópera *rock* tremendamente *camp* en la que Joan Jett y Cherie Currie interpretaban a dos chicas condenadas a ir a un reformatorio por haber cometido el crimen de molar demasiado.

La escucharon tantísimas veces que la letra se acabó convirtiendo en el idioma secreto de Dürt Würk. Cuando se presentaban en un bolo lleno de inquietantes *skins*, alguien gruñía: «Cielo, en el reformatorio ni cantas ni bailas». Cuando uno de ellos se despertaba en mitad de un trayecto nocturno y preguntaba: «¿Dónde estamos?», la respuesta era, inevitablemente: «You're in a cheap run-down teenage jail, that's where»[5].

Ahora, Scottie estaba sentado en una silla de jardín desgastada en un sótano que olía a sobaco, y entonó el verso que jamás citaban, porque siempre aguaba todas las fiestas.

—«On the planet sorrow, there is no tomorrow».[6]

Kris no sabía qué decir. El agua corría por las tuberías de las paredes. Los separaban veinte años, un montón de querellas y un accidente de coche de su mejor época. El camino de vuelta a casa era muy largo.

—Venga —dijo Kris, consciente de que Scottie necesitaba más su ayuda que ella la suya—. Vámonos de aquí. Es deprimente. Vamos al Gino's. ¿Cuándo fue la última vez que comiste en un italiano guarro?

—Sabía que no había encontrado todo lo que me había metido en las paredes —dijo Scottie, sacudiendo la cabeza—. Ya sabe que estás aquí.

Kris estaba desesperada por salir de allí, por volver a la luz del día, lejos de aquella cripta subterránea del *merchandising*.

—Venga, Scottie. Ya conduzco yo.

—Terry nos hizo algo, Kris —continuó Scottie—. Hay un agujero en el centro del mundo. Y dentro del agujero…

Kris conocía el resto de la letra, porque ella misma la había escrito para *Troglodyte* veintiún años atrás. En la mitología del *Troglodyte*, existe un agujero en el centro del mundo, y dentro de ese agujero se encuentra la Montaña del Hierro Negro, un imperio subterráneo de cavernas y mares de lava gobernado por el Rey Ciego que lo ve todo gracias a la ayuda del Ojo de las Cien Manos. En la base de la montaña hay una rueda. El Troglodita está atado a la rueda junto con otros millones de personas, que giran sin destino en círculos,

siempre vigilados por el Ojo de las Cien Manos.

En Dürt Würk no hablaban de esa mitología fuera de las letras que iban pasándose, ampliándola, construyendo capa sobre capa, añadiendo o eliminando detalles, contradiciéndose. Tenían la sensación de que era algo denso y vivo, como un cuento de hadas, como si hubiera existido antes de que cantaran sobre ello. El Troglodita estaba encadenado a la rueda y no podía ni soñar con escapar, porque no podía visualizar nada que no fuera la Montaña del Hierro Negro. Vivía en una prisión tan grande como el mundo.

—Terry es un gilipollas —dijo Kris—. Pero no puedes obsesionarte con él. Mira lo que me hizo a mí. Tú…

Una versión enlatada de una cierta canción la interrumpió. Kris reconoció la música y los muros se cernieron sobre ella. Era «Stand Strong», de Koffin.

—Lo siento —mascullo Scottie mientras abría la cremallera de la riñonera y sacaba el teléfono.

Fue entonces cuando Kris comprendió que algo no iba nada bien.

Scottie tenía el móvil envuelto en papel de plata. Lo desenvolvió con cuidado, dejó el papel de plata en el suelo y contestó.

—¿Hola? Ajá. Ajá.

Posó la mirada sobre Kris. Dejó caer los hombros y se quedó lívido.

—De acuerdo —dijo, y colgó. Colocó el móvil en el suelo, junto al papel de plata.

—Scottie, por favor. Vámonos de aquí.

Scottie volvió a abrir la riñonera, rebuscó en el interior como un canguro triste y sacó un pequeño dispositivo del color de una mina de lápiz y lo acunó entre las manos. Era una pistola.

—Lo siento, Kris. Terry me ha dicho que tengo que matarte.

OYENTE (desde el este de las Montañas Rocosas): …el programa de control mental Monarca dirigido por los iluminados. Invadieron mi vida y me convirtieron en una persona pilotada mediante técnicas de control psíquico. Manipulan a sus esclavos con determinadas longitudes de onda. Hay varias canciones de la radio que me ponen violento.

PAUL GIBSON: ¿Y qué pasa con los tiroteos en las escuelas? ¿Podrían ser asesinos MK Ultra dormidos que han ido activando?

OYENTE (desde el este de las Montañas Rocosas): Britney Spears es una versión alternativa programada de sí misma en fase beta, con una programación de esclava sexual felina. Es fácil ver la inteligencia alienígena en sus ojos en el *For the Record* de la MTV. Ya no es una persona real.

—KIXW-AM «Estados Unidos Resiste AM»
12 de mayo de 2019

Destroyer[1]

—Es inútil que te resistas —le dijo Scottie a la pistola que tenía en la mano—. Terry siempre consigue lo que se propone.

Kris notaba la garganta rebozada en algo seco y gomoso.

—El del teléfono no era Terry —croó.

—Era la Montaña del Hierro Negro —le explicó Scottie a su regazo—. Hablan con la misma voz. Tú misma la invocaste, Kris. En la época del *Troglodyte*. Hay un agujero en el centro del mundo, y dentro del agujero se encuentra la Montaña del Hierro Negro.

—No sabes lo que dices —le espetó Kris.

Kris siempre había dado por sentado que cuando se encontrara con un arma en la vida real se mantendría firme. Si un macarra le sacaba una pipa, le daría un golpe lateral en la muñeca y lo desarmaría, para luego apuntarle a la cara con su propia arma. Pero en ese instante, tenía las manos y los pies congelados y la boca entumecida, y todas esas humildes estrategias no resultaron ser más que quimeras.

—Te lo he apuntado —dijo Scottie, y sus ojos eran del color del arma—. Porque últimamente me cueste tener la mente despejada.

Scottie cerró con fuerza los ojos y torció el gesto en un grito sordo de dolor.

—Me han metido un campo de concentración en el cerebro —añadió.

Relajó el rostro, se levantó la pistola de los nudillos y se la colocó con torpeza sobre el regazo, antes de masajearse las sienes con las puntas de los dedos. Si Kris hubiera sido una luchadora, aquel habría sido el momento de echar hacia atrás la silla de jardín de una patada, inmovilizarlo y quitarle el arma. En vez de eso, decidió quedarse quieta y tratar de razonar con él, como una víctima.

—No necesitas el arma para nada, Scottie —articuló—. Somos amigos.

—Me encienden como a una radio —gimió—, y la canción no se detiene hasta que no cae alguien. No alcanzaré jamás la puerta azul, pero alguno de nosotros debe conseguirlo. ¿Sabes lo que es *Troglodyte*?

Abrió los ojos, recogió la pistola y esbozó una sonrisa.

—*Troglodyte* es una bala disparada desde el pasado. Creaste el arma que necesitábamos años antes de que supieras que la necesitaríamos. ¿Por qué a mí no se me ocurrirán ese tipo de cosas?

Kris era incapaz de dar con un plan. No podía pensar en nada más allá de aquel preciso instante. El cerebro se le cortocircuitó. En el piso de arriba, se oyeron pisadas en el suelo del salón y sintió el

impulso de pedir ayuda a gritos, pero cualquier ruido podría hacer que apretara el gatillo. Poco antes había notado la boca demasiado seca, pero ahora la tenía demasiado húmeda.

—Scottie, por favor —susurró Kris—. Lo que dices no tiene ningún sentido.

Scottie empezó a hurgar en la riñonera.

—Lo apunté todo —contestó—. Lo tengo aquí, en algún sitio.

Esta vez, Kris sí se movió. Dio un paso atrás, y otro, y otro más. Cuanto más se alejaba del arma, más se le despejaba la mente, y ahora sí tenía un plan. Necesitaba subir al piso de arriba y sacar a todo el mundo de la casa.

—Canceló el *Troglodyte* y lo enterró bien profundo —dijo Scottie, y alzó la vista. Kris se quedó inmóvil—. Y ahora solo somos cinco los que sabemos qué significa. Terry quiere ser el último. No puedes combatir contra algo cuyo nombre ignoras. Joder, te juro que lo tenía por aquí.

Se levantó de la silla de jardín y, por un instante, el arma apuntó directamente a Kris, el cañón, un agujero negro desco-munal que engulló el mundo por completo. Luego Scottie le dio la espalda, rebuscando entre los papeles que había junto a su cama. Kris cogió aire, le dio la espalda a Scottie y puso un pie en las escaleras, y sintió que aquello era lo más difícil que había hecho en la vida. Dio un paso, y luego el siguiente, y el siguiente. Las escaleras no crujieron, Scottie no se volvió y a los pocos segundos estaba ya en la parte superior, oculta. En silencio, giró el cerrojo, descorrió con cuidado la cadena y luego los dedos se le adormecieron.

El candado estaba cerrado a cal y canto.

Tiró de él con la esperanza de que se abriera como por arte de magia, pero resistía. En el otro lado de la puerta, oyó la banda sonora amortiguada de los dibujos que estaban viendo en el salón. Con la adrenalina por las nubes y las venas hasta los topes de abejas, miró hacia abajo y vio a Scottie al pie de la escalera, con la diminuta arma en su gigantesca zarpa.

—Lo he encontrado —anunció Scottie, mostrándole un sobre blanco. Entonces inclinó la cabeza—. ¿Adónde vas?

—Scottie —dijo Kris con voz frágil—. Por favor.

—Baja aquí.

—Por favor —suplicó Kris.

—¡Ahora mismo! —gritó él, abalanzándose hacia las escaleras.

Kris rogó y sacudió los brazos, pero él la agarró del cuello de la camiseta y la arrastró escaleras abajo.

—«My Master’s Eye»[2]—farfulló él mientras ella intentaba aferrarse a la pared—. «Beneath the Wheel.»[3]«Little Sounds from Underground.»[4]

Enumeraba las canciones de *Troglodyte* con una voz firme e indiferente. Bajo la grasa, aún conservaba los músculos del tipo que solía cargar con los amplificadores hasta el escenario todas las noches. Lanzó a Kris al suelo de cemento y se sentó en la silla de jardín antes de juguetear con el arma entre sus manos, sopesándola un momento antes de dejársela en el regazo.

—«Joan, I'm getting tired»[5]—dijo Scottie.

Kris se dio cuenta de que seguía citando «Dead End Justice» en un acto grotesco.

—«I've run out of fire»[6]—continuó.

Scottie y Kris se miraron fijamente. El sonido que se había quedado atrapado en la garganta de Kris escapó de la boca como un quejido.

—No puedo… —comenzó Scottie, y aspiró una bocanada de aire profunda y renqueante—. No puedo más.

Por su mirada, Kris supo que era su turno. No se veía capaz, pero no le quedaba otra opción. El que tenía la pistola era Scottie.

—«But Cherie —continuó Kris con voz ronca—, you must try harder»[7].

Scottie Rocket sonrió a través de la saliva y los mocos que le cubrían el rostro. Parecía aliviado de que por fin hubiera terminado un día muy largo.

—Vigila las furgonetas de UPS —le dijo.

—Scottie. Que ni se te ocurra.

—Me dijeron que debía matar a alguien —prosiguió—. Pero no me dijeron a quién.

En un ágil movimiento, se llevó el arma a la sien y apretó el gatillo.

El sonido más ensordecedor que Kris había oído en su vida hizo explotar todas las moléculas del aire a la vez, azotó los muros del sótano y le reactivó los acúfenos. Vislumbró el rojo más intenso que había visto jamás cruzando el aire y salpicando las cajas del *merchandising*, y luego cerró los ojos con fuerza y se cubrió la cabeza con las manos porque no quería ser testigo de aquello. La estancia se sumió de nuevo en el silencio, salvo por el incansable mi agudo que le gemía en el oído izquierdo. Oía algo húmedo que trataba de respirar. Resolló y luego se detuvo.

—¿Scott? —exclamó Angela desde el piso de arriba, con la voz amortiguada—. ¡Scott!

A través del quejido del oído izquierdo, Kris oyó cómo los golpes se convertían en porrazos, y luego en repiqueteos metálicos cuando Angela empezó a girar el pomo y a sacudir la puerta sobre los goznes. El candado. Necesitaba las llaves.

El repiqueteo continuó mientras Kris reptaba hacia el cuerpo de

su mejor amigo y le hurgaba en los bolsillos. Notó cómo la piel ya se le enfriaba a través de los tejanos cuando le sacó las llaves. Cuando se volvió para alejarse de allí, rozó con la mano algo blanco en el suelo y lo recogió también. El sobre de Scottie.

Gateando escalón a escalón, soportando un gran peso que la presionaba contra el suelo, se las apañó para llegar a la parte alta de las escaleras y abrir el candado. La puerta se abrió de golpe y Angela la empujó hacia atrás, pero Kris se agarró a ambos lados del marco de la puerta, se aupó y salió, obligando a Angela a regresar a la cocina y cerrando la puerta a sus espaldas.

—No bajes —le dijo.

Se quedaron inmóviles en la cocina soleada, Angela frente a Kris, Martin en el umbral, posando la mirada sobre su madre y aquella extraña mujer cubierta de polvo blanco y con manchas rojas en las manos.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Angela.

—Se ha… —empezó Kris, pero las palabras no le cabían en la boca—. Llama a emergencias.

—Martin, ve al salón y apaga la tele —ordenó Angela sin moverse ni apartar la mirada de Kris.

—¿Mamá? —preguntó él con voz temblorosa.

—¡Ahora mismo! —bramó.

Martin se marchó. Con la mirada aún clavada en Kris, Angela se acercó al teléfono de la pared y marcó tres números.

—Hola, soy Angela Borzek —dijo, y les dio su dirección despacio, con calma—. Tenemos un herido de bala, no sé qué ha pasado, pero necesitamos que envíen a la policía y una ambulancia lo antes posible.

Colgó.

—¿Estás segura? —le preguntó a Kris.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—Ah, que lo sientes —dijo Angela, y buscó algún lugar donde sentarse, pero estaba ciega y perdida, y se limitó a dar vueltas sobre sí misma.

Kris la cogió del brazo, con cuidado de tocarle solo la tela del suéter.

—Vamos.

Angela se desasió.

—Tengo que verlo.

Kris se interpuso en su camino.

—No. Ni se te ocurra.

Sonó el timbre con unos violentos tañidos, y las dos se quedaron paralizadas.

—¡Martin! —gritó Angela—. ¡Espérame!

Entraba en el salón cuando Martin respondió:

—No es la policía, mamá. Son los de UPS.

La puerta principal se abrió y el aire golpeó las paredes de la casa, como un chasquido seco, exactamente el mismo sonido que Kris había oído en el sótano.

—Un momento —le dijo Angela a alguien a quien Kris no podía ver.

Acto seguido, el ruido restalló de nuevo y Angela cayó de espaldas hacia la cocina, y el cráneo golpeó las baldosas del suelo con un sonido cercano al de un coco. Del ojo derecho le rezumaban un líquido oscuro que le corría por un lado del rostro.

Oyó unos pasos en el pasillo y Kris reculó, y, tras valorar la puerta del sótano, vio la entrada de la despensa y se escabulló hacia el interior antes de deslizar la puerta y cerrarla con firmeza. Se dejó caer al suelo y se abrazó las rodillas con fuerza. A través de los listones vio a dos hombres con los uniformes marrones de UPS cerniéndose sobre Angela. Kris pensó en Ursula, que debía de estar en algún lugar de la casa, poniéndose los pantalones cortos de fútbol, buscando sus espinilleras. Aquellos tipos no sabían que estaba en casa.

En el piso de arriba, se oyó cómo tiraban de la cadena.

Uno de los hombres salió de la cocina y Kris lo oyó subir por las escaleras. El ruido de la cadena cobró fuerza cuando la puerta del baño se abrió, y luego un chasquido fugaz cortó el aire y por la casa resonó un sonido similar al de un cesto de la ropa sucia cayendo al suelo.

Kris respiraba con la mayor cautela posible. No pensaba en nada más que en sobrevivir.

El primer tipo de UPS recorrió el perímetro de la cocina. Se detuvo en la puerta trasera, y luego delante de la despensa. Kris llegaba a verle los cordones marrones de los zapatos.

El otro hombre de UPS regresó a la cocina, el tipo de la despensa se volvió y juntos bajaron al piso de abajo. La cocina se sumió en el silenció. Kris percibió el olor de una cerilla apagada. Se oyeron pasos subiendo por las escaleras y uno de los hombres de UPS cruzó la cocina cargado con la caja de bolsas de Scottie. Kris lo oyó recorrer el pasillo y salir por la puerta principal.

Tenía que marcharse antes de que el otro volviera a subir. En silencio, descorrió de nuevo la puerta de la despensa sobre los carriles, salió y la cerró. El humo de un arma danzaba a la luz del sol. Angela estaba tumbada de espaldas, contemplando todavía el techo con un ojo, mientras el otro lloraba sobre las baldosas bajo su cabeza. Tenía el labio superior levantado, y dejaba al descubierto unos dientes ligeramente salidos.

El ruido de pasos que subían por las escaleras del sótano alentó a Kris a salir por la puerta trasera, hacia el aire cálido y el sonido lejano

de unos críos que jugaban a baloncesto. Rodeó el lateral de la casa, lejos de la furgoneta cuadrada marrón de UPS que había aparcada en el camino de acceso de Scottie. Otra furgoneta de UPS pasó de largo y el conductor aparcó frente a la casa antes de salir.

Kris alcanzó el coche de su padre y se puso en marcha antes siquiera de cerrar la puerta. Pasó por delante de la casa de Scottie, donde el conductor de UPS esperaba en el porche. Alzó la vista de la tableta y Kris aceleró.

Scottie tenía razón sobre las furgonetas de UPS. Pero ¿quién la creería? Nadie. ¿Adónde podría ir? A ninguna parte. Si se lo contaba a alguien, la culparían a ella. O algo por el estilo. No podía saberlo. ¿Qué más habría acertado Scottie? No era capaz de pensar. Lo que Scottie había hecho, lo que había sucedido en su casa, a su familia… Era como si una colosal montaña negra la oprimiera. Jamás podría escapar bajo su peso. Era demasiado. Lo único que sabía era que Scottie Rocket tenía razón. Terry iba a matarlos a todos.

DAVE EL METALERO: …e *Insect Narthex*[1]se aleja radicalmente de lo que has hecho hasta ahora. En este punto de tu carrera, te acercas más a Marilyn Manson, o a Trent Reznor.

TERRY HUNT: Ofrezco más espectáculo que Reznor, y soy más intenso que Manson, pero en el fondo lo que hago trasciende a todo género. Mis seguidores son algunos de los oyentes más inteligentes del mundo. Escuchan Metallica, escuchan Tool, escuchan a Wagner. Escuchan con lo que yo llamo «oído sincero».

DAVE EL METALERO: Entonces, ¿no consideras a Koffin una banda de *heavy metal*?

TERRY HUNT: Koffin canta sobre cosas reales, sobre los cambios sociales, sobre las emociones de verdad, sobre el 11 de septiembre. El *metal* es un gesto. Koffin es auténtico.

—90.7 WVUA, «La zona de combate»
8 de julio de 2004

Awaken the Guardian[1]

—Quédate quieta, putilla, y déjame que te pegue un tiro —exclamó Greg. Se disparó una escopeta y él dejó escapar una risita—. ¡Chúpamela!

Melanie había vuelto a casa después del trabajo, con las manos pegajosas de los margaritas que se habían derramado, y había encontrado a su novio donde solía estar, en mitad del sofá con los auriculares puestos y un mando de Xbox en las manos. Acostumbraba a sentarse con él cuando jugaba. A veces llevaba a su avatar a lugares de una belleza deslumbrante, y había noches en que deseaba tanto vivir en aquellos bosques de fantasía con sus motas doradas flotando en los haces de luz que le dolía el corazón. Pero ahora, y cada vez más, se dedicaba a dar vueltas por las mismas ruinas desiertas, atrapado dentro de alambradas, matando a otros jugadores a los que se refería como «zorras» y «putillas». A ella le sonaba demasiado a la vida real.

—Oye —le dijo, soltando el bolso—. Tenemos que hablar.

Greg silenció los auriculares.

—¿Estás rompiendo conmigo? —le preguntó.

—No —contestó, sorprendida.

—Vale, un momento —dijo, y activó de nuevo el micrófono.

Veinte minutos más tarde, se quitó los auriculares y dijo:

—¿Qué pasa, cielo?

Melanie se acercó y se sentó a su lado en el sofá, esforzándose por no arrugar la nariz cuando la tela expulsó un hedor a calcetín sudado, Cheetos y desodorante Axe. Compartía la casa con otros tres chicos. Las cosas que ella tenía allí las guardaba en un cesto de plástico para que el olor a hombre no se filtrara en su ropa.

—Mira. Sabes que no estoy pasando por un buen momento.

—Putos *boomers* —exclamó él—. Hoy he leído que la deuda pública es del 103 % del PIB. ¿Sabes cuál era el porcentaje en la época de los *boomers*? 35 %. Han arrasado con todo.

—Ya, bueno —dijo Melanie. Se habían conocido en una manifestación del movimiento Occupy, y cuanto más tiempo pasaba Greg sin un trabajo estable, más datos terribles descubría sobre los *boomers*—. Pero la geografía determina nuestros destinos, ¿no? Si queremos cambiar nuestras vidas y romper con la rutina, tenemos que mudarnos. ¿Conoces a Koffin?

Greg soltó una carcajada e hizo como si girara unos platos de pinchadiscos invisibles.

—Ñii-ñii-ñii. «Black latex! White girls! Around your neck! Drip

my pearls!».[2]

Acto seguido, procedió a hacer el robot mientras emitía unos terribles sonidos de música industrial.

—Esa canción fue muy lamentable —coincidió Melanie. La incluyeron en el disco de 2010 *9 Circles*[3]y era posiblemente una de las peores canciones que se habían escrito jamás. Ella optaba por ignorarla—. Pero para mí son muy importantes. Y son los que me inspiraron esta idea. Tocan en Las Vegas en junio, o sea, dentro de seis semanas. Puedo comprar las entradas. Vámonos para allá, al concierto.

—«White lady! Smoke curls! —continuó—. Black, black latex! For my white, white girls!».[4]

Melanie insistió.

—Y cuando nos marchemos, ya no vamos a volver.

Greg se calló al momento y se quedó mirándola unos instantes, desconcertado.

—¿Nos vamos a matar? —preguntó.

—Seguiremos conduciendo —dijo ella—. Hasta Los Ángeles. Las mismas mesas que sirvo aquí las puedo servir allí. Viviríamos lejos, en el Valle…

—El Valle es carísimo —la interrumpió Greg.

—Pues en Pasadena.

—Peor me lo pones.

—O en Covina. Donde sea. Menos aquí. Nos vamos y empezamos de cero. ¿Te apuntas?

Greg se reclinó sobre el respaldo del sofá y se tiró de los pantalones tipo cargo.

—Necesitamos dinero —contestó—. Aunque solo sea para la gasolina. ¿Cómo piensas pagar las deudas?

—Tenemos que intentar algo, lo que sea —dijo—. ¿Te acuerdas de Sheila Bartell? ¿La que fue reina del baile en mi último año? Pues acaba de morir de sobredosis. Y ya van trece personas de mi clase. Mi padre dice que hoy le ha dado un síncope por sobredosis a un chaval en el Walmart y que ha tirado al suelo una exposición de portátiles. Van a obligarlo
a pagar los ordenadores.

—Putos *boomers* —masculló Greg.

—Si no salimos ya de aquí, no nos iremos jamás —prosi-guió Melanie—. Este pueblo es un abismo que engulle a todo el mundo. Vamos a acabar despeñándonos por él.

—Ya, si yo te apoyo con lo que sea. Sabes que soy feminista y me flipa que te pongas rollo dura, pero tenemos que ser prácticos.

—Me meo en lo práctico —replicó ella—. Como nos quedemos aquí, estamos muertos. Da igual que sea de sobredosis o atropellados

por algún gilipollas que se haya chutado en un camión, o a lo mejor nos peta el corazón y el cerebro porque este es el peor sitio de los Estados Unidos y nos convertiremos en zombis. ¿Quieres llegar a los treinta años y no haber tenido ni una sola oportunidad?

—Vale, vale —contestó él—. Relájate. ¿Cómo piensas llevar a cabo ese plan maestro?

Y Melanie se lo contó. Trabajaría sin descanso y, con un objetivo en mente, podría hacer doble turno dos o tres veces por semana, quizá más. Cancelarían la suscripción de Netflix. Se cambiarían a planes de llamadas más baratos. Venderían parte de la ropa que tenían. Si eran espabilados, trabajaban duro y procuraban ser optimistas, podrían conseguirlo.

—Ya, total —dijo él—. Me apunto.

Se inclinó hacia delante, le cogió la mano y luego le agarró el pecho izquierda. Ella dio un salto atrás. Él se lo volvió a tocar.

—Te pones como una fiera y te brillan los ojos. Como a Selena Gómez.

Sabía que lo mejor era no impedírselo, mantener la calma, así que le dio un beso en la boca y le sabía a Doritos, y le rodeó el cuello con una mano. Tenía una etiqueta en la parte trasera de la camiseta, y trató de metérsela dentro del cuello.

—¡Ay! —exclamó él.

No era una etiqueta; lo tenía pegado en la piel. Él se apartó, pero Melanie lo agarró del hombro y echó un vistazo. Tenía una gasa adherida a la nuca.

—No me lo puedo creer —dijo ella—. Enséñamelo.

Greg se la arrancó. En la zona de piel afeitada y enrojecida de la nuca, reluciente por el ungüento antibacteriano, se veían las letras PV en fuente gótica.

—En tu vida vas a conseguir un trabajo con un «puta vida» tatuado en el cuello —le espetó ella—. Y se suponía que teníamos que ahorrar dinero.

—Los *boomer* no saben lo que significan las siglas —se defendió Greg, ruborizado—. Y el dinero también es mío.

La discusión se torció y acabó con los dos marchándose fuera de sí en direcciones opuestas. Melanie se fue a la habitación de él, por la que pagaba una parte del alquiler, de modo que, técnicamente, también era la suya. Él salió por la puerta principal, sin duda en dirección a la casa de Farmer Don a fumar maría.

A Melanie le sonó el teléfono y vio un mensaje de Hunter en una aplicación de citas.

HOLA, BOMBÓN, ESTABA PENSANDO EN TI

¿LE HAS DADO UNA VUELTA A LO QUE HABLAMOS EL OTRO DÍA?

Y luego estaba lo de Hunter. No le había hablado a Greg de él porque no había pasado nada, y tampoco tenía por qué saberlo para luego comerse el coco sin razón. No tenían una aventura, aunque ella le enviaba de vez en cuando alguna que otra foto picante, pero ¿y quién no lo hacía? Lo había conocido en Tinder un día que se había cabreado con Greg. En la foto de perfil se lo veía sin camiseta, bronceado, en la proa de una lancha motora con un pez enorme en las manos.

ME SABE MAL POR EL PEZ, le escribió ella.

LO DEVOLVÍ AL AGUA —le contestó Hunter—. TENÍA EL EGO SUBIDITO Y CHUPABA DEMASIADA CÁMARA.

En ese momento, no pudo evitar reírse entre los sollozos, y se pasaron toda esa noche hablando. Y el día siguiente. Vivía en Las Vegas y estaba metido en el mundillo del *crossfit*, era jugador profesional y tenía licencia inmobiliaria.

32 —escribió él—. PRIMER MILLÓN A LOS 35.

26 —contestó ella—. PRIMEROS MIL NUNCA.

ESO DEPENDE TI, le dijo él.

Luego le explicó que la geografía determinaba el destino. Si quería saber el salario máximo que podía llegar a ganar, solo tenía que calcular el sueldo medio de sus cinco amistades más cercanas. El resultado era ridículo. Hunter era listo y ambicioso, y no estaba poniéndole los cuernos a Greg porque no pensaba dejarlo. Hunter era más bien un amigo que la estaba ayudando a ser la mejor versión de sí misma, y de ahí que no hubiera ningún problema en seguir mensajeándose con él.

Se había ofrecido a venderle las entradas para el concierto de Koffin en Las Vegas. Había comprado dos de más como inversión, según le había dicho, así que le escribió…

QUIERO LAS ENTRADAS

Hunter le envió:

PARA MI CHICO Y PARA MÍ, escribió ella.

Hunter le envió:

QUIERO DARLE UNA VUELTA A MI VIDA, MUDARME ALLÍ, PASAR PÁGINA —escribió ella—. ESTAR MÁS CERCA DE TI.

ENVÍAME UNA FOTO SEXY —contestó él—. PARA COMPENSARME POR HABERME HERIDO LOS SENTIMIENTOS.

Ella sonrió y se levantó la camiseta. Era lo mínimo que podía hacer. Iba a ayudarlos a Greg y a ella a ver a Koffin y a huir de aquella trampa en que se había convertido su vida.

DEMARCOS: Un trágico tiroteo se ha saldado con cuatro víctimas en Allentown a última hora de la tarde y ha dejado a las autoridades con más preguntas que respuestas. Un vecino de la zona, Scott Borzek, ha disparado presuntamente a su mujer y a sus dos hijos, de quince y diecisiete años, antes de acabar con su vida con la misma arma. La policía afirma que Borzek, antiguo miembro de la ya difunta banda local Dürt Würk, tenía un historial de consumo excesivo de drogas y alcohol para lo que recientemente había buscado tratamiento. Un repartidor de UPS descubrió la escena del crimen cuando intentaba entregar un paquete. La policía buscaba todavía a un testigo sin identificar que podría aportarles detalles clave. Soy Rick Demarcos, Newsradio 790, Allentown.

—790 AM WAEB, «Noticias y tiempo en hora punta»
11 de mayo de 2019

Holy Diver[1]

Había sido la ira lo que había llevado a Kris a la casa de Scottie, pero luego había sido el miedo lo que la había tenido dando vueltas durante horas. Si Scottie estaba en lo cierto, Terry podía verle el móvil. Lo tenía metido en el correo electrónico. Estaba rastreándole el coche. En cuanto se detuviera, las furgonetas de UPS la rodearían y los conductores la ejecutarían.

El móvil le vibraba con las llamadas, y luego los mensajes, de Little Charles. Lo apagó y lo guardó en la guantera, ya tenían otra forma de encontrarla. No sabía qué hacer ni adónde ir hasta que encendió la radio y se enteró de cómo estaban manipulando la historia. Terry podía convertir un asesinato en un suicidio o un intento de asesinato en una disputa doméstica, podía robarle la música y ganar millones. Debía advertir a la banda.

Veinte minutos después de entrar en una biblioteca pública a las afueras de King of Prussia, y de espiar un poco por Google, Kris recorría las calles de la periferia de Filadelfia en busca de la entrada de Eaglecrest, una comunidad planificada que pagaba para no aparecer en Google Maps, porque la privacidad era una nueva señal de estatus. Allí vivía Tuck, y le había parecido un buen lugar por donde empezar.

Eaglecrest era una comunidad peatonal impecable y microgestionada llena de hermosos jardines verdes, espacios públicos, carriles bici debidamente señalizados y casoplones idénticos, sostenibles y respetuosos con el medio ambiente. Cuando aparcó delante de la casa de Tuck, perfecta en su grado máximo, con su jardín increíblemente verde, bajo unos cielos crepusculares de color rosa algodón de azúcar, Kris se sentía una intrusa, una leprosa vestida de negro portadora de unas malas noticias que nadie querría oír. Se bajó del coche y estuvo a punto de chocar con uno de los ciudadanos perfectos de Eaglecrest que en ese momento hacían *power walking* en grupo, quemando calorías al final del día. Su plan era dedicar unos minutos a despejar la mente antes de llamar a la puerta de Tuck, pero, al alzar la vista, se dio cuenta de que él ya la estaba observando.

Estaba en el garaje, con la puerta abierta y una nevera blanca en una mano y dos chalecos salvavidas amarillos en la otra. Una franja canosa le dividía la perilla en dos. Su polo azul eléctrico habría bastado para confeccionarle a Kris diez camisetas. Llevaba unos pantalones verde oliva descoloridos que le llegaban por los tobillos, que eran gruesos como troncos de árbol.

Kris sintió el impulso de regresar al coche y marcharse de allí,

pero ya era demasiado tarde. Tenía una misión y no podía retirarse a esas alturas. Con la mirada clavada en las Converse de Tuck, acortó la distancia que los separaba. Mientras se acercaba, él dejó en el suelo la nevera y los chalecos. Ella dejó de andar en el momento en que Tuck se cernía ya sobre ella, a unos pocos centímetros. Aún no había reaccionado, algo que ella interpretó como una buena señal. Dio un paso al frente con los brazos abiertos, buscando el abrazo.

Tuck saltó hacia atrás.

—Eh, eh, eh, eh —exclamó—. No puedes presentarte aquí sin más después de tanto tiempo, después de lo que hiciste. ¿Y me pides un abrazo? ¿Se te ha ido la olla?

Kris trató de decir algo, pero apenas emitió un sutil ruidito.

—Mira, yo no vivo en el pasado —continuó Tuck—. Ni sueño con el futuro. Me centro en el presente. Y en el presente, no te quiero en mi entrada.

—¿Ya no estás…? —comenzó ella.

—Sí —respondió él, recogiendo la nevera—. Pero han pasado muchos años y he conseguido perdonarte. El problema es que Lily está en casa y ella no lo ha superado tanto como yo. Como se entere de que estás aquí, te rajará el cuello y te tirará a una zanja, y yo no pienso impedírselo.

Kris recordaba el día en que había ido a visitar a Tuck al hospital y su padre no la había dejado entrar en la habitación. Recordaba el momento en que se había montado en el ascensor de vuelta a la primera planta y, de camino al aparcamiento, había oído unos pasos ágiles y nerviosos a sus espaldas y se había vuelto justo cuando, en aquel momento solo la novia de Tuck, todo huesos, tendones y dientes, le había arrojado un café frío del Dunkin' Donuts a la cara.

—Tenemos que hablar de Scottie.

—Ya he leído las noticias —contestó Tuck, abriéndose paso por el garaje atestado—. Iba a llamarte después de lavar los chalecos. Por teléfono, sin problema. Que estés aquí sí es un problema. Adiós.

Apretó el botón de cierre que había en la pared y la gigantesca puerta del garaje comenzó a descender. Kris se plantó en el umbral, el sensor la detectó, los engranajes chirriaron y la puerta retrocedió. Tuck volvió a golpear el botón, pero no pasó nada.

—No se me va a cerrar encima —dijo Kris—. Estoy delante de la célula fotoeléctrica.

—Hostia puta. Vete ya.

Kris lo siguió hacia el sombrío garaje.

—Scottie creía que todos corríamos peligro —dijo Kris—. Creía que Terry podía intentar hacernos daño. Creía que Terry nos está espiando.

—A mí me suena a lo que diría un tío que acaba de matar a su

familia —replicó Tuck.

—Tienes que leer esto —dijo Kris, y le alargó la nota de Scottie —. Es lo último que escribió.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Tuck.

—Me la ha dado él mismo —contestó Kris.

En los ojos de Tuck se percibió un atisbo de lucidez.

—Tú eres el testigo sin identificar —susurró—. Está todo el mundo buscándote.

Kris decidió poner todas las cartas sobre la mesa de golpe.

—Se ha pegado un tiro. Alguien lo ha llamado, un secuaz de Terry, y estaba viviendo en el sótano, y yo estaba allí abajo con él y se ha pegado un tiro, pero él no ha matado a su familia.

—Joder, Kris —dijo Tuck—. No me hagas esto.

—¡Yo estaba allí! —exclamó Kris—. Tu familia corre peligro.

—Scottie se drogaba.

—Scottie llevaba sobrio desde la rehabilitación.

—A lo mejor eso es lo que él decía… —comenzó Tuck

—Vale. Tú sigue limpiando la neverita y yo te leo la nota.

Por primera vez, a Tuck se le cayó la máscara y una sombra de terror le cubrió la mirada. Hizo ademán de quitarle la nota. Kris reculó para alejarla de él. Tuck dio un paso al frente y la obligó a retroceder.

—Kris —leyó, retrocediendo a una gran velocidad, y chocó de espaldas contra un transportín—. Siento mucho lo que me haya obligado a hacer…

—Por favor —dijo Tuck, y se detuvo—. No sigas. Déjame… déjame que vaya a buscar las gafas de cerca.

Tuck se puso las gafas de leer y se acercó a la puerta abierta del garaje, aprovechando la última luz rosada del crepúsculo. A esas alturas, Kris ya había memorizado la nota y la reprodujo mentalmente mientras Tuck leía para sus adentros.

Kris:

Siento mucho lo que me haya obligado a hacer. No soy lo bastante fuerte como para resistirme, pero tú sí, y por eso escribo esta carta. Me paso el día exhausto. Pensaba que estaba tomándome una medicación para las alergias y paroxetina para el trastorno del pánico, pero me equivocaba. Dejé de tomarlas hace dos meses y medio, pero ya es demasiado tarde para mí.

Terry me metió algo en la cabeza por si volvías a contactar conmigo. Observa todo lo que hacemos a través de los televisores y los móviles. Quiere asegurarse de que no despertamos.

Me está pasando algo. Echo la vista al cielo y me veo en lugares a los

que no recuerdo haber ido. Creo que tengo algo oscuro viviendo en las entrañas. Pero no creo que solo me pase a mí. Creo que nos afecta a todos.

¿Te parece que he perdido la chaveta? Ese es su objetivo. Pero pregúntate una cosa: ¿por qué no nos acordamos de la noche del contrato? Pregúntaselo a Tuck y a Bill. Estoy convencido de que ellos tampoco se acuerdan. ¿Y tú? Nada ha vuelto a ser igual desde entonces. ¿Qué nos ha pasado? ¿Qué nos hizo el Rey Ciego?

Encontrarás las respuestas en TROGLODYTE. *Están ahí. No quiero anotarlas porque no estoy seguro de que mis pensamientos sean solo míos. Pero la Montaña del Hierro Negro es la conspiración que hay tras la conspiración. Nos observan a través de los ojos de Terry. Nos hacen correr en círculos. Nos obligan a hacernos daño.*

Confía en TROGLODYTE. *Todos estamos en el punto de mira. La Montaña del Hierro Negro tratará de detenernos. Pero el* metal *no morirá jamás. El* metal *no tira la toalla. No se rinde. El* metal *nos cuenta la verdad sobre el mundo.*

Nunca me has abandonado, Kris. Nunca me has defraudado. No me queda nadie más. Sigue portando la llama.

Te quiero.

Scottie Rocket

Tuck bajó la nota y se quitó las gafas. Con ellas aún en la mano, se apretó el puente de la nariz y cerró los ojos.

—No tenía ni idea de que la cosa estuviera tan mal —dijo al fin, frotándose los ojos con la palma de la mano—. ¿Tú sabías algo?

—No lo veía desde que entró en rehabilitación —contestó Kris—, pero hoy he estado en su casa y he visto lo que ha pasado, y tenemos que alertar a Bill antes de que la historia se repita.

—¿Estás colocada? —Tuck levantó la voz, pero entonces se cohibió y volvió a bajarla—. Eres la última persona que llevaría a ver a Bill.

—¡Acabas de leer la nota! —exclamó Kris—. ¡Nos está pasando algo malo!

Tuck esbozó un gesto impasible y cerró la puerta del garaje. Mientras descendía entre repiqueteos, aislándolos del flujo interminable de gente feliz que pasaba por delante con sus camisetas de lululemon y pantalones de yoga negros, Kris siguió compartiendo con él los detalles.

—Han sido los de UPS —dijo, y en cuanto pronunció las palabras se dio cuenta de lo desquiciada que parecía—. O sea, obviamente no los de UPS, sino unos tipos vestidos como repartidores de UPS. Después de que Scottie se suicidara, Angela, su mujer, llamó a emergencias. Pero los repartidores falsos de UPS se presentaron en la puerta y la mataron a ella y a los críos.

—Kris.

—Yo me escondí en la despensa, y luego hui —continuó—. Pero me vieron y ahora me están buscando. Tenemos que alertar a Bill.

—Kris —repitió Tuck.

—Tuck, está pasando algo, y yo no lo entiendo, y tú no lo entiendes, pero ¿cómo es posible que no nos acordemos de la noche del contrato? ¿Por qué me he olvidado por completo de una noche entera? ¿Por qué creía Scottie que corríamos peligro? Debemos buscar a Bill, asegurarnos de que está a salvo, y alejarte a ti de tu familia. ¿Y si eres un peligro para ellos? ¿Y si te hacen lo mismo que a Scottie?

—¡Kris! —bramó Tuck.

Entonces Kris se calló.

—Déjame que haga una llamada telefónica. Pero que conste que sigo pensando que se te ha ido la cabeza. Espérame aquí.

Abrió la puerta blanca de la pared blanca del garaje y entró en la casa. El aire acondicionado se escapó del interior y le envolvió los tobillos a Kris. Una música lejana se deslizó por la puerta en aquella indolente y pacífica tarde de domingo. Entonces reconoció el ritmo: «Stand Strong», de Koffin.

Lo primero que hizo fue inclinarse hacia la puerta cerrada del garaje, convencida de que aún no era demasiado tarde para salir y marcharse de allí, pero poco después puso un pie en los escalones de ladrillo que conducían hacia el interior de la casa, y luego en las baldosas del pasillo apenas iluminado. Aquella era la canción que Scottie Rocket había escuchado en el móvil antes de sacar el arma, y eso fue lo que atrajo a Kris. Si Tuck se había ido a buscar un arma, lo mejor era enfrentarse a él directamente.

El sutil susurro del aire acondicionado central la arropó en unas nubes frescas y dulces. El oscuro pasillo terminaba en una cocina luminosa y moderna. Kris acababa de dejar atrás la isla cuando oyó un ruido humano a sus espaldas. Se dio la vuelta. Lily estaba en la encimera opuesta, con una tabla de cortar y un montón de zanahorias delante.

Tenía el rostro tenso y la boca cerrada con firmeza. En los ojos le vio los mismos cantos ásperos que Kris recordaba del hospital. Sostenía una macheta con la mano derecha a un lado del cuerpo, y tenía los nudillos pálidos.

Dio un paso al frente. Kris dio un paso atrás y se chocó de culo contra la encimera.

—¿Se puede saber qué coño haces en mi casa? —preguntó Lily, apuntando a Kris con la macheta.

—He venido a protegeros —contestó Kris.

—Sal de aquí ahora mismo. ¡Ya! —exclamó Lily, acercándose a Kris.

Entonces Tuck entró en la cocina y se interpuso entre las dos.

—¡Oye, eh, calma! Lily, suelta el cuchillo. Kris ya se iba.

—No pienso irme —replicó Kris—. ¡Sin ti no me voy a ningún lado! Tienes que alejarte de tu familia. No dejo de oír esa canción de Koffin por todas partes.

—Pero ¿de qué cojones está hablando? —gritó Lily.

Dos chavales a punto de entrar en la adolescencia y una cría de seis años observaban a los adultos desde el salón, atraídos allí por el jaleo. Al ver a los niños, Kris perdió los nervios. Vio a Martin en el suelo con el agujero en el pecho, la boca colgando, Ursula en el piso de arriba, a medio salir del baño con el uniforme del equipo de fútbol. Angela tumbada en el suelo de la cocina, con un ojo clavado en el techo.

—Tenemos que irnos ahora mismo —le dijo a Tuck.

—Espera un momento, Kris. —Tuck se interponía entre las dos mujeres con los brazos abiertos—. Un segundo. Mira, acabo de hablar con Bill por teléfono, y me ha dicho que vayamos a verlo. Puedes dormir en el coche, o en un hotel, me da igual, y mañana por la mañana iremos para allá.

—Tú no te vas a meter en ningún coche que conduzca esta mujer —le ordenó Lily.

—Ya conduzco yo —dijo Tuck—. ¿Te parece bien, Kris? Venga, vete ya.

—Nos vamos ahora mismo —insistió Kris—. No vamos a esperar a mañana. En cualquier momento alguien va a llamar a la puerta y aparecerán los de UPS. O te llamarán y no podrás controlarte. Mira a tu alrededor. ¿Ves a tu familia? ¡Pues yo miro alrededor y solo veo a un montón de posibles víctimas!

Los niños habían seguido la conversación desde el salón, y la pequeña de seis años había empezado a gimotear.

—Papá —dijo uno de los chicos—, ¿qué pasa con UPS?

—¡A callar todo el mundo! —intentó Tuck.

—¡Que tiene un cuchillo, Tuck! —exclamó Kris—. Estaba sonando Koffin en la radio. La canción es el desencadenante. Todos corremos peligro.

—Relájate —dijo Tuck—. Nadie quiere hacerte daño…

—¡Yo sí! —respondió Lily.

—¡Cállate! —gritó Tuck—. Vale, nos vamos esta noche. ¿Contenta? Le doy de comer a mi familia y nos vamos luego. Lily, nos iremos en una hora. Kris, tú vete a esperar al coche hasta que esté listo. Y no hay debate posible.

Kris se sentó en el coche y observó por la ventana delantera a la familia de Tuck mientras cenaban. Intentó convencerse de que así eran las familias, escandalosas e inquietas, peleándose con el que se había

pasado comiendo demasiado puré de patatas y por ver quién podía acabarse los palitos de pollo. De que no se parecían a Angela, Martin y Ursula.

Tuck tardó una eternidad en estar listo, y Lily no dejó de vigilarlos desde la ventana de la habitación. Kris no perdía de vistas la calle. Incluso a oscuras, los del *power walking* seguían con su alegre ruta hacia ninguna parte, con rostros idénticos que observaban a Kris, con los mismos gestos de buenas noches, mientras Tuck cargaba aperitivos para el viaje, botellas de agua, cargadores de móvil y dos maletas. Kris solo llevaba la Huesos y la guitarra.

Cuando finalmente se montaron en el coche, Kris estaba que se subía por las paredes mientras Tuck se preparaba y comprobaba el móvil, el asiento, la radio por satélite, los retrovisores...

Para distraerse, Kris le preguntó:

—Y a todo esto, ¿dónde está Bill?

—¿Bill? —repitió Tuck—. Sigue viviendo en la Casa de la Bruja.

—¿Y tú cómo lo sabes? —dijo Kris, perpleja.

—Nos enviamos postales de Navidad —contestó Tuck.

—A mí no me ha llegado nunca ninguna —dijo Kris.

—¿Por qué iba Bill a escribirte? Yo te he perdonado, pero Bill… Aquí está de parte de Lily. No le caes bien a nadie, Kris.

Poco después se echaron a la carretera. Y Kris recordó la noche en que se había cargado al grupo.

DÜRT WÜRK

All That Cremains Talentosos supervivientes de clase obrera y dueños de la carretera, los Dürt Würk —de «trabajo sucio», como el que pueda hacer un sepulturero— parecen vivir en la cafetera de segunda mano que tienen por furgoneta, lo que significa que han renunciado a cosas como ducharse o lavarse los dientes, y la portada de su nuevo disco autopublicado, *All That Cremains*, es fea como un zapato ortopédico. Pero ¿qué era lo que me decía mi madre? No juzgues un libro por su portada, y eso es lo que demuestran estos certerísimos lanzadores de *riffs* que, por sí mismos, se han ganado un lugar en la escena alternativa gracias al sólido *power metal* que están ofreciendo a tan complicado público como el de las antiguas colonias (¿qué os parece si pasáis por aquí, chicos?). Casi sería perdonable que estuvierais a punto de tirar la toalla después de soportar la basura manida que es «Keep on Digging», la desacertada exhibición del batería, Bill Cameron, y la olvidable vuelta a los 80 que supone «Reaper's Harvest». Pero los tres últimos temas rozan la genialidad: «Chained to the Wheel», «Troglodyte Rising» y «Blinded by Darkness» rozan peligrosamente la grandilocuencia gótica, pero se corrigen en el último momento y muestran la prometedora voz de Terry Hunt y las líneas de bajo orgánicas de Tuck Merryweather, mientras que la sólida guitarra solista de la atractiva Kris Pulaski y los solos electrizantes de Scottie Rocket chocan de la mejor forma posible. Con una mejor producción, tendrían mayor difusión y podríamos escucharlos mucho más.

—Nick Sharman, revista *Kerrang!*
15 de febrero de 1996

From Enslavement to Obliteration[1]

En la Casa de la Bruja siempre estaba lloviendo. La encontraron un verano cuando estaban de gira y necesitaban un lugar cerca del Medio Oeste donde guardar el equipo y cobijarse un par de noches entre concierto y concierto. Era una ruina de dos plantas hecha de listones de madera podrida hundidos contra una chimenea de cemento, oculta en las profundidades de un bosque que crecía entre dos colinas de Kentucky y por la que pedían 140 $ al mes. Los árboles estaban prácticamente pegados a los muros, de modo que siempre había humedad. Incluso en lo más crudo del invierno, la casa olía a moho, y el camino de tierra que conectaba con la carretera estaba casi todo cubierto de barro.

Después de aquello, acudían allí todos los veranos a componer, ensayar, beber cerveza, hacerles agujeros a las paredes y a guardar su equipo en el gélido sótano con candado donde ensayaban. Aquel verano habían ido allí a grabar *Troglodyte*, y habían resultado ser los dos mejores meses de la vida de Kris. Luego, cuando saltó por los aires lo de la gira de Slayer, fueron también allí a despedir a Terry.

Su nuevo representante, Rob Anthony, había conseguido que los aceptaran como teloneros de la etapa noreste de su última gira. En ese momento, Dürt Würk tenía sus seguidores, pero no eran una banda ni de grandes bares ni de pequeños locales. Telonear a Slayer los acercaba a dar el gran salto, y con *Troglodyte* en la recámara, se sentían preparados. El plan era que Rob llevara a los representantes de una discográfica para que los escucharan. Irían atraídos por las entradas gratuitas para ver a Slayer, y escucharían a Dürt Würk en el proceso. Si les interesaba, la banda ya tenía un disco listo para salir a la luz.

Nadie había previsto lo de Terry. Habían tardado muchos años en llegar a ese punto, pero él apenas necesitó una semana para hacerlo volar todo por los aires.

Durante la gira de Slayer durmieron en hoteles, no en la furgoneta. En el *backstage* había comida de verdad y bebidas que no fueran cerveza Rolling Rock. Pero Terry no había parado de vituperar a Tom Araya y Kerry King, acusándolos de haberse vendido y afirmando en las entrevistas que el próximo álbum de Slayer sería de rap. Se pasó tantísimo de la raya que el representante de gira de Slayer exigió al final que se disculpara. En lugar de limar asperezas, Terry destrozó su habitación de hotel y desapareció. El representante estaba esperándolos cuando se presentaron en el recinto aquella noche, preparados para que Tuck se encargara de la voz. Les dijo que

estaban fuera de la gira y que Powerhole los sustituiría. Después de pagar por los daños de la habitación de Terry, solo les quedaban 700 $ de la comisión.

Nadie comprendía por qué Terry lo había echado todo por la borda. Nadie sabía dónde estaba. Sin nada mejor que hacer, se dirigieron a la Casa de la Bruja a recomponerse. Bill conducía aturdido, Tuck y Scottie dormitaban en la parte trasera y Kris iba en el asiento del copiloto, hipnotizada por la lluvia y el zumbido de los limpiaparabrisas. Eran las cuatro de la tarde, pero el resto de los coches habían encendido ya los faros. Bill se detuvo antes de salir de la carretera de dos carriles y meter la furgoneta por la pista fangosa que conducía a la Casa de la Bruja. Los faros apenabas iluminaban la negrura impenetrable cuando emprendieron el trayecto digno de una casa del terror a través del túnel de árboles empapados y emergieron en el claro de la Casa de la Bruja. El Porsche 911 azul oscuro de Rob Anthony estaba aparcado en la parte delantera. Nadie dijo ni una sola palabra.

Salieron corriendo bajo el aguacero en dirección a la puerta e irrumpieron en la cocina. El aire estaba tan cargado con el hedor a moqueta húmeda y podrida que Kris sintió náuseas. El interior de la Casa de la Bruja era como una mazmorra de los setenta, llena de humedades y madera putrefacta. Las puertas brillaban por su ausencia, reemplazadas por cortinas de cuentas y trapos teñidos a mano. La moqueta era un mar de sangre de un carmesí chillón que iba de pared a pared, atravesaba las habitaciones y se derramaba por las escaleras, hasta cubrir la totalidad de la primera planta. No había centímetro que no estuviera quemado por pavesas de cigarrillo o mostrara manchas de humedad.

Sin embargo, aquella tarde la sombría cocina estaba inundada por la cálida y acogedora luz de las velas. La nevera de playa tamaño ataúd que utilizaban como nevera normal estaba abierta de par en par, llena de hielo y champán. Todas las superficies del salón estaban cubiertas de velas negras, como si alguien estuviera a punto de grabar un vídeo musical cutre. Terry y Rob Anthony estaban sentados en el sofá de terciopelo verde destrozado, sonriendo como si fueran los mejores amigos del mundo. Rob, para variar, estaba esculpido a partir de pura miel y rayos de sol. Frente a él, ordenados sobre la mesilla auxiliar que había rescatado de un contendor, había cinco contratos. Relucían en el ambiente lóbrego, y eran claramente lo más limpio de la estancia.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Kris.

Terry esbozó una sonrisa.

—Eso es nuestro futuro.

—Dürt Würk está muerto —anunció Rob Anthony, antes de

ponerse en pie y levantar una botella de champán—. Larga vida a Koffin.

Dicho eso, descorchó la botella.

—Nos dejaste tirados —dijo Tuck—. Nos jodiste el concierto y te piraste. ¿Y qué cojones es Koffin?

—Lo tenéis todo en los contratos, Tuck —le explicó Rob, esbozando una sonrisa cegadora.

—¿Qué pone en los contratos? —preguntó Bill. Acto seguido, señaló a Terry—. Estás despedido. Hemos decidido echarte.

A Terry pareció hacerle gracia.

—Bienvenidos a nuestro gran momento —dijo—. Le comes el coco al cabeza de cartel y lo manipulas para que hagan un concierto pobre y nosotros quedemos mejor frente a los representantes.

—Eso no tiene ningún sentido —replicó Tuck—. ¿Hasta qué punto estás colocado en este preciso momento?

—Chicos, chicos, chicos —los interrumpió Rob, ocupando un lugar entre Terry, en el sofá, y el resto de la banda—. No nos peleemos por el pasado. Vamos a abrirnos un espumoso, esnifarnos unas cuantas rayas y darle la bienvenida a vuestro futuro.

—Ha conseguido que nos echaran de la gira más gorda de nuestras vidas —exclamó Bill—. Tenemos una crisis.

—¿Sabíais que el carácter chino de «crisis» es el mismo que el de «oportunidad»? —preguntó Rob—. Me lo contó una chavala oriental con la que estuve viviendo. Estuve a punto de tatuármelo en la muñeca porque la idea me pareció poderosísima. Ella acabó suicidándose y yo estuve un tiempo por los suelos, de verdad, pero luego empecé a salir con Neve Campbell, en la época en que estaba rodando *Party of Five*. ¿Lo veis? No hay nada que sea bueno o malo *per se*, todo es cuestión de perspectiva.

Slayer os despidió porque su representante se sintió amenazado por el potencial que percibía en Dürt Würk —continuó Rob—. Porque fue lo mismo que yo sentí en esta banda. Y por eso doblo mi inversión. Pero Dürt Würk no acaba de despegar, es un callejón sin salida, y por eso vais a convertiros en Koffin. He contratado a diseñadores para que os propongan un *look* totalmente nuevo, y voy a traeros maquilladores y encargados de vestuario para que montemos un espectáculo en condiciones. Interscope ya me ha hecho una oferta.

Lo último que quería Kris era tocar el champán de Rob, pero necesitaba algo, así que levantó la botella de la mesa y se bebió la mitad. La banda se diseminó por alféizares de ventanas y sillas plegables.

—Sabía que os gustaría. —Rob sonrió—. Es un contrato de cinco años, tres discos.

—*Troglodyte* y otros dos más —contestó Bill—. No está mal.

—*Troglodyte* se vuelve al subsuelo —dijo Rob—. Que no se me malinterprete, era una carta de presentación fantástica, pero las cartas de presentación abren puertas, no mueven multitudes. Y eso no quita que tengáis que estar orgullosos, ¿vale?, nada de caras largas. Os ha dado lo que necesitáis para componer vuestro primer disco de verdad.

Kris notaba cómo se le acumulaba la ira en la cabeza. *Troglodyte* no era una carta de presentación, era toda su vida volcada en nueve canciones (diez, en realidad, pero Terry había dejado fuera «The Door with Cerulean Hue»[2]de la mezcla final por razones que aún la ponían de mala hostia). Las había sacado de su diario, de su vida, forjadas a partir de ideas, melodías y fragmentos que llevaban años flotando en el oscuro océano de su mente. No podía imaginarse escribiendo otro disco después de *Troglodyte*. Era su obra maestra.

—Sé lo que estás pensando —le dijo Rob a Kris—. Pero *Troglodyte* no es ninguna obra maestra. Deberías haber visto las caras de los ingenieros cuando lo mezclamos en Los Ángeles. Fue un desastre absoluto. Pero ¿vuestro siguiente disco como Koffin? Tenemos a Das Jacks buscando algunos *riffs* cañeros, y Terry tiene algunas ideas de nueva generación para las letras. Koffin va a sonar en todas las emisoras.

Bill alzó la vista. Ya se había leído la mitad del contrato.

—Quiero que mi abogado le eche un vistazo a esto —anunció.

—Mariquita —le espetó Terry desde el sofá.

—Estoy más que dispuesto a responder a todas vuestras preguntas.

La sonrisa de Rob relucía en la penumbra.

—Bueno, pero de todos modos quiero que mi abogado lo repase —insistió Bill.

Terry se levantó de golpe del sofá.

—Rob ha estado un mes revisándolo con sus abogados —gritó—. Me tenéis hasta los cojones. O firmáis esta noche o ya podéis iros a la mierda.

—¡Que no puedo! —exclamó Bill.

—¿Sabéis el tiempo que llevo aguantando esta mierda? —continuó Terry—. ¡A todos vosotros! ¿Dónde está la zanahoria? Llevo diez años viendo solo el palo. ¡Estoy harto de esperar!

—Aquí pone que podéis echarnos en cualquier momento —dijo Bill—. Eres el propietario de la marca y los demás no somos más que mercenarios.

—Os ofrezco un sitio en la mesa —contestó Terry—. Que ni se os ocurra odiarme por ser más listo, coño.

—Y te quedas con los derechos de publicación —prosiguió Bill con voz gélida, señalando otra cláusula—. Y los derechos del nombre. Los demás recibiríamos un salario en vez de *royalties*. ¿Cómo cojones

quieres que firme esto?

—Porque el nombre es mío —se defendió Terry—. Porque fui yo quien registró los derechos de publicación. No pongáis esas caras. Os he dado una parte justa en base a las conclusiones a las que hemos llegado Rob y yo tras evaluar vuestra contribución?

—¿Que habéis evaluado nuestra contribución? —bramó Scottie, plantándose delante de Terry, a apenas unos centímetros de su rostro —. ¿Y eso cuándo cojones lo habéis hecho?

—Vamos a bajar un poco el tono… —comenzó Rob.

Scottie Rocket agarró la silla plegable y se la arrojó a Rob, que la esquivó justo a tiempo. Dos de las patas atravesaron la pared barata de láminas de pino y allí se quedó suspendida.

—Oye —dijo Kris.

No había despegado los labios hasta entonces, de modo que en un primer momento nadie la oyó. Luego se puso en pie y, más alto, repitió:

—¡Oye, Terry!

Él se volvió hacia ella. Scottie se calló.

—¿A qué te refieres con lo de que Koffin va a sonar en todas las emisoras? ¿Qué piensas cambiar? ¿En qué se diferencia de Dürt Würk?

—Perdimos el tren del *grunge* porque no estábamos preparados —contestó Terry—. Nos creímos mejor que nuestro público. Y no vamos a cometer el mismo error dos veces. Koffin es un grupo de *nu metal.*

El sonido más perceptible de la estancia era la vela que titilaba con la fría corriente que gemía por debajo de una de las ventanas.

El *nu metal* era *metal* ligero, la moda del momento que estaba llevando a los grupos *hardcore* a gozar de un éxito de masas a costa de su dignidad. Las bandas que hasta entonces habían cantado con guturales se habían pasado al rap. Las potentes líneas de bajo habían dado paso a un *funk* discotequero. Lo más importante era la marca, el alcance, la accesibilidad, los comportamientos impostados, conseguir mover a la masa de chavales blancos desde el foso hasta tu puesto de *merchandising* para que te compraran fundas de cerveza de Limp Bizkit a 20 $ y pañuelos de Korn a 30 $.

—El *nu metal* no habla de nada —dijo Kris—. Los críos del *nu metal* son una panda de lloricas sin futuro con gorras de béisbol puestas al revés. Todas las canciones trataban sobre el niñato que llora en su habitación porque su novia no le hace los bocadillos igual que su mamaíta.

—¿Es que alguien puede de verdad decir lo que es bueno y lo que es malo? —preguntó Rob—. Un grupo es un negocio, y tenéis que empezar a pensar como empresarios. El *nu metal* mueve masas.

—Si hubiera querido meterme en el mundo empresarial, me habría buscado un curro —contestó Kris.

—Por una vez en tu vida, deja de ser siempre tan tozuda, cojones —le espetó Terry—. Estás puteando a todos los demás.

—Que le den al *nu metal* —exclamó Scottie—. Si voy a seguir tocando *heavy*, paso de esa mierda para bebés lloricas. Yo lo que quiero son dragones y mierdas por el estilo, coño.

—¿Sabéis dónde están los de Slipknot ahora mismo? —preguntó Rob—. En Malibú, grabando su primer disco con una discográfica de las gordas.

Scottie echó a correr hacia su silla para arrancarla de la pared y lanzársela otra vez a Rob. Tuck lo retuvo.

—¡No me puedo creer que ese gilipollas nos esté hablando de Slipknot! —gritó Scottie, forcejeando con Tuck.

—Este «gilipollas» va a hacernos ricos —dijo Terry—. Y no te metas con Slipknot, joder. Los de la Warner les han dado un anticipo de medio millón de dólares.

—Y llevan máscaras de Halloween —añadió Kris.

—Es su estilo —replicó Terry.

—Porque se avergüenzan de cómo tocan —dijo Kris.

—Son el futuro del *metal* —dijo Terry—. Y tienen su punto de vista.

—*Troglodyte* es un punto de vista —respondió Kris—. Pretendes convertirnos en Korn.

—No me seas esnob —le espetó Terry—. *Follow the Leader* debutó en el número uno. Korn se dedica a volar por el país con un puto jet. No quiero pasarme la vida comiendo patatas y durmiendo en la mierda de furgoneta del grupo.

—Que le jodan al *nu metal* —repitió Scottie, y se marchó atropelladamente de la cocina.

Lo oyeron darle una patada a la nevera, gruñir y luego levantarla, y una montaña de hielo se precipitó hacia el suelo. Oyeron las botellas rodando por el linóleo. Tuck se dejó caer en el sofá con pesadez, como un buda taciturno y triste, y empezó a liarse un cigarrillo.

—Necesitamos un enfoque nuevo —dijo Terry—. Por si no os habéis dado cuenta, no vamos precisamente rápido. Han pasado diez años. ¡Diez años! Es que me cabreo solo de decirlo. Tenemos suerte de que alguien del calibre de Rob nos dedique su tiempo.

—Agradezco la oportunidad de canalizar vuestro talento —contestó Rob.

—¡Que alguien le calle la boca, coño! —gritó Scottie desde la cocina.

—Mira, tío, yo firmo esta mierda con tal de tener un poco de paz y tranquilidad —dijo Tuck.

Rob levantó las manos.

—¿Qué decís el resto? Terry se ha esforzado muchísimo. Lo

tendríais que haber visto con los abogados. Ha luchado con uñas y dientes por cuidaros lo máximo posible. Me recordó que sí, te puedes comprar un Porsche, o un Lamborghini, o incluso un Hummer carísimo, pero la amistad siempre va primero. ¿Por qué no apoyáis a vuestro amigo?

—¡Porque nos está tomando el pelo! —gritó Kris.

Pasó junto a Rob de camino a la cocina y estuvo a punto de caerse de culo sobre el hielo. Recogió dos botellas de champán y se marchó de la casa. Ni de puta coña aguantaría allí sentada lo que estaba pasando. Se adentró hacia la oscuridad empapada del bosque, vaciando las botellas de champán por mucho que supiera que al día siguiente se levantaría con dolor de cabeza. ¿Dónde estaban los abogados? No era justo. ¿En qué momento se había convertido Terry en el propietario de todo?

Deambuló durante horas, emborrachándose y cabreándose cada vez más. Después de eso, tenía la noche plagada de lagunas, pero recordaba haber lanzado las botellas vacías contra un árbol y haberse llevado una gran decepción al ver que no se habían roto. Recordaba el frío que hacía, incluso con la Huesos puesta. Recordaba haber vuelto a la Casa de la Bruja. Ni de coña firmarían aquella noche. Si el acuerdo era legal, enseñárselo a un abogado no le haría daño a nadie. Su hermano pequeño era abogado de la industria del entretenimiento, seguro que tenía contactos. O ya encontraría a alguien que le echara un ojo en Allentown. O en Filadelfia.

La casa estaba en silencio. No había nadie en el salón. Los contratos estaban alineados sobre la mesilla auxiliar, todos firmados salvo el suyo. Se dirigió al recibidor y vio que la puerta azul del sótano estaba abierta. Bajó las escaleras.

En el sótano estaban todos menos Rob y Terry. Allí tenía una laguna en la memoria, tal vez provocada por el champán, pero recordaba el pánico que le sobrevino de pronto, consciente de que debía sacarlos de allí en aquel mismo instante. Tuck estaba dormido en un sofá húmedo, Bill se había despatarrado sobre un puf a medio hinchar y Scottie estaba tumbado en un colchón de aire desinflado junto a la pared. Por razones que no era capaz de comprender, Kris pensó que estaban muertos. Recorrió el sótano dándoles bofetadas para que se despertaran. Tenía que sacarlos de allí.

Se acordaba de las bofetadas que le había dado a Tuck en las mejillas rollizas, de sacudirle el hombro a Scottie con las Doc Martens, de gritar: «¡Eh, Bill!». El pánico le corría por la sangre. Debía alejarlos de la Casa de la Bruja. Fue improvisando a medida que les gritaba, frustrada por que no se despertaran lo suficientemente rápido.

—¡Terry se ha llevado los contratos! —mintió, agarrándose a un clavo ardiendo—. Tenemos que llegar al aeropuerto antes de que se

vaya con Rob.

Estaban aturdidos, borrachos y colocados, pero ella acabó por contagiarles su pánico. La obedecieron porque no paraba de gritar, de tirarles de la ropa, de empujarlos, y los arrastró hasta el piso de arriba y hacia el exterior de la Casa de la Bruja.

—Oye —dijo Scottie—. El Porsche de Rob sigue aquí.

Kris lo ignoró, lo agarró de la muñeca y tiró de él hacia la furgoneta de la banda. Llovía a cántaros cuando cerró las puertas traseras con violencia. Cuando tocó la manija de la puerta del conductor, mientras la lluvia caía con fuerza sobre las hojas, se dio cuenta de lo borracha que estaba, y la parte espabilada pensó: «Esto no es buena idea».

Luego abrió la puerta y estuvo a punto de darse en la nariz. El resto no eran más que *flashes* y cortes, como ver un espectáculo a través de luces estroboscópicas. Girar la llave, arrancar el motor, el grupo quejándose en la fría oscuridad que la rodeaba. La furgoneta echándose al camino, con la parte trasera resbalando en el barro, saltando entre los árboles, Kris aterrorizada por si acabaría empotrándose contra un árbol antes de acordarse de encender las luces, agarrada al volante, con los nudillos fríos y doloridos. Qué alivio sintió al pisar el asfaltado, pisar el acelerador y Tuck a su lado, completamente colocado, soltando un «hostia», y ella viendo de reojo cómo se apoyaba en el salpicadero. Y mirar de nuevo a través del parabrisas, hacia los faros de aquella furgoneta de UPS.

OYENTE: …los océanos ya no tienen vuelta atrás, no hay agua en un treinta por ciento de los países habitados, los servicios de mapeo del ADN han codificado el cincuenta y un por ciento de las secuencias genéticas de nuestra población, la agencia de emergencias acaba de comprar 30.000 bolsas para cadáveres, la CIA ha aumentado en siete mil millones de dólares el presupuesto de las operaciones especiales, hace meses que vivimos tiroteos de falsa bandera todas las semanas. Estamos en un punto de inflexión. Algo se avecina.

RUTH MOORE: ¿Qué se avecina, querido oyente? ¿Hola? ¿Sigues ahí?

—1030 AM «Noticias cerebrotrónicas»
13 de mayo de 2019

Countdown to Extinction[1]

Kris se despertó de repente con la cabeza apoyada en la ventana del copiloto del Chevrolet Equinox blanco de Tuck. Era de noche.

—¿Has tenido una pesadilla? —le preguntó Tuck desde el asiento del conductor.

Kris asintió.

—Me alegro —dijo Tuck.

Kris observaba las vallas publicitarias de Koffin que iban dejando atrás. Había una nueva después de todas las salidas, porque ningún conductor escapaba de las ofertas comerciales del Rey Ciego. Era agotador ver la cara de Terry una y otra vez anunciando que se habían vendido todas las entradas de los conciertos, que habría paquetes de pago para verlo en casa, que Atlantis lo estrenaría en algunos cines. A su alrededor discurría un flujo constante de coches y camiones con adhesivos de una K gótica pegados en las ventanas traseras.

Un dron les pasó por encima, a unos sesenta metros por encima de la autopista. Kris se quedó mirándolo hasta que las luces se convirtieron en una mota y desapareció en la noche.

—Un dron de tráfico —comentó Tuck.

Terry disponía de incontables maneras de rastrearlos. GPS, Waze, Google Maps, helicópteros de tráfico, peajes, cámaras en salpicaderos. Ya daba igual. Tal vez Terry supiera adónde se dirigían, pero ya era demasiado tarde para detenerlos y, aunque se sentía inquieta por ver a Bill, a las siete de la mañana, los miembros supervivientes de Dürt Würk volverían a reunirse de nuevo.

Virginia Occidental era como una casa encantada. Las tiendas de alimentación estaban a oscuras, las cafeterías vacías los contemplaban a través de ventanas blancas, las granjas derrumbadas junto a la autopista parecían dientes podridos. En las vallas publicitarias se anunciaban teléfonos de atención para adictos a los opioides, servicios de consolidación de la deuda y alquileres de coches para quien tuviera unos ingresos mensuales asegurados del Gobierno. Los coches fueron ganando óxido y los hombres llevaban aún más ropa de camuflaje, y la carretera comenzó a descender y a serpentear a través de las colinas.

Finalmente, Kris no pudo contenerse más.

—¿Qué crees que me dirá Bill cuando me vea? —preguntó.

Tuck se acomodó en el asiento y respondió con diplomacia.

—Estoy seguro de que Bill ha superado lo que pasó la noche del contrato —dijo—. Igual que los demás.

—Si es que pasó en realidad —contestó Kris—. Scottie me dijo

que no nos fiáramos de nuestros recuerdos.

—A Scottie también se le fue la olla y se cargó a su familia —dijo Tuck, y Kris tuvo que morderse la lengua para no empezar a discutir —. Si tienes dudas sobre si lo de la noche del contrato ocurrió o no, te puedo enseñar mis cicatrices.

Kris echó la vista por la ventana mientras hablaba porque, de repente, el SUV le parecía un espacio cerrado y diminuto.

—Solía hacer puzles con mi madre de vez en cuando —dijo—. Nunca me imaginé que ese acabara siendo mi plan de los viernes por la noche, pero a ella le gustaba. ¿Has hecho alguno?

—Conozco el concepto —respondió Tuck.

—Siempre hay un momento en que sabes que hay una pieza que encaja en un agujero concreto —continuó Kris—. Es la única que cuadra, pero no entra. De modo que la giras, y le das la vuelta, y la fuerzas, y piensas, bueno, a lo mejor la han cortado mal en la fábrica, quizá sea defectuosa. Y sigues con otras partes del puzle, pero no puedes dejar de obsesionarte con la pieza que no encajaba. Eso es para mí la noche del contrato. No me encaja.

—Kris, teníamos un grupo —dijo Tuck—, no éramos los Superamigos. Fumábamos hierba, bebíamos vino y tocábamos en conciertos. Y la cosa terminó, y no precisamente bien. Pero pasamos página. Todos menos tú.

—Si Terry pasó página, ¿por qué Scottie está muerto? —preguntó Kris.

—Terry ya no tiene nada que ver con Dürt Würk —contestó Tuck, acercándose al volante para removerse en el asiento—. Y ahora está montado en el dólar. ¿Cómo va a importarle lo que nos traigamos entre manos? Cobramos y nos separamos. Fin.

—Con *Troglodyte* nos habríamos ganado a todo el mundo —dijo Kris—. Solo teníamos que esperar un poco. Estábamos muy cerca. ¿Por qué nos lo impidió?

—¿Tienes algún tipo de calendario al que yo no tengo acceso? —preguntó Tuck—. ¿Cuándo estaba previsto que lo petáramos? Esperas un día, y otro, y otro, y de repente te ves con cincuenta tacos y ¿qué has conseguido? Nada.

Kris cambió de tema.

—¿Qué pasó cuando me fui de la casa? —preguntó—. La noche del contrato, digo.

—No tengo claro que esta conversación sea productiva —dijo Tuck.

—¿En serio te da igual? ¿En serio eres capaz de afirmar que aquella noche no quedó nada pendiente? ¿Que no hay nada que te huela mal?

Condujeron en silencio un rato. Kris tuvo la sensación de que

Tuck estaba pensando, así que optó por no decirle nada. Ni siquiera se movió. Al cabo de un par de kilómetros, Tuck se removió y dijo:

—Hicimos lo mismo que haría cualquier otra banda después de firmar un contrato gordo. Lo celebramos. —Se humedeció los labios—. Te perdiste un champán de los buenos. Lo siguiente que recuerdo es que estábamos en el sótano y tú empezaste a darme bofetones y a decirnos que nos teníamos que ir.

Kris vio pasar otra valla publicitaria de Koffin a las afueras de Star City y recordó los noventa segundos más vívidos de su vida. Los faros cegadores de la furgoneta de UPS. El ruido sordo de un estallido metálico. La violencia que resistió su cuerpo y que no ha vuelto a sufrir desde entonces. Recordaba todos y cada uno de los giros mientras la furgoneta se salía de la carretera, dos vueltas enteras de campana y media más antes de empotrarse contra el árbol, el estómago revuelto, el vómito que le salía por la nariz. Los golpes repetidos de cabeza que se dio contra el techo de la furgoneta. Los sonidos de carne húmeda que producían los demás, en la parte trasera, al rebotar contra las paredes. La furgoneta aterrizando sobre el techo y el parabrisas reventándole en los ojos, y luego ese momento de absoluto silencio antes de que Bill comenzara a chillar en la noche, con una voz aguda e inalterable, como la de un animal moribundo.

—Sigo sin saber por qué vinisteis todos conmigo —dijo ella.

Hablaban ya más bajo, con más sinceridad. Ninguno de los dos intentaba impresionar al otro.

—Todos nos sentíamos un poco culpables de haber firmado sin ti —se sinceró Tuck—. En aquella época todos respetábamos tu talento, incluso Terry. Porque, vamos a ver, todas las canciones de *Troglodyte* fueron idea tuya. Y entonces empezaste a gritarnos y a decirnos que nos íbamos, y supongo que ninguno tuvo el valor de discutírtelo. Ojalá nos hubiéramos negado.

Por inercia, Tuck se alejó el cinturón del pecho y estuvo jugueteando con él. En el silencio que siguió, Kris verbalizó lo que le había estado rondando por la cabeza desde que se había despertado.

—¿Qué hora crees que era? —preguntó.

Tuck se apretó el labio inferior entre el pulgar y el índice.

—Ni idea —contestó—. Cuando te fuiste al bosque debían de ser las siete o las ocho. Estuvimos celebrándolo hasta la medianoche, caímos rendidos poco después. Volviste, nos despertaste y nos metimos en el coche.

—Encontré una copia del informe del accidente —continuó Kris—. Con las cosas del seguro. Ponía que enviaron la ambulancia a las 4:14 de la madrugada.

—Me cuadra —dijo Tuck.

Kris tomó aire, procurando no mirarlo.

—Pongamos que me pasé cuatro horas deambulando por el bosque con dos botellas de champán —dijo—. Pongamos que os desperté a medianoche, o incluso a la una. ¿Tardamos tres horas en recorrer cuatrocientos metros?

—Esa es la hora a la que enviaron la ambulancia —contestó Tuck —. A lo mejor estuvimos parados un buen rato.

—El conductor de UPS pidió ayuda por radio justo después del accidente.

—Ve al grano —dijo Tuck.

—Las piezas no encajan —respondió Kris—. ¿Estuve cinco horas caminando por el bosque? ¿Y luego condujimos cuatro horas y apenas habíamos entrado en la carretera? Me fui de la casa a las siete y volví a medianoche, ¿qué sentido tiene que la furgoneta contra la que chocamos avisara a emergencias a las cuatro?

—Estábamos borrachos y colocados —dijo Tuck—. ¿Te has olvidado de ese detalle?

—No estábamos tan borrachos ni tan colocados. Faltan horas, Tuck. ¿No has leído la nota de Scottie?

—Sí, y ojalá no la hubiera leído.

—¿Qué nos pasó esa noche? —preguntó Kris, acelerada—. ¿Qué ocurrió en esas cuatro o cinco horas? Terry nos hizo algo. Nos manipuló los recuerdos.

Estaba empezando a amanecer. Aparecieron más coches por el otro carril, en dirección contraria.

—¿Piensas presentarte ante Bill con estas conspiranoias? —le preguntó Tuck—. ¿Después de lo que le hiciste? Kris, te suplico que te guardes las teorías sobre abducciones de extraterrestres hasta que haya tenido tiempo de procesar lo de Scott.

—Scottie no mató a su familia. —Kris se inclinó hacia delante, con la correa del cinturón hundiéndosele en el pecho—. Y nos faltan horas de nuestras vidas. ¿No quieres saber qué sucedió?

—Íbamos puestos y éramos unos críos inconscientes que no deberían haberse montado en un vehículo a motor —le espetó Tuck—. Eso es lo que sucedió. —Se alejó de ella y apoyó el hombro en la ventana, sacudiendo la cabeza—. Sabía que estabas loca, pero esto ya es demasiado.

Se cambiaron en Huntington para que Tuck pudiera dormir un rato mientras Kris conducía, y luego se plantaron en Kentucky, con el sol de la mañana asomando por las colinas. Se habían perdido. Había demasiados carriles cerrados, demasiados árboles talados, demasiados puntos de referencia eliminados. Dieron media vuelta, se equivocaron de salida y pararon dos veces para consultar el móvil de Tuck.

Finalmente, tomaron una curva de la carretera y vieron una línea de pinos en la cima de una montaña que les resultó familiar. Kris salió

de la autopista de dos carriles hacia un camino de tierra lleno de baches. Giraron por donde siempre, y poco después Kris pisó el freno y se detuvieron frente a una gigantesca puerta de madera blanca flanqueada por dos pilares de piedra.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella, y notó cómo se le revolvía el estómago otra vez.

La puerta trazó un semicírculo impecable y profesional hacia el interior hasta dejar al descubierto un sendero de gravilla blanca que serpenteaba entre los árboles.

—No sé si estoy preparada para esto —dijo Kris, con un mono angustiado farfullándole en el pecho.

El sendero crujía bajo el SUV de Tuck. El oscuro bosque empapado que Kris recordaba había pasado por el quirófano. Lo que antes había sido un espacio agreste y húmedo mostraba ahora un aspecto rústico, arreglado. Dejaron atrás jardines de meditación situados entre los árboles, y comenzaron a ver carteles que rezaban CRUCE DE CABALLOS junto al camino. Al final, el sendero de grava blanca culminaba en un círculo perfecto que discurría en torno a una escultura abstracta en forma de V hecha con dos troncos irregulares golpeados por un rayo. Kris rodeó el círculo y paró el coche, empujó la palanca de cambios a la posición de aparcamiento y allí, frente a ellos, se alzaba la Casa de la Bruja.

Era un edificio brillante y lustroso cuya madera relucía por el encerado. Ya no se tambaleaba, se erguía completamente recta, y habían reemplazado la antigua chimenea resquebrajada de hormigón por una chimenea rústica de cuento de hadas inglés hecha de ladrillos artesanos. Donde antes se alzaban paredes adustas de madera mohosa, ahora dividían el espacio cubos y rectángulos de cristal en ángulos imposibles, que formaban terrazas interiores, claraboyas y soláriums. Una rampa de madera descendía desde la entrada principal, se extendía sobre el césped y terminaba en la tarima elevada que había junto a ellos.

Sentado en uno de los extremos de la tarima los esperaba, en su silla de ruedas, Bill.

RUSS STARLIN: …y yo lo que digo es: «verteré copiosas lágrimas cuando deporten al rebaño del Señor», Jeremías, 13:17. Destruyen nuestra individualidad, destruyen nuestro libre albedrío, destruyen nuestra personalidad y la sustituyen por las suyas. Tenemos una llamada de J. D.

OYENTE: Russ, piensa una cosa. Dicen que tienes que estar «en forma», que tienes que estar «sobrio», y luego te meten en programas que en realidad son campamentos en los que te lavan el cerebro. Alcohólicos Anónimos. Narcóticos Anónimos. Lo único anónimo son las élites globales que utilizan esos campamentos para fabricar asesinos controlados por la mente, como en el MK Ultra.

—WWCR Radio de onda corta, «Russ Starlin, políticamente incorrecto»
13 de mayo de 2019

High ‘n’ dry[1]

Kris se bajó del coche y cruzó miradas con Bill por primera vez en veinte años. Unas profundas arrugas le surcaban el rostro desde la nariz hasta las comisuras de la boca. El azul de los ojos se le había diluido. Tenía el pelo rubio áspero y canoso, y un gesto impasible.

Con dos breves movimientos de brazos, Bill mandó la silla rodando hacia el borde de la tarima. Los dos se quedaron frente a frente.

—Bill… —comenzó Kris.

Bill se inclinó hacia delante, con la mirada clavada en la de ella, y Kris recordó aquel largo grito descarnado en la noche que creía que no terminaría jamás.

—Lo siento, Bill —dijo de una sentada—. Debería haber vuelto antes. No debería haber conducido. Debería haber…

Él levantó los brazos y le acunó el rostro en sus manos.

—«Blondie, you’re gonna be here until you’re eighteen, so get used to it».[2]

Al oírlo citar «Dead End Justice» se le derritió algo en las entrañas que no sabía que estuviera congelado. En un gran aleteo negro, algo gigantesco huyó de la jaula que tenía en el pecho y se marchó volando. Scottie Rocket estaba muerto, pero al menos los tres supervivientes se habían reunido al fin. Por primera vez en seis años, Kris tenía la sensación de que tal vez todo acabaría bien. Se precipitó hacia delante y rodeó los hombros de Bill con los brazos, y los dos se abrazaron mientras Kris lloraba.

Al cabo de un minuto, Bill se desasió del abrazo y Kris aprovechó la oportunidad para echarse a un lado y secarse la nariz y los ojos en la manga. Bill le apartó a Tuck la manaza y le dio otro abrazo.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó, antes de soltar una carcajada—. ¿Y qué más da? ¿Qué os parece esta pocilga? Le he hecho algunos cambios.

Bill hizo un gesto con la mano y apareció una muchacha blanca de pómulos afilados y gruesas rastas, seguida de dos asistentes, con un aspecto sano casi ofensivo, vestidos con camisas y pantalones de lino blanco. Uno de ellos se acercó a Kris y el otro, a Tuck, y les ofrecieron sendas toallas de mano calientes. Kris percibió un aroma a citronela mientras se limpiaba las manos.

—¿Cuándo te has hecho tan rico? —preguntó ella.

—Os doy la bienvenida al Manantial del Bosque, una comunidad holística donde rompemos cadenas y reconstruimos vidas. —Ante el gesto desconcertado de Kris, añadió—: Somos un centro de

rehabilitación de lujo para yonquis con pasta.

—¿Tantos hay? —preguntó Kris.

—No se nos acaban —respondió Bill—. Y les sale el dinero por las orejas.

Otro asistente apareció con dos maltrechas copas de plata sobre una bandeja de pizarra.

—Probad esto —dijo Bill.

La copa irradiaba un frío gélido que le entumeció los dedos a Kris. El agua temblaba como el mercurio y olía extraño, con un punto mineral. Descendió por su garganta el agua más pura que había probado en la vida, acre y fría, como lanzarse hacia una poza sin fondo de las montañas. Notó cómo su cuerpo recuperaba la vitalidad.

—¿Qué es esto? —musitó con fascinación.

—He visto a personas alcohólicas desde hacía treinta años, que no le habían dicho una palabra sobria y amable a otro ser humano en toda su vida adulta, beber de esa agua, arrodillarse y romper a llorar —contestó Bill, mientras el asistente se llevaba la copa de Kris.

—Hostia —exclamó Kris—. El manantial… ¿El pozo?

—Por eso somos famosos —dijo Bill con una sonrisa—. No el del sótano, ese hace tiempo que se secó. Pero encontramos la fuente y la aprovechamos. El gobierno insistió en analizarla, y no encontraron ni una sola bacteria, nada de sodio, hierro, nitratos ni sulfatos. Es el agua potable más pura del estado.

Kris recordaba el pozo del sótano. Había apartado la tapa de madera contrachapada una noche que buscaba un lugar donde escribir, y no la habían vuelto a poner. Era tan profundo que era imposible ver el fondo con una linterna, pero siempre se oía el rugir del oscuro océano que discurría por las profundidades de la tierra. Mientras escribía *Troglodyte*, Kris se sentaba junto al viejo pozo durante horas, escuchando el mar secreto que gorgoteaba en el subsuelo al mismo tiempo que la historia del Troglodita, el Rey Ciego y la Montaña del Hierro Negro se materializaban sobre las páginas de su diario. A veces todavía oía el agua en sueños.

—Iba de camino a la sauna —dijo Bill—. Os enseñaré dónde podéis cambiaros y luego nos vemos en la parte de atrás y podemos estar un rato sudando toxinas mientras me explicáis qué cojones está pasando.

—¿A qué te refieres? —preguntó Tuck.

—Joder. ¿La gira de Terry? ¿Lo de Scott? ¿Lo de que Kris se haya presentado en tu casa? Han pasado veinte años, ¿y ahora todo esto ocurre de golpe? No creo en las casualidades. El universo siempre tiene un plan. Nuestro deber es interpretarlo.

Acto seguido, hizo girar la silla y rodó hacia las puertas de cristal que conducían hacia la Casa de la Bruja. La joven de las rastas le abrió

la puerta y se echó a un lado.

—Gracias, Miranda —dijo Bill, y los demás lo siguieron adentro.

La antigua cocina era ahora un centro de bienvenida que parecía más bien el interior de una sauna sueca. La pestilencia de la vieja moqueta había dejado paso a un aroma de sándalo e incienso. La luz se colaba a través de una descomunal claraboya y unos altavoces ocultos emitían música *new age*.

—¿Cómo es que nos estabas esperando? —le preguntó Kris mientras seguían la silla de ruedas.

—Os he visto saliendo de la autopista —respondió Bill—. Y luego os he observado con más detalle cuando habéis parado en la puerta. Que no os engañe el aspecto de cuento de hadas de este sitio, tengo cámaras por todas partes. La tercera vez que un adicto le pide a su asistente personal que le cuele en el recinto un *pollo* de cocaína con un dron entiendes que debes saber todo lo que ocurre en cada centímetro de tu propiedad.

Cuando atravesaron el salón trasero, Kris paró en seco, y Tuck hizo lo propio. Algo no encajaba, y Kris cayó en la cuenta de que se encontraban en la sala donde solía estar la puerta azul, la que podían cerrar con llave, la que bajaba al sótano donde almacenaban el equipo, ensayaban y grabaron *Troglodyte*. Pero en la pared no había nada.

Kris pasó las manos por la superficie, pero no halló ninguna irregularidad que delatara el lugar que había ocupado la puerta azul.

—Ya lo sé. Se hace raro, ¿eh? Pero es que el sótano no dejaba de inundarse, así que mandé que lo taparan hace años. Y luego lo tapiamos definitivamente.

—Es como una metáfora —añadió Tuck.

—¿Eh? Ah, vale, ya lo pillo. Lo que antes era una puerta ahora es un muro. Como que no puedes volver a tus raíces. Creo que es algo que, a estas alturas, hemos comprendido todos.

—Menos Kris, creo yo —dijo Tuck, y reemprendieron la marcha.

Miranda acompañó a Kris a una estancia pequeña llena de taquillas sin cerradura y tres lavamanos tallados a partir de un único bloque de granito. Se cambió de ropa, se puso un suave albornoz de lino sin tratar y cogió una toalla. Acto seguido, subió por una ligera rampa y salió por una sencilla puerta de madera hacia un reino propio de un cuento de hadas.

Desde el mirador podía verse el recinto entero. Caminos de madera serpenteaban y se adentraban en el bosque, rodeaban los árboles y envolvían los troncos. La espesura estaba salpicada de anejos que brillaban como un puñado de joyas diseminadas y de tamaños dispares, desde una gran cabina de teléfono a una gigantesca cabaña de cristal a medio enterrar. Todo estaba iluminado como en un

decorado, donde las luces enterradas y las lámparas ocultas guiaban la mirada de un detalle a otro con una arquitectura bellamente equilibrada. Kris no creía que aquello hubiera sido obra de excavadoras y albañiles, sino más bien de elfos y conjuros mágicos.

—Menudo cambio, ¿eh? —dijo Bill, colocándose a su lado.

—No puedo creer que sea el mismo sitio —suspiró Kris.

El mirador tembló y cedió bajo el peso de Tuck, que salió tapado con una gran prenda blanca.

—Ni una palabra —amenazó.

El sol pintó las copas de los árboles de un verde esmeralda mientras el aire de la mañana adquiría tonos dorados. Kris esperaba que de un momento a otro empezara a sonar música de *El señor de los anillos* y aparecieran elfos deambulando por el bosque y empezaran a bailar sobre la hierba.

—Vamos a calentarnos un poco —dijo Bill, y un asistente abrió la puerta de una cúpula de adobe.

Bill se levantó de la silla y un asistente lo ayudó a entrar. Kris y Tuck agacharon la cabeza y lo siguieron. Unos apliques empotrados proyectaban un fulgor dorado sobre una estancia acogedora, no claustrofóbica. Se sentaron sobre unas gradas de madera talladas con maestría, ensambladas en espiga y clavijas de madera, sin un solo clavo de metal a la vista.

Otro asistente se agachó para entrar con un cubo lleno de piedras calientes y las amontonó en un ajado brasero de bronce en el centro de la habitación. Tuck se sentó junto a la puerta, pero era tan gigantesco que le costó horrores acomodarse. Bill se sentó frente a Kris, al otro lado del foso de piedras. Los pelillos de la nariz se le erizaron por el calor. Sabía que, si inhalaba profundamente, le arderían los pulmones.

El trajín cesó y los asistentes se retiraron, cerraron la puerta y los dejaron solos, a los tres, en la penumbra. La sauna amortiguaba el sonido. Los poros de Kris abrieron las bocas y vomitaron sudor sobre su caja torácica, la clavícula y las corvas. Le sudaban hasta los codos.

—Bueno, ¿qué, chavales? —dijo Bill—. Me tenéis en ascuas. ¿Qué pasa?

Las piedras crepitaron y se asentaron. La habitación se calentó aún más.

—Le dejo las explicaciones a Kris —contestó Tuck.

—Cuando Scottie murió, yo estaba en su casa.

Le contó lo de Scottie Rocket, lo del arma y el suicidio, y vaciló antes de hablarle a Bill de la nota, los repartidores de UPS, los micrófonos y Terry. Bill la escuchó atentamente, y luego dejó escapar una larga bocanada de aire, estiró una toalla a sus espaldas y se tumbó.

—Voy a tener que meditarlo —dijo—. Y os recomiendo que hagáis lo mismo. Luego nos aseamos, comemos algo y sopesamos nuestras opciones.

Cerró los ojos y la habitación se sumió en el silencio. Kris trató de establecer contacto visual con Tuck, pero había cerrado los ojos y el pecho reluciente le subía y bajaba a un ritmo lento. Posó la mirada sobre el montón de rocas que descansaban en el cuenco del centro de la estancia.

Su larga pesadilla había comenzado después del accidente. A la mañana siguiente, Terry no se había presentado en el hospital, sino que se había limitado a enviar a Rob Anthony, junto con otros dos abogados jóvenes, y un grueso contrato. Hallaron a Kris en la sala para familiares, donde esperaba a que la informaran sobre si sus amigos habían sobrevivido o no. Les dijo que no, que no era el momento, pero ellos insistieron en revisar las condiciones del acuerdo.

El contrato le traspasaba la propiedad de Dürt Würk a Terry y le prohibía a Kris tocar material del grupo, o incluso tocar algo cuyo estilo recordara a Dürt Würk. A cambio, recibiría una compensación de 500.000 $.

Por primera vez en su vida, Kris perdió tanto los papeles que ni siquiera se acuerda de lo ocurrido. Lo único que recuerda es que rompió el contrato, les gritó a los abogados y observó cómo se escabullían hacia el ascensor y apretaban el botón que cerraba las puertas. Recordaba el placer que había sentido al saber que, por una vez, alguien la temía.

La sensación le duró hasta que llegó a casa y llamó a la madre de Bill. Fue su hermano quien respondió el teléfono, y le dijo que Bill no volvería a caminar jamás. Y también le comunicó que la denunciarían. Colgó antes de que Kris pudiera responder.

Dos días más tarde, estaba en un juzgado y se enfrentaba a un delito por conducir bajo los efectos del alcohol. Cuando volvió a casa, tenía un mensaje en el contestador del padre de Scottie. Sabía que él llevaba cinco años sin hablarse con su padre, pero por lo visto ahora también quería denunciar a Kris. Encontró la tarjeta de Rob en el bolsillo y lo llamó. Cuando se presentó en su puerta, llevaba una cesta de fruta y no mencionó en absoluto el incidente del hospital. Ni falta que hizo. Había ganado. Kris firmó el contrato en la mesilla auxiliar, y luego se pasó el resto de la vida viviendo bajo su sombra.

Hasta el último centavo de la compensación fue a parar al padre de Scottie, a la madre de Tuck y al hermano de Bill. Cuando descubrió que debía 130.000 $ solo por los impuestos del dinero, ya se lo había gastado casi todo. Llegó a un trato con Hacienda y se puso de nuevo manos a la obra.

Fundó una nueva banda. Tocarían en bares, bodas y en cualquier

sitio que pudiera generarles beneficios. Pero después del quinto concierto Terry la llevó otra vez a los tribunales y Kris comprendió que lo de no tocar música cuyo estilo se pareciera al de Dürt Würk significaba no tocar nada, simple y llanamente. Encontró a un abogado para denunciar a Terry. Y luego a otro. Y a otro. Cuanto más dinero ganaba Terry, más abogados se mostraban dispuestos a ofrecerle a Kris asesoramiento. Los primeros ni siquiera le cobraron.

Hablara con quien hablase, todos le decían lo mismo: ¿qué sentido tenía luchar? Terry se saldría con la suya. Las condiciones del contrato no eran concluyentes ni claras, y todas las cláusulas estaban minadas de detalles legales que le acabarían estallando en la cara. ¿Por qué no le había pedido a un abogado que revisara el contrato antes de firmarlo? Le advirtieron que no aceptarían el caso sin un pago por adelantado. Los gastos legales acabarían consumiéndole los ahorros, la casa, la vida. Empezó a tener la sensación de que todos los abogados del mundo trabajaban en realidad para Terry.

Así que Kris no luchó, y cedió. Se fue a casa, guardó la guitarra bajo llave y consiguió el trabajo en el Best Western, e hizo todo lo posible por encajar, por vivir el resto de su vida con los labios sellados.

En la calma de la sauna, Bill dijo:

—¿Qué recordáis de la noche del contrato?

En un primer momento, Kris, algo mareada y acalorada, no tenía claro que hubiera hablado en absoluto.

—¿Cómo? —preguntó.

Tuck abrió los ojos en ese momento para comprobar cómo reaccionaba.

—Construí todo esto para ayudar a la gente a sentirse completa —dijo Bill, aún tumbado de espaldas—. Pero no nos engañemos, esta zona de Kentucky no es precisamente un destino turístico ideal. Creo que fundé el Manantial del Bosque porque aquí es donde perdí una parte de mi ser.

Kris no apartó la mirada de Tuck mientras hablaba.

—¿Y eso, Bill? —le preguntó ella con voz calmada.

—Bueno, recuerdo con mucha claridad casi toda la noche, por razones obvias, pero las horas no me cuadran. Digamos que nos abandonaste a eso de las seis en punto. Ingerimos sustancias varias, perdimos el conocimiento y luego volviste y nos despertaste alrededor de la medianoche. Cuando estaba en la ambulancia, uno de los paramédicos preguntó la hora, porque creía que tendría un paro cardíaco. No olvidaré jamás lo que el otro le dijo: «las 4:56». ¿Dónde se nos fueron esas cinco horas?

Tuck resplandecía por el calor y las paredes se le antojaron de repente muy lejanas. Kris no apartó la mirada de él hasta que se

solidificó, y entonces se volvió hacia Bill. El sudor se le filtraba por las cejas.

—Sí —respondió, con más ímpetu de lo esperado—. Exactamente. ¿Qué coño pasó en esas horas?

Bill levantó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados.

—Me parece que tienes una teoría, ¿no?

—No —dijo Kris, y sintió la necesidad de organizar sus pensamientos, pero hacía demasiado calor en la sauna—. Pero lo que sí sé…

La puerta se abrió y entró Miranda. Kris enmudeció al instante. La ayudante había traído un cesto de bambú trenzado lleno de frías toallas enrolladas. Cerró la puerta al entrar y la piel se le perló al instante de sudor.

—Puedes hablar delante de Miranda —le dijo Bill—. Confío plenamente en ella.

Bill se cubrió la frente con una toalla fresca. Miranda le alargó otra a Tuck, que se secó la cara y luego el pecho.

—Terry nos hizo algo —continuó Kris—. Algo se traía entre manos, y no sé qué era, pero fue cosa suya.

—Prepárate para la teoría conspiranoica —masculló Tuck.

Miranda le entregó a Kris una toalla. El calor le había debilitado los brazos y las piernas.

—Pero es que no tiene ningún sentido —contestó Bill.

—Porque Terry ha estado siempre detrás de todo —exclamó Kris —. Antes de morir, Scottie me dijo: «Hay un agujero en el centro del mundo, y dentro del agujero se encuentra la Montaña del Hierro Negro». ¿Y si es real? ¿O una metáfora sobre algún tipo de conspiración? Desde que firmamos los contratos, hay algo que no funciona en nuestras vidas. Como si nos faltara algo. ¿Y ahora esto? ¿Con Scottie? No mató a su familia. Fue Terry. Estoy convencida.

Bill sacó las piernas del banco con la ayuda de las manos y se incorporó. Kris trató de ponerse en pie, pero la sauna le dio una perezosa media vuelta y se dejó caer de nuevo con la fuerza suficiente como para magullarse el coxis. Se secó el sudor de la cara con la toalla. Agachó la cabeza y vio algo bordado en el dobladillo. Un logotipo.

—Tienes razón, Kris —dijo Bill—. Te falta algo. Estamos todos muy preocupados.

Kris desplegó la toalla con unos dedos torpes y abotargados y vio un destello naranja y negro. El logotipo del Manantial del Bosque. Una mariposa idéntica a la que Scottie Rocket tenía en la pierna.

—Tuck… —comenzó Kris, pero ya tenía los labios entumecidos.

—Lo siento, Kris —se disculpó Tuck a lo lejos—. Pero tienes que pasar página del pasado.

—Luego nos lo agradecerás —añadió Bill.

Miranda la ayudó a tumbarse en el escalón, y Kris se avergonzó de estar demasiado débil para resistirse. Intentó empujar a Miranda, pero los brazos no le respondían. La ayudante se inclinó sobre ella y ocupó su campo de visión con unos ojos vacíos y plásticos, y Kris comprendió que Scottie tenía razón, pero ya era demasiado tarde. La estancia se alejaba a toda velocidad y el cuerpo le pesaba mucho, como si una montaña la estuviera aplastando, y poco después todo se volvió negro.

VOZ FEMENINA: Estaba perdida e iba a la deriva por la vida. Todo era una lucha constante. Me enfrentaba a mis padres y a mi novio. Me echaron del trabajo. Me pasaba los días pensando en suicidarme.

VOZ MACULINA: Pero cuando Rachel Small llegó al Manantial del Bosque, estábamos preparados.

VOZ FEMENINA: El equipo de cuidados me ayudó a superar los problemas que me impedían avanzar. Me enseñaron que debía dejar de luchar y aceptar el mundo tal como era.

VOZ MASCULINA: Cuando Rachel terminó su programa de noventa días, aquella muchacha tranquila y feliz no podía distar más de la individua histérica e inestable que llegó aquí el primer día.

VOZ FEMENINA: Ahora, cuando algo me abruma, me detengo, escucho y recuerdo lo que me enseñaron en el Manantial del Bosque.

—Cuña publicitaria de radio del Manantial del Bosque
17 de mayo de 2019

Theatre of Pain[1]

Kris se despertó en una habitación blanca. Las paredes eran blancas. El techo era blanco. Una ancha cinta de goma le oprimía el cuerpo y los brazos contra el colchón y le impedía incorporarse. Se revolvió para intentar aflojarla.

—¿Qué crees que ocurrió la noche del contrato? —le preguntó Bill.

La pregunta provenía de un lugar a sus espaldas, como si de un villano de James Bond se tratara, y por mucho que se retorciera, era incapaz de verlo.

—¿He perdido el conocimiento? —preguntó ella. Notaba las venas llenas de fango.

—Te has mareado con el calor —contestó Bill, y apareció rodando por la derecha. Le sonrió con un gesto sincero y honesto—. ¿Cómo te encuentras?

—Quiero incorporarme —dijo Kris.

Bill seguía sonriendo, de modo que ella intentó incorporarse por su cuenta. Forcejeó bajo la cinta de goma un rato, sacudiendo las piernas a un lado y a otro, pero no fue capaz de apoyarse en ningún sitio y empezaba a perder los nervios.

—No pasa nada, Kris —le dijo Bill—. Esto es el procedimiento habitual cuando alguien se desmaya en la sauna. Te mantienen inmóvil mientras se te reequilibra la circulación.

—Tengo claustrofobia —mascculló Kris.

—Respira hondo. Inspira por la nariz y saca el aire por la boca. Estábamos charlando sobre la noche del contrato.

Para distraerse de la angustia que la atenazaba, Kris se centró en los recuerdos. Se acordaba del momento en que abrió la puerta azul del sótano la noche del contrato. Se acordaba de haber bajado por las escaleras y verlos a todos desmadejados entre el sofá, el puf verde a medio hinchar y el colchón de aire desinflado. Recordó el equipo apoyado en las paredes, los cables que asomaban por las cajas de leche azules… Y luego se vio conduciendo, con la mente nublada, aterrorizada.

—Tengo lagunas —dijo Kris.

—Bien. Lo mejor que podemos hacer con el pasado es olvidarlo.

—¿Dónde está Tuck?

—Se ha marchado —contestó Bill—. Tiene familia, responsabilidades, una vida cómoda. Ha pasado página. Scott también llevaba una vida cómoda antes de que aparecieras.

—No fue culpa mía —se defendió Kris.

Bill arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Ah, no? ¿Y de quién es? —preguntó.

—De Terry. De los repartidores de UPS.

—Ya estamos otra vez —dijo Bill, chasqueando la lengua—. Ya te estás negando a asumir la responsabilidad de tus actos.

Bajo las sábanas, Kris notó un tubo en la pantorrilla derecha. Lo agarró con los dedos de los pies y tiró de él, y al instante algo afilado le oprimió la vejiga.

—¡Ay! —articuló con voz ahogada.

—No tires de eso. Es el catéter. Te lo hemos puesto para que te cueste menos orinar.

Kris sintió un escalofrío recorriéndole la columna.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó.

—Pasarás por tres fases durante el tiempo que estés en el Manantial del Bosque —respondió Bill—. Orientación, integración en la comunidad y, por último, graduación. Hoy no eres más que una oruga, pero vamos a convertirte en una hermosa mariposa que volará libre, que no estará atada al pasado. Que vivirá el presente. Es lo que hicimos por Scott.

Kris vio el tatuaje de la mariposa en la pantorrilla de Scottie. Vio el logotipo de la mariposa en la toalla de mano. Oyó a Scottie responder a la llamada de teléfono con el tono de llamada de «Stand Strong».

—Scottie vino aquí a rehabilitarse —dijo ella.

—Es uno de nuestros mayores éxitos —exclamó Bill, y acto seguido se le ensombreció el rostro—. O lo fue.

—Repito, ¿cuánto tiempo llevo aquí? —masculló Kris.

—Tres días —contestó Bill, y a Kris se le cayó el alma a los pies —. Te visitó un evaluador asignado por el tribunal, y, con la ayuda de tu hermano, se ha aceptado tu ingreso para que te recuperes de la traumática experiencia en casa de Scott. Creemos que lo que viviste fue una disociación. Terry ha accedido generosamente a correr con todos los gastos. Este sitio no es barato.

Bill se rio de su propio chascarrillo, pero Kris empezaba a temblar de pánico. Le faltaba el oxígeno.

—Tengo que salir de aquí —dijo Kris—. Me falta el aire.

Volvió a forcejear bajo las sábanas, pero solo consiguió hacer un movimiento rápido que provocó que el catéter le diera un pellizco. El dolor la puso furiosa.

—¿Por qué Terry me tiene tanto miedo? —preguntó Kris, clavando la mirada en Bill—. No tienes por qué obedecerlo.

—Ya estamos otra vez con lo de Terry. Terry te está pagando el tratamiento porque se preocupa por sus viejos amigos. Le gusta saber cómo os va, estar pendiente de vosotros.

—Nos está espiando.

—Menos mal que no estamos casados —dijo Bill—. No dejas pasar ni una, ¿eh?

Kris reunió todo el aire que tenía en el estómago y proyectó la voz para que resonara en los muros.

—¡Deja que me levante! —gritó.

—Y ahí está la ira —dijo Bill, fingiendo que consultaba el reloj—. Justo a tiempo. Espero que lleguemos pronto a la aceptación.

—Bill —dijo Kris, controlando la voz y esforzándose por estirar las mejillas hasta formar lo que esperaba que pareciera una sonrisa—. Por favor, somos amigos. Suéltame esto un poco, ¿quieres?

Bill lo sopesó unos instantes con rostro impasible, sin intentar aparentar que él era el que estaba al mando, siendo, simplemente, Bill. Kris vio al muchacho que recordaba en la tirantez de su boca, en el perpetuo gesto de tribulación de sus ojos, en los mechones de pelo rebeldes que siempre acababan levantándose.

—Vale —dijo Bill, con un tono que, por primera vez desde que se había despertado, parecía honesto—. Pero solo un poco.

A Kris se le aceleró el pulso cuando Bill se inclinó desde la silla, metió la mano bajo la cama y gruñó por el esfuerzo. Luego volvió a retroceder.

—Pensándolo mejor, no creo que sea buena idea.

—Sí —exclamó Kris, forzándose por mantener el rostro y la voz afables—. Sí, Bill, no pasa nada. Estoy bien. No haré nada. No es para tanto.

—¿De verdad me consideras tan estúpido, Christine? —le preguntó él—. ¿Tan estúpido considerabas siempre a todo el mundo? Te comportabas como si fueras mejor que nosotros, la música de verdad, con esas mierdas de artista torturada que hacían que te creyeras superior a nosotros.

Kris había vivido lo suficiente como para saber lo peligroso que era que los hombres te acusaran de creerte mejor que ellos.

—No, Bill, eso no es verdad —dijo, tratando de no perder la sonrisa—. Nunca me creí mejor que vosotros, nunca me he creído mejor que nadie. Era tímida. Quizá por eso podía parecer distante.

—Nunca te conformabas con nada hasta que no se hacía cómo tú querías —continuó Bill—. Tocad esta canción, publicad este disco, no firméis los contratos. Todos firmamos los contratos, Kris, y ahora somos felices. Pero para ti no es suficiente, y ahora nos has comprometido a todos. No quiero hacerte daño, y Terry tampoco. Ha pasado mucho tiempo desde que hicimos las paces. Él fue quien me ayudó a abrir el Manantial del Bosque y hoy es nuestro mayor inversor. Él es la razón por la cual hemos podido inaugurar centros por todo el país.

Bill no era consciente de la sonrisilla que esbozaba cuando pronunciaba el nombre de Terry, cómo lo saboreaba en la boca, pero a Kris no le pasó desapercibida.

—Bill, no tengo ningún problema con lo que dices —contestó Kris—. Me parece maravilloso.

—No. Tú eres el problema. No has superado el pasado y ahora te paseas por ahí perjudicando la marca de Terry porque sabes lo de los próximos conciertos. Nunca has llegado a nada en la vida, y ahora quieres derribar a alguien a quien le ha ido mejor que a ti. Estos son los conciertos más importantes que Terry ha dado jamás, Kris. El mensaje que enviará al mundo lo cambiará todo. Tiene un sueño para la humanidad, y esta es su mayor expresión. Y como tú no eres el centro de atención, pretendes echarlo todo por tierra.

Todas las piezas encajaron de golpe en la cabeza de Kris. El tono de «Stand Strong», cómo le había cambiado la personalidad a Scottie, el regreso de Terry, lo de que los estuvieran espiando. ¿Por qué ahora? Por los conciertos.

—¿Qué hará en los conciertos, Bill? —preguntó, sin temer ya por su integridad.

—Te creías mejor que nadie, pero Terry es mejor que tú —contestó Bill—. Es rico, es una celebridad internacional, un icono del *rock*, y tú no eres más que la recepcionista de un Best Western. Es que ni siquiera estáis al mismo nivel. No intentes competir con él.

La puerta se abrió y Kris sintió un golpe de esperanza cuando Miranda entró en la habitación empujando una bandeja de acero con ruedas.

—Ayúdame —le suplicó Kris—. Me están reteniendo contra mi voluntad. Es ilegal. Por favor.

Miranda se inclinó sobre la cama y las tensas rastas le cayeron sobre el rostro. Kris trató de apartarse, de hundir la cabeza en el cojín de espuma, pero no había escapatoria posible.

—Aquí todos te queremos —le dijo Miranda, antes de besarla en la frente y acariciarle las mejillas con unas manos suaves que olían a antiséptico—. Por eso vamos a ayudarte a que te recuperes.

Miranda sonrió y se incorporó.

—Antes de que Miranda te eche una mano con la orientación —prosiguió Bill, ya más calmado—, quiero compartir algo contigo. Esa laguna que tienes en la memoria… es normal, Kris. Deja de darle vueltas. Todo el mundo tiene un agujero dentro, y no es algo malo. El mundo entero tiene un agujero, y con el tiempo aprenderás a amarlo.

—Y dentro del agujero se encuentra la Montaña del Hierro Negro —dijo Kris.

Bill se quedó pensativo unos instantes, antes de torcer el gesto y poner cara larga.

—La nota de Scottie —dijo, asintiendo para sí—. No deberías haberla leído, Christine. Sinceramente, de haber sabido que había escrito algo así, habríamos intervenido antes. No conviene decir su nombre.

—Es una canción. Yo la escribí. Yo me la inventé.

Bill parecía entusiasmado, y prácticamente se balanceaba en la silla.

—No, Kris. Tú le pusiste nombre a algo que existía mucho antes de que naciéramos —dijo—. Terry confió en mí y me lo mostró. No te imaginas lo hermoso que es en cuanto detectas el patrón. Toda la filosofía que se desprende de la Montaña del Hierro Negro consiste en aceptar el lugar que ocupas, no luchar contra aquello que no puedes cambiar. Todos tenemos un sitio, y por encima de todos nosotros se eleva la Montaña del Hierro Negro. Cuanto antes aceptes tu lugar, antes cesará el dolor.

Bill se alejó ligeramente de la cama mientras Miranda arrancaba el envoltorio de papel de una aguja hipodérmica desechable.

—Espera —exclamó Kris—. ¿Y si no se lo digo a nadie? ¿Y si prometo que dejaré de luchar? Hablaré con Terry. Déjame hablar con él.

—Terry no tiene tiempo para hablar contigo, Kris —respondió Bill—. Él está arriba, y tú estás tan abajo. No eres más que otro elemento en una lista que debe tacharse antes del primer concierto en San Francisco. Cuanto más hablamos, más caigo en la cuenta de que no vas a ser alguien útil que podamos devolver al mundo, como Scott. Probablemente te quedes aquí mucho tiempo.

—¿Por qué Terry me tiene tanto miedo? —repitió Kris, ganando tiempo, vigilando de reojo a Miranda mientras esta llenaba la jeringuilla.

—Eres un gorrión, Kris. Te crees muy dura, tanta pompa, tanta ostentación, y no eres más que un pajarillo que aletea alrededor de una montaña. Desaparecerás en un abrir y cerrar de ojos y no se recordará nada de lo que hayas hecho. Pero el resto hemos decidido formar parte de algo mucho más importante que nosotros. Algo que perdurará cuando ya no estemos.

Miranda le frotó el cuello a Kris con una gasa fría mojada en alcohol.

—Bill, no me hagas esto —dijo Kris—. Éramos amigos. Me tiene miedo, ¿no te gustaría saber por qué?

Una abeja le picó en un lateral del cuello. Una sensación gélida le atravesó la garganta y algo oscuro y oleaginoso le rezumó por las venas. El pecho se le llenó de cemento, le costaba respirar, el ritmo cardíaco se le ralentizó.

—Eres una histérica, Kris. Corriendo de un lado para otro,

molestando al personal —dijo Bill, acercándose a ella—. Pero te enseñaremos a aceptar las cosas tal y como son. Si vuelves a tu trabajo en el Best Western, te darás cuenta de que no es un mal plan. Y por fin serás feliz.

El ambiente se fue oscureciendo en los límites de su visión.

—¿Qué es lo que quiere la Montaña del Hierro Negro, Kris? —Bill sonrió—. Te quiere a ti. Y a mí. Nos quiere a todos.

Mientras la visión se le nublaba, Kris vio a Bill y Miranda sonriéndose mutuamente, asintiendo, satisfechos de sí mismos. Vio a Little Charles, a Tuck, Bill y Terry. Hombres que podían hacerle daño, hombres que la controlaban. Y ella no era más que una mujer, sola, atada a una cama.

Eran más grandes que ella, más poderosos, y a ella la había abandonado la familia y los amigos. No tenía nada, salvo la música.

En su cabeza, oyó la voz de Scottie que le decía: «Confía en *Troglodyte*».

El *metal* no muere nunca. El *metal* no retrocede. El *metal* no se rinde.

El mundo se sumió en la oscuridad.

Estaba preparada.

DANIELLE OTOMIES: Hay un amplio dispositivo de seguridad y mucha expectación antes del primer concierto de la gira de despedida de Koffin, «Adiós al Rey», que debuta en el Rose Bowl en tan solo una hora. Terry Hunt, con solo cinco conciertos sin entradas disponibles antes de poner punto final a su carrera, tiene a toda la prensa enloquecida, sobre todo después del trágico suicidio de su antiguo socio Scott Borzek. El Rose Bowl está cerrado a cal y canto, y la policía le ha pedido a los asistentes que procuren llegar dos horas antes del concierto para someterse a un registro. No se permite introducir agua ni portátiles en el Rose Bowl por miedo a bombas líquidas.

—790 AM KABC, «La actualidad de Los Ángeles»
30 de mayo de 2019

Fighting the World[1]

Melanie encadenaba turnos dobles. Vendió sus viejos libros de texto en Amazon, e hizo lo mismo con los de Greg. Eliminaba el fondo de fotografías por 5 $ en Fiverr.

¿VIENES AL CONCIERTO? —le escribió Hunter tres semanas antes—. NECESITO SABERLO.

Convirtió el logo de un especialista en ejecuciones inmobiliarias en una imagen vectorial e hizo que girara por una tarjeta regalo de iTunes de 25 $ que luego vendió por 20 $ en metálico. Cortaba el césped de la casa donde vivía Greg por 40 $. Preparaba grandes ollas de estofado y lo congelaba para comer.

¿TE TENGO QUE ESPERAR O VOY CON MIS COLEGAS? —le escribió Hunter dos semanas antes.

Después de que intentara convencer a Greg para que buscara trabajo, Melanie se apuntó un tanto cuando consiguió que se diera de baja de Netflix. Rebuscaba en los sofás y las moquetas y se guardaba la calderilla que encontraba. Veía cómo la cuenta bancaria se iba engrosando, centavo a centavo, y la acercaba a lo que necesitaba para costearse la mudanza al Oeste. Pero diez días antes, no le quedó otra que admitirlo: no era suficiente.

EL CONCIERTO HA SIDO LA PUTA HOSTIA —le escribió Hunter —. HE IDO A LOS DOS.

Se había perdido los conciertos de mayo en el Rose Bowl de Los Ángeles. Se había perdido el concierto de San Francisco. Ahora, los dos últimos conciertos de Koffin en el T-Mobile Arena de Las Vegas también tirarían adelante sin estar ella presente.

HE IDO A LOS TRES, Y VUELVO AL DE LAS VEGAS —le escribió Hunter—. VALE MUCHÍSIMO LA PENA.

—Paga para verlo en casa —le dijo Greg la noche del penúltimo concierto de Las Vegas—. Te dejo la tele grande. Ya jugaré yo en la habitación.

Melanie intentó explicarle que no se trataba de las entradas (no podía contarle que el amigo que había conocido por internet y que tenía una foto sin camiseta en el perfil de Tinder les habría comprado las entradas), sino de mudarse al Oeste y hacer algo con sus vidas. Trató de explicarle que el paquete de 49,95 $ para ver el concierto los alejaría 50 $ más de salir de Virginia Occidental. Trató de explicarle que aún necesitaban marcharse de allí, aun sin la fecha límite de los conciertos de Koffin, pero sin la emoción precisamente de esa fecha, todos sus planes perdieron fuelle.

Esa noche, soñó que unas manos frías emergían de la tierra de

Virginia Occidental y tiraban de ella. No necesitaba ir a terapia para que se lo analizaran. La noche del último concierto de Las Vegas, fue al Pappy's y se borró del calendario para los próximos turnos dobles. ¿Qué sentido tenía matarse a trabajar para nada? Debía aprender a parecerse más a Greg. Al menos él era feliz. De camino a casa, se vino abajo y compró un paquete de tabaco. Llevaba años sin fumar porque era demasiado caro, pero ¿para qué estaba ahorrando tanto dinero? No iban a moverse de allí.

El móvil le sonó cuando se sentó en el coche y abría el paquete.

—¿LO HAS VISTO? —le preguntó Hunter—. ¿TE APUNTAS?

Buscó en internet. En los últimos minutos del último concierto de su última gira de despedida, Terry se había plantado en el borde del escenario y había anunciado que se había divertido tanto, las entradas se habían vendido tan rápido y había tanta gente que aún necesitaba oír el mensaje de Koffin que en septiembre, en el desierto a las afueras de Las Vegas, organizaría el Hellstock 2019.

—Que le jodan al Burning Man y al hombre ardiente —gritó—. ¡Aquí ardemos en el infierno!

Melanie vendió los cigarrillos individualmente en el aparcamiento del Pappy's a borrachos de las fraternidades por 1 dólar la unidad. Ganó 20 $ con la inversión inicial de 5 $, y comenzó a acumular centavos de nuevo. No perdería también aquella oportunidad.

Incluso Greg se subió al carro esa vez. La noche que le contó que había conseguido un empleo a tiempo parcial en el GameStop de Morgantown, ella hizo todo lo que le pidió en la cama. Se sentía como en una luna de miel, como su pareja, renacida. Debía contárselo a Hunter.

NO PUEDO ACEPTAR LAS ENTRADAS —le escribió, y procedió a explicarle que Greg y ella estaban ahorrando dinero y que se mudarían juntos al Oeste, que seguirían juntos. Creía que Hunter se cerraría en banda, pero en cambio respondió:

ME ALEGRO POR VOSOTROS. COMPROMISO. INTEGRIDAD. RESPETO.

Melanie estuvo a punto de echarse a llorar. Hunter insistió en que les compraría entradas a ella y a Greg antes de que se acabaran, porque se estaban vendiendo muy rápido.

GRACIAS —le escribió ella—. TE LO DEVOLVERÉ, TE LO PROMETO.

El cartel del Hellstock 2019 era una locura. Con dos escenarios que llenar, cualquier grupo que fuera bueno y tocara algo cercano al *heavy* acabó fichado. En el Woodstock original había *hippies* follando en el barro. El Woodstock de 1999 fue un desastre donde todo acabó en llamas. El Hellstock 2019 prometía combinar los dos eventos en

una fiesta apocalíptica para el fin de los tiempos.

La mala prensa de la gira de despedida de Koffin no hizo sino aumentar la expectación del público. En Las Vegas, una furgoneta llena de paletos tiró una lata de cerveza por la ventana a un grupo de seguidores acérrimos de Koffin, conocidos como Koffin Kids, con *corpse paint* que se dirigía al concierto. Uno de los chavales llevaba una pistola del 22 y le pegó un tiro a la furgoneta mientras se iba, dejando al conductor tuerto de un ojo y con una placa en el cráneo.

En Los Ángeles, atacaron a una mujer en el aparcamiento del Rose Bowl, pero la salvó otro grupo de Koffin Kids que pasaban por allí y a punto estuvieron de matar al culpable de una paliza. El chaval seguía en coma una semana después. Pero luego los Koffin Kids sacaron a rastras a la mujer que lloriqueaba debajo del coche donde se había escondido. Uno de ellos llevaba unas tijeras, que utilizaron para cortarle en dos la lengua, justo por el centro. Arrestaron a tres de ellos. Uno se colgó en el calabozo mientras esperaba que alguien pagara la fianza. Tenía catorce años y no debía haber acabado allí, pero los policías creyeron que era mayor. Los padres habían denunciado al Departamento de policía de Los Ángeles. Los otros chavales irían a juicio una semana después del Hellstock 2019.

Eso provocó que las entradas volaran. Una semana después de que Terry anunciara el Hellstock 2019 en Las Vegas, ya no se pudieron comprar entradas por internet. A esas alturas, se habían vendido 440.000 entradas, 10.000 más de las previstas. De entre todas esas, había dos apalabradas para Melanie y Greg.

Hunter se convirtió en el consejero de Melanie. Le enviaba mensajes a las cinco de la madrugada para asegurarse de que se hubiera levantado y estuviera haciendo los trabajillos de Fiverr antes del trabajo. Volvió a apuntarse a todos los turnos dobles posibles y le envió el horario del Pappy's a Hunter para que él pudiera enviarle citas inspiradoras durante el cambio de turno.

EL CAMINO QUE MÁS SE RESISTE ES EL QUE NOS CONDUCE A LA MONTAÑA MÁS ALTA.

Cargaba con bandejas enormes. Llenaba las jarras de cerveza más rápido que nadie. Servía las mesas como una cabrona.

EL DOLOR ES LA PALABRA QUE UTILIZA EL DÉBIL PARA NO HACER LO QUE DEBE HACERSE.

Se tomaba aspirinas. Bebía café. Se frotaba bálsamo de tigre en las muñecas doloridas.

TÍRAME A LOS LOBOS Y ACABARÉ LIDERANDO A LA MANADA.

Ignoraba a los tíos que le restregaban las erecciones cuando en el local no cabía ni un alfiler. Les sonreía a los que decían: «Sonríe, preciosa». Respondía con falsedad a los que le decían: «Vaya culazo». Iba guardando las propinas en el banco, sobre todo el metálico. Era

muy fácil gastarlo si lo dejaba en casa. Era capaz de conseguirlo. Lo estaba consiguiendo. Jamás había estado tan exhausta. Y jamás había sido tan feliz.

Sentada un lunes en el sofá, el único día que se permitía descansar del Pappy's, apenas se dio cuenta de lo buenos que eran los gráficos del televisor de Greg. Tenía la cabeza recostada sobre el muslo de él mientras jugaba a lo que parecía un *Call of Duty*, pero del futuro.

—¿Qué juego es ese? —preguntó ella.

—*Shockwave: Infinity* —respondió él.

—¿Es nuevo?

—Se ve de coña, ¿eh?

—¿No habíamos dicho que no compraríamos nada nuevo? —dijo ella, incorporándose.

—Me lo ha dejado un colega —contestó Greg, demasiado rápido—. No te muevas, que me jodes la puntuación.

—¿Qué colega? —exigió ella.

Ni siquiera se molestó en mentir. Le confesó que solo había trabajado en el GameStop el tiempo suficiente para comprarse la Xbox nueva con el descuento para empleados en cuanto saliera. Y de eso hacía tres semanas. Cuando ella creía que Greg se iba a trabajar, en realidad se ponía hasta las cejas con los amigos. Había echado mano de su cuenta y utilizado el dinero para que pareciera que aún seguía ingresando el suelo en la cuenta conjunta. Había pedido una tarjeta de crédito nueva con un 26 % TAE solo para comprarse juegos. No solo estaba arruinado, sino que encima debía 1100 $.

Melanie gritó. Le rompió la pipa de agua a su compañero de piso. Lanzó el disco del *Shockwave* como un disco volador, con tanta fuerza que hizo un agujero en la pared de la cocina. Se marchó furiosa de la casa en el momento en que los compañeros de piso de Greg volvían de desayunar.

—Tío —le dijeron a Greg cuando pasó corriendo a su la-do—, está claramente en esos días.

—¿Estamos rompiendo? —le preguntó Greg, desconcertado, por la ventana del coche.

Tuvo que recurrir a todo el autocontrol que poseía para no pasarle por encima cuando se puso en marcha.

En casa, se fue al baño y apagó las luces. Bloqueó el número de Greg en el móvil, reptó hacia la cama y allí sintió que su vida se desmoronaba mientras la cabeza se le llenaba de un ruido oscuro. Al cabo de un rato, volvió a pensar con claridad. Podía sacarlo todo de la cuenta conjunta. Incluso pagándole a Greg la parte que le correspondía, seguía teniendo suficiente como para echarse ella sola a la carretera. Necesitaba cambiarle la transmisión al Subaru si

pretendía conducirlo hasta Las Vegas, pero solo le costaría 1300 $ si se lo hacía su primo. Greg no saldría de allí, pero ella sí.

Abrió Kik y le envió un mensaje a Hunter:

¿SIGUES TENIENDO UNA ENTRADA PARA MÍ?

A los pocos segundos, el móvil emitió un pitido.

2 ENTRADAS

NO —contestó ella—. VOY SOLA.

SI TUS SUEÑOS NO TE DAN MIEDO —le escribió él— ES PORQUE NO ESTÁS APUNTANDO LO BASTANTE ALTO.

GRETA ULABY: ¿Por qué organiza el Hellstock 2019?

TERRY HUNT: Yo no «organizo» conciertos. Poderosas magias obran para conjurar a Koffin. Para llevar a cabo este ritual, se sacrifican cientos de horas de esfuerzo, se levantan estructuras, se redirigen millones de voltios de electricidad hacia lugares sagrados. Para entrar en esos lugares, los adoradores sacrifican lo más valioso que poseen: el dinero. A la hora acordada, en el día acordado, se los conduce a la posición correcta. Han memorizado los cantos e invocan a su dios, perdiéndose a sí mismos durante la comunión en que sus personalidades se incorporan a la mía.

GRETA ULABY: Ha habido varios incidentes con violencia durante su última gira en los que se han visto involucrados sus seguidores. ¿Le preocupa?

TERRY HUNT: Haz tu voluntad y será toda la ley.

—90.9 WHYY, «Cultura y actualidad»
11 de junio de 2019

Destroy Erase Improve[1]

Los días en el Manantial del Bosque eran como un anuncio farmacéutico: soleados, hermosos y libres de estrés. La gente se levantaba al rayar el alba y escribía en su diario durante veinte minutos antes de reunirse con Miranda para el saludo al sol. En el mirador trasero, los guiaba durante los ejercicios de respiración y una delicada secuencia de asana seguida de un ratito de concentración plena en silencio y la primera paroxetina del día.

Después continuaban con un desayuno saludable, la sesión de «amanecer silencioso», manualidades en el granero de actividades y, al mediodía, la clase «aprender a escuchar». Organizaban pícnics a última hora de la tarde en un soleado prado que se encontraba en las profundidades del recinto, se lanzaban discos voladores, comían bocadillos de tomate, bebían té helado y se reían y charlaban sobre sus vidas. El día concluía con la revisión crepuscular, se tomaban otra paroxetina y contemplaban cómo el cielo se teñía de lavanda, púrpura y al fin negro, y regresaban a casa mientras las luciérnagas titilaban en los árboles.

Todo el recinto del Manantial del Bosque era un lugar seguro gracias a las cámaras colocadas en los árboles, engastadas en los muros, ocultas en rocas artificiales, posadas en los tejados, en las duchas y bajo los arbustos. Si una mariposa se acercara donde no debiera, un asistente aparecería de inmediato para reconducirla. En el Manantial del Bosque, nunca estabas a solas.

A Kris le estaban administrando tantísimos sedantes, antidepresivos, estabilizantes y ansiolíticos que no caminaba sobre la hierba, sino que flotaba. No había nada con cantos afilados. El Manantial del Bosque existía suspendido en la burbuja del Ahora. No había necesidad de preocuparse por nada, porque siempre sabías qué ocurriría a continuación. Lo que había eran mariposas, y las mariposas vivían el presente.

Kris dejó de hablar. Jamás anotaba una sola palabra en el diario, pero, por lo demás, iba donde le decían que fuera y hacía lo que le ordenaban. Miranda la sometía a incontables sesiones individuales, pero Kris no despegaba los labios. Llegaron a plantearse que hubiera tenido un colapso, si la situación la había superado y simplemente se había apagado. Se preguntaban incluso si los oía cuando le hablaban. Bill quería programarle un encefalograma para comprobar si mostraba algún tipo de actividad cerebral.

Y vaya si había. Kris reproducía mentalmente y sin cesar el disco que Terry no quiso publicar, el que lo aterrizaba tanto que había

decidido enterrar a gran profundidad. Canción a canción, acorde a acorde, nota a nota, Kris reconstruía en su mente *Troglodyte* sin decir ni una sola palabra.

El primer tema de *Troglodyte* no era ni siquiera una canción en sí, porque ningún disco de *heavy* que se precie comienza con una canción. Todos empiezan con una introducción. A veces son *samples* inquietantes reproducidos encima de sonidos ambientales, o *crescendos* de teclado y campanas distantes. Hay quien piensa que las introducciones determinan el tono. Otros opinan que no son más que una gilipollez pretenciosa.

En Dürt Würk se pelearon por la introducción igual que se peleaban por todo lo demás. Scottie decía que eran una gilipollez. Kris coincidía con él, porque la primera línea siempre se apoya mutuamente. A Bill, en cambio, se le iba la olla con las pistas introductorias. No cerró la boca hasta que los demás cedieron y le dejaron que hiciera una, siempre que durara menos de dos minutos. Todas las noches, mientras el resto bebía cerveza caliente de la nevera de la cocina, Bill se perdía por el bosque que rodeaba la Casa de la Bruja con su cinta de audio digital portátil y por la mañana se despertaban con el lavamanos de la cocina lleno de tallos de apio mutilados, tomates aplastados y ramas rotas. La encimera estaba salpicada de trozos de cinta americana negra donde Bill había pegado el micrófono.

Finalmente se le reveló: un *collage* sonoro con numerosas capas llamado «Little Sounds from Underground». Empezaba con el canto de los pajarillos en un día soleado y la brisa entre los árboles antes de que el micrófono descendiera por un pozo, los sonidos diurnos se amortiguaran y acabaran desapareciendo, sustituidos por el sonido de lombrices, gusanos mordisqueando cadáveres, los muertos golpeando las tapas de sus ataúdes y, a lo lejos, el estruendoso crujido de la imparable rueda. Los gritos aumentaban, y luego el sonido cambiaba de canal, de mono a estéreo, cuando el micrófono se adentraba en la descomunal caverna subterránea que albergaba la rueda. Incluso Scottie tuvo que admitir que el efecto era alucinante. Se oía a millones de esclavos encadenados a sus radios, gimiendo mientras tiraban de aquel insoportable peso en un ciclo sin fin. El rugir de su calvario iba ganando más y más volumen, hasta que irrumpían las primeras notas de «Beneath the Wheel».

Solo por joder, la canción duraba tres minutos.

—El mundo no es un lugar complicado —le dijo Miranda al grupo en la sesión de «aprender a escuchar» del mediodía—. De hecho, es muy sencillo.

Los nueve residentes se habían sentado en círculo en torno a Miranda. El sol caía a plomo, la hierba despedía un aroma dulzón y

las copas de los árboles susurraban con el viento mientras Miranda les contaba la verdad sobre el mundo.

—¿Quién tiene razón y quién no? —preguntó Miranda—. ¿Qué valor tiene esto?, ¿qué valor tiene lo otro? ¿Qué debería hacer con mi vida? Menudas preguntas, ¿eh?

El círculo asintió.

—¿Quién tiene razón? Vosotros —continuó Miranda—. ¿Cuál es el valor de algo? La mayoría de las cosas suelen tener un precio. Cuanto más caras, más valiosas. ¿Qué deberíais hacer con vuestra vida? Lo que os haga sentir bien.

La gente asintió ante tanta sabiduría.

—Preocupaos por vosotros, no por personas a las que no conocéis —dijo Miranda, y todo el mundo sonrió, porque jamás lo habían visto así hasta entonces—. Nos gusta generar crisis donde podemos ser el héroe. Pero la vida es muy sencilla, mis mariposas. No necesitamos héroes. Pensad en vosotros. Ignorad todo lo demás. Repetíoslo las veces que haga falta.

Kris estaba sentada, como siempre, con la misma sonrisa impasible en el rostro, pero no escuchaba a Miranda. En su cráneo, solo oía a Terry cantando los primeros versos de «Beneath the Wheel».

History
Is a boot
Smashing your face
Forever[2]

Los acordes eran unos magistrales trítonos *doom metal*, un tsunami negro de sonido que rompía contra el siguiente. Kris la compuso para que Terry se luciera, para que su aguda voz de tenor contrastara con el inicio apagado más propio del *doom*. Atacó un do claro y alto en la palabra *aplastado* antes de bajar varias octavas hasta el gruñido del Monstruo de las Galletas para continuar con la frase *bajo la rueda*. El bajo de Tuck entraba justo al final de esa nota grave, arrastrando la canción hacia delante como si de un cadáver se tratara. Y así seguía, una canción rechinante y repetitiva pensada para que reprodujera el giro eterno de la rueda.

Eternity
In the mud
Crushed like a bug
Whatever[3]

Born with a squeal
Die where you kneel

All that is real[4]

Crushed
Beneath the wheel[5]

—Aceptad cada día tal y como es —dijo Miranda, y los presentes coincidieron.

Identity
Scrubbed away
Chemically
Forever[6]

My leprosy
Is all that
Remains of me
Oppressor[7]

—Nadie os espía ni controla vuestras vidas —añadió Miranda—. Vosotros sois los responsables de lo que os ocurre. Y nadie más.

Imprison me
Underground
Slaves chained
Together[8]

—Centraos en el aquí y en el ahora —dijo Miranda—. Olvidad el pasado.

Born with a squeal
Die where you kneel
How does it feel?

Crushed
Beneath the wheel

Después de «Beneath the Wheel» venía «My Master's Eye», la balada de rigor. No había nadie en Dürt Würk que quisiera meter una balada en *Troglodyte*, porque daban por sentado que acabarían haciendo la típica *power ballad* con la banda al completo cantando en el estribillo, una guitarra de acero haciendo sonidos tristes en los puentes y una introducción acústica llena de rasgueos falsos. Les venían a la cabeza «Forever» de KISS o «Without You» de Mötley Crüe. Pero Kris había aprovechado un *riff glam metal* con el que había estado

jugueteando y lo había encajado en una idea anotada en la libreta para convertir «My Master's Eye» en la canción de amor más sombría y cínica jamás grabada.

Everything I do he studies
Everything I do he knows
He watches me wherever I am
He follows me wherever I go[9]

En su cabeza, oía a la banda entrar al unísono en el estribillo, con ese cinismo dulce y perturbador.

He has one hundred hands
He has all-seeing eyes
He is all I am
Without him I die and die and die and die and die[10]

Luego empezaba un solo durante el cual Kris tocaba arpegios en una guitarra acústica que sonaban como pétalos de rosa cayendo a cámara lenta, velas encendidas en círculo alrededor de la banda, un honesto guitarrista sentado en una silla rota dentro de una casa abandonada, todo grabado en blanco y negro. Terry cantaba el verso siguiente con voz temblorosa, al borde del llanto.

My master won't abandon me
For me there's no escape
His loving hands leadeth me
He owns my mind, he made its shape[11]

Luego la banda entraba de nuevo en el estribillo con unas voces potentes y extasiadas, el tipo de sonido que dice: «Te amaré toda la vida», deformado en un mensaje sobre la humillación absoluta ante el Ojo de las Cien Manos.

I am deaf and I am dumb
My master calls, I will come
Don't ask for anything

And one… two… three… four…

I am numb[12]

Un día, al caer la noche, encendieron una hoguera detrás de la Casa de la Bruja y, mientras los demás miraban, Miranda le presentó a

Kris su guitarra y la Huesos, colocándolas frente a ella.

—¿Cómo te sientes al ver estas cosas? —le preguntó Miranda.

Kris no respondió, sino que se limitó a mantener la sonrisa muda. Miranda empezaba a impacientarse.

—Sé que te ponen nerviosa —dijo Mirada—. Pero es porque te atan a un pasado tóxico. Son tus cadenas.

Una mariposa blanca palpitaba en la manga de la Huesos de Kris. Junto a ella, la guitarra descansaba sobre la funda, brillando con el crepúsculo. La guitarra con la que Kris había grabado la primera demo de Dürt Würk, la que había tocado en el *Troglodyte*. Se acordó de Scottie Rocket y de la siguiente canción del disco, la que le brindó para que él demostrara su hiperactivo rasgueo con trémolo y carreras ascendentes, una canción en la que podría soltarse la melena y desahogarse para que se hubiera relajado lo suficiente como para grabar los nueve temas que les faltaban.

Se llamaba «Eating Myself to Live».

—Es hora de pasar página —continuó Miranda.

En las manos sostenía una botella de plástico blanco con un tapón rojo, llena de líquido inflamable. Kris la miró con gesto impasible.

Miranda se arrodilló y recogió la Huesos de Kris.

—No penséis —le dijo al grupo—. Actuad.

La hoguera no era más que un descomunal cuenco oxidado anclado a una placa de cemento. Miranda lanzó la Huesos al fuego y esta ahogó las llamas. El ambiente se oscureció. La mariposa blanca flotó en torno a los hombres de Kris, saltando arriba y abajo sobre una cuerda invisible.

—Sé libre —dijo Miranda.

Luego lo roció todo con el líquido inflamable y una lengua de llamas azules se extendió sobre la Huesos de Kris, la pintura blanca burbujeó y se separó, y el cuero se encogió y ardió. De repente, las llamas se le acercaron al pecho. El calor le cocía el rostro y le tensaba la piel que le recubría el cráneo. Todo el mundo aplaudió y la abrazó. Ella no se resistió.

—La semana que viene, quemaremos la guitarra —anunció Miranda.

Kris se imaginó a Scottie Rocket en aquel lugar, encadenado a la rueda, a Miranda y a Bill destrozándolo psicológicamente. Scottie, tan dulce y confiado, manipulado hasta hacer de él algo oscuro, con aquella mariposa tatuada en la pantorrilla. Se acordó de él en el sótano, realizando aquel último acto de resistencia, negándose a hacerle daño a nadie más que a sí mismo, apretándose el cañón contra la sien. Estuvo a punto de gritar al recordar aquello, así que, en vez de eso, pensó en lo que hacía feliz a Scottie: el *break* de «Eating Myself to

Live». Le gustaba tanto ese *break* como a Slash el Jack Daniels. No dejaba de tocarlo en ningún momento, y cuando pasaban el rato en la sala de estar con la moqueta color sangre de la Casa de la Bruja, él seguía tocando las cuerdas de la guitarra desconectada mientras los demás pelaban la pava y hablaban sobre la sesión del día siguiente.

El *break* era el momento en que la canción reducía el tempo hasta casi detenerse, Kris se movía con parsimonia por el mástil y Tuck la seguía con el bajo mientras Scottie desbarraba con sus progresiones cromáticas. Después de ofrecerle a Scottie casi un minuto para sus fuegos artificiales, Terry lo cortaba como una cuchillo a la vez que el tempo iba recuperando poco a poco la velocidad.

And everything's a game
And everyone's been tamed
And everything's the same
And everyone's to blame
And no one wants the pain
The Blind! King! Reigns![13]

«Poincaré's Butterfly»[14]era la siguiente canción del *Troglodyte*. Terry quería dejarla fuera porque la primera mitad era suave, una delicada introducción que Kris tocaba sin púa, solo con los callos de las puntas de los dedos, una repentina calma introspectiva que Terry consideraba equivalente a meterse una pistola en la boca en un disco de *metal*. Pero Tuck la defendió, algo que sorprendió a Kris, y el tema salió adelante.

El título se le había ocurrido a Bill, inspirado por un libro que estaba leyendo, *Caos*, en el que se decía que el mundo estaba interconectado y que una mariposa que batiera las alas en Bombay podría provocar huracanes en Boston. Kris estuvo mucho tiempo analizando el estilo de Mark Knopfler para poder tocar lo que tenía en la cabeza, y había dejado a Terry sin palabras. En el estudio del sótano, la había visto desplegar el tema de una sentada, y luego se había acercado despacio al micrófono y lo había dado todo con la voz, cantando con un dulce y agudo falsete: *Down*
Through the floor
Through the dirt
Through the Blue Door[15]

Tunnels
Made of darkness
Made of whispers
Made of screams
Like a choir[16]

Kris no dejaba de sonreír. No permitiría que se colaran en su cabeza. La Kris adulta solo podía confiar en la Kris de veintisiete años. Una chica a la que no le dolía la espalda, que no agachaba la cabeza, que jamás hincaba la rodilla, que arrojaba con valentía una bengala hacia el futuro llamada *Troglodyte* para advertir a su yo adulto, agotado y lento, que el mundo era en realidad una prisión, y que su nombre era Montaña del Hierro Negro.

On wings
Made of red
Made of yellow
Made of dust
Made of fire[17]

It lands
On my hand
I see
This strange thing
With its wings[18]

Mientras el Troglodita giraba la rueda, una mariposa consiguió colarse en la Montaña del Hierro Negro y aterrizó en el dorso de su mano. Era la primera vez que veía algo así, y la hizo caer en la cuenta de que había un mundo más allá de la Montaña del Hierro Negro. Había una escapatoria, una salida, una puerta azul.

Makes me know
This shadow show
My master's voice
They are liars[19]

En un ágil movimiento en ese punto de la canción, Kris se recogía la púa de la boca y rasgueaba con fuerza: *There is a fire.*[20]

Descargaba una quinta de sol en la palabra *fuego*, y luego acometía el descarnado y duro final de «Poincaré's Butterfly» consumiendo el aire, abriéndoles los ojos a los demás del mismo modo que Scottie había dado su vida por abrirle los ojos a ella. Al final de «Poincaré's Butterfly», después de que el Troglodita descubra que puede romper sus cadenas y marcharse, después de darse cuenta de que hay un camino hacia la superficie, Kris interpretaba con Scottie Rocket un potente *riff* que se repetía una y otra vez y cobraba fuerza con cada repetición, mientras Terry cantaba: *Makes me know*
That it's so

Beyond the pain
And the shame
And the blood
And the screams
Past the flood
Of the fire
And the King
And his choir
Beyond the torture
And the wire
And the murder
And the gore[21]

Era el sonido de la rabia y el triunfo cuando el Troglodita rompía las cadenas y emprendía su larga travesía hacia la superficie, porque el *metal* te abría los ojos. El *metal* te liberaba.

There's a door.[22]

Habían sido una banda, habían sido buenos, e incluso podrían haber llegado a contarse entre los mejores. Pero entonces el Rey Ciego los había traicionado a todos. Por mucho que la atiborraran a drogas, Kris no lo olvidaría. Nunca más.

—Cuando llegaste aquí, tenías un extraño delirio —le dijo Miranda en una sesión individual—. ¿Recuerdas cuál era?

Kris esbozó una sonrisa sutil, mirando al frente.

—Probablemente te dé vergüenza admitirlo —continuó Miranda—. Creías que alguien te espiaba. Creías que Terry Hunt controlaba tu vida. Que te reprimía. ¿Lo recuerdas?

Kris ni se inmutó.

—Pero sabes por qué tu vida es un desastre, ¿verdad?

Kris no dijo nada.

—Por tus actos —le dijo la orientadora, mirándola a los ojos—. Tú eres la única responsable de tus problemas. Siempre ha sido culpa tuya, y de nadie más.

Le sostuvo la mirada a Kris un tiempo, intentó que vacilara, que parpadeara. Pero Kris se mantuvo firme porque ahora sabía por qué *Troglodyte* era un arma que podía romper cadenas, por qué Terry le tenía miedo al disco, por qué la Montaña del Hierro Negro trataba de eliminarla de la faz de la tierra.

Predecía el futuro. Vivía en Gurner, encadenada a la rueda, y el Ojo de las Cien Manos de Terry la vigilaba. Se comía a sí misma para sobrevivir, pero entonces Scottie aparecía con la mariposa de Poincaré en la pierna y le abría los ojos. El Manantial del Bosque también

formaba parte de la rueda. Todos los días eran el mismo repetido, todos estaban encadenados.

—Kris —le dijo Miranda—. Sé que me oyes.

Miranda se inclinó hacia ella y le pellizcó el dorso de la mano, entre el pulgar y el índice. Lo retorció como un sacacorchos hasta que perdió el color, hasta que palideció, esperando una reacción.

Kris no le dio absolutamente nada. En parte porque en sus mil trescientos veintiséis conciertos, en sus miles de ensayos y en sus decenas de miles de horas tocando, se había maltratado las manos mucho más que eso.

Pero sobre todo porque sabía la verdad: *Troglodyte* explicaba el futuro. Scottie le pidió que portara la llama. No lo decepcionaría.

Y sabía cuál era la siguiente canción.

Miranda le soltó la mano, que le palpitaba mientras la sangre volvía a fluir por los vasos sanguíneos reventados.

—Bueno. Volveremos a intentarlo mañana —dijo Miranda.

El siguiente tema de *Troglodyte* era «Down Where the Worms Squirm»[23]. Era la que hablaba de la lluvia.

A partir de mañana por la noche, es posible que en el condado de Clay se produzcan abundantes y fuertes lluvias e inundaciones inesperadas provocadas por la tormenta tropical Stephen, que llegará desde la costa atlántica. En la zona este de Kentucky, podrían caer varios litros de agua en pocas horas, acompañadas de peligrosas tormentas eléctricas y ráfagas de aire violentas de hasta setenta kilómetros por hora. También se esperan granizadas que podrían durar hasta las primeras horas del lunes por la mañana. Se recomienda que los ciudadanos permanezcan en sus casas.

—162.4 KEC58, Alerta del Servicio Meteorológico Nacional 10 de agosto de 2019

Let's Rumble[1]

La temperatura estuvo cayendo en picado todo el día. Unos nubarrones ensombrecieron la sesión de «amanecer silencioso». En «aprender a escuchar», la presión atmosférica disminuyó y Kris notó cómo se le tapaban los oídos. Los ayudantes corrían en todas direcciones cubriendo las paredes de cristal con madera contrachapada y atrancando las puertas. Durante la comida, Miranda anunció que una depresión tropical se dirigía hacia Virginia, que provocaría fuertes vientos y lluvia en Kentucky e incluso en puntos alejados del oeste como el Manantial del Bosque. La revisión crepuscular se celebraría dentro, en la sala del despertar grupal. Se cancelaron las actividades vespertinas. Administraron una paroxetina extra a todo el mundo y los enviaron a la cama temprano.

Entonces, a oscuras, un cubo de agua golpeó la ventana y Kris se despertó. Levantó el brazo y encontró el aplique sobre la cama, y giró el interruptor. Chasqueaba y chasqueaba, pero la habitación seguía sumida en la penumbra. La ventana repiqueteaba sobre el marco. Kris se puso de pie y la habitación le dio una vuelta. Llegó a la ventana en dos pasos ágiles sin caerse por el camino. Fuera, la luz de las linternas brincaba por el recinto. Todas las luces de diseño estaban apagadas. Habían saltado los plomos.

Kris sonrió, y esta vez era un gesto genuino. Había confiado en *Troglodyte*, y *Troglodyte* había cumplido con creces. La tormenta de «Down Where the Worms Squirm» había llegado.

Con manos temblorosas, Kris se vistió rápido. Lo único de que disponía eran los pantalones y la camiseta de lino que le habían proporcionado, y las zapatillas suaves con finas suelas de goma, pero eran mejor que nada. Se dirigió a tientas hacia la puerta, la abrió y se deslizó hacia el pasillo. El corazón le latía a ritmo de *thrash metal*, repiqueteándole en el pecho con tanta fuerza que creía que acabaría vomitando. Cada esquina le provocaba un pavor que le revolvía las entrañas, pero se obligó a doblarlas hasta que alcanzó las escaleras que descendían hacia la impenetrable oscuridad del primer piso. Puso un pie en el primer escalón.

El haz de luz de una linterna iluminó el último escalón y empezó a elevarse, y Kris reculó para escabullirse hacia un umbral abierto. Era un despacho tan moderno y diáfano que ni siquiera tenía puerta. En lugar de silla, detrás del escritorio había una pelota de yoga. Sobre el alféizar de la ventana descansaba un teléfono móvil, conectado a un cargador. Kris divisó su funda en una esquina, y sabía que dentro se encontraba su guitarra, esperando a que pronto la quemaran. Debía de

ser el despacho de Miranda. Kris se agachó detrás del escritorio y vio cómo la luz de la linterna barría la habitación, continuaba pasillo abajo y desaparecía.

Desconectó el móvil y se lo metió en el bolsillo antes de volver sobre sus pasos hacia el pasillo. Hizo ademán de dirigirse a las escaleras, pero se quedó paralizada cuando, a la vuelta de la esquina, vio la luz de la linterna meciéndose de vuelta hacia ella.

—…es que ni siquiera… en el despacho —decía la voz, entrecortada por la lluvia—. Las ventanas estaban abiertas… o…

Kris giró la manija de la habitación que tenía al lado, la de un adicto a la comida de mediana edad llamado Gray, entró y cerró la puerta con la mayor cautela posible.

El aire frío le pellizcó la nariz y le arañó la garganta. La oscuridad era absoluta. Un sonido húmedo llenaba la habitación. Kris encendió la linterna del móvil para ver qué era lo que goteaba, la levantó por encima de su cabeza y la agresiva luz rebotó sobre lo que había en la cama. La última pieza del puzle encajó en su sitio, y Kris recordó lo que ocurrió de verdad la noche del contrato.

– – –

Kris deambulaba por el bosque que había detrás de la Casa de la Bruja, bebiéndose el champán a dos manos. Había empezado a llover, de modo que cuando volvió a la casa tenía frío, estaba mojada y fuera de sí. Lo primero que vio fueron los cuatro contratos, alineados sobre la mesilla auxiliar y firmados por Bill, Tuck y Scottie Rocket. El cuarto y último la estaba esperando. La bilis le quemaba la garganta, y sintió una intensa punzada de dolor en la cabeza.

Incluso al entrar por la puerta azul, incluso mientras bajaba atropelladamente por la escalera del sótano, sabía que algo no iba bien. Demasiado silencio. Demasiado a oscuras. Solían tener las luces de Navidad encendidas, o la lámpara Coleman, y siempre se oía a Scottie hablando sin parar, o a Tuck improvisando con el bajo, o a Terry entregándose a una elaborada ilusión de la fama, pero aquella noche el silencio era sepulcral.

En la penumbra, había oído los mismos sonidos sutiles y putrefactos de succión que oía ahora, al tiempo que recogía la linterna que colgaba de la pared hacia la mitad de las escaleras y la encendía. En un primer momento, no comprendía lo que estaba mirando. Reconoció los tejanos negros de Bill por los rasgones idénticos que se había hecho en las rodillas, donde el algodón parecía dibujar unos labios mohínos, pero no entendía qué era lo que tenía sobre la mitad superior del cuerpo. ¿Un montón de toallas? ¿Un cesto de la ropa? Desvió la linterna hacia el puf y vio que una bolsa blanca cubría la mitad superior y el rostro de Tuck.

El último lugar en que se detuvo la linterna fue en el sencillo colchón de aire que habían empotrado contra la pared. Scottie estaba de espaldas, inconsciente, desmadejado, y en ese instante supo el aspecto que tendría cuando muriera. El colchón de aire se había desinflado, aplastado contra el suelo por la criatura que se agazapaba sobre su pecho. La luz de la linterna la recortaba contra la pared, disipando toda sombra, y Kris creyó que era una mujer por la larga cabellera y los dos pechos deshinchados que se balanceaban a un lado y a otro.

Era un cadáver, demasiado demacrado como para sobrevivir, blanco como la pintura de una casa, con las costillas sobresaliéndole del pecho y cada protuberancia de la columna vertebral presionándole dolorosamente la piel. Tenía las uñas negras y estaba encorvado sobre Scottie, sorbiendo la espuma negra que le rezumaba a él de la boca. Kris apuntó con la linterna el sofá, y vio a la misma criatura de cuclillas sobre Bill, una momia decrépita, blanca como una larva, cuya piel colgaba en pliegues informes. Del matojo púbico gris de la entrepierna le sobresalía un colgajo que se balanceaba obscenamente como una garrapata hinchada.

En un primer momento, estaban tan ensimismadas con la comida que ni siquiera se percataron de su presencia. Poco después, sin embargo, la que estaba agazapada sobre el enorme estómago de Tuck la percibió. Volvió la cabeza y unos ojos ciegos apuntaron a Kris, y ella fue incapaz de apartar la vista. Tenía una mirada vetusta, fría y hambrienta, y de la barbilla le goteaba una espuma negra a modo de barba. Olisqueó el aire y siseó, haciendo vibrar una lengua amarillo intenso rodeada de unas encías de un rojo vívido. A Kris se le entumecieron las manos y la linterna se le resbaló entre los dedos, hasta caer sin control por las escaleras y rodar por el suelo hasta detenerse con el haz de luz iluminando un espacio vacío del sótano. En la oscuridad, oyó cómo las otras dos criaturas dejaban de alimentarse. De las tinieblas emergió un silbido gorjeante, hambriento.

Una mano blanca se interpuso en el haz de luz de la linterna y Kris no podía moverse, porque el que estaba ocupado con Tuck había comenzado a arrastrarse hacia ella, caminando a cuatro patas como una araña, e intentó echar a correr, pero entonces vio que los codos y rodillas de la criatura se doblaban hacia atrás y las articulaciones se le bloquearon. El ser siguió dando pasos lentos, calculados, sobre las cuatro patas, hasta que de repente, se precipitó sobre el pasamano y reptó por él. La barandilla crujió bajo su peso y Kris sintió el hiriente frío que emanaba de la criatura en oleadas, y su rostro ciego se volvió hacia ella y luego… nada.

Kris estaba en el bosque, perdida toda noción del tiempo, contemplando la lluvia que le caía sobre el rostro. Se deslizaba por el

frío y húmedo suelo, mientras las ramitas y las hojas se le metían por debajo de la camiseta. Levantó la cabeza y vio a la criatura blanca a gatas, moviéndose como una araña, arrastrándola por el tobillo de vuelta hacia la Casa de la Bruja. Se sobresaltó y rodó hacia la derecha, retorciéndose, pero el ser se abalanzó rápido sobre ella, aplastándola contra la tierra, más fría que la lluvia.

Tenía una boca ancha y hambrienta, y unas uñas irregulares y desgarradas. En sus ojos no había más que ansia. La retuvo por los hombros con una mano y luego le metió los dedos en la boca. En un acto reflejo, Kris sintió arcadas y apretó los dientes contra los gélidos nudillos de la criatura, que le arañó la garganta hasta rozar con las puntas de los dedos la raíz de la lengua, y Kris tuvo un acceso de pánico y movió la única parte del cuerpo que pudo.

Kris mordió con todas sus fuerzas. Un líquido amargo le recorrió el interior de la boca y le bajó por la garganta. La criatura retrocedió y apartó la mano, antes de encorvarse sobre los dedos heridos. Kris se incorporó y vio un montón de madera vieja de alguna reforma olvidada que brillaba bajo la lluvia. Agarró un tablón y lo descargó sobre el cráneo de la criatura, con la misma aversión y repugnancia de quien aplasta una cucaracha, una, dos veces, hasta que la criatura se retorció de espaldas sobre el barro.

Los demás seguían dentro, y Kris echó a correr incluso antes de que terminara de vomitar. Irrumpió en la cocina y bajó las escaleras antes de que el miedo la atenazara. Las criaturas habían desaparecido y el haz de luz de la linterna que se le había caído al suelo era tenue, débil, y Kris empezó a abofetear a los demás y a darles patadas en los hombros y a gritar: «Venga, venga, venga, ¡tenemos que salir de aquí cagando leches!».

Recordaba haber subido a la furgoneta, entrar en la autopista y dar bandazos bajo la lluvia, y que lo que había visto frente a ella no habían sido unos faros ni una furgoneta de UPS, sino un destello blanco por el retrovisor. Se giró justo en el momento en que el ser del bosque, con la cabeza partida en dos y supurando sangre negra, trepaba por la parte trasera de la furgoneta a una velocidad imposible.

—¿Qué coño es eso? —exclamó Tuck, al tiempo que la criatura pisoteaba el techo. Poco después, su rostro apareció de repente en el parabrisas.

Tuck profirió un grito mientras la criatura golpeaba el cristal con un puño huesudo, los ojos, dos cuencas desiguales, la boca, una oscura mandíbula abierta, y Kris pisó el freno y giró el volante todo lo que pudo hacia la derecha. El ser salió volando en el momento en que ella notó cómo dos ruedas se salían de la carretera, y lo último que vio Kris antes de que la furgoneta empezara a dar vueltas de campana fue el rostro de la criatura desapareciendo de su campo de visión. Luego

la gravedad se detuvo, y luego llegó la violencia, y el silencio, y el largo y solitario sonido del grito monótono e invariable de Bill. Pero antes de desvanecerse, oyó cómo regresaba y se abría paso entre el desastre, dispuesta a terminar lo que había empezado…

– – –

La criatura acuclillada sobre el pecho de Gray volvió la barbilla salpicada de negro hacia la luz del móvil, y los veinte años que separaban el punto A del B desaparecieron. El viento azotaba los laterales del edificio mientras el ser olfateaba el aire para poco después ignorarla y volver a centrar la atención en la boca de Gray, donde continuó dándole lengüetazos a la espuma negra como si estuviera comiendo gachas de un cuenco de comida de perro.

Eso era lo que habitaba en la Montaña del Hierro Negro, y Kris supo al instante que por un lado estábamos nosotros y por el otro, ellos. Que existían los seres humanos y la Montaña del Hierro Negro. Y la criatura la había ignorado y descartado, como si no importara. Como si no fuera peligrosa.

Kris se aplastó contra la puerta, la abrió y salió entre tambaleos al pasillo. Corrió hacia el despacho de Miranda, se arrastró hasta la parte trasera del escritorio y abrió la funda. Se había olvidado de lo que pesaba la guitarra. La levantó por el mástil, mientras las cuerdas de acero se le hundían en las manos suaves, y sintió la fuerza que la recorría y le ascendía por los brazos, como una corriente eléctrica, durante el trayecto de vuelta a la habitación de Gray.

En inglés llaman *axe*, «hacha», a la guitarra porque esa es la forma que tiene. Un largo cuello de caoba y un cuerpo que representa la hoja. El cuerpo de la Les Paul Melody Maker de Gibson era una pieza sólida de caoba que pesaba cinco kilos y tenía casi tres centímetros de grosor y treinta centímetros de ancho en la campana. Le faltaba equilibrio en la mano de Kris, y parecía querer desasirse de su delgada muñeca cuando ella la agarró por el mástil y se la echó al hombro derecho. La dejó caer y la sacudió, apoyando todo el peso de su cuerpo, buscando el *home run*. El cuerpo de la guitarra acertó a la criatura con un golpe seco que la aplastó contra la pared, pero volvió a ponerse en pie un instante más tarde, bufándole a Kris, quien había levantado la guitarra de nuevo por encima de la cabeza y ya la estaba bajando. La criatura la esquivó hacia la izquierda, pero Kris se giró y le atizó de nuevo con la parte delantera de la Les Paul. Tres cuerdas de acero emitieron un cómico zumbido al romperse y se retorcieron hasta formar rizos metálicos.

El ser recogió las extremidades para dar un salto, y a Kris no le pudo importar menos. Dejó que la inercia la llevara hacia la derecha, y en el punto álgido del arco que trazó, dio media vuelta, blandió la

guitarra hacia la izquierda y acertó en las protuberancias de la columna de la criatura. Algo se rompió y el ser se desplomó sobre el abdomen de Gray, lo cual provocó que la espuma negra brotara de la boca del paciente como si de una fuente se tratara y salpicara la pared que tenía sobre la cabeza. Las extremidades de la criatura se estremecían a gran velocidad ante los incesantes golpes que Kris descargaba con la guitarra, y las cuerdas de re, la y mi supervivientes vibraban mientras las acometidas trituraban a aquel cabronazo.

Finalmente, Kris se detuvo, sin aliento, con los brazos doloridos, los tendones temblorosos y las palmas al rojo vivo. Poco después, la criatura levantó el torso y extendió una garra hacia Kris, que ella esquivó doblándose hacia atrás por la cintura, y entonces trazó un amplio arco con la guitarra, desde la espalda y por encima de la cabeza, hasta descargarla sobre el cráneo de la criatura.

Esta vez, no volvió a moverse.

Kris oyó en el exterior a hombres gritando por encima de la virulencia del viento, voces filtradas a través de la lluvia. Corrió hacia el pasillo con la guitarra dañada en la mano derecha. Dobló la esquina, bajó por las escaleras y salió por la puerta trasera a merced de la lluvia huracanada, atravesó el porche y antes de que fuera consciente de adónde se dirigía, estaba corriendo hacia la Casa de la Bruja.

A sus espaldas, luces de linterna danzaban en las ventanas, la buscaban, mientras la fría lluvia le azotaba el pecho y el rostro y limpiaba el cuerpo de su maltratada Les Paul de cualquier rastro de espuma negra. Subió aprisa los escalones de madera resbaladizos que ascendían hacia el porche trasero de la Casa de la Bruja y abrió la puerta. Había una salida que no protegía valla ni cancela alguna. Lo único que Kris debía hacer era confiar en el hecho de que Miranda y Bill fueran unos farsantes. Apoyó todo el peso de su cuerpo sobre la puerta y la empujó hasta cerrarla y protegerse del rugir del viento, y todo se sumió en el silencio.

El haz de luz de una linterna le apuntó directamente a la cara. Kris torció el gesto.

—Eres una mentirosilla —ronroneó Miranda en la penumbra, por detrás de la luz cegadora—. Vas a arrepentirte de…

Kris no necesitó nada más que eso para apuntar. La guitarra le proporcionaba un metro más de alcance. La empujó adelante, el cristal se rompió y la linterna se apagó. No había espacio en la entrada para balancear la guitarra a un lado, así que Kris optó por alzarla y luego dejarla caer, hasta que tocó algo blanco.

En la oscuridad, vio una sombra doblándose por la mitad, más oscura que el espacio que la rodeaba, y Kris le propinó otro golpe descendente con la guitarra. La sombra se desplomó en el suelo y se

quedó inmóvil. Kris le dio una patada solo para asegurarse.

Recorrió la pared a tientas hasta dar con el lugar donde recordaba que una vez había estado la puerta azul. Abrió las piernas y asió la guitarra por el mástil, una mano cerca del cuerpo, la otra cerca del clavijero. La superficie de la pared era lisa, firme, perfecta. Por un momento vaciló. Bill le había dicho que el sótano estaba tapado, pero recordó que no eran más que un hatajo de mentirosos, y dejó caer el borde de la guitarra.

Blandió la guitarra dos, tres, cuatro veces. El cuerpo dibujaba óvalos en el yeso, hasta que la pared comenzó a resquebrajarse, se dobló y cedió. Los músculos agotados le gritaban de dolor mientras la machacaba. El frío le absorbía la fuerza de brazos y muslos, las pantorrillas se le contrajeron, las palmas de las manos se le ampollaron y desgarraron, y los hombros le temblaban hasta el tuétano con cada golpe.

Pero, finalmente, apareció el borde de una puerta. Kris lo iluminó con la linterna del móvil de Mirada y, a través del polvo endurecido y los escombros, distinguió la silueta de un marco de puerta de los 70. Apagó la linterna y siguió picando.

Agarraba el yeso con las manos entumecidas, arrancaba placas enteras que se iban acumulando en el suelo de la sala. Kris se subió al montículo y comenzó a propinarle patadas a la pared, a golpearla con la guitarra, a darle puñetazos, hasta que, al final, la vio: la puerta azul.

No tenía la mente nublada. Estaba hambrienta y despejada como si al fin hubiera recordado el nombre de la canción, como si hubiera conseguido sacarse ese trozo de comida de entre los dientes, o completado el puzle.

A la luz del móvil, la pintura estaba tan desgastada que ya apenas podía decirse que la puerta fuera azul. Le habían arrancado la cerradura y el pomo y la habían tapiado, pero seguía allí, enterrada tras las paredes de la Casa de la Bruja, aguardando. Se preparó y arremetió con la guitarra. El cuerpo se incrustó en la puerta azul, los goznes cedieron y, con un descomunal estruendo, se desprendió y se precipitó por las oscuras escaleras.

El centro de gravedad de la guitarra cambió de improviso y el mástil se partió con un crujido seco y se separó por completo del cuerpo. Estaba deformada y destrozada, apenas sostenida por las tres cuerdas restantes. No obstante, había cumplido con su cometido, había ayudado a Kris a escapar, primero de Gurner, luego de su gran letargo y, ahora, del Manantial del Bosque. La besó, saboreando el polvo del yeso, y la depositó sobre los escombros. Acto seguido, Kris atravesó la puerta y bajó por las escaleras. Estaban oscuras y manchadas, y conducían al subsuelo, al sótano, donde todo empezó.

HOWARD PEARS: Por una cuestión de derechos de autor, Suzy y yo no podemos reproducir el *Troglodyte* de Dürt Würk, pero debido a su importante peso en la historia del *heavy metal*, sentimos la necesidad de describírselo a nuestros oyentes.

SUZY BAUM: Precisamente ese misterio es el que lo convierte en una grabación tan legendaria. Pero aquellos que lo hayan escuchado sabrán cuál es la verdad tras la leyenda, y no es para tanto. La calidad de la producción es inexistente y la técnica musical está deslucida, y cuenta con unas letras que solo podrían describirse como «pueriles».

HOWARD PEARS: Y, con todo, este álbum genera una fascinación única, te mantiene atento a pesar de los problemas que ha comentado Suzy. Su mitología interna indica más de lo que afirma, sugiere más de lo que explica, y confunde más de lo que revela.

SUZY BAUM: Tenemos la sensación constante de que siempre hay algo que se nos escapa, oculto detrás de otra cortina, y que lo que estamos oyendo no es más que la punta del iceberg.

—BBC Radio 3, «La historia de la música a través de cien temas»
14 de junio de 2019

Sleep’s Holy Mountain[1]

Iluminado por el móvil de Miranda, el sótano era más pequeño y lóbrego de lo que Kris recordaba, poco más que un desangelado cubículo de cemento. El óxido estriaba el murete blanco que rodeaba la boca del pozo donde aún descansaba la tapa de madera contrachapada. Apenas tenía unos minutos antes de que alguien apareciera y descubriera que había abierto un agujero en el muro a golpes, el yeso que cubría el suelo de la sala y la guitarra destrozada lo evidenciaba. No tardarían en llegar.

Kris renqueó hasta el pozo. La tapa no era más que una gran lámina de madera contrachapada azul afianzada por tablones, cuyos laterales alguien había perforado para introducirle armellas. De allí pendía un juego de cadenas sujetas a cuatro argollas clavadas al cemento. Cuatro candados abiertos sobresalían de la suciedad del suelo. Kris empujó la tapa esforzadamente, tan solo una rendija, y dejó a la vista la oscura oquedad. El pozo expulsó un frío hedor a tierra de cementerio que la asaltó cuando asomó la cabeza por la boca, mientras la agresiva luz del móvil mostraba el cilindro mugriento del interior del pozo. Unos oxidados peldaños de acero corrugado descendían hacia la penumbra. Kris pasó una pierna por encima del borde del pozo y buscó el primer peldaño con un pie antes de pasar la otra pierna. Se arañó la barriga con el cemento del borde y la espada con la madera contrachapada, y luego devolvió la tapa a su sitio antes de bajar por el pozo.

Los brazos le temblaban, extenuados. Tenía que obligarse a agarrar las barras de acero corrugado con las manos malheridas, pero no se detuvo en ningún momento. Los peldaños le magullaban las plantas de los pies a través de las suelas endebles de las zapatillas, caladas de agua. Cuando sus pies tocaron el fondo de cemento, se había adentrado tanto en la tierra que había desaparecido todo sonido salvo el rumor quedo y hueco del viento que ascendía por el pozo. Kris desbloqueó la pantalla del móvil de Miranda y vio que solo le quedaba un 16 % de batería. Junto a la base del pozo, una reluciente tubería de arcilla de aproximadamente un metro de ancho sobresalía de la pared, frente a otra tubería idéntica en el muro contrario. Aquellos debían de ser los conductos que traían el agua del río subterráneo y volvían a drenarla.

Por encima de ella, unos gritos resonaron por el pozo. Ya habían llegado al sótano. A Kris se le aceleró el pulso y la respiración. Debía esconderse, pero no tenía donde ir. Las tuberías eran demasiado pequeñas, era imposible que cupiera. La madera contrachapada de la

tapa chirrió ligeramente antes de volver de nuevo a su sitio con un estruendo que le castigó los tímpanos. Se oyó un ruido metálico y retazos de luz de linterna parpadearon por debajo de la tapa de madera. Se disponían a mirar en el pozo.

No tenía otra opción. Kris se acuclilló e introdujo la cabeza en una de las tuberías. Estaba limpia, salvo por la línea de barro que recorría el fondo. Sobre su cabeza, la tapa de madera contrachapada emitió un chirrido más prolongado. Kris apagó el móvil de Miranda y se lo guardó en los pantalones, levantó los brazos por encima de la cabeza y se obligó a deslizarse por la tubería, justo en el momento en que alguien arrastraba la tapa del pozo y caía pesadamente al suelo.

Kris mecía las caderas a un lado y a otro, con las manos extendidas frente a ella como una submarinista, arrastrando las palmas en carne viva. Las puntas de los pies la ayudaron a empujarse hacia delante hasta abandonar el suelo del pozo, y entonces reptó hasta introducirse por completo en la tubería. Allí se detuvo, oculta, esperando. Sintió el impulso de mirar atrás, pero cuando trató de girar la cabeza, se dio un coscorrón con la parte sólida del desagüe.

Lo único que debía hacer era estarse quieta y mantener la calma. No fue decisión suya, pero entonces comenzó a resollar. No le quedaría otra que controlar la respiración. De repente, se oyó un golpe seco y el repiqueteo del metal, dos, tres, cuatro veces. Habían vuelto a colocar la tapa y asegurado las cadenas. Kris se sacudió unos instantes, pero no fue capaz de encontrar ningún punto de apoyo con que retroceder, y el corazón le latía con tanta violencia que resonaba contra la tubería. Otro bum, y otro. Estaban apilando algo pesado encima de la tapa. Luego, silencio. La habían encerrado.

Kris trató de salir de la tubería, pero no podía levantar lo suficiente el trasero como para dar marcha atrás como una oruga. Estaba atascada.

—No, no, no, no, no, no, no —gimió.

Quiso gritar, estirarse y retorcerse, pero la tubería la oprimía. Aquel desagüe sería su ataúd. Abajo, donde las lombrices se retorcían. Era la siguiente canción del *Troglodyte*, e intentó concentrarse en la letra, intentó reproducirla en su cabeza para distraerse de su creciente pánico.

Black Iron Mountain is cold, cold, cold[2]

Empezaba como una saloma.

Black Iron Mountain is cold, cold, cold
The language they speak is old, old, old
And their lies are made out of gold[3]

Kris se la repitió varias veces. No podía mirar hacia arriba porque no disponía del espacio suficiente para levantar la cabeza antes de chocar con el techo de la tubería. Tenía los hombros aplastados contra los laterales del conducto. Agitó las caderas, se arrastró con las palmas de las manos, se empujó con los dedos de los pies y avanzó un centímetro. Y repitió el proceso.

Black Iron Mountain is cold, cold, cold

Y otra vez.

The language they speak is old, old, old

Y otra vez.

And their lies are made out of gold

Kris tiritaba en la gélida oscuridad. Se imaginó la lluvia que caía por encima de ella, y entonces oyó el austero solo de batería de Bill que daba comienzo al primer verso de «Down Where the Worms Squirm».

Welcome to my dark places
Coffins pickling in the dark
Surrounded by blind faces
Their minds bear his evil mark[4]

Un centímetro más. Otro centímetro. Y otro más.

All I know is what they tell me
A cat screams inside my brain
And miles above my coffin
Iron skies spit iron rain[5]

Troglodyte seguía teniendo razón. Estaba lloviendo y ella estaba atrapada en un ataúd. Pero no podía morir todavía, porque aún faltaban cuatro canciones. Entonces los dedos tocaron un muro sólido. No podía levantar la cabeza para ver lo que había, así que empujó, arañó y presionó, y descubrió que la tubería terminaba allí.

Por instinto, Kris trató de dar marcha atrás y los hombros se le encajaron con firmeza contra la tubería. No disponía del más mínimo margen para moverse. En la oscuridad, algo le rozó la suela de la zapatilla derecha, y Kris trató de apartar la pierna, pero lo único que consiguió fue que se le atascara la rodilla justo debajo del cuerpo y

que el trasero se le aplastara contra el techo del conducto. Era como el tapón de una botella.

El estribillo irrumpió con fuerza en su cabeza.

Down where the worms squirm
Down where the blood churns
Down where the pain burns
In my dark places
Buried with the worms[6]

Estaba enterrada con las lombrices. Ya está. No era más que una canción y ella, la actriz de un vídeo. Aspiró aire tres veces, en bocanadas pequeñas, y luego se imaginó cómo se le relajaban los músculos de la pierna derecha, y fue estirándola poco a poco, con cautela, preparada para volver a recogerla si algo se la rozaba de nuevo. Separó los brazos, apoyando un lado de la cara en el barro del fondo de la tubería, y palpó las paredes. Con el brazo derecho recorrió la curva lisa y firme del conducto, pero con el izquierdo encontró aire: la tubería no terminaba allí, sino que daba un giro de cuarenta y cinco grados.

Kris se quedó atascada mientras trataba de girar, oprimiéndose los pulmones hasta que una posición les impedía expandirse, y el cuerpo entero dejó de doblársele. Se forzó a concentrarse en la letra:

Black Iron Mountain is cold, cold, cold
The language they speak is old, old, old
And their lies are made of gold

Podía sobrevivir dos minutos sin aire, sobreviviría. Se obligó a relajarse. Consiguió desatascar los hombros y la base del cuello, y continuó avanzando. Se estiró por completo y comenzó el verso siguiente de «Down Where the Worms Squirm» mientras se contoneaba hacia delante, recorriendo la tubería.

Iron rain is falling
On the bodies of the slain
The Blind King keeps calling
Trapped inside a coffin made of pain[7]

Un quejido seco resonó desde algún punto del conducto que tenía por delante y Kris se quedó paralizada. El ruido se prolongó, invariable, y ella se forzó a seguir avanzando. El quejido se convirtió en un aullido, y Kris notó una brisa fría en las manos y, de repente, dejó de sentir suelo alguno. La tubería terminaba en un espacio

abierto. Kris se empujó con los pies hasta salir, reptando con las manos sobre un terreno irregular, resollando de alivio. Los pies le cayeron de la tubería y se acuclilló, antes de sacar el móvil de Miranda y encender la linterna. Se encontraba en un páramo rocoso, una cueva pequeña, donde antaño había fluido el agua. Debían de haber sellado el río más arriba. Al otro lado de la cueva, un túnel de rocas desiguales descendía por un pasaje angosto, pero podría continuar avanzando si se encorvaba a la altura de la cintura.

Kris empezó a bajar por la pendiente de rocas sueltas con cuidado. Al móvil solo le quedaba un 9 % de batería, pero debía mantenerlo encendido para ver dónde ponía el pie y no torcerse el tobillo.

Everything you said you wanted
Rots and falls apart
In the kingdom of the Blind King
He eats your bleeding heart[8]

En un primer momento, era difícil discernir si el techo estaba perdiendo altura, pero entonces se percató de que entre las rocas que estaba sorteando y la bóveda terrosa había poco más de medio metro. Raíces entrelazadas colgaban como pelo muerto. Ahora el techo estaba apenas a treinta centímetros, y Kris tuvo que reptar sobre las rocas como un lagarto, móvil en mano.

Le quedaba un 7 % de batería. Se preguntó si habría tomado la decisión incorrecta, si debería haber escogido el otro túnel, o haberse arriesgado con Bill. Tal vez cuando descubriera que aquello era un callejón sin salida ya sería demasiado tarde. Las paredes se cernían sobre ella y se curvaban las unas hacia las otras hasta formar un embudo.

Down where the worms squirm
Down where the blood churns
Down where the pain burns
In my dark places
Buried with the worms[9]

El móvil tenía un 6 % de batería cuando llegó al punto en que debía tomar una decisión: si continuar de cabeza o por los pies. Después de eso, estaría arrastrándose por un tubo de roca demasiado estrecho como para darse la vuelta. Entró de cabeza, adentrándose en el corazón de la montaña, con los brazos extendidos frente a ella. Le llovía tierra de los lugares en que rozaba el techo con la espalda, las rocas afiladas le rasgaban las manos y le sangraban los codos y las

rodillas. La montaña cerraba el puño, oprimiéndola cada vez más.

Finalmente, dejó de reptar. Ante ella, el techo y el suelo se comprimían hasta dejar un orificio de apenas dos puños. No podía dar media vuelta. Al móvil le quedaba un 4 % de batería. Escudriñó la disposición del terreno y descubrió que aquella hendidura plana se extendía durante un buen trecho. Apagó el móvil y se lo metió en el pantalón. En la gélida oscuridad, sintió cómo el peso de la montaña entera la aplastaba. Kris giró la cabeza a un lado, pero apenas le cabía. Se tumbó por completo y extendió los brazos y las piernas todo lo posible antes de deslizarse adelante, caminando con el cuerpo al completo, pecho, dedos de las manos y los pies y el lateral del rostro. Avanzaba centímetro a centímetro, la oreja se le llenaba de tierra, y luego la roca se cerró sobre ella y la atrapó entre sus mandíbulas. Estaba atascada.

La bóveda de la cueva le presionaba la espalda. El suelo le presionaba el pecho. No podía inflar del todo los pulmones. Ni siquiera podía abrir la boca para humedecerse los labios agrietados.

No podía respirar.

Through the darkness his worms swarm
Black water flooding their black caves
This rage I'm feeling is a cold storm
Drowning all his slaves[10]

Kris no sabía si tenía los ojos cerrados o abiertos. Pensó que los debía de tener cerrados. Aspiró una pequeña bocanada de aire que le infló el vientre, y sintió cómo las rocas del suelo le presionaban el estómago y el techo se le hundía en las escápulas. Tomó aire de nuevo. Y una vez más. Esperó, sintió cómo se le ralentizaba el flujo sanguíneo y se le relajaban los músculos.

Let the sky come down
Wash everything away
Worms scream underground
I no longer feel afraid[11]

El peso de su cuerpo le impedía mover el brazo izquierdo, totalmente atascado, pero con el derecho tenía un cierto margen. Fue meciendo poco a poco el brazo, como si de un limpiaparabrisas se tratara. Con las puntas de los dedos iba recorriendo la roca que se extendía frente a ella. Había una hendidura, una grieta en la roca por la que soplaba un aire cálido. Si era lo bastante ancha, y no demasiado baja por un único y letal centímetro, podría conseguirlo.

Contrajo los músculos y se deslizó hacia delante mientras el techo

le doblaba hacia atrás la oreja izquierda. Agarró el borde de la hendidura con la palma de la mano derecha. Intentó introducir también el brazo izquierdo y creyó que el codo se le acabaría dislocando, pero, con un bandazo, consiguió hacerlo pasar. Tras agarrarse con ambas manos al borde, tiró de sí. Las rocas le desollaron la espalda, el vientre y la parte superior de los muslos, pero se deslizó por la grieta hasta la altura de la cintura, y luego se precipitó al frente, hacia la caverna, arañándose ambas rodillas y aterrizando con las manos sobre el barro. El hedor a almizcle hizo que le lagrimearan los ojos. El lodo le llegaba por las rodillas. Había perdido una de las zapatillas y tocaba con el pie desnudo aquella porquería caliente. De repente, notó cómo se le movía la pernera del pantalón. Tras llevarse la mano al bolsillo, Kris sacó el móvil y encendió la linterna, y se arrepintió de inmediato.

Se encontraba en otra caverna pequeña y el suelo estaba cubierto de montones de mierda de murciélago que le llegaban por las rodillas y desprendían unas nocivas nubes de amoníaco. La superficie bullía con una reluciente alfombra negra de insectos. Las rocas elevaban sus afiladas cabezas entre el guano como icebergs. Kris se obligó a mirar al techo. A unos diez centímetros sobre su cabeza, la bóveda se agitaba con un tapiz ondulante de murciélagos de cuerpo blando. Uno se despertó y clavó en ella sus ojos ciegos, con la boca abierta en un grito mudo, dejando al descubierto unos dientes blancos y afilados como agujas. Kris se limpió las piernas de insectos. Sus ganchos quitinosos le mordisqueaban las palmas de las manos. Se forzó a apagar el móvil y volver a guardárselo en los pantalones, pero, ante su sorpresa, Kris descubrió que incluso sin la linterna del móvil aún podía distinguir el tenue relieve de la cueva. Había una fuente de luz más adelante.

Siguió avanzando y rezó por que la luz no proviniera de un agujero que no pudiera alcanzar. A sus pies, los escarabajos crujían, se abrían paso hacia la parte trasera de sus rodillas, los muslos, se agarraban a su cintura, a su vientre. El guano le calentaba los pies y las rocas le desgarraban la piel. Se golpeó la rótula contra una piedra y se precipitó de frente, extendiendo los brazos durante la caída. El guano de murciélago le llegaba por los hombros y un ciempiés le subió por la barbilla. Se aupó y sintió cómo rozaba varios murciélagos con la coronilla y los espantaba. Un cuerpecito caliente le cayó en el hombro, y lo apartó de un manotazo. Se revolvió bajo su mano, y unos dientes afilados como cuchillas se le hundieron en el pulgar, y de allí quedó suspendida la criatura mientras ella sacudía el brazo frenéticamente. Poco después, desapareció. Cálidos cuerpos de terciopelo y cuero le golpeaban el rostro al pasar. Kris reprimió la necesidad de gritar y se obligó a seguir avanzando, esta vez más

rápido.

Los escarabajos le habían llegado al cuello. Sentía sus afiladas pinzas y antenas rebuscando dentro del cuello de la camiseta, correteándole por el pelo. Se los apartaba con la mano, los aplastaba, se manchaba las manos con sus secreciones. Frente a ella, la caverna formaba una curva y, cuando la dobló, se encontró de cara con la luz. Había una fisura irregular, de casi un metro de alto, apenas unos treinta centímetros de ancho, oculta por raíces y hierbajos, pero después de haber sobrevivido a las mandíbulas de la montaña, aquello le parecía el pasillo de un supermercado.

El techo se agitó, alterado por sus desesperados movimientos, y los murciélagos cayeron y formaron una nube frenética a su alrededor. Kris avanzaba renqueando mientras las uñas de los pies se le doblaban hacia atrás con las piedras. Luego saltó hacia el haz de luz, se obligó a cruzar la hendidura, aupándose hacia las altas hierbas, desesperada por salir antes de que la chirriante nube de murciélagos agresivos la sobrepasara. Creía que perdería el juicio si volvían a tocarle la cara.

Una raíz se le enredó en la cintura y la mantuvo suspendida en el aire, pero Kris consiguió liberarse y se deslizó hacia la pendiente húmeda sobre su vientre. Fue rodando cada vez menos, hasta que al fin se detuvo por completo, y se quedó tumbada de espaldas entre resuellos. La montaña se cernía sobre ella. Kris jamás se había sentido tan agradecida de estar al aire libre. Le sangraban los pies y estaba cubierta de mierda de murciélago, pero estaba viva, aspirando largas bocanadas de aire fresco, frío y dulce.

A sus pies, un camión pasó de largo tocando el claxon bajo la luz gris de la mañana, en dirección a la autopista. Estaba en el arcén de una carretera de dos carriles, en el lado opuesto a un pintoresco mirador. Una enorme montaña de hierba alta se alzaba a sus espaldas.

¿Y ahora qué?

Debía seguir moviéndose. Debía huir de allí. Si la encontraban y la devolvían al Manantial, su mente no sobreviviría. Kris se deslizó por el resto de la colina y, tras mirar hacia ambos lados, cruzó los dos carriles hasta el desvío con vistas panorámicas. Cojeó hasta un matorral, lo atravesó y siguió descendiendo por la colina.

Y, así, los Estados Unidos se cernieron sobre ella y la engulleron entera.

JACK BLAST: Para aquellas personas que se acaben de unir a nosotros, estáis escuchando Radio Libertad con Jack Blast, emitiendo en directo desde el Complejo en el gran estado de Arizona, donde los hombres llevan armas, las mujeres tienen un buen busto y cada día es temporada de caza. Estás en directo.

OYENTE: Hola, soy J. D.

JACK BLAST: Hombre, viejo amigo. ¿Cómo te va, compadre?

OYENTE: Las fuerzas se han puesto en marcha, Jack. Los pecados del pasado se pagarán con sangre. ¿Oyes cómo cada vez hablan más? Están preparando el terreno para cubrirse las espaldas. Esta es la gorda.

JACK BLAST: ¿A qué te refieres con «la gorda», J. D.? ¿Querido oyente? ¿Sigues ahí? [pérdida de señal] Bueno, estoy seguro de que nuestro oyente volverá a llamarnos en cuanto se tome la medicación.

—WJET, «Radio Estados Unidos Libres»
13 de agosto de 2019

Stay Hungry[1]

Kris se tambaleó colina abajo con las piernas rígidas, intentando alejarse lo máximo posible del Manantial del Bosque. Tras una franja de árboles marchitos, halló una casita sin coches en la entrada. Bebió agua de la manguera del jardín hasta que le dolió el estómago, y se limpió la peor parte de la mierda de murciélago. No tenía ni un solo centímetro de piel que no mostrara magulladuras, cortes, arañazos o desgarros. Notaba la cabeza tan ligera que casi tenía la sensación de que pudiera salir flotándole de los hombros, pero se forzó a bajar por la carretera con sus harapos de lino blanco, acuclillándose detrás de los coches aparcados u ocultándose en el bosque cuando veía venir algún camión.

En un centro comercial barato encontró al Ejército de Salvación. Dos viejos estaban descargando cajas de juguetes y llevándolas a la parte trasera.

—¿Tenéis algo de ropa? —preguntó Kris con la voz áspera.

—Claro —contestó uno de los hombres—. Dentro. A la venta.

Kris levantó los brazos. La ropa de lino blanco que llevaba estaba tan mojada y manchada que casi era transparente. Y solo le quedaba una zapatilla.

—Por favor —suplicó.

Uno de los dos se dirigió hacia el interior. Kris esperó en el asfalto, disfrutando de los primeros rayos de sol. El tipo regresó y le lanzó una bolsa negra.

—Ahí tienes —le dijo, dándole la espalda—. Total, tampoco podíamos venderla.

Detrás de un contenedor, Kris se puso un chándal rosa con un manchurrón marrón en una pernera. Confió en que fuera chocolate. Había también un par de sandalias y una sudadera negra con capucha y una imagen ultrarrealista y a todo color de unas vísceras rebosantes en la parte delantera. En la espalda se podía leer: «Slipknot World Domination Tour».

—Maravilloso —masculló Kris.

Le dio la vuelta. Sería un infierno llegar al Oeste con aquella ropa, pero menos daba una piedra. La siguiente canción del *Troglodyte* era «Sailing the Seas of Blood»[2], lo cual le indicaba que debía seguir moviéndose. Debía llegar al Oeste y detener los conciertos de despedida de Terry. Fuera lo que fuera que tuviera planeado, sabía que no se traía nada bueno entre manos. Había visto la luz, y ahora creía ya tanto en la pura maldad de Terry como en los poderes predictivos del *Troglodyte*. Kris rodeó el contenedor.

—¿Qué día es hoy? —le preguntó a uno de los hombres.

Esperaba que aún fuera mayo. Incluso aunque estuvieran en el fin de semana del Día de los Caídos, aún tenía tiempo. Necesitaba como mínimo una semana para llegar a Los Ángeles.

—Doce de agosto —contestó el tipo.

A Kris se le desconectó el cerebro y se marchó de allí caminando sin rumbo. Recordaba que el sol estaba en una posición distinta cuando se comió medio perrito caliente de una papelera en el aparcamiento de un 7-Eleven. Lo tenía directamente sobre la cabeza cuando encontró unas patatas fritas congeladas en la acera, delante de un Hardee's. Se las comió. No sabía qué hora era, pero poco importaba. Se había perdido los conciertos. Había fracasado.

Siguió deambulando en dirección contraria al Manantial del Bosque, escondiéndose del tráfico, obligándose a no detenerse en ningún momento. Cuando cayó el día, las piernas le pesaban cada vez más y comenzó a cabecear mientras andaba. Al otro lado de la calle había un gigantesco cementerio verde, lleno de árboles, y consideró que tenía sentido dormir allí. Terry se había vuelto a salir con la suya. Bien podría morirse y no habría diferencia alguna.

El cementerio era bonito desde un punto de vista arquitectónico: cantos rectos, calles anchas, hileras ordenadas de lápidas idénticas. Kris se desplomó en los arbustos que había tras un cenador de piedra en el lugar más alejado de la carretera. Se despertó a las dos de la madrugada, helada hasta los huesos, tiritando a pesar del chándal, pensando qué hacer a continuación.

No podía volver a casa. Little Charles la mandaría de vuelta al Manantial del Bosque y a esas alturas en su casa ya debía de estar viviendo una nueva familia. Tuck la había traicionado. Scottie estaba muerto. Terry había ganado. Había llevado a buen término sus planes, fueran cuales fueran. Ya no había lugar en el mundo para ella.

Kris se pasó el resto de la noche despierta, desesperada por que llegara el día, con las manos enterradas entre los muslos para entrar en calor. Siempre que comenzaba a quedarse dormida, oía el chasquido del sótano de Scottie, veía las lágrimas que le surcaban el rostro, a Angela en el suelo con la mirada clavada en el techo, a Bill interrogándola en el Manantial del Bosque, el gélido rostro blanco que le siseaba en la habitación de Gray. ¿Cómo había podido llegar a creerse capaz de combatir a la Montaña del Hierro Negro? Ni siquiera eran humanos, y ella no era más que una música. Y ahora ni siquiera eso. Veinte años atrás, la Montaña del Hierro Negro había señalado a Dürt Würk y su influencia había emponzoñado el resto de su vida. Lo único que podía hacer ahora era ocultarse y tener la esperanza de que se olvidaran de ella.

Cuando el cielo al fin se aclaró, Kris regresó a la carretera con las

rodillas tan entumecidas que parecía que las tuviera rotas. Al pasar por delante de una pequeña capilla, vio a una mujer sentada con la espalda contra un muro, parcialmente oculta por un matojo.

—Buenos días —dijo Kris, sacándose las manos de las axilas para que la mujer supiera que no era una amenaza.

La mujer tenía bolsas de la compra amontonadas a cada lado y los ojos abiertos, por eso Kris supo que estaba despierta. No quería acercarse demasiado, de modo que volvió a intentarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó Kris, e incluso mientras lo decía supo que la mujer estaba muerta.

Se puso de cuclillas a un metro y medio del cuerpo. Era una cuarentona muy castigada, o quizá una sesentona que se conservaba bien, y tenía la barbilla apoyada en el pecho. Llevaba una cazadora verde con un emblema del Boca Raton Golf Club cosido en el pecho y una minifalda tejana lavada a la piedra. Miraba a un punto impreciso entre sus pies. El rocío se había acumulado en su rostro.

Kris rebuscó entre las bolsas de la difunta. En el fondo de una, halló un billete de 10 $ dentro de una cajetilla vacía y un carné de conducir de Oklahoma que la identificaba como Deidre McDeere. Kris le robó las zapatillas de deporte. Ya no era una opción ir por ahí con remilgos.

Las zapatillas de deporte le acolchaban los pies mientras se dirigía a la cancela del cementerio y enfilaba la carretera. El tráfico de la mañana empeoró. El estómago le rugía con cada paso que daba. Una muchacha negra con trenzas cortas compartió con Kris medio dónut fuera de una gasolinera BP. A Kris empezó a salivarle la boca en cuanto tocó el azúcar glaseado.

—Estoy intentando perder unos kilos —le dijo la chica—. Me estás haciendo un favor.

Hacía autostop y suplicaba que la llevaran a gasolineras Sunoco y aparcamientos de Wendy's. Se quedó dormida debajo de un puente frente a un viejo taciturno con una docena de pares de calcetines cubriéndole unos pies hinchados y supurantes. Cuando se despertó, caía una lluvia suave y el viejo había desaparecido, pero vio que le había dejado una lata de judías verdes al lado. El problema era que se había olvidado de dejarle también el abrelatas. Caminó esquivando basura por los arcenes de las autopistas mientras los coches le pitaban al pasar, y se abría paso entre la hierba alta en las salidas.

Les pagó 10 $ de gasolina a unos guatemaltecos a cambio de que la llevaran a Louisville. Iban para allá a trabajar, y solo uno de ellos hablaba inglés. Kris se sentó en la parte trasera con él y sus primos adolescentes mientras fumaban cigarrillos y jugaban con el móvil. Cuando se marchó, le dieron tres toallas de playa a rayas que podía usar como mantas.

En Louisville, encontró una escalera de acceso en la parte trasera de una gasolinera Shell y durmió en el tejado, mirando a las estrellas. Se despertó con *Troglodyte* sonándole en la cabeza, burlándose de ella.

—Basta —gimió, envuelta en las toallas de playa, agarrándose la cabeza—. Me han arrebatado tres meses de mi vida. ¿No es suficiente?

Terry y la Montaña del Hierro Negro habían ganado y ella había perdido. Se había cansado de luchar. Terry había terminado sus cinco conciertos y fuera lo que fuera que se traía entre manos ya estaba hecho, y el mundo seguía pareciendo el mismo sitio de mierda de antes, repleto de tiendas vacías y las urgencias llenas. Las esquinas de las calles estaban invadidas por restaurantes de comida rápida, tiendas de segunda mano y cadenas de cobro de cheques, de iglesias en antiguos locales comerciales predicando prosperidad, de niñas agarradas a muñecas baratas y niños con las lenguas teñidas de zumo de uva.

En las vallas publicitarias y las paradas de autobús se anunciaban tiendas de compra y venta de oro, prestamistas, tiendas de segunda mano, Dollarwise, Cash Advance, Loan Star, Fastcash, Money Mart y People Pawn. Los márgenes por los que se movía Kris estaban llenos de personas que se pasaban la vida haciendo cola y tirando como podían, sentadas en habitaciones sofocantes, esperando a oír sus nombres en boca de quien tenía sus historiales. Aquel era su sitio. Terry había estado toda la vida un paso por delante de ella.

De cada edificio pendía una cámara de seguridad. Había cámaras Domo agazapadas en cada puerta, cámaras bala en cada esquina, cámaras de control PTZ que escaneaban los aparcamientos con sus ojos de plástico sin párpado. Cámaras HD, resistentes a las inclemencias del tiempo, colgadas de largos postes de metal que sobresalían de antenas de telefonía móvil, enviando imágenes de la calle a la red móvil. Kris las esquivaba como podía, intentando que no la captaran.

En el centro de Louisville, un evangelista calvo, con la barba teñida de negro, regalaba billetes de autobús a los mendigos porque la ciudad, según decía, los estaba matando. Cada billete iba acompañado de un panfleto donde se informaba que le habían retirado la licencia sacerdotal y le habían cerrado el refugio. Kris escuchó el sermón y cogió un billete para St. Louis.

De camino, con la cabeza apoyada en la grasienta ventana, vio pasar una valla publicitaria a toda velocidad, tan rápido que le costó procesarla:

HELLSTOCK 2019
¡VUELVE KOFFIN!
6, 7 Y 8 DE SEPTIEMBRE

Se volvió hacia el tipo con una sola pierna que estaba sentado detrás de ella.

—¿Ha visto eso? —preguntó.

—El satanista ha montado otro Woodstock —contestó el cojo—. Yo estuve en el primer Woodstock, y ya te digo yo que no fue en Las Vegas.

Se pasó el resto del viaje dándole golpecitos a Kris en el hombro para hablarle de todos los coños que se había comido en el primer Woodstock. No veía el momento de llegar a St. Louis.

Kris renqueó por el centro, recogió comida para llevar en el comedor social de una mezquita y comió en un parque cercano. Se echó a dormir envuelta en las toallas, oculta entre los arbustos, tratando de desaparecer. Pero las fechas de Las Vegas eran como una chincheta afilada en los delicados pliegues de su cerebro.

—¿Y qué quieres que haga? —se farfulló a sí misma, cojeando por el centro de St. Louis.

Por la noche, el sueño la venció mientras le pedía perdón a Scottie y le decía cuánto lo sentía. No podría portar la llama. No era más que una chica con una guitarra, y ya ni siquiera conservaba la guitarra. Lo mejor que podía hacer era desaparecer, asegurarse de que Terry no la encontrara jamás. Vivir en silencio dentro de la Montaña del Hierro Negro.

El fin de semana anterior al Día del Trabajo, acabó en los alrededores de un gran estadio de béisbol durante un partido de los Cardinals. Había una hilera de puestos de cerveza y mesas de pícnic frente al estadio donde músicos callejeros punteaban sus guitarras con el repiqueteo de fondo de las monedas que caían en vasos de papel. Se dejó caer para sentarse en la acera, escuchando a una muchacha al otro lado de la calle que tocaba una guitarra acústica machacada. La joven estaba intentando tocar «Brown Eyed Girl». Tenía costras por toda la cara y un sufrido cachorro de pitbull atado a una soga. Después de que la chica destrozara «Hey Jude», Kris no pudo soportarlo más y se acercó a ella.

—Está desafinada —le dijo.

La muchacha la ignoró y comenzó a tocar «Jane Says». Kris se acuclilló y esperó a que terminara.

—Estás espantado a la gente —dijo la chica sin mirar a Kris.

—Déjame que te la afine, por favor.

La muchacha la miró con unos espeluznantes ojos azul pálido.

—Toca la primera cuerda —le pidió Kris.

La muchacha rasgó la cuerda del mi y Kris apretó la clavija, y el instrumento sonó de inmediato como una guitarra de verdad. La joven

fue tocando el resto de las cuerdas mientras Kris las iba afinando como podía.

Sin esperar permiso alguno, se sentó a un lado de la chica, lejos del pitbull, mientras esta tocaba «The Wind Cries Mary». Seguía tocando de pena, pero al menos tocaba a tono.

—¿Quieres que te enseñe un truco? —le preguntó Kris—. Puedo ayudarte a que ganes más pasta.

Lo más grande que tenía la joven en el maltrecho vaso de Starbucks era una moneda de veinticinco centavos.

—Deja caer la púa, no la arrastres. Mira.

Kris alargó un brazo y le guio la mano. La chica dejó de saltarse la cuerda del mi, y la torpe versión de «Wish You Were Here» sonó mucho mejor. El pitbull se levantó, se acercó a Kris y volvió a tumbarse, apoyándole el morro en la rodilla. Kris lo acarició entre los ojos y él los cerró en un gesto somnoliento de absoluta felicidad.

—¿Me dejas que toque algo? —preguntó Kris después de que la joven hubiera dejado de tocar, insegura—. Me llamo Deidre.

La muchacha no respondió.

—¿Solo una canción? —insistió Kris.

La joven le entregó la guitarra y se subió el pitbull al regazo. Kris se apoyó la guitarra en el muslo derecho y empezó a tocar, repasando en un primer momento las escalas y los acordes, calentando los nudillos, flexionando las articulaciones. No pensaba en los dedos mientras recorría arriba y abajo los trastes. Al final, sus rasgueos empezaron a mutar en música, y lo que surgió de aquella mierda de guitarra barata y desconchada fue *blues*.

Aquello no sorprendió a Kris. Bájale el ritmo suficiente a cualquier canción de *heavy metal* y volverás de cabeza al *blues*. Led Zeppelin hizo una versión de «When the Levee Breaks» de Memphis Minnie. Black Sabbath incluyó un harpa en su primer disco. Joder, es que hasta la primera banda en la que coincidieron Ozzy y Tony Iommi se llamaba Polka Tulk Blues Band. El *hard rock*, el *heavy metal*, el *stoner rock*, el *doom metal*… Todo emergió del cenagal conocido como *blues*. Kris inició el rasgueo de los acordes de «Red Cross Store», de Mississippi Fred McDowell. Se la había enseñado Tuck, pero no le importaba. La música no era de Tuck, él no había hecho más que legársela a otra persona, hacer que siguiera pasando de mano en mano, que las canciones perduraran en el tiempo y estuvieran listas para cuando las necesitaras.

Kris necesitó varios compases para clavarla, pero entonces perdió el miedo y la tocó a todo volumen, con confianza, con aquel único acorde que se repetía, atávico, hipnótico, y el tono de aquella basura maltratada límpido como una campana de cristal resonando por la calle. La enlazó con «This Land Is Your Land» y en el vaso empezaron

a repiquetear monedas. Le sentaba bien tocar, y cuando se lanzó a interpretar una versión acústica del «War Pigs» de Black Sabbath, la joven la sorprendió cantando el estribillo con una voz ligeramente rota que apenas mantenía el tono, aunque, como mínimo, seguía el ritmo. Aquella sería la pauta. La muchacha cantaba y Kris tocaba, y repasaron temas de Black Sabbath, Zeppelin, Lead Belly, Phil Ochs, y Woody Guthrie, e incluso de Scorpions.

Todas las canciones eran la misma repetida. Aquellas eran canciones para personas que temían abrir el buzón, que jamás recibían llamadas de teléfono para comunicarles buenas noticias. Eran canciones para personas que esperaban en un cruce a que llegara el autobús, que saltaban de los acreedores a las tiendas de todo a un dólar, de las agencias de pago de deudas a las inmobiliarias, de los tribunales de familia a las salas de urgencias, que esperaban un cheque que no llegaba nunca, la fecha de un juicio, una llamada, un descanso, aplastadas bajo la rueda.

Las manos de Kris apenas podían seguir el ritmo de la música, pero se dejó llevar y la música la transportó, y todas las canciones hablaban el idioma de los cartones que veía allá donde fuera. Ayuda, por favor. Necesito ayuda. Ayúdame. Quiero volver a casa. Lo he perdido todo. Carteles escritos por necesidad, obligación, hambre, enfermedad, soledad, miedo. Canciones para las personas que no podían rehuir el peso que les hundía las espaldas como una montaña, que las aplastaba contra el suelo, que no podían caminar porque estaban demasiado cansadas, que no podían correr porque tenían los pies encadenados, ni pensar en una solución porque tenían demasiada hambre como para pensar en lo que ocurriría más allá de la siguiente comida.

Todo el mundo toca para alguien, y Kris no tocaba para los peces gordos como Sabbath y Zep, ni tampoco tocaba para sus autores, los magos que descubrían cómo convertir la música en coches, dinero y mansiones, y en una fiesta interminable en la que nadie envejecía. Kris tocaba para los perdedores. Tocaba para las bandas que nunca tenían un golpe de suerte, para los músicos que bebían demasiado y nunca tomaban la decisión correcta. Los cantantes que acababan en hospitales públicos porque no soportaban vivir bajo la sombra de la Montaña del Hierro Negro. Tocaba para los que grababan las canciones incorrectas en el momento adecuado, y las canciones adecuadas a destiempo. Los que lo apostaban todo a una carta al grabar un disco que no encajaba en el mercado, a los que expulsaban sus propias discográficas, a los cantantes que volvían a casa para vivir en el sótano de sus madres.

Tocaba para los caídos, los olvidados, los prescindibles. Para las personas a las que siempre les carcomía algo por dentro, las que

morían de inanición, a las que, por mucho que lo desearan, nunca les ofrecían un sitio en la mesa. Tocaba para las personas que se preocupaban por la calderilla que llevaban en los bolsillos, las que no tenían ni migajas en la encimera ni latas en los armarios. Tocaba para la gente que creía en sí misma y continuaba con su vida, incluso después de haber sido ninguneada por el resto del mundo. Las que morían sin haber perdido la esperanza. Tocaba para las personas que no facilitaban para nada que los demás les mostraran afecto, las que nunca leían la letra pequeña, que jamás atendían a un buen consejo, las que solo querían tocar. Tocaba para Scottie.

Tocaba *metal*. Tocaba *country*. Tocaba *blues*.

La muchacha la acompañaba cuando podía, y la escuchaba cuando no, articulando en silencio las letras que creía recordar sobre los acordes. El pitbull dormitaba. Con el tiempo, la multitud empezó a disolverse y un policía se les acercó con la moto y les dijo que no tenían por qué irse a casa, pero que tampoco podían quedarse allí. Le había hecho gracia su propia ocurrencia.

Al final del día, había 80 $ en el vaso. Kris sabía que debería haber 120 $, la chica se había guardado 40 $ en el bolsillo, pero pensar en el dinero la extenuaba. La joven insistió en que Kris se quedara con los 80 $ y la guitarra.

—Se te da mejor que a mí. Te lo mereces más que yo.

Kris aceptó el dinero, pero le devolvió la guitarra.

—Sigue tocando —le dijo—. Una mujer con una guitarra no tiene que disculparse por nada.

Bajó por Clarke Avenue con el dinero en el bolsillo y soportando el mi agudo de los acúfenos en el oído izquierdo, consciente de lo que debía hacer. En ese momento, había hecho aparecer 80 $ de la nada, había convertido el sonido en dinero como por arte de magia. Aún tenía un arma a su disposición, una que no podrían arrebatarle jamás.

Recordó cuando, en la Casa de la Bruja, Terry les mostró lo que acabarían siendo las primeras canciones *nu metal* de Koffin. *Troglodyte* estaba muerto y aquellas canciones carecían por completo de mitología, purgadas de aquellas tenebrosas insinuaciones de las poderosas fuerzas que manipulaban el mundo en la sombra. Había una canción sobre intentar captar la atención de su padre con un estribillo *funk* pegadizo («Look, look, look at me | What, what, what do you see?»[3]) Había una *power ballad* rollo Bruce Springsteen sobre lo que implicaba crecer a la sombra de una siderúrgica, una *screamo* sobre el rechazo, un tema *thrash pop* sobre la soledad. Se acordaba de haber pensado en lo mucho que se había reducido el *metal*. Si solo podían cantar sobre eso, ¿qué sentido tenía? De repente, en un acceso de ira, Scottie Rocket le había arrancado las páginas a Terry de las manos y las había rasgado en dos, antes de lanzar los trozos al aire y contra el

rostro de su autor.

—¡Bua, bua, bua! —gritó—. ¡No me quiere nadie! ¡Buaaaa! ¿Sabes una cosa? ¡Aquí se toca *heavy metal*, hostia puta! ¡Yo no quiero cantar de lo triste que estás! Yo lo que quiero son dragones.

Tantos años después, Kris comprendió al fin a qué se refería Scottie. Debía cantar canciones sobre algo más grande que este mundo. Necesitaba tocar sobre algo distinto al país sin alma que veía a su alrededor. El *blues* trataba sobre el dolor y la lucha diaria que significaba vivir dentro de la Montaña del Hierro Negro. El *metal* te mostraba una puerta.

No era famosa ni rica, y ni siquiera llevaba encima su documento de identidad. Era una música, y nada más. Pero luchas con las armas a tu alcance, no con las que desearías tener.

Kris no podía postergarlo más tiempo. Se compró un billete para Wichita, Kansas, con todo lo que tenía, y se montó en el autobús con los bolsillos y el estómago vacíos. Cruzó el Medio Oeste para encontrar a la única persona que odiaba a Terry más que a ella, a la única persona en la que tal vez podría confiar.

DJ GORDON G.: Tenemos hoy con nosotros a Tuck Merryweather, bajista original de Dürt Würk y amigo personal de Terry Hunt. ¿Sabes una cosa? La verdad es que en su momento no os escuché demasiado… ¿Qué me perdí?

TUCK MERRYWEATHER: Pues poco, la verdad. Yo me encargaba de la sección rítmica. Nuestro batería original era un chaval que se llamaba Jefferson Davis…

DJ GORDON G.: ¡No me jodas!

TUCK MERRYWEATHER: Así se llamaba.

DJ GORDON G.: ¿Su madre no lo quería ni un poco o qué?

TUCK MERRYWEATHER: Aquel chaval era su peor enemigo. Un día se tiró de un árbol con un par de bandas elásticas atadas a los pies y se rompió los dos tobillos.

(Risas)

—WXKC, Classy 100, «Verdades incómodas»
29 de octubre de 2010

Don’t Break the Oath[1]

Cuando se abrió la puerta de la casita de Valley Center, Kris dijo:

—Señora Davis, soy Kris Pulaski, de Gurner. ¿Está J. D. en casa?

La anciana suspiró. Tenía el cabello corto, ensortijado y teñido de un tono de rojo que no existe en la naturaleza, y llevaba unas enormes gafas de sol redondas. Los bolsillos frontales del cárdigan delataban la presencia de pañuelos usados y un mando a distancia. Tenía un tubo de oxígeno que le conectaba la nariz a una bombona junto a sus pies.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó.

—Kris Pulaski —repitió—. Fui al instituto Independence High con J. D. Me gustaría mucho verlo.

La mujer no mudó el gesto.

—No me engañes. Nadie quiere ver a mi hijo. Nadie se porta bien con él. Y hoy tiene un mal día. Vuelve más tarde.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero Kris la bloqueó con el pie.

—Necesito su ayuda —le dijo.

La señora Davis dejó de empujarla.

—Uy, eso es nuevo —contestó.

Dejó entrar a Kris en un salón que contenía todas las ideas de decoración del hogar que Kris había visto en la tele a lo largo de su vida, todas ejecutadas a la vez: figurillas de cerámica en la repisa de la chimenea, montañas de cojines decorativos en el sofá, cuadros de unicornios y paisajes marítimos en marcos gigantescos, tapetes y mantas con estampados de animales que cubrían todas las superficies.

—¿Mi hijo te ha dejado preñada? ¿Te ha robado el coche? ¿Le ha pegado alguna vez a tu hermano pequeño? —preguntó la señora Davis.

—Hace veinte años que no veo a J. D. —respondió Kris.

—Uy, te sorprendería lo rencorosa que es la gente —dijo la señora Davis—. Pasa.

Guio a Kris a lo largo del pasillo en dirección a la cocina. El suelo temblaba como si hubiera un camión en el sótano quemando motor, destrozándolo todo. Kris tardó unos instantes en caer en la cuenta de que era alguien tocando la batería a gran velocidad y con golpes dobles. Sacrificaban la expresión en pro del volumen, en ráfagas de ametralladora hecha de tambores.

La señora Davis se había plantado frente a una endeble puerta de madera, esperando un descanso. La batería se detuvo, la casa se sumió en el silencio y ella se volvió hacia Kris, con una mano en el pomo.

—Es fácil tratar mal a mi hijo —dijo—. Apenas ha recibido nada más que odio por parte de los demás. Espero que tú no seas igual.

Antes de que Kris pudiera responder, la señora Davis abrió la puerta al tiempo que la percusión arrancaba de nuevo, y una ola de sonido rompió contra Kris. Se agarró al pasamano, bajó por las escaleras y se adentró en un Valhalla metalero. Las paredes del sótano eran un santuario del *heavy metal* vikingo: fotos de Quorthon ampliadas hasta el tamaño de iconos religiosos, pósteres de Amon Amarth, ediciones limitadas de LP de Bathory enmarcados y una serie de inexpertos cuadros al óleo en los que aparecían vikingos partiendo a sacerdotes en dos con sus hachas de guerra.

La estancia estaba dominada por la enorme batería que había en un oscuro rincón. Detrás de ella, distinguió la silueta difusa de un hombre con un casco cornudo que machacaba las pieles. Pulverizó los toms, hizo un redoble final con los platillos y luego se hizo el silencio. Se quedó sentado, inmóvil, observando a Kris en la penumbra.

—Hola, J. D. —dijo Kris—. Soy yo, Kris Pulaski. De Dürt Würk.

No respondió.

—Mira, sé que ha pasado muchísimo tiempo —continuó ella—. Las cosas se han ido de madre. He venido para ver si sabes… No has sabido nada de Terry últimamente, ¿verdad?

Los ojos de Kris se acostumbraron a la oscuridad. Bajo el casco de vikingo, J. D. estaba hecho de pelo. Le brotaba de las mejillas, le fundía las cejas en una sola, le caía desde el cráneo en ondas que le salpicaban los hombros y le discurrían por la espalda. Le formaba un babero que le colgaba de la cara y le cubría el pecho.

—He venido a pedirte perdón. Al final ha resultado que Bill era un puto gilipollas. Deberíamos habernos quedado contigo. Lo que pasa es que Bill se ofreció a tocar después de aquel concierto en la casa de P. J. y en aquel momento nos pareció, bueno, pues un buen chaval. Teníamos que ensayar muchísimo y a ti no te gustaba venir a los ensayos. Y no sabíamos que Bill acabaría montando una especie de campo de prisioneros lavacerebros y control mental bajo la tapadera de una clínica de rehabilitación. Total, que metimos la pata. Y lo siento, de corazón. Te ofrezco mis más sinceras disculpas, y aunque no puedo hablar en nombre de Tuck, estoy bastante segura de que Scottie también te habría pedido perdón.

J. D. seguía callado, fulminándola con una mirada vacía. Kris se había preparado a conciencia aquella conversación durante los múltiples viajes en autobús que había necesitado para llegar allí, pero, a menos que él empezara a participar, se estaba quedando sin recursos.

—Necesito que me ayudes —añadió—. Pasó algo hace mucho tiempo, cuando firmamos los contratos, y me cuesta un poco hablar del tema, así que necesito que me digas si puedo confiar en ti. Terry nos hizo algo, y creo que tiene planeado repetirlo pero a gran escala,

en el Hellstock este que se ha montado. No sé qué opinas al respecto, pero quizá deberías decírmelo antes de continuar.

—Terry no os «hizo algo». —Esta vez, la respuesta fue inmediata —. Terry Hunt vendió vuestras almas.

Aquello le cortó las alas a Kris.

—Le vendisteis vuestras almas a la Montaña del Hierro Negro —añadió J. D.—, y los Especiales aparecen y te la absorben por la boca.

La sangre se le congeló cuando recordó a aquella criatura blanca cuadrúpeda, fría y codiciosa, cerniéndose sobre ella, reteniéndola.

—Yo ni siquiera creo en las almas —dijo Kris—. No he pisado una iglesia en mi vida.

—Las almas son nuestra mejor parte —dijo J. D. desde las sombras—. Nuestras pasiones, nuestros sueños. Si las vendemos, perdemos la creatividad, las canciones, la chispa. Ya no podemos imaginarnos nada que no tengamos ante nuestras narices, ya no podemos soñar con un mundo mejor que el de la Montaña del Hierro Negro. Dime, Kris, ¿has compuesto algo nuevo recientemente? ¿Y Terry?

Kris se creía capaz de componer una canción si no estuviera tan cansada, si no tuviera tanta hambre, si no se pasara el día preocupada, pero lo cierto era que, hasta hacía bien poco, incluso había estado seis años sin tocar.

—Es algo que ocurre desde hace siglos —prosiguió J. D.—. Pero se está acelerando. Terry lo está acelerando todo. Primero fueron a por los músicos. Los bardos viajaban entre las tribus, transformando nuestras esperanzas y miedos en épicas sagas, como Paganini, Robert Johnson, Tartini o Jimmy Page. Una vez pervertidos, la Montaña del Hierro Negro los usó para difundir su mensaje de vacuidad por todo el mundo. No podían tentarnos con nada importante, pero sí podían ofrecernos cosas de un valor menor, como el dinero y la fama. Nos afanamos por vender nuestra posesión más preciada a cambio de baratijas y cuentas de cristal.

»Ahora, la gente vende sus almas a cambio de nada, por el nuevo iPhone o por pasar una noche con el vecino sexi de la puerta de al lado. Sin fanfarrias ni pergaminos firmados a medianoche. A veces no es más que el texto que firmas en los acuerdos de licencia de usuario final. La mayoría de la gente ni siquiera se da cuenta, y, aunque lo supieran, tampoco le darían importancia. Solo les importan los bienes materiales. Y por eso venden sus almas y, cuando se van a dormir, los Especiales reptan desde sus mugrientos rincones y se las absorben a lametazos.

»Lo controlan todo, nos hacen pasar hambre, nos hacen sufrir, nos distraen. ¿Te has fijado en lo desalmado que se ha vuelto el mundo? Tan vacío, tan prefabricado. Las vidas sin alma están vacías.

Llenamos la tierra de ciudades sin alma y nos contaminamos con discos sin alma.

»Cuando retiras el alma, queda un agujero que tratamos de llenar con cualquier cosa, internet, teorías conspirativas, la CNN, drogas, comidas, pero solo hay una cosa dentro de ese agujero, Kris: la Montaña del Hierro Negro. Es la celadora de nuestra prisión, de ese deseo antinatural de consumo, una herida que no sana, un apetito malsano y eterno que no podemos saciar y que nos atrapa en una cárcel tan grande como el mundo. No hay escapatoria. La Montaña del Hierro Negro viene a por todos nosotros.

J. D. se puso en pie. Se quitó el casco con cuernos y salió a la luz.

—Seguro que ahora mismo desearías no haberme echado del grupo.

El hombre que se plantó ante ella era un retaco peludo con una camiseta desgastada, en la que se leía «Valhalla, estoy de camino», y una actitud intensa.

—Joder, J. D. —dijo Kris, aferrándose a la cordura con la punta de los dedos—. Te juro que quiero creerte. Y si se me hubiera ido del todo la puta cabeza me cuadraría perfectamente todo lo que dices. Pero imagínate soltarle ese discurso a cualquier persona fuera de este sótano. Pensaría que estás loco, que eres un paranoico y un desequilibrado.

Se preparó para la reacción de J. D. En lugar de perder los papeles, la castigó con una mirada tranquila.

—Kris —dijo—, es posible estar loco, ser un paranoico y un desequilibrado y, a pesar de todo, tener razón. Quizá el problema es que el mundo está tan desquiciado que la gente no está lo bastante loca como para comprenderlo.

Kris pensó en las criaturas del sótano que J. D. había llamado los «Especiales». Recordó la noche del contrato.

—¿Me has dicho que se comen nuestras almas? —preguntó.

—Eso es lo que Terry les ofreció a cambio de fama y fortuna —contestó J. D.—. Cuando Rob le ofreció el contrato, no le vendió a la Montaña del Hierro Negro su alma, sino las vuestras, las de los cuatro. Y el acuerdo lo ha beneficiado bastante.

—He intentado resistir —dijo Kris—. Fui a por él.

—¿Y de qué te ha servido? —le preguntó J. D.—. Has acabado encerrada en el campamento de verano para psicópatas de Bill. Ahí es donde crean a los esclavos mediante una programación estándar MK Ultra. Técnicas de conducción psíquica. Dosis desproporcionadas de escopolamina. Te erosionan la personalidad. Cuando por fin estás vacío por dentro, te hacen un tatuaje con una mariposa monarca y te envían al exterior hasta que decidan activarte.

—¿De dónde sacas todo esto? —le preguntó Kris—. ¿Cómo es

posible que sepas más sobre lo que me ocurrió que yo misma?

J. D. se sentó en la mesilla auxiliar redonda del centro del sótano, cogió una bolsa hermética enorme llena de marihuana y comenzó a liarse un porro descomunal.

—Estamos en todas partes —contestó—. Vosotros, los desalmados, nos llamáis yonquis o conspiranoicos, y os reís de nosotros por creer en las estelas químicas y los ovnis, nos medicáis, nos cerráis los canales de YouTube y nos mandáis a los campos de concentración de Bill a las primeras de cambio. Pero acabamos encontrándonos, recogemos información, prestamos atención. Llevas tanto tiempo viviendo dentro de la Montaña del Hierro Negro que te has olvidado de lo que se siente cuando eres libre.

Se encendió el porro, le dio una chupada y exhaló una larga columna de humo resinoso.

—Joder —masculló Kris, sentándose frente a él y rechazando el porro—. Es igual que en la canción. ¿Sabes a cuál me refiero? ...la del demonio que se va a Georgia, «The Devil Went Down to Georgia». No puedo creerme que después de toda una vida tocando *metal*, al final resulte que el mundo no es más que un peñazo de canción *country*.

J. D. dio otra larga calada.

—Estoy seguro de que a estas alturas ya te has dado cuenta de que el *Troglodyte* predice el futuro —dijo con una voz tensa y ahogada, dejando escapar una nube de humo—. Solo quedan tres canciones: «Sailing the Seas of Blood», donde vamos a Las Vegas, «In the Hall of the Blind King», donde encontramos a Terry, y «One Life, One Bullet», donde le pegamos un tiro.

—¿Qué? No, no, no —exclamó Kris—. No pienso matar a nadie.

—¿Porque seríamos tan malos como él? —le preguntó J. D. con tono jocoso.

—No. Porque no soy una asesina. Y tú tampoco. Somos músicos.

—¿Y qué sugieres? Porque hasta ahora te ha ido de puta madre.

—Seguir el disco —dijo Kris—. Vamos a Las Vegas, encontramos a Terry y luego… yo qué sé. Pero el *Troglodyte* nos dirá qué hacer cuando estemos allí.

—Como matarlo, por ejemplo —repitió J. D.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —le espetó Kris—. Te pasas el día aquí sentado, en el sótano de tu madre, poniéndote hasta las cejas, tocando la batería y hablando de matar personas como si fueras un crío jugando a un videojuego. ¿Alguna vez has visto morir a alguien? Porque es… —Kris vio a Angela cayendo de espaldas, el rostro surcado de lágrimas de Scottie Rocket, la mujer del cementerio. No encontraba las palabras—. No va a morir nadie más, J. D.

J. D. hizo equilibrios con el porro candente en el borde del cenicero y se inclinó hacia delante, impaciente pero no molesto.

—Llevo tanto tiempo esperando —dijo, con la voz entrecortada por la emoción—. Tanto tiempo agachando la cabeza para que la Montaña del Hierro Negro no me detectara, preguntándome quién detendría a Terry. ¿Debía encontrarlo y matarlo yo mismo? ¿Era yo el Troglodita? Intentaba reconducir mi vida, pero cuanto más me esforzaba, más espantaba a la que gente que me rodeaba. Tenía casa propia. Y trabajo. Pero siempre que trataba de explicarles el mundo a los demás, siempre que creía que tenía amigos, acababan despidiéndome. Todo el mundo cree que estoy majara, Kris. Tú eres la primera persona que viene aquí, a mi casa, y me pide ayuda. La Troglodita eres tú.

Alzó su brazo velludo y le mostró el grueso brazalete de plata trenzada que llevaba en la muñeca. Se unía en las cabezas de dos lobos de plata, nariz con nariz, en la parte trasera del brazo. Posó la mano derecha sobre el brazalete.

—La promesa más solemne que puede pronunciar un vikingo es el juramento de Odín, y eso es lo que haré ahora —anunció J. D.—. Yo, Jefferson Davis, juro en el nombre de aquel que se colgó del árbol que no permitiré que tú, Kris Pulaski, miembro de mi banda guerrera y compañera escudera, sufras daño alguno. Lo juro a riesgo de perder la vida, y que así sea.

Kris sintió el impulso de reírse. Estaba en un sótano con un metalero vikingo y los dos pretendían ir a por Terry y la Montaña del Hierro Negro. Era tan épico como estúpido. Pero no estaba dispuesta a burlarse de J. D.

En vez de eso, le preguntó:

—¿Tienes algo de comer?

– – –

Kris se dio una ducha mientras J. D. limpiaba la furgoneta. Su madre le dejó prestado un chándal rojo aterciopelado con ribetes blancos.

—Está prácticamente limpio y es de tu talla —le dijo.

Le dio también una bolsa de bocadillos mientras J. D. llamaba a su sobrino para que fuera de vez en cuando a ver a su madre mientras él se ausentaba.

—Como mucho, una semana —le dijo.

Estaban ya a finales de agosto. Kris cayó en la cuenta de que su familia debía de darla por muerta. Probablemente Little Charles hubiera puesto ya una denuncia por desaparición. J. D. lanzó una bolsa de lona hacia la parte trasera de la furgoneta y pareció leerle los pensamientos.

—Ya no tienes hogar al que regresar —le dijo—. No puedes volver a la rueda. Los discos solo se reproducen de una forma, hacia delante. Pero me tendrás a tu lado en todo momento.

Cuando solían salir de gira, Kris adoraba la sensación de estar en la carretera, porque sabía que toda gira era un círculo y que siempre terminabas volviendo a casa. No esa vez. Ya no tenía ningún lugar al que llamar hogar, y eso la aterrorizaba.

Finalmente, salieron a la calle. J. D. se ató una cinta de Manowar roja y negra en la cabeza, lo cual le hacía parecer más un pirata que un vikingo.

—Cuidad el uno del otro, ¿vale? —les dijo la señora Davis, y le dio a Kris un beso sorprendentemente húmedo en la mejilla—. Y no sufráis por mí. Gunnar llegará en media hora. Pasadlo bien en el concierto.

Se montaron en la furgoneta Ford blanca y J. D. dijo:

—Cinturón.

Se lo abrocharon. Acto seguido, arrancó el motor y se detuvo un instante.

—Kris. Nos dirigimos a una batalla de la que tal vez no regresemos. Pero he pronunciado el juramento de Odín y he prometido que te protegería. Además, puesto que nuestros corazones son puros, tenemos a *Troglodyte* de nuestra parte y la furgoneta acaba de pasar la ITV, creo en nuestra victoria.

Dicho eso, salió de la entrada y tomó la carretera.

—¡Hasta el Valhalla! —gritó.

Y emprendieron la marcha hacia su último viaje.

DOCTOR LONDON: …más de dos mil participantes, y a partir de sus respuestas hemos concluido que existe una relación entre creer en teorías conspiranoicas y tener rasgos psicológicos negativos.

RENA TATE: En otras palabras, ¿las personas que creen en las teorías conspiranoicas tienen más posibilidades de sufrir problemas mentales graves?

DOCTOR LONDON: Si crees que el gobierno esconde extraterrestres en el Área 51 o que la CIA intenta controlarte mentalmente mediante ondas de radio, es muy probable que demuestres una autoestima extremadamente baja y, por contradictorio que parezca, un grado muy elevado de narcisismo.

—88.1 WDIY, «Salud al día»
28 de agosto de 2019

With Oden on Our Side[1]

Doblaron la esquina y pararon en el aparcamiento de una clínica de resonancias magnéticas.

—No podemos pararnos —dijo Kris.

J. D. no respondió. Se limitó a abrir la puerta, sacar un bote de pastillas y tirarlo al asfalto, antes de triturarlas con el pie, ancho y plano.

—Es la paroxetina —le dijo a Kris—. Dejo de tomar esa mierda a partir de este preciso momento. Me hace sentir como si todo estuviera forrado de algodón. ¡Anda y que le jodan!

—No sé si es buena idea…

—Aquí nos regimos por las normas de Moscú —replicó J. D., ignorándola. Lanzó también el móvil al asfalto, dejó caer el pie y destrozó la pantalla.

Dio un portazo y salió del aparcamiento mientras Kris se mordía la lengua y ocultaba su desasosiego. Se acordó del día en que, con quince años, había metido una macedonia en una botella de Gatorade y la había paseado dentro de la mochila durante tres meses porque estaba convencido de que se convertiría en vino. Una mañana, en el aula, se había bebido la botella entera y había vomitado con tal fuerza, alcanzando toda la pared, que tuvieron que evacuar el edificio. Llevaban en ruta quince minutos y ya había decidido dejar la medicación. Quizá no fuera casualidad que aún siguiera viviendo en el sótano de su madre.

J. D. se mezcló entre el tráfico.

—¡Debemos ser impredecibles! —exclamó.

Toqueteó el radiocasete del salpicadero hasta dar con el botón que buscaba y apretó el *play*. Un grito emergió de los altavoces. Era «A Fine Day to Die», de Bathory. Un buen día para morir. Kris pensó que, obviamente, J. D. se había saltado la introducción de más de un minuto y había dejado la cinta preparada.

—Bueno, ¿y adónde vamos? —preguntó ella, levantando la voz para que la oyera por encima de la música.

—Un momento —contestó J. D., alzando una mano para hacerla callar—. Me flipa esta parte.

Quorthon profirió un grito gutural mientras las guitarras comenzaban a tocar escalas con trémolo. Luego la canción volvió a su ritmo *thrash* habitual.

—Soy un *seiðmaðr* —dijo él—. Extiendo la mano y el universo me provee. Cuanto menos planifiquemos, mejor. Así el Ojo de las Cien Manos no podrá predecir nuestros movimientos.

—¿Y cómo piensas llegar a Las Vegas? —preguntó Kris.

—Un *seiðmaðr* es un mago —contestó J. D.—. Leo las señales, sigo los augurios, busco huecos en sus redes y por allí me cuelo, como una sombra en la hierba.

Kris empezó a comprender que aquello tal vez no había sido buena idea. Sentía que estaba perdiendo el control, empujada por fuerzas que no era capaz de entender y mucho menos dominar. Quería irse de allí. Como si pudiera leerle la mente, J. D. alargó la mano hasta su asiento y la agarró del brazo.

—Sé que piensas que soy un fraude —dijo—. Nunca me han tomado en serio, ni en el grupo, ni en Vector Print, ni en Quiznos. Pero llevo diez años preparándome para esto. Me necesitas para llegar hasta Terry, y soy el único que puede conseguirlo. Créeme, Kris, puedo hacer magia.

Y entonces se acordó de Bobbie Gilroy, una técnica de sonido con forma de lavadora que siempre llevaba tirantes y pajaritas negras. Bobbie trabajaba por todo el noreste, pero un mes de 1996 en que Dürt Würk tocó en la Robot House de Filadelfia, la Swizzles de York y la Unisound de Reading, Bobbie se encargó del sonido en todos los conciertos. El bolo siguiente lo tenían en la Old Miami de Detroit, a más de ochocientos kilómetros de allí, y cuando entraron en la sala, Kris se quedó de piedra. Bobbie estaba subida al escenario, encorvada y con la hucha a la vista, ajustando los monitores.

—No me jodas —dijo Kris.

—El mundo es un pañuelo —contestó Bobbie—. El universo te coloca exactamente donde debes estar.

Las casualidades, la magia vikinga, *Troglodyte*… Quizá aquellas eran las fuerzas que obraban en contra de la Montaña del Hierro Negro, moviendo sutilmente los hilos, llevándolos allí donde debían estar, ocultándolos del Ojo de las Cien Manos.

—Vale. Te creo.

—Me alegro. —J. D. esbozó una sonrisa—. ¡Vámonos!

Cuando se incorporaron a la autopista, «A Fine Day to Die» entraba en el *break* con una plétora de cuerdas limpias y relinchos de caballo, y J. D. apretó el *stop* antes de empezar a toquetear la radio. No paraba de girar el botón de sintonización, hasta que por fin se detuvo en la K105. A Kris, se le estaban perforando los tímpanos con la lista de reproducción, controlada por las grandes corporaciones, y esa actitud fingida que salía de la emisora de máxima audiencia, pero J. D. le dio un manotazo cuando ella hizo ademán de acercarse al salpicadero.

—Tenemos que ver cómo está el ambiente —dijo él—. Comprobar hacia dónde sopla el viento.

Un chaval de voz afeminada que suspiraba sus sentimientos a

través del altavoz, con la voz pasada por el autotune hasta convertirla en un quejido andrógino y el ritmo electrónico manipulado con precisión hasta obtener un tempo óptimo, hizo que Kris se preguntara en qué momento la música había dejado de arriesgar. En la época de Dürt Würk, iban con el corazón en la mano. Quizá no fueran el mejor grupo del mundo, pero lo daban absolutamente todo cuando tocaban. Aquella mierda no eran más que letras producto de los estudios de mercado y cambios de armadura analizadas en el laboratorio. Casi llegaba a entender por qué la marca de *shock rock* de Terry, calculada con tanto esmero, podía ser un soplo de aire fresco después de aquella música comercial.

La canción terminó y J. D. sintonizó la radio hasta dar con la Torre del Poder en su hora de máxima audiencia, presentado por Carol la Vaquera y el Rancho Rechazo.

—…esta tarde tenemos con nosotros en el estudio a una leyenda en mayúsculas —canturreó Carol la Vaquera—. En unos minutos conectaremos con Jack Hoff en el campo para la sección «¿Dónde está mi mono?», pero ahora mismo demos la bienvenida al hombre que convirtió a Koffin en la banda más importante del planeta: el productor, promotor, manager y genio musical Robert Anthony.

A continuación, se oyó un complejo efecto de sonido que se iniciaba con el Rancho Rechazo vitoreando con ironía, alguien tocó un trino en una flauta de émbolo y un *riff* de *El mundo de Wayne* en una guitarra eléctrica, y terminó con el timbre de una bicicleta.

—Hola, Rob —dijo la sensual voz de una mujer—. ¿Qué planes tienes después del concierto?

—Quedar contigo —contestó Rob con su acento de California.

—Oooooh —exclamó el estudio al completo.

Todo se esfumó salvo las voces de la radio. Kris se imaginó a Rob sentado en el estudio, sonriendo como el gato de Cheshire, un espejismo ondulante provocado por el calor de ojos azul oscuro, dientes de un blanco cegador, cabello rubio despeinado. La voz se le antojaba tan cercana dentro del coche que notó una sudoración fría y pegajosa en la piel.

—No quiero oír esto —dijo, alargando el brazo hacia la radio.

J. D. cubrió los botones, agarrando el volante con la otra mano mientras tomaban la Ruta 75.

—Me encantan los hombres bronceados —dijo la mujer.

—Atrás, pendón —le espetó Carol la Vaquera—. Estamos aquí para hablar de temas serios. Rob, hace mucho que nos conocemos.

—Desde 2003 —susurró él.

—No sabía que veníais de la Edad de Piedra —se mofó un compinche, acompañado de las risas pregrabadas de un payaso.

—Nos conocimos en los premios Marconi, y ya por aquel

entonces supe que eras un adelantado a tu tiempo —dijo Carol la Vaquera—. Estabas dedicado en cuerpo y alma a Koffin, y pensé, y aún sigo pensando, que representar a un único artista es el futuro.

—Tengo la sensación —empezó Rob, acercándose al micrófono y recurriendo a su voz honesta— de que el hecho de centrarse en un solo artista prolonga tu carrera. Hacéis el viaje juntos y recogéis lo sembrado. Es como ver a una oruga convertirse en mariposa.

Kris se tapó los oídos con los dedos.

—¡Presta atención! —exclamó J. D., y asustó tanto a Kris que esta dejó caer las manos—. Cada palabra es información que necesitamos.

—Y afrontáis épocas peligrosas juntos —comentó Carol la Vaquera.

—Sí, y ahora mismo estamos en una época peligrosa —dijo Rob —. Ojalá fuera una broma.

—Bueno, quiero que nuestros oyentes sepan que estás hoy aquí por una razón muy seria —continuó Carol la Vaquera—. Koffin está a punto de celebrar el Hellstock 2019 en Las Vegas, y habéis tenido que contratar más seguridad de la prevista. Me parece de locos.

—Lo que vengo a contaros hoy es una historia tristísima. Mucha gente sabrá que antes de que se formara Koffin, Terry formaba parte de una banda de *heavy metal* de Pensilvania llamada Dürt Würk. Eran básicamente un grupo de bares, y Terry era el verdadero talento creativo. Y ahora que está repasando todas las canciones y todos aquellos años, y celebrando una vida entera dedicada a la música, una de sus antiguos compañeros del grupo está muy amargada, muy celosa, y lo está acosando.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Carol la Vaquera con un grito ahogado.

—Está como una ca-ca-ca-cabra —apuntó el compinche.

—Vivimos en un país donde tenemos la segunda enmienda, que forma parte de nuestra Constitución —dijo Rob—. Pero también permite que las personas desequilibradas sean un peligro para sí mismas y, como tristemente ocurre en este caso, para Terry. Esta individua, que responde al nombre de Kris Pulaski, sabemos que huyó de unas instalaciones de rehabilitación por consumo de sustancias en las que había ingresado por expreso deseo de la familia. Por lo que hemos oído, va armada y ha amenazado con asesinar a Terry.

—Qué horror —dijo Carol la Vaquera.

Kris cerró con fuerza los puños sobre el regazo mientras atendía a sus mentiras.

—La policía se lo está tomando muy en serio —prosiguió Rob—. Nuestra principal prioridad es la seguridad de nuestros seguidores.

—Entonces, ¿qué pueden hacer nuestros oyentes? —preguntó Carol la Vaquera—. Porque el *rock and roll* consiste en pasárselo bien,

y cuando estos… fanáticos llevan las cosas demasiado lejos, le fastidian la fiesta a todo el mundo.

—No quiero que nadie haga nada peligroso —dijo Rob, y Kris creyó oír cómo arrugaba la frente de preocupación mientras la voz le adquiría un tono grave—. Pero si veis a Kris Pulaski, no os acerquéis a ella, no le habléis, y alertad de inmediato a la policía. También me gustaría decir que en todos los años que llevo trabajando en la industria musical, esta es la amenaza a un artista más seria que he presenciado en mi vida. Y hay otro dato trágico en esta historia: también es posible que haya matado a otro de sus compañeros de banda y a toda la familia de él. No tenemos todavía pruebas concluyentes, pero… bueno, dejaré que nuestros oyentes extraigan sus propias conclusiones.

Kris no podía moverse.

—En fin —dijo Carol la Vaquera—. Tenemos una foto de la susodicha en nuestra página web y, como ha comentado Rob, no hagáis nada peligroso. No obstante, mantened los ojos abiertos y si veis a esa psicópata, porque no hay otra palabra para describirla, llamad a la policía inmediatamente. En momentos así debemos proteger a nuestros magníficos artistas que tanto entretenimiento nos ofrecen.

—Muchísimas gracias, Carol —suspiró Rob—. Y sé que Terry también te lo agradece.

Kris estaba apretando tanto los puños que las palmas de las manos le sangraban. J. D. apagó la radio de golpe.

Un tres puertas marrón los adelantó por la derecha, y en la luna trasera distinguió una pegatina de Calvin orinándose en un logo de Nike junto a una K gótica. La furgoneta que tenían delante llevaba la K de Koffin grabado debajo del polvo de las puertas traseras.

Las paranoias de J. D. ya no le parecían tan descabelladas. El Ojo de las Cien Manos los estaba buscando.

ANUNCIANTE MASCULINO: …tres alucinantes escenarios, cincuenta bandas del momento y la experiencia musical más extrema en toda la historia de la humanidad.

KENDALL JENNER (voz pregrabada): Avenged Sevenfold, Slipknot, Slayer, Trivium, Kamelot, Cannibal Corpse, Pallbearer…

ANUNCIANTE MASCULINO: Hellstock 2019, en el Valle de Strawberry, en Nevada, con plataformas de *puenting*, esculturas de fuego e intensidad extrema.

KENDALL JENNER (voz pregrabada): …Purple Hill Witch, Earthless, Wolves in the Throne Room, Molotov y yo misma, Kendall Jenner.

ANUNCIANTE MASCULINO: Hellstock 2019. Patrocinado por Bud Light, la cerveza light preferida en el mundo entero.

—Cuña publicitaria de radio del festival Hellstock 2019
20 de agosto de 2019

Twilight of the Gods[1]

A lo largo de casi siete días, el Ojo de las Cien Manos se interpuso en su camino a cada paso que daban. Probaron con la I-70, pero antes de que se desviara hacia la I-15, la ruta que los llevaría a Las Vegas, unas obras en la calzada los empujó hacia la 191, que giraba hacia México, lejos de Las Vegas. En todas las rutas alternativas que intentaban tomar había retenciones provocadas por accidentes, controles policiales y tramos de peaje repletos de cámaras.

J. D. buscaba los puntos ciegos del Ojo de las Cien Manos donde pudiera escabullirse a través de las fisuras, pero escaseaban. Mientras tanto, la NRP emitía tonos subliminales que inducían a la complacencia. Clear Channel codificaba mensajes que promovían la desesperación a frecuencias bajas. En las vallas publicitarias que salpicaban la autopista se veían disposiciones de colores que aturdían a los conductores, incapacitándolos para tomar decisiones.

La Montaña del Hierro Negro lo controlaba todo. Los accidentes no existían. La casualidad era un mito. El mundo estaba lleno de significados, y ellos eran el blanco.

J. D. se distraía de la partida de caza que se cernía sobre ellos depositando cada vez más fe en *Troglodyte*.

—En «Sailing the Seas of Blood» hay cinco versos y el estribillo se repite exactamente seis veces —dijo—. Debemos tomar la autopista 56.

Kris la buscó en el mapa.

—Nos desviaríamos muchísimo hacia el norte —contestó ella—. ¿Y luego tendríamos que volver a bajar hacia McPherson? No tiene sentido.

—«Sentinels stride crimson waves —citó J. D.—. Their searchlight eyes seeking escaped slaves».[2]

Le estuvo citando «Sailing the Seas of Blood» hasta que dejó de quejarse.

—¿Sabes que Terry probablemente tenga también una copia del disco? —le dijo Kris—. No creo que guiarnos por él sea la mejor idea del mundo.

—*Troglodyte* nos guiará.

Cuando no hablaba del disco, no paraba de repetir que debían matar a Terry. Con el paso del tiempo, Kris renunció a seguir recordándole que se quitara la idea de la cabeza. Por ahora, necesitaba que fueran impredecibles, que no se detuvieran en ningún momento, que el Ojo de las Cien Manos no los detectara. Y, hasta el momento, había funcionado. En palabras de J. D., había extendido la

mano y el universo le había proveído.

Cada pocas horas, J. D. robaba un coche. Pararon en el aparcamiento de un aeropuerto y veinte minutos más tarde estaban conduciendo un Dodge Caliber rojo óxido. Aparcaron delante de un Ford F-350 abandonado con las luces de emergencia encendidas en el arcén de la autopista, le quitaron la nota del parabrisas que decía «he ido a por agua» y condujeron ochenta kilómetros antes de que el motor se sobrecalentara. Lo cambiaron en el aparcamiento de un centro comercial por un Mitsubishi Eclipse verde lima. Siempre encontraba las llaves, los coches siempre arrancaban y nunca los veía nadie.

—Cuando la poli se ponga a buscar el coche que hemos robado en Provo, ya estaremos en el coche de Cherry Cheek —dijo él.

La única constante entre los coches era el radiocasete de J. D., de la que salía un estruendo constante de *metal* vikingo cuando no estaba rebuscando en las ondas alguna noticia sobre la Gran Cacería.

Un bajo tristón tocaba la melodía familiar de «All Things Considered», y luego empezó a hablar el típico profesor de nombre impronunciable.

—…una trágica historia de codicia y envidias —dijo el reportero —. La que una vez fuera compañera de grupo de Terry Hunt, la leyenda del *heavy metal* que actúa bajo el nombre de Koffin, con «K»…

Noticias de actualidad de la WABC.

—…por lo visto, Kris Pulaski le guarda rencor, y la policía se lo está tomando muy en serio…

Agencia de noticias de Clear Channel.

—…Hunt dará el pistoletazo de salida al Hellstock 2019 la semana que viene, un legendario concierto en el desierto a las afueras de Las Vegas con casi medio millón de entradas vendidas…

A cada hora en punto, las noticias, el tráfico y el tiempo les informaban del lugar en que los habían localizado.

—…acabamos de saber que la posible asesina está viajando con otro de los antiguos compañeros de banda de Hunt, Jefferson Davis, que responde al apodo de J. D. Se recomienda a los oyentes…

—…se los ha visto por última vez en Omaha, estado de Nebraska, conduciendo una furgoneta Chevrolet blanca. Las autoridades especulan…

—…¿una conspiración? Este chaval toca *heavy metal*, y todos sabemos que no son más que una panda de satánicos, y justo después de que Shillary pierda las elecciones, ¿sus antiguos compañeros sectarios pretenden matarlo? Esto hace que el *Pizzagate* no sea más que…

Rob ofrecía entrevistas y alentaba la Caza.

—Estoy convencido de que el asesino de la familia Borzek fue

Scott Borzek —decía—. Pero no podemos ignorar los hechos. Un miembro de la banda murió mientras Kris Pulaski estaba en la misma casa, y su terapeuta en un centro de rehabilitación recibió una brutal paliza. Ha amenazado de muerte a Terry. Nos lo estamos tomando muy en serio.

Kris veía cómo la Montaña del Hierro Negro hundía el puño en la realidad y controlaba el mundo. Pero no era cierto. La Montaña del Hierro Negro convencía al mundo para que se controlara a sí mismo.

—«Fifty states of gore —canturreaba J. D. para sus adentros—. Between Troglodyte and the door | Bound by what we swore | On this sea of horror | It always offers more».[3]

Kris contempló otra valla publicitaria pasar de largo, en la que aparecía otra celebridad a la que no conocía, vendiendo otro producto que no necesitaba: Hannibal Green con Vinos y combinados, Samantha Kay con Dietas que funcionan o Karl Charles con Como en Kentucky, en ningún sitio. Más taquillazos de verano, más chicas esculpidas digitalmente con pieles pulidas pixel a pixel. Raperos, atletas, actrices, fotos de archivo de celebridades luciendo una belleza de imagen prediseñada. Ecos muertos en una habitación vacía.

Y el Ojo de las Cien Manos seguía buscándolos sin descanso.

—…cuatro personas muertas y una en estado crítico. Solo cabe preguntarse una cosa: ¿adónde llegaremos?

—…se está interrogando a testigos y familiares y la policía de once estados está decidida a no permitir que…

J. D. estaba constantemente fumando marihuana. Coche que robaba, porro que se liaba. Al principio, se los fumaba conduciendo, pero Kris le había insistido en que, como mínimo, se parara mientras los chupara.

—No puedes conducir colocado —le espetó Kris.

—Sin las pastillas, los necesito para equilibrarme —le contestó él con los ojos vidriosos—. Estoy bien.

—Ya conduzco yo.

—No tienes carné. Si me paran a mí, aún tendríamos una oportunidad, pero si te paran a ti, se acabó el juego.

Acto seguido, se dispuso a imitar a Bill Paxton en *Aliens: El regreso*, repitiendo «Chicos, se acabó el juego» durante diez minutos.

Su comportamiento era cada día más errático, y Kris perdía más y más los nervios a medida que se avecinaba la fecha del Hellstock 2019 y no podían acercarse a Las Vegas. Daban vueltas en círculo alrededor de la ciudad, incapaces de acercarse directamente, obstaculizados por desvíos, controles policiales y autopistas cerradas, sin importar la ruta que probaran. Conducían de noche, echando alguna que otra cabezada en los aparcamientos de los centros comerciales. J. D. robaba burritos congelados de los supermercados y dejaba que se atemperaran en el

salpicadero. Abandonó el radiocasete en la camioneta de un jardinero a las afueras de Garden City, en el estado de Kansas, y se dedicaba a sintonizar la radio, saltando de emisora en emisora, escuchando las mismas noticias sobre la Gran Cacería treinta veces al día, al mismo tiempo que el Ojo de las Cien Manos los buscaba. Su mirada estaba configurada por cientos de millones de focos que barrían los mares de sangre hasta dar con pruebas de su presencia.

Las vallas publicitarias con el rostro ciego de Terry, surcado por ríos de sangre negra, se veían a lo lejos, se cernían sobre ellos y desaparecían a sus espaldas. A su alrededor bullían coches que se dirigían al oeste, a honrar a su dios. Hondas Accord negros con «K» góticas en las lunas traseras, tipos conduciendo Fords Taurus con las ventanas bajadas y las caballeras ondeando al viento, algún Chevy Econoline lleno de chicas con los labios pintados de negro. Todos y cada uno de ellos iban en dirección al fin del mundo.

Tres días antes del festival, se vieron atrapados en Nuevo México.

—¿Y si vamos hacia el sur y entramos a Las Vegas por el oeste? —preguntó Kris, mirando el mapa de carreteras.

—Quizá deberíamos rodear Dakota del Sur —dijo J. D., ignorándola—. Es posible que Wounded Knee sea un punto ciego para el Ojo de las Cien Manos.

—Estamos hablando de volver por donde hemos venido y hacer cientos de kilómetros —contestó Kris.

J. D. cantó el estribillo de «Sailing the Seas of Blood»:

—«Sailing the Seas of Blood | Riding a gory flood | From sea to dark red sea | Gettysburg to Wounded Knee».[4]

—Ochocientos kilómetros al norte —añadió Kris, enervándose—. ¿Tú sabes lo que tardaríamos?

—A lo mejor la respuestas es Gettysburg —musitó J. D. para sus adentros.

—¡Me cago en Dios! —exclamó Kris—. Eso son miles de kilómetros de vuelta a Pensilvania. Tenemos que seguir en dirección a Las Vegas.

J. D. perdió los papeles y comenzó a aporrear el volante, a sacudir la cabeza de un lado a otro, a gritar a pleno pulmón y a golpear el techo.

—¡No sé qué hacer! —gritó.

Kris miró en torno a los coches que se les acercaban por detrás, a punto de adelantarlos, y entró en pánico.

—Basta —le ordenó—. ¡Para ya!

Él continuó chillando, agitando la cabeza adelante y atrás con tanta fuerza que la cinta de Manowar le salió volando hacia el asiento trasero. Se calmó al instante, resollando. Los coches los adelantaron por el otro carril sin el menor problema. Kris esperó un momento

antes de inclinarse hacia el asiento trasero y recoger la cinta. Pesaba una barbaridad; dentro, vio unas tiras de metal plateado grapadas al interior, que reconoció de inmediato.

—Llevas un gorro de papel de plata —le dijo, y el alma se le cayó a los pies.

Él se la quitó de las manos.

—¡Coge el volante! —le espetó, anudándosela a la cabeza—. ¡Esto es papel de plomo! El papel de plata es para los paranoicos a los que les falta un tornillo. Ni que mi cabeza fuera una patata cocida.

Su ira dio paso a un acceso de risa provocado por la marihuana.

—¡Una patata cocida! —resopló.

Kris comprendió al final que aquello no saldría bien.

—Para en esa área de servicio —le dijo ella.

CARSON DALY: Veo el cartel del Hellstock 2019 y creo que la gente va a flipar, se van a llevar una enorme sorpresa.

ROB ANTHONY: Eso esperamos.

CARSON DALY: ¿Por qué no nos hablas un poco del festival? Como fan acérrimo de Koffin, no podría estar más ilusionado.

ROB ANTHONY: Terry tocará su discografía al completo, empezando por su disco más reciente y terminando con el primero. En cierto modo, es un viaje al pasado que empieza con *Insect Narthex*, seguido de *Necrosex*[1] y, finalmente, *Witch Slave*[2], e incluso es posible que se remonte todavía más allá, hasta sus días en Dürt Würk. Como sabéis, tanto el bajista original como el batería de Dürt Würk estarán en los conciertos. Así que ¿quién sabe?

CARSON DALY: ¿Hay alguna posibilidad de que toque *Troglodyte*?

ROB ANTHONY: No. Por mucha mitología que lo rodee, el disco en sí no es demasiado bueno. Terry prefiere que sus seguidores recuerden las obras que sí valen la pena.

—97.1 KAMP, «Las mañanas con Carson Daly»
4 de septiembre de 2019

Master of Puppets[1]

J. D. siguió la curva del carril de la derecha sin mediar palabra, hasta salir de la autopista y entrar en la fría superficie del área de servicio, un aparcamiento de asfalto negro con un claro de césped a la derecha, en cuyo centro había un humilde edificio de ladrillo con lavabos y máquinas expendedoras. En el extremo sur, tres mesas de pícnic de cemento descansaban a la sombra de unos pinos descuidados. Había otros dos coches aparcados, pero el resto de las plazas estaban libres. J. D. paró cerca de las mesas de pícnic, a unas treinta plazas de distancia de los lavabos, y a continuación le dio a Kris un paquete de pañuelos.

—Yo también tengo que ir —dijo, sin mencionar su berrinche. Señaló un cobertizo junto a las mesas de pícnic—. Tú ves allí y yo me meteré en los arbustos.

Una furgoneta bermellón pasó a gran velocidad por detrás de ellos y se dirigió a uno de los extremos del aparcamiento. Kris puso la mano en la manija de la puerta y, mirando al frente, dijo:

—Cuando vuelva, vamos a tener que replantearnos la situación.

—¿Eh? —dijo J. D.—. No sabes lo que dices.

—Creo que me las apañaré mejor sola.

—Pero —exclamó él, y el coche se meció cuando se giró para mirarla a la cara— es que he pronunciado el juramento de Odín. No pienso dejarte tirada ahora que estamos tan cerca.

Kris abrió la puerta y puso un pie en el asfalto.

—Ese es el problema, que no estamos cerca. Creo que debo superar esta parte sin ti.

Antes de que J. D. pudiera responder, Kris se inclinó hacia él. El pelo le hedía a animal salvaje y lo tenía rígido por el sudor seco. Le dio un abrazo.

—Eres un buen chaval, J. D. —le dijo—. Me has traído hasta aquí, pero puedo seguir sola. Vete a casa y cuida a tu madre.

Se bajó y cerró de un portazo. J. D. la miraba boquiabierto a través de la ventana del asiento del copiloto cuando ella se despidió de él con la mano. Él manoseó la manija de su puerta, pero Kris le dio unos golpecitos en el capó. Él levantó la mirada y ella negó con la cabeza. Su rostro peludo se contrajo en un gesto adusto y agachó la mirada hacia su regazo, antes de inclinarse hacia delante y arrancar el motor. Kris percibió el aire caliente de la calandra cuando J. D. comenzó a dar marcha atrás. Ella volvió a levantar la mano. Él no hizo gesto alguno. Se limitó a alejarse de allí, quemando algo de rueda para demostrar lo cabreado que estaba.

Kris observó cómo se marchaba, luego se dio media vuelta y caminó hacia los lavabos. Se sintió aliviada, e impaciente por ponerse en marcha. No sabía cómo llegaría a Las Vegas, no sabía cómo conservaría la libertad, pero J. D. le había enseñado a guarecerse en los puntos ciegos, a deslizarse por las grietas, a existir en los márgenes, a confiar en sus instintos. Aguzaría el oído en busca de señales, y sería más fácil sin tenerlo a él cerca.

Entró en el fresco baño verde y sus ojos se adaptaron inmediatamente de la luz del día al brillo artificial de los fluorescentes. Eligió el cubículo más alejado de la entrada, atrancó la puerta y se sentó en el váter. Tenía los muslos cubiertos de viejos moretones que ya amarilleaban, los nudillos en carne viva y el hombro derecho rígido. Le dolía el cuerpo, como si alguien le hubiera dado una paliza desde dentro, y el culo de estar sentada.

Se tomó su tiempo, tratando de posponer la decisión sobre sus siguientes pasos. Allí, en el lavabo, tenía la sensación de estar descansando del mundo. De la nada, sintió la necesidad de fumarse un cigarrillo. Hacía años que no fumaba, desde las giras, pero en ese preciso instante, estando de viaje por su cuenta, le parecía lo más conveniente.

Terminó, se lavó las manos, se las secó en el chándal aterciopelado y salió al exterior. Habían llegado algunos coches más al aparcamiento, y un puñado de personas deambulaba por la hierba seca, estirando las piernas. Delante de Kris, una chica con una falda y camiseta negras estaba encorvada sobre el móvil, bloqueando la acera de cemento y escribiendo un mensaje con un cigarrillo encajado en la comisura de la boca. Kris casi podía saborear el humo acre, y decidió seguir sus instintos.

—¿Perdona? —dijo, y la chica levantó la cabeza. Había manchado el filtro de pintalabios negro—. ¿Te sobra un cigarro?

La joven se limitó a mirarla fijamente, con la boca cerrada y los ojos entornados. Kris volvió a intentarlo.

—¿Ni uno? —preguntó. La chica seguía observándola, arrugando los ojos como si le doliera la cabeza—. ¿Sabes qué? Que da igual. Total, no debería fumar.

Kris se dio la vuelta para marcharse, pero la acera estaba bloqueada por un tipo fornido con un tatuaje en cursiva en el cuello, grabándola con el móvil, concentrado plenamente en la diminuta pantalla. Kris agachó la cabeza y se alejó de la acera de cemento, atravesó la hierba marrón entre crujidos y se dirigió al extremo del aparcamiento con la intención de desaparecer. Se adentraría en el bosque y seguiría el curso de la autopista en dirección a Las Vegas, manteniéndose en paralelo a la carretera siempre que le fuera posible. Allí había demasiadas personas.

Frente a ella, entre los capós de dos Hondas aparcados, un hombre y una mujer con sendos pantalones cortos verde oliva y polares Patagonia habían sacado los móviles y los sostenían en horizontal sin perder detalle de ella cuando pasó por delante. Kris se detuvo y los fulminó con la mirada, pero ellos ni se inmutaron, y ahí fue cuando se percató de que cada vez había más coches en el aparcamiento: un SUV negro con matrícula de Florida, un Volvo rojo con las ventanas tintadas, un Volkswagen Jetta blanco. El aparcamiento se estaba llenando.

Kris apretó el paso y la pareja empezó a seguirla con los móviles en la mano. Tras echar un breve vistazo por encima del hombro, vio a tres personas con sudaderas idénticas de la UCLA detrás de la chica de la falda negra, todos con el móvil en la mano, todos siguiendo a Kris. Ella acelero y, a sus espaldas, los pasos de la turba hicieron lo propio.

Una descarga eléctrica le recorrió el hombro izquierdo. La chica de la falda negra le había dado un empujón. Kris se detuvo, se volvió y vio a un muro de gente detrás de la joven, todos acechándola, todos con los móviles a la vista, todos con la mirada clavada en la minúscula imagen de las pantallas, introduciéndola en sus teléfonos, capturándola entre las manos.

En la parte trasera de la muchedumbre, los rezagados corrían para alcanzar al resto mientras la chica de la falda negra le pegaba el móvil a la cara.

—Puta guarra —le escupió la chica con la voz cargada de odio.

La multitud se cernía sobre Kris, trazando un círculo con ella en el centro. Un muro de brazos todos sosteniendo un móvil, grabándole el pecho, la entrepierna, el vientre, los ojos, captándola desde todo ángulo imaginable. Se agolpaban en torno a ella como una barrera de rostros pétreos que no perdían detalle de su imagen digital. Kris no podía respirar. Había algunas personas mayores y de mediana edad, e incluso una abuela con una nube de pelo blanco que le recordaba a su madre, móvil en mano, andando junto a un anciano con una gorra de béisbol de la POW/MIA. Hablaban de ella con voces que supuraban ira.

—Mira que acosar a Terry Hunt…

—…puta…

—…degenerada.

—A lincharla, coño…

El Ojo de las Cien Manos había dado con ella.

A una distancia considerable, fuera del círculo, Kris vio a varias personas preguntándose qué estaba pasando allí.

—¡Ayuda! —gritó, en un intento por captar su atención.

La oyeron, pero en lugar de acudir a su rescate, sacaron los móviles y grabaron a la turba, curiosos por ver qué ocurriría a

continuación. En mitad de la muchedumbre, Kris aguardaba sola.

Fue entonces cuando empezó a sonar la música. Una furgoneta blanca junto a los lavabos tenía las puertas abiertas, y Kris oyó el inconfundible aullido industrial de la introducción, y entonces comenzó a retumbar la canción «Stand Strong» de Koffin.

La multitud la alcanzó y Kris retrocedió, chocando con manos que sostenían móviles. Se volvió, pero estaban por todas partes. El miedo le revolvió las entrañas. Quería tener otra oportunidad. Pasar página. No quería morir allí. Se sentía como una imbécil. Se había lanzado a los brazos de la Montaña del Hierro Negro.

¡MOOOOOOOOOOOOOC!

La bocina de un coche, alta y prolongada, atravesó el himno de Koffin, y Kris miró más allá de los brazos extendidos y vio el vehículo de J. D. derrapar hasta detenerse al otro lado de la hilera de coches aparcados. Se inclinó sobre el salpicadero y abrió de par en par la puerta del copiloto.

—¡Por el juramento de Odín! —bramó.

A Kris le dio un vuelco el corazón.

Intentó abrirse paso a codazos para llegar a él, pero la empujaron de vuelta al centro hasta arrinconarla. La multitud fluía y mutaba, acumulándose entre ella y los coches e impidiéndole que viera a J. D. desde allí con sus camisetas negras, camisas rosas y pantalones de camuflaje holgados, barbas y coletas. Detrás de Kris, lejos del aparcamiento, la muchedumbre se había diseminado, y decidió arriesgarse. Le dio un codazo al de la gorra de la POW/MIA en el estómago que le hizo perder el equilibrio y tambalearse. Kris lo dejó atrás, atravesó la abertura y echó a correr alrededor de la turba, adentrándose en la hierba, lejos del aparcamiento. La muchedumbre se desplazaba rápido, repartiéndose en una hilera y obligándola a retroceder, interponiéndose entre ella y el coche de J. D.

J. D. dio marcha atrás con la puerta del copiloto abierta para ponerse a la altura de Kris al tiempo que esta corría más y más en dirección a los campos. Oyó que le decía algo, pero su voz se perdió entre los abucheos de los demás:

—…puta…

—…cerda…

—…bollera…

Kris echó a correr, lo que provocó al rebaño entero. Salieron tras ella en bloque, y se desperdigaron por los campos a toda velocidad. Ella corría hasta donde le permitían las piernas en dirección a los lavabos. Si conseguía pasar de largo y cortar entre los coches aparcados hasta el otro lado, se encontraría con J. D. dando marcha atrás y podría montarse en el coche, o saltar al maletero o al capó.

Sonó un rugido inarticulado cuando Kris dejó atrás la vanguardia

de la turba y torció a la derecha, antes de volver a la acera. La muchedumbre contaba ya con ochenta personas al menos, repartidas por toda el área de descanso. Estaban demasiado cerca, demasiados brazos con los dedos extendidos hacia ella, pero entonces a una chica china con unos pantalones cortos tejanos se le cayó el móvil, se agachó y la pareja del yoga que iba detrás y el tipo fornido de la barba tropezaron con ella y se desplomaron, creando un atasco humano, y en un último esfuerzo, Kris se deslizó a todo correr entre una furgoneta azul eléctrico y una ranchera Volvo roja a apenas unos centímetros de un gigantón con barba en el cuello. Le rozó el hombro derecho con los dedos extendidos, y entonces Kris alcanzó al fin la libertad.

La turba bramaba de ira. Las mujeres sostenían notas agudas, mientras los hombres berreaban las graves. La persecución se ralentizó cuando comenzaron a filtrarse entre los coches aparcados, y el corazón le dio a Kris un brinco de alegría cuando no vio más que asfalto vacío entre ella y el coche de J. D., con los cojinetes chirriando y la puerta del copiloto abierta. Recortó la distancia que los separaba, se agarró al marco, metió los pies dentro y se dejó caer en el asiento.

—¡Vámonos! —le gritó.

Un crío de catorce años con una sudadera con capucha gris y una correa para hacer ejercicio en las gafas se interpuso entre la puerta abierta y el coche, las piernas tensas de furia. Kris dejó que el movimiento del vehículo la ayudara a cerrar la puerta, que le rebotó en el hombro y el chaval se comió el suelo, hecho una madeja de brazos y piernas.

—¡Hasta el Valhalla! —aulló J. D., lanzándole a Kris una sonrisa victoriosa.

Los rezagados que no habían alcanzado aún el grueso de la turba se precipitaron hacia el asfalto que había frente al coche, saltando de entre los coches aparcados, algunos deteniéndose con los móviles en alto mientras otros corrían hacia el coche. Un joven negro con perilla y unos pantalones cortos de básquet blancos y holgados fue el primero en plantarse frente a ellos, y el parachoques delantero le levantó las piernas y lo mandó rodando capó arriba hasta golpearse contra el parabrisas, que se agrietó en una estrella de plata.

J. D. pisó el freno y el chaval rodó de vuelta capó abajo y se estrelló contra el pavimiento. J. D. trató de rodearlo, pero ya era demasiado tarde, tenían ya encima a los miembros más rápidos de la turba. Un tipo trajeado de mediana edad subió por el parachoques hasta el capó y empezó a pisotear el coche, mientras una lluvia de manos aporreaba la ventana de Kris. La gente escalaba por el maletero. Por las lunas no se veían más que extremidades, bocas desencajadas, rectángulos negros con pantallas de cristal grabándolo

todo. El sonido de los golpes llenó el coche.

—¡Dale gas! —gritó Kris, aterrorizada.

J. D revolucionó el motor sin dejar de pisar el freno al mismo tiempo que más y más cuerpos se les echaban encima. El coche empezó a mecerse sobre la suspensión mientras la clamorosa turba lo empujaba de un lado a otro.

—¡Tenemos que irnos! —aulló Kris.

—¡Que no puedo! —contestó J. D. con voz ahogada. Kris se volvió hacia él y vio que estaba al borde del llanto, con los ojos fuera de las órbitas y las fosas nasales dilatadas—. ¡Son personas!

La cinta, que yacía en el centro del salpicadero, se le había resbalado de la cabeza y ahora los mechones de pelo le cubrían los ojos. Agarraba con tanta fuerza el volante que este se dobló. Estaban atrapados.

—No van a parar —le gritó Kris para que la oyera por encima de porrazos y gritos—. Tienes que pasar entre ellos.

J. D. giró el volante a la izquierda y luego a la derecha. Los golpes acrecieron. J. D. aflojó el freno y el vehículo empezó a moverse hacia delante. Kris sintió una descarga de alivio recorriéndole el cuerpo, pero fue entonces cuando la ventana de J. D. reventó.

El cristal de seguridad estalló en piedrecitas que salpicaron el pelo y el rostro de J. D. y rebotaron en el cuello de Kris, y se desataron rugidos entre la enfurecida masa. Una maraña de manos abofeteaba a J. D., lo agarraban del pelo, de la camiseta, de los brazos. Kris gritaba y J. D. forcejeaba y aullaba, pero aquello le dejó al descubierto la lengua, y varios dedos se le introdujeron en la boca, le pinzaron la mejilla izquierda y le asieron la lengua por la raíz. J. D. se aferró al volante mientras cientos de manos tiraban de él a través de la ventana por los labios. Hubo manos que le arrancaron los dedos del volante, rompiéndoselos con chasquidos secos, y J. D. bramaba mientras su mejilla izquierda se estiraba como el chicle, y entonces aparecieron varias fisuras, se inundaron de rojo y se ensancharon, y la mejilla se le separó del rostro y glóbulos de grasa blanca y sangre carmesí le fluyeron por la barbilla peluda y la parte delantera de la camiseta a modo de babero.

Kris estiró la pierna izquierda por encima del salpicadero central, más allá de las extremidades convulsas de J. D. Encontró el acelerador, lo pisó y el coche se precipitó hacia delante poco más de un metro hasta topar con algo, y el motor se revolucionó y amenazó con calarse. Las manos seguían aferradas a J. D., tiraban de él hacia atrás, a través de la ventana, por la boca y el pelo, dejando en el coche solo su enorme panza y sus piernas. Kris se agarró al cinturón de él y pisó a fondo el acelerador.

El aire que había tras la cabeza de Kris restalló y una lluvia de

piedrecitas del cristal de seguridad le cayó sobre la nuca y se le metieron por el chándal en el mismo instante que las manos la asían por el pelo y tiraba de ella hacia atrás. Se aferró al cinturón de J. D. con una mano sin soltar el volante con la otra, y las manos le arañaban las orejas, la cogían del cuello, y ella creía que se le partirían los codos y se le dislocarían los dedos.

Kris apoyó todo su peso sobre los dedos del pie izquierdo mientras su cuerpo se deslizaba fuera del coche, y el vehículo se arrastró hacia delante, se detuvo un instante, y entonces volvió a moverse estrepitosamente, y el parachoques delantero iba emitiendo golpes secos a medida que apartaba a la gente hacia los lados. Las manos que la agarraban del pelo le tiraron de la cabeza hasta que oyó cómo le petaban las vértebras de la base del cráneo, y entonces sintió un dolor lacerante en el cuero cabelludo y el sonido del pelo arrancándose de raíz le resonó por toda la cabeza, y tanto le dolió que perdió la vista durante tres segundos. J. D. se le escapó de la mano, y entonces tiró de él con todas sus fuerzas y volvió a meterlo en el coche casi en su totalidad, y su sangre caliente le llegó hasta el hombro, pero el vehículo avanzaba.

—¡Aj! —gorgoteó J. D., y Kris se giró hacia él.

El hueso blanco de la garganta estaba totalmente expuesto, y distinguió una protuberancia de cartílago que ascendía y descendía mientras él trataba de hablar. De la barba apenas le quedaba un puñado de pelos, la mandíbula izquierda le había desaparecido por completo, lo que le producía una sonrisa oblicua, y la mandíbula dislocada le sobresalía hasta mostrar un prognatismo grotesco de un solo lado. El ojo izquierdo no era más que una cuenca vacía supurando una gelatina blanquecina, y el cuero cabelludo le pendía como un colgajo sobre un lado del rostro, dejando al descubierto media esfera de hueso descarnado.

A Kris le aterrorizaba la idea de detenerse y apretó aún con más fuerza el acelerador, mientras la gente seguía rebotando contra el parachoques, rodando hacia los lados. Echó un vistazo por encima del hombro cuando dejaron atrás a los últimos atacantes y vio que todavía corrían tras el coche, llamaban por teléfono, enviaban mensajes y le grababan la matrícula mientras ella se dirigía hacia la autopista como alma que pierde el diablo.

ROB ANTHONY: No hay mucha gente que sepa cómo está de entregado Terry en ayudar a todas las personas que lo han apoyado en algún momento. En realidad, considera la actuación del sábado noche en el Hellstock 2019 como un homenaje a todas esas personas que han respaldado a Koffin durante este viaje. Con ese fin, ha invitado a Tuck Merryweather, el bajista de Dürt Würk, su primera banda, y a Bill Thompson, el auténtico batería de Dürt Würk, para que lo acompañen en el escenario.

ANN BOX: Por desgracia, no todo son buenas noticias.

ROB ANTHONY: Jefferson Davis, miembro también de Dürt Würk, era un individuo con problemas y Terry se ha puesto en contacto con su familia. Y Kris Pulaski… Bueno, Terry confía en que entre en razón y se entregue a las autoridades. Su prioridad principal es la seguridad de sus seguidores.

—106.4 KROQ, «La gran caja»
6 de septiembre de 2019

Into Glory Ride[1]

Kris pisaba el acelerador con todo el peso pendiéndole de las muñecas, los dedos agarrotados en torno al volante, intentando no apoyarse en J. D. Tenía el trasero encima del muslo de él y el pie derecho atrapado en el asiento del copiloto, sentada a horcajadas sobre la consola central. El motor rugía cuando se incorporó a la autopista.

La sangre de J. D. se desplazaba por la parte superior del marco de la puerta y el viento elevaba gotas gruesas. Giró el volante con fuerza hacia la izquierda para incorporarse, con el único objetivo de poner tanta tierra entre ella y el área de servicio como fuera posible, y un coche le pitó pero nadie chocó con ella, y pisó el gas hasta el fondo porque quería adelantarse a todos los vehículos, y los cláxones se perdían a sus espaldas.

El viento aullaba a través de las ventanas destrozadas, convirtiendo la sangre bajo sus manos en una sustancia pegajosa que se las adhería al volante. La sangre le goteaba por la nuca desde la herida del cuero cabelludo, y estaba a un kilómetro del área de servicio, a un kilómetro y doscientos metros, a un kilómetro y seiscientos metros, a cinco kilómetros, pero seguía sin sentirse a salvo.

Un gigantesco cartel verde anunciaba la salida de Battery Road, y Kris apoyó todo el peso de su cuerpo sobre la pierna de J. D. y aflojó el acelerador para tomar la curva de la salida mientras la fuerza de la gravedad trataba de darle la vuelta al coche. Concentró toda la fuerza en el talón al cambiar el pie al freno, cruzó despacio la señal de *stop* y giró a la derecha, por una ruta que la alejaba de la autopista.

El cuerpo de J. D. se desplomó hacia la izquierda al tomar la curva y no volvió a incorporarse, y entendió que lo había perdido. Tardó unos cinco kilómetros en encontrar lo que necesitaba, tres kilómetros más de lo que creía que le faltaba para perder la cordura si no se apartaba del cadáver. Pero si algo había aprendido era que podía soportarlo todo, incluso lo insoportable.

Encontró un hotel abandonado, sin nombre y sin cristales, con los muros exteriores construidos y los armazones de las habitaciones colocados antes de que los promotores se quedaran a dos velas, o quizá descubrieron residuos tóxicos en el terreno, o desfalcaron todos los fondos y se los repartieron. Estaba ubicado al final de una carretera en ruinas, bloqueada únicamente por una cadena caída. Kris se metió en la hierba, rodeó la cadena y aparcó detrás del hotel.

No se permitió mirar a J. D. hasta que bajó del coche. Entonces sí se obligó a examinarlo con detenimiento. Dientes y huesos estaban expuestos y cubiertos de sangre. Los dientes rotos apuntaban todos en

direcciones distintas. Tenía el rostro desollado y sin pelo y el ojo que le quedaba, clavado en el retrovisor.

Kris abrió el maletero y encontró tres Budweiser de medio litro calientes en una nevera vacía y se las echó por encima y se limpió la cara, consciente de que le convenía más oler a borracha que estar cubierta de sangre. La cerveza caliente le ardió en las partes del cuero cabelludo donde le habían arrancado el pelo.

Se estudió en el retrovisor del copiloto: desaliñada, empapada, con la piel machada de rojo y los ojos desorbitados. Luego vino la parte difícil. Hizo rodar el cadáver poco cooperativo de J. D. hacia un lado y le cogió la cartera. Había 25 $. Recogió la cinta de Manowar del suelo y se la anudó con delicadeza alrededor de la cabeza sanguinolenta. Le presionaba las zonas en carne viva del cráneo como un hierro candente.

—Lo siento —le dijo al cuerpo de J. D.

Se obligó a memorizar la lengua hinchada, la mejilla que le faltaba, la cuenca húmeda y vacía. Otra persona aplastada bajo el peso de la Montaña del Hierro Negro. Deseó prenderle fuego al coche y brindarle el funeral vikingo que merecía, pero no llevaba cerillas. Se dio media vuelta y se marchó de allí.

Tras una caminata de cinco kilómetros, regresó al paso elevado de la autopista. En Battery Road, solo pasaron de largo un par de coches. Estaba demasiado agotada para correr, y debía completar una larga lista de tareas antes de permitirse dejar de andar. Solo pensar en la lista ya la extenuaba.

Con el dinero de J. D., se compró una botella de agua en el Citgo que había al otro lado del paso subterráneo.

—Los lavabos son solo para clientes —le gruñó el tipo canoso de la caja—. Por un gasto mínimo de 5 $.

Kris añadió un par de tijeras y una camiseta de Roswell que rezaba «Estoy de paso» con las que se ganó las llaves y la dejaron solo con 9 $

En el baño, se limpió los restos de sangre con agua y luego se cortó el pelo. Envolvió los mechones en papel higiénico y los metió hasta el fondo de la papelera, no porque creyera que una gasolinera fuese el tipo de lugar al que le importaría que dejase un montón de pelo en el lavamanos, sino porque lo último que quería era que la Montaña del Hierro Negro la siguiera hasta allí y descubriera que se había cortado el pelo y cambiado su aspecto.

Luego alisó todo lo que pudo el papel de plomo y se anudó la cinta de Manowar de J. D. en la parte trasera de la cabeza. A partir de ahora, no tenía otra opción que pensar como él. No contaba con nadie que le vigilara la espalda, que la protegiera. Estaba sola.

Una vez aseada, y con un anuncio de la industria del ovni de

Nuevo México atravesándole el pecho, Kris esperó en el aparcamiento hasta asaltar a un tipo con una sudadera de la reunión de Crosby, Stills & Nash. Tenía una perilla pelirroja y entradas en el pelo.

—Me he peleado con mi marido —le dijo Kris—. Me he tirado a la carretera desde el coche. ¿Me llevas?

—Te sangra la cabeza —contestó él.

Kris se limpió la sangre.

—Es alcohólico.

—A mí no me metas —se disculpó el otro.

Kris vio al dependiente fulminarla con la mirada desde dentro. Era cuestión de tiempo que avisara a la policía y que el Ojo de las Cien Manos diera con ella. Necesitaba ponerse en marcha.

—Oye —dijo una voz a sus espaldas—. He oído lo que has dicho de tu marido.

Kris se dio la vuelta y vio a una joven con curvas y una larga cabellera negra mascando chicle.

—Estoy bien —contestó Kris.

—Dijo la que le está sangrando la cabeza. —La chica sopló una enorme burbuja y la explotó—. ¿Adónde vas?

—Te he dicho que estoy bien.

Kris echó a andar, pero la joven le bloqueó el paso y alargó la mano.

—Me llamo Melanie Gutiérrez. Voy camino de Las Vegas. —Señaló un mugriento Subaru blanco con matrícula de Virginia Occidental—. No te preocupes, le acabo de cambiar la transmisión.

Kris se paró en seco. Extendías la mano y el universo te proveía. Casualidades, magia vikinga, *Troglodyte*… Lo llamaras como lo llamaras, habría sido una inconsciente si no lo hubiera aceptado.

—Me llamo Deidre —dijo con manos temblorosas.

—Vamos a tener que cuidarnos la una a la otra en la carretera —respondió Melanie—. Porque los tíos no van a protegernos, ¿verdad?

—Verdad —dijo Kris.

DAVE KING: La multitud estaba fuera de control. Era como si intentaran matar a Pulaski y al tipo peludo.

CARRIE MOSTE: Entiendo que tuvieras miedo, Dave, pero tengo aquí mismo el informe policial, y ellos vieron algo distinto.

DAVE KING: Te lo puedo enseñar, lo tengo en el móvil.

CARRIE MOSTE: Y en este vídeo que hiciste aparece claramente una multitud que rodea a Kris Pulaski, pero donde tú ves una turba que intenta atacarla, yo veo gente aterrorizada que solo pretende retenerla hasta que llegue la policía.

DAVE KING: Nadie llamó a la policía.

CARRIE MOSTE: Tienen las grabaciones, Dave.

DAVE KING: Y tengo otro vídeo en el que se los ve rodeando el coche y…

CARRIE MOSTE: …intentando impedir que huyan de la escena.

DAVE KING: …destrozan al tipo peludo.

CARRIE MOSTE: ¿En ese otro vídeo? ¿Puedo verlo?

DAVE KING: Se ha borrado de la nube. No soy capaz de encontrarlo.

CARRIE MOSTE: Te agradezco que hayas venido a hablar hoy con nosotros. Queridos oyentes, os traemos las últimas noticias a medida que las recibimos.

—102.7 KJYO, «El acechador nocturno»
6 de septiembre de 2019

Little Sparrow[1]

—Me mola tu chándal —le dijo Melanie cuando salieron de la gasolinera y se incorporaron otra vez a la autopista—. Es como muy hiphop.

—Si tú lo dices —contestó Kris.

No perdía detalle de los coches que pasaban, escudriñaba a cada conductor y pasajero, en un intento por no ser vista de buenas a primeras. ¿Habrían estado en el área de servicio? ¿Venían del Manantial del Bosque? ¿La estarían buscando?

—¿Quieres agacharte? —le preguntó Melanie.

—¿Eh?

—Es que por cómo miras a los otros coches… Me ha parecido que a lo mejor te daba miedo que te viera tu marido. Total, que si quieres agacharte, no te voy a mirar raro ni nada por el estilo.

Kris estudió a Melanie por primera vez. No era más que una cría de rostro afable, dientes torcidos y ojos grandes cargados de delineador y rímel. Melanie apartó la vista de la carretera y dirigió a Kris una sonrisa que decía: «No soy un peligro para nadie».

«Mierda», pensó Kris. Se había metido en el coche con una desconocida. Jamás sobreviviría en la carretera con esa actitud. Recordó a la joven del pintalabios negro que había visto en el área de servicio, poco mayor que aquella chica.

«Mierda», pensó Melanie. Echó un vistazo a la demacrada mujer de mediana edad que llevaba en el asiento del copiloto. Ropa de tienda de segunda mano, nada de maquillaje, heridas de una pelea y mirada intensa, y Melanie sabía del Pappy's que las personas de mirada intensa siempre traían problemas, sobre todo las mujeres. Solo la había recogido por la cinta de Manowar. Ella y Sheila Bartell solían cantar «Kings of Metal» cuando volvían a casa de los entrenamiento de voleibol.

Las dos pensaron al mismo tiempo: «he metido la pata».

Kris volvió a concentrarse en la carretera, sopesando su próximo movimiento. Oyó el gorjeo húmedo que J. D. había emitido cuando le habían arrancado la mejilla, el sonido del rasguido de la carne que jamás sería capaz de sacarse de la cabeza. Tuvo una arcada.

—¿Tienes ganas de vomitar? —le preguntó Melanie.

Kris no tenía claro que pudiera hablar, así que sacudió la cabeza en un movimiento brusco y veloz. Melanie tenía un mal presentimiento. Un presentimiento terrible, inefable. No debería haber dejado que una desconocida se subiera al coche. Necesitaba que aquella mujer siguiera hablando, y la abandonaría en la próxima área

de servicio.

—¿Por qué vas a Las Vegas? —le preguntó.

Kris no respondió.

—Yo voy por… —Melanie sonrió y puso la voz grave del presentador de un espectáculo de Monster Truck, porque el humor era la mejor forma de desarmar a una persona peligrosa—. ¡Por el Hellstock 2019! ¡La salvaje competición final en el desierto! ¡Tres días! ¡Tres escenarios! ¡Cincuenta bandas! Y el sábado por la noche, el último concierto de Koffin… Koffin… Koffin.

Se arriesgó a mirar a Kris, que no sonreía.

—Tengo a mi hermana viviendo allí —contestó Kris.

—Guay. ¿Os ibais a mudar allí con ella?

—No —dijo Kris—. Él solo me llevaba.

El sonido del pelo arrancado desde la raíz le resonó en la cabeza. El hueso blanco de la garganta de J. D. que se movía arriba y abajo. El ojo que le quedaba miraba fijamente a Kris, parpadeaba y las dos mitades del párpado destrozado se cerraron de golpe y no volvieron a abrirse. ¿Quién se lo diría a su madre?

—¿Tu marido? —le preguntó Melanie.

Kris comprendió que nadie informaría a la madre de J. D. La mujer lo vería en las noticias, y mostrarían fotos de lo ocurrido y dirían el nombre de Kris, y a aquella mujer, que nunca le había hecho daño a nadie, se le caería el mundo encima. Un sonido breve e infeliz escapó de la garganta de Kris.

—¿Estás bien? ¿Necesitas un pañuelo?

—¿Qué? —dijo Kris.

Melanie intentó reconducir la conversación.

—¿Tu marido te iba a llevar a Las Vegas? —preguntó—. Es pura curiosidad. Llevo conduciendo dieciocho horas de un tirón. Se me está yendo un poco la olla.

—Sí. Íbamos de camino cuando empezamos a discutir.

—Guay —dijo Melanie, pensativa. «Esta mujer se baja en la salida siguiente.» Se forzó a hablar con despreocupación—. Yo voy a empezar de cero. Iré al concierto y luego pasaré página, ¿sabes? Tengo a alguien allí, solo somos amigos, pero sabe que estoy de camino. Me está esperando.

—Claro —dijo Kris, hundiéndose en el asiento, sumiéndose en la miseria más absoluta al pensar en la madre de J. D., en los últimos momentos agónicos de su vida, en que había vuelto a por ella. Otra muerte a los pies de Terry.

«Stand Strong» de Koffin retumbaba en los altavoces, a un volumen a todas luces excesivo. Kris se incorporó de repente como si le hubiera dado un calambre.

—¡Lo siento! —se disculpó Melanie, bajando el volumen—. No

estoy acostumbrada a llevar gente en el coche.

—¿Podemos quedarnos en silencio? —pidió Kris.

Melanie levantó el móvil del lugar en el que estaba conectado al coche y detuvo la lista de reproducción.

—Claro.

Y se hizo el silencio, roto únicamente por el ruido de los neumáticos sobre el asfalto. Poco después, Melanie dijo:

—Mira, yo no sé mucho de las cosas del matrimonio, pero tengo la sensación de que estás bastante afectada por lo que os ha pasado y voy a dejarte un rato tranquila. Si quieres hablar, adelante, pero yo, cremallera. Si quieres agua o algún aperitivo, tienes una nevera justo detrás de tu asiento, y debajo encontrarás un botiquín. Si necesitas llamar a tu hermana, te dejo mi móvil. Lo tengo en modo avión para que mi ex no me dé la tabarra porque, sinceramente, ya he gastado demasiado tiempo de mi vida con él y no quiero volver a saber nada más de él, *okey?*

Kris tenía el cerebro consumido por las imágenes de manos atravesando los vidrios destrozados que intentaban agarrarla y no respondió. Pero le dolía la cabeza, y un kilómetro y medio más tarde se agachó, metió la mano bajo el asiento y sacó el botiquín. Era una caja blanca con una cruz roja pintada encima, y saltaba a la vista que Melanie lo había abastecido a conciencia, porque estaba ordenado hasta la obsesión. Kris torció el gesto al arrancarse la cinta de Manowar de las costras. Melanie la miró de reojo y aspiró una bocanada de aire entre los dientes al verle las zonas desolladas y supurantes.

—Prueba con el Medihoney —le dijo.

Kris le quitó el tapón y se lo aplicó en la cabeza mirándose en el espejo de la visera parasol. Le mitigó la quemazón e hizo que las heridas palpitantes del cráneo le produjeran solo una leve molestia. Condujeron en silencio, pero a Kris se le llenó la cabeza con los sonidos de la piel desgarrada y los gritos de J. D.: «¡Que no puedo! ¡Son personas!». Toda esa negrura se le agolpaba en el cráneo. Cerró con firmeza los ojos, pero en las tinieblas no veía más que su desencajado rostro barbudo y las manos golpeando las ventanas del coche.

—¿Puedes poner música? —exigió Kris, y luego bajó el tono—. Por favor.

Melanie cogió el móvil.

—Lo que sea menos Koffin —añadió Kris.

—¿Por qué no? —preguntó Melanie.

—Porque son una mierda —contestó, y luego no pudo evitar que las palabras surgieran en aluvión—. Terry Hunt es un plagio de Marilyn Manson, le escriben las canciones y él jamás acredita a los

compositores, recurre a una ira impostada para distraer la atención de lo pobres que son sus temáticas, y no sabe tocar ni un puñetero instrumento. Las letras son basura sentimentaloide, sus mezclas de sonido son torpes y las líneas de bajo están plagiadas de las de Trent Reznor, y nunca he visto a un músico hacer algo increíble y que Terry no se lo haya robado un año más tarde.

La temperatura del coche descendió.

—Ya… —dijo Melanie—. Es que son mi grupo favorito. No entiendo mucho todo ese rollo musical que comentas, pero a mí me gustan porque he pasado por etapas muy jodidas de mi vida escuchando su música, y tengo unos recuerdos de puta madre con su música, y si crees que te puedes subir a mi coche, encima que te estoy llevando, y decirme que mi grupo favorito es una basura, pues eres una gilipollas. ¿Tú escuchas a alguien más que no seas tú misma? ¡Que voy a su festival! ¡Dos días enteros! A lo mejor no tendrías que cagarte en algo cuando la persona que te está llevando en coche te dice que es su grupo favorito.

Le resultaba tan absurdo y patético que le estuvieran gritando por no gustarle Koffin que Kris no supo cómo reaccionar. Era una persona egoísta. Había hecho que J. D. la acompañara y había muerto. Había ido a ver a Scottie Rocket y había muerto. Estaba maldita.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Te digo dónde te puedes meter tus disculpas? Mira, lo siento, pero en la salida siguiente me paro y te bajas.

—Vale —contestó Kris.

Dejaron atrás el cartel verde que indicaba la salida de Crownpoint y Melanie empezó a reducir la marcha.

—No debería haberte recogido —continuó Melanie, en parte para sus adentros, pero estaba tan cabreada que apenas le importaba que Kris la oyera—. Intentas ayudar a alguien y te escupen en la cara.

La salida estaba a poco más de un kilómetro y medio a la derecha. Cuando Melanie se incorporó al carril correspondiente, Kris dijo:

—Antes de que me baje, quiero decirte que lo siento. De corazón. A cada uno le gusta la música que le gusta. Me he portado como el culo contigo, como una amargada.

Melanie puso el intermitente.

—Estoy teniendo un mal día —prosiguió Kris—. Y lo siento. Pero que esto no impida que ayudes a otra persona la próxima vez que se te presente la ocasión, ¿vale? Confía en tus instintos. Me está costando horrores dejar de comerme el coco.

Melanie suspiró, apagó el intermitente y pisó el acelerador.

—Mira, no voy a dejarte aquí tirada —dijo—. Hasta donde sé, es posible que tu ex te recoja y luego me sentiré culpable cuando te haya

matado. Venga, que nos faltan cinco horas hasta Las Vegas. No me toques las narices.

—No tienes ninguna obligación de llevarme.

—No estaría de más que me dieras las gracias —contestó Melanie.

—Gracias —dijo Kris.

—Venga, busca algo que te apetezca escuchar.

Kris repasó la biblioteca que Melanie tenía en el móvil en busca de algo que pudiera gustarles a las dos. Descartaron Fugazi («Me molaban cuando me hice vegana, pero me duró como cinco minutos», dijo Melanie), Bon Jovi («Son unos posturetas que tenían representante incluso antes de grabar el primer disco», dijo Kris), Beck («Desde que descubrí que es cienciólogo, ya no puedo escucharlo», exclamó Melanie), Black Sabbath («He escuchado tanto a Black Sabbath que ya tengo suficiente para el resto de mi vida», dijo Kris), Green Day («Si tuviera doce años, puede», argumentó Melanie), Beyoncé (y Kris preguntó: «¿Algo sin autotune, puede ser?»), Sonic Youth (Melanie: «Esa música es de mi novio. ¿Sabes qué? Bórrala»), Manowar (Kris: «Necesito algo que no sea *rock* para machitos»), Blink-182 (Melanie: «No sé ni qué pintan ahí»), Springsteen (Kris y Melanie: «¡No!»), Radiohead, Metallica, Taylor Swift, Linkin Park.

Finalmente, Kris dijo:

—Vale, a ver qué te parece esto.

Ladysmith Black Mambazo canturreó brevemente desde los altavoces, una guitarra alegre rasgueó un *riff* animado y entonces la voz de Dolly Parton empezó a cantar sobre lo contenta que había estado últimamente, pensando en todo lo bueno que estaba por venir.

—Hostia —exclamó Melanie—. ¡«Peace Train»!

—Esta es indudablemente la mejor versión de la canción —dijo Kris, recostándose en el asiento.

—Cat Stevens es un peñazo —coincidió Melanie.

Melanie mecía la cabeza al ritmo de la música, tan absorta en la voz de Dolly Parton que casi parecía estar cantando a través de la sonrisa. Kris echó la vista por la ventana, hacia el desierto pardo que estaban dejando atrás, y también empezó a seguir el ritmo con la cabeza. Cuando la canción se fue apagando hasta su calmado final, se produjo un breve silencio que rompió el rasgueo inquieto de «Jolene», y Melanie, primero, y Kris, después, se lanzaron a cantar con Dolly y a suplicarle a Jolene que no le quitara a su hombre.

Cuando terminó, Melanie insistió en poner «I Will Always Love You».

—Es un pecado que todo el mundo la asocie con Whitney Houston —dijo Melanie—. ¿Sabías que Dolly la escribió para despedirse de su representante cuando lo dejó? Joder, cuando se la

canta a Burt Reynols en *La casa más divertida de Texas*…

—Dolly Parton es alucinante —contestó Kris.

Escucharon el momento en que la música se detenía a mitad de la canción y Dolly le hablaba directamente a su representante para desearle alegría y felicidad, pero, sobre todo, para desearle amor.

—¿Has escuchado la de «I'll Oil Wells Love You»? —le preguntó Melanie.

—No. ¿Perdón?

—Sí, sí. Es de su segundo disco, y no es coña. La compuso con su tío años antes de escribir «I Will Always Love You». Habla de una mujer que quiere casarse con un magnate del petróleo de Texas.

—Tía, eres superfan.

—Cuando era pequeña, pensaba que Dolly Parton era Santa Claus —dijo Melanie.

—¿Cómo? —preguntó Kris, y luego, sorprendida al hacer algo que creía que no volvería a hacer jamás, soltó una carcajada.

—Te lo juro —dijo Melanie mientras empezaba a sonar «Coat of Many Colors»—. Mis padres me apuntaron al programa este de Imagination Library que organiza Dolly Parton, lo de que les envía a los críos un libro gratis al mes hasta que cumplen cinco años. Yo me ponía como loca cuando me llegaban los libros. Mi madre me decía que empezaba a correr por toda la casa y a desgañitarme anunciando que mi amiga Dolly me había mandado otro libro. Y cuando pensaba en la Navidad me decía, a ver, dudo que Santa sea real porque nadie tiene un empleo en el que solo le toque trabajar un día al año, pero Dolly me enviaba un libro todos los meses y de ahí deduje que debía de ser ella la que me mandaba también los regalos de Navidad. Total, que sí, creía que Dolly Parton era Santa Claus.

—Yo, de cría, me disfracé de Dolly Parton para Halloween como tres veces —dijo Kris—. Tendría cinco o seis años cuando la vi por primera vez en *Hee Haw*, y se me fue la cabeza.

Después de eso, el trayecto fue apacible. Más tarde, pasaron por Flagstaff y la tierra se allanó y se cubrió de maleza verde. Kris entró en estado de alerta máxima cuando vio que Melanie reducía la marcha y tomaba la salida.

—¿Adónde vas? —le preguntó mientras salían de la autopista y frenaban con brusquedad por primera vez en más de trescientos kilómetros.

En su cabeza se agolparon las imágenes de los coches ocupando el área de servicio, de las manos aporreando las ventanas.

—Tengo hambre —contestó Melanie, y puso el intermitente girando hacia el vasto aparcamiento de un Walmart—. Me gusta comer aquí porque es un lugar seguro.

Aparcó en el extremo del aparcamiento, donde la sólida masa de

techos de vehículos que reflejaban el fulgurante sol del desierto se disolvía y repartía, antes de convertirse en Winnebagos y autocaravanas aparcadas a una distancia respetuosa las unas de las otras. Había personas comiendo en mesas plegables y niños correteando a su alrededor, y otras sentadas en sillas de jardín.

«No pasa nada —se dijo Kris—. No hay ningún problema». Sin embargo, se asió con tanta fuerza a la manija de la puerta que le dio un calambre. Melanie metió el freno de mano.

—Venga —dijo—. Coge lo que quieras de la nevera.

Extendió una gran toalla de playa a rayas a la sombra del Subaru y abrió la nevera, y Kris echó un vistazo al interior. Contenía bolsas y bolsas de congelación con cremallera, todas etiquetas y fechadas. Melanie metió la mano y sacó una, y después otra, y las dispuso sobre el asfalto con platos de papel, una bolsita para la basura, uvas, patatas fritas sabor barbacoa y una cocacola *light* para cada una. Partió un bollo de aspecto dudoso en dos y le alargó una mitad a Kris.

—Espero que no seas vegetariana —dijo.

—¿Qué es? —preguntó Kris.

—Rollito de pepperoni —contestó Melanie.

Estaba delicioso. Se apoyaron en la superficie cálida del coche mientras el sol se escondía tras el Walmart, tornando el horizonte en una mezcla de naranjas y púrpuras. Dejaron las ventanas bajadas para seguir escuchando a Dolly.

—¿Ves a ese tío? —dijo Melanie, recogiendo el hilo de la conversación.

Kris siguió con la mirada el gesto de Melanie hasta un matrimonio de veinteañeros. Él seguía a la mujer gesticulando con las manos, sin dejar de mover la boca, mientras ella limpiaba la porquería del coche.

—Recién casados —continuó Melanie—. Fíjate en que ella no deja de toquetear la alianza. Y él lleva una camiseta de «Mi villana Disney favorita es mi mujer». Me apuesto lo que quieras a que se ha pasado la luna de miel aguantando que él le dijera qué música tenía que escuchar y por qué todo lo que le apetecía hacer era un muermo.

A Kris le cuadraba.

—Y mira ese —dijo Melanie, señalando a un hombre sentado en una silla de jardín—. Solo, con la vista al frente, ni siquiera está comiendo. Va a Las Vegas a pegarse su última juerga antes de suicidarse porque no puede soportar la soledad. Seguro que solo se dirigen a él para preguntarle si el asiento que tiene al lado en el cine está libre o no.

—Tienes buen ojo para los detalles.

—Me gusta observar a la gente —respondió Melanie.

—Prueba conmigo —dijo Kris.

Melanie la miró de reojo, estudiándola.

—Fijo que te has comprado esa ropa en una gasolinera. Y esa cinta es de un amigo. Alguien a quien añoras. El tipo con el que te has peleado no es tu marido.

Kris contuvo el aliento.

—No llevas alianza —explicó Melanie.

—La he tirado —dijo Kris.

—No tienes ni marcas en el dedo —dijo Melanie—. Además, no creo que te hayas peleado con tu marido, novio o lo que sea. No llevas cartera ni bolso. ¿Qué clase de hombre tira del coche a una mujer sin su bolso? Pues uno muy, pero que muy perverso o uno que no existe.

Kris no sabía qué decir. Finalmente, optó por contarle la verdad.

—Voy a Las Vegas a ajustar cuentas con alguien —dijo—. Es un hombre, pero no es mi marido.

—Un error, siempre —dijo Melanie—. Créeme, te lo digo por experiencia.

Tras ellas, Dolly Parton comenzó a cantar «Little Sparrow».

—Necesito mirarlo a los ojos y preguntarle por qué ha provocado tantísimo dolor. Por qué le ha hecho daño a tantísima gente.

Un satélite destelló en el cielo como una estrella fugaz mecánica.

—No te conformarás con ninguna respuesta, sea cual sea —dijo Melanie—. La gente mezquina hace mezquindades. Y punto. Son más básicos de lo que crees. Aquí estoy con Dolly.

«All ye maidens heed my warning —cantaba Dolly a sus espaldas—. Never trust the hearts of men | They will crush you like a sparrow | Leaving you to never mend».[2]

—Dolly siempre da en el clavo —coincidió Kris.

Kris no recordaba la última vez que había charlado con una mujer que no fuera su madre o una huésped del Best Western. Las dos estuvieron sentadas un buen rato, escuchando la música, que cambió a «Eagle When She Flies» y, a continuación, a «9 to 5». Al cabo de unos minutos, se echaron de nuevo a la carretera, charlando en la noche de cuando en cuando y escuchando la discografía completa de Dolly Parton.

Empezaron a aparecer bloques de apartamentos idénticos a ambos lados de la autopista, todos con los mismos carteles de plástico que rezaban: EN ALQUILER. Las vallas publicitarias se fueron volviendo más agresivas (¿ESTÁS EN LA RUINA? ¿NECESITAS DINERO? ¡HAZ QUE PAGUE! ¡DENUNCIAATUJEFE.COM!), y, de pronto, llegaron a Las Vegas. Una pirámide negra relucía en el horizonte. La silueta de la ciudad se llenó de descomunales losas de plata y oro, con la torre Eiffel, la torre Stratosphere y una noria hortera en el tejado de un hotel.

Kris siempre había considerado Las Vegas como el cadáver de

una fulana, cubierto de purpurina y abandonado en el desierto para que se pudriera, pero ni siquiera eso le hacía justicia al Strip. Jóvenes de fraternidades con margaritas de un metro en la mano se enzarzaron en una pelea a puños con un tipo disfrazado de Batman en un cruce. Padres y madres borrachos empujaban los carritos de sus críos durmientes por la calle, gritándose mutuamente por razones de dinero, mientras mujeres semidesnudas con gorras de policía y medias de rejilla posaban junto a padres de rostro hinchado con gorras puestas del revés.

Los de Hookers for Jesus, con camisetas rosas y negras, pronunciaban sermones en las esquinas, mientras unos repartidores de panfletos les plantaban tarjetas de prostitutas en las manos a irónicos *hípsters* barbudos con orejas de conejito y tutús sobre bermudas cargo. Unos turistas chinos posaban junto a un camión parado en mitad del tráfico que arrastraba un cartel en el que se podía leer: LAS TRAGAPERRAS Y LAS PERRAS MÁS CALIENTES DE LA CIUDAD. Chavales aburridos de rostros curtidos repartían botes de gel desinfectante con camisetas verdes que rezaban «Chicas directas a tu habitación en 20 minutos».

—¿Dónde te dejo? —le preguntó Melanie.

—Déjame donde sea y ya llamaré a mi hermana para que me recoja —contestó Kris.

—Yo te llevo.

—No te preocupes —dijo Kris, y por la firmeza de la voz dejó claro que el tema había quedado zanjado.

Melanie aparcó delante de un reluciente castillo blanco con torres rojas y azules que se elevaban hacia el cielo.

—Sé que es hortera —dijo—, pero las habitaciones estaban superbaratas y me dije, ¿por qué no? ¿Cuántas oportunidades más tendré de alojarme en un castillo?

Se bajaron del coche y Melanie le hizo un gesto al aparcacoches, absorto en el móvil.

—Bueno. —Kris se detuvo al otro lado del coche—. Gracias. ¿Seguro que no quieres que te pague algo?

—Vete —contestó Melanie—. Si me has hecho un favor. Me he aburrido menos contigo en el coche. Buena suerte.

—¿Con qué? —preguntó Kris, distraída, pensando dónde podría encontrar un lugar en el que dormir y cómo podría colarse en el campamento del Hellstock 2019 sin ser vista. Tal vez pudiera vestirse como una mujer de la limpieza. Las chachas siempre pasaban desapercibidas. ¿Tendrían chachas en mitad del desierto?

—Con lo del tío que me comentabas —dijo Melanie—. Lo de mirarlo a los ojos. Espero que te vaya mejor, pero que estás mejor sin él.

—Gracias —dijo Kris, y echó a andar.

Apenas oyó a Melanie correr tras ella.

—Deidre.

Kris giró sobre sus talones.

—¿Cuánto dinero llevas encima? —le preguntó Melanie—. De verdad.

Las dos mujeres se miraron fijamente y Kris tomó una decisión.

—Nueve dólares —contestó.

—Venga, que te vienes conmigo.

JACK BLAST: …una atmósfera que solo puedo describir como maligna. Los autodenominados Koffin Kids, a los que yo llamo anarcorradicales con una agenda globalista, han abarrotado todas las habitaciones de Las Vegas y Green Valley para el ritual ocultista que se celebra este fin de semana, y me refiero a este como «ocultista» porque así es como lo llama Terry Hunt, su organizador. No son críos, tienen antecedentes por violencia, asesinato, por destrucción fortuita de la propiedad privada. Vamos a llamarlos por lo que son, la infantería del Gobierno Mundial, desplegada en Nevada para sembrar el terror.

—WJET, «Radio Estados Unidos Libres»
7 de septiembre de 2019

Toxicity[1]

Kris se despertó de una pesadilla en la que había oído los aullidos húmedos y densos de J. D. con Melanie soplándole al oído. Se incorporó de un respingo, atenazada por el miedo, y miró en torno a las sombras de la habitación con los ojos fuera de las órbitas, sin reconocer dónde estaba.

—Tranqui, que soy yo —le dijo Melanie, sentada de cuclillas junto a la cama de Kris.

Se había vestido y la luz del lavabo estaba encendida. Kris tuvo la impresión de que Melanie llevaba horas despierta. La joven le dejó una bolsa de plástico a los pies de la cama.

—He pensado que a lo mejor te iría bien algo de ropa limpia —dijo.

Kris abrió la bolsa y encontró una camiseta de «Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas» y unos *shorts* tejanos lavados a la piedra con la palabra «Sabroso» dibujada en el trasero con lentejuelas.

Kris cerró la bolsa y se la devolvió a Melanie.

—No puedo pagarte —contestó.

Melanie la rechazó.

—Es mi última buena obra antes de pasarme dos días de juerga —dijo.

Kris se sentó en la cama con el cuerpo agarrotado, la espalda resentida y el cráneo palpitante, y clavó la mirada en la bolsa de plástico blanco.

—¿Por qué te portas tan bien conmigo? —preguntó.

Melanie se puso en pie y empezó a moverse, haciendo posiciones de yoga.

—Págame el desayuno —respondió—. Tienes una oferta especial a 3,99 € para huéspedes. Y luego puedes acompañarme a ver al tío con el que voy al Hellstock. Si te salta el radar, no me iré con él. Solo necesito que me des el visto bueno o no.

Eran las nueve de la mañana y en las calles ya hacía un calor abrasador. A través de la ventana de la cafetería del hotel, Kris vio varios vehículos de emergencias titilar en la neblina ardiente que se alzaba desde el asfalto. Alguien había empotrado un Honda Accord rojo en una de las vallas del casino New York-New York, y había acabado con su vida y la de un puñado de peatones la noche anterior. Dos metaleros con *corpse Paint* del Rey Ciego repartían memorias USB con las demos de su grupo a la multitud de mirones que grababan el coche accidentado con los móviles.

La camarera que las había acompañado a la mesa tenía sangre

reseca en una fosa nasal y un lóbulo rasgado donde alguien debía de haberle arrancado el pendiente. Las noticias locales retumbaban desde el televisor de la esquina, y contaban que la policía seguía buscando al payaso desnudo que había intentado prenderle fuego a la Little White Chapel.

—Por la mañana todo tiene mucha peor pinta —comentó Melanie.

Algo golpeó con fuerza la ventana de cristal laminado. Levantaron la vista y vieron a un chaval, con una camiseta de artes marciales mixtas que decía «Lucha con todos», que estampaba a uno de los metaleros contra el cristal. Un policía intervino. El de las artes marciales mixtas

—Vaya —suspiró Melanie.

—Está la cosa un poco tensa —dijo Kris.

Melanie removió con languidez su café.

—He metido la pata —dijo—. No conozco a nadie aquí salvo a ti, y, en el fondo, ni siquiera te conozco. Y ahora me voy a pasar un fin de semana entero con estos tíos.

A Kris nunca le habían impresionado las mujeres que hacían planes y luego se deprimían por no haberles dado un par de vueltas. Pero Melanie la había sacado de la calle y la había ayudado a mantener la cordura en una situación en la que, de lo contrario, probablemente hubiera perdido la cabeza.

—Mira —dijo, inclinándose hacia delante para hablarle en confianza—. No tienes por qué…

—¡Vaaaaamos! —gritó una voz masculina.

Kris dio un salto hasta la mitad de la pared. Cinco hombres rodearon su reservado, los típicos machitos con bermudas tipo cargo y camisas con botones. Una camiseta de tirantes y un par de sombreros *pork pie* añadían algo de variedad a una mezcla por lo demás dominada por treintañeros blancos de cuerpos tonificados, un bronceado impecable y peinados exquisitos.

Melanie y Kris los contemplaron horrorizadas.

—¡Soy yo! —exclamó uno de ellos, de barba rala y un intenso bronceado, extendiendo los brazos—. ¡Hunter!

Kris vio a Melanie perder cinco años al emitir un chillido agudo como una cría, y entonces ella y Hunter se abrazaron y se mecieron de un lado a otro como unos bailarines torpes en una residencia de la tercera edad. Dieron un paso atrás, agarrándose de los brazos, y repitieron el proceso. Kris no era capaz de seguir aquella suerte de altibajos emocionales. Con los chicos allí, los decibelios alcanzaron su cota máxima.

—Estos son mis colegas —dijo Hunter—. Chisolm, que ya sabemos todos con qué rima, Spencer —choque de puños—, que acaba

de cerrar un suculento acuerdo conmigo por unos apartamentos increíbles en el District, y por último, aunque no menos importante, vigilando la retaguardia como siempre, Owen McSlowen.

Todo el mundo se quedó en silencio esperando a que Melanie presentara a su colega.

—¡Ah! —exclamó Melanie—. Os presento a Deidre. Es una autoestopista que recogí en Nuevo México. Es fantástica.

La palabra *autoestopista* le otorgó a Kris un aire exótico inmediato. Ya nadie hacía autoestop a menos que fuera por pura ideología. Los colegas de Hunter se colaron en el reservado, todos los ojos posados sobre Kris, apretujándolas a ambas contra la pared, mientras Hunter se quedaba en cuclillas a la cabeza de la mesa.

—¿Y cómo sabes que no es una asesina en serie? —le preguntó a Melanie.

—¿No eran los asesinos en serie los que recogían a los autoestopistas? —dijo Melanie—. Dudo que los asesinos hagan autoestop.

—Quizá esté intentando confundirte —dijo Hunter muy serio, con la mirada clavada en Kris.

Poco después, rompió a reír y desvió la mirada.

—Te estamos tomando el pelo —dijo, y alargó un puño. Kris se lo chocó con los nudillos—. Qué pasada. Deambular por los EE. UU. Sin ataduras, sin obligaciones.

Spencer empezó a comerse su tostada. Slowen preguntó si Kris se acabaría el beicon.

—Y qué, ¿cuándo nos vamos? —preguntó Melanie con un brillo en los ojos—. Llevo todo el verano esperando.

—Pregúntale al navegador —dijo Hunter, y Chisolm sacó su Android y lo dejó sobre la mesa.

—A ver, el concierto es en el Valle de Strawberry —dijo, mostrándoselo en Google Maps—. Está cerca de donde solían hacer los experimentos con bombas atómicas y a menos de cien kilómetros del Área 51.

—Por eso lo ha montado allí —apuntó Slowen—. Según cuentan, la arena radioactiva atrae a los ovnis. Koffin llevará a cabo una invocación extraterrestre el domingo por la noche.

—Total, que tenemos a Jones guardándonos sitio en la zona de acampada —continuó Chisolm—, además de otras cuatrocientas mil personas. Anoche se ve que fue una locura, así que ya podemos mover el culo y llegar pronto. Volveremos el domingo temprano porque los grupos de ese día son basura *doomcore*, y tampoco nos perdemos nada. Además, el tráfico será una mierda.

—¿Os sigo con el coche? —les preguntó.

—¿Por qué no lo dejas en mi casa? —dijo Hunter.

Kris lo advirtió al instante. Iban a llevarse a aquella chica a un lugar en mitad de la nada sin medios para volver a casa. Estaría totalmente a su merced.

—Mel… —comenzó Kris.

—¡Genial! —exclamó Melanie—. ¡Así veo donde vives! ¡Y quiero conocer a Lars!

—Aquí lo tienes —dijo Hunter, y le enseñó una foto de un perro mezcla de *setter* irlandés en el móvil.

—Ay, qué monada —dijo Melanie, y se lo enseñó a Kris—. ¿Te gustan los perros?

—Yo me tendría que ir yendo —contestó Kris, preguntándose cómo narices llegaría al Valle de Strawberry. Se metió la mano en el bolsillo para sacar los nueve dólares. Quizá si se movía lo suficientemente despacio, Melanie se ofrecería a pagar el desayuno.

—¡Ay, ya sé! —exclamó Melanie.

Kris cayó en la cuenta de que la joven la miraba fijamente.

—¿Aún te sobra una entrada? —le preguntó Melanie a Hunter.

—Iba a venderla en la entrada —contestó él—. Son 150 $.

—Vente con nosotros, Kris —dijo Melanie—. La puedes aprovechar tú.

Los chicos parecían incómodos.

—No sé si tendremos sitio, bombón —dijo Hunter, y a Kris le causó repulsión al momento que le hubiera asignado un apodo a una mujer que había conocido veinte minutos antes.

—Tenéis dos furgonetas —contestó Melanie con una voz inesperadamente seria que no toleraba tonterías—. Claro que tenéis sitio.

Hunter ladeó la cabeza y escudriñó la superficie de la mesa unos instantes.

—Vale —concluyó—. Toda tuya. Pero me debes una. Por la entrada.

—No puedo aceptarla —dijo Kris. La situación la superaba—. Tendría que ponerme en marcha.

—No, espérate —dijo Melanie—. Ven aquí.

Salió del reservado y Kris la vio como la veían aquellos hombres: una chica joven con curvas delicadas, ojos grandes, pantalones cortos que enseñaban demasiada pierna y un top ceñido. Le parecía desprotegida y vulnerable por primera vez desde que se habían conocido.

Melanie agarró a Kris por el codo y la guio hasta la recepción.

—No pienso aceptar una entrada de 150 $ —insistió Kris.

—Escúchame —susurró Melanie, mirando por encima del hombro a los chicos y dirigiéndoles una sonrisa, antes de darles la espalda y ponerse seria delante de Kris—. No conozco a estos tíos. Conozco a

Hunter, pero no a los otros cuatro. Y ahora voy a meterme en su coche y a acampar dos días con ellos en el culo del mundo. No quiero que vengas porque seamos las mejores amigas del mundo, sino porque tengo la impresión de que sabes cuidarte solita, y necesito algo de protección. Soy joven, Deidre, pero no tonta.

De repente, todos sus problemas se resolvieron de un plumazo. La Montaña del Hierro Negro buscaba a una mujer que viajaba sola. Si aceptaba, viajaría en un par de furgonetas con un puñado de macarras, como si ella fuera su tía la enrollada. Tendría medio de transporte al Hellstock, y haría que Melanie se sintiera más segura y la compensaría por el trayecto y la habitación.

—Vale, voy —dijo Kris—. Pero no puedo pagarte la entrada.

—Si evitas que me maten, bien valdrá esos 150 $ —contestó Melanie. En ese momento, se le volvió a iluminar el rostro como a una niña pequeña, y se precipitó de nuevo hacia la mesa tirando a Kris del brazo.

—¡Yuju! —exclamó—. ¡Deidre se apunta!

Se sumergieron entonces en el regocijo general y en conversaciones absurdas. Después de esperar el tiempo suficiente como para que no pareciera una falta de respeto, Kris anunció:

—Me voy arribar a darme una ducha y luego, si queréis, podemos irnos.

—Claro, sin problema —contestó Melanie, y Kris se levantó de la mesa.

La cháchara continuó hasta que Hunter vio a Kris entrar en el ascensor de la recepción y se cerraron las puertas. Acto seguido, se giró hacia la mesa.

—Hostia puta —masculló entre dientes.

—Me cago en Dios —dijo Spencer.

—¿Se puede saber a qué viene esto? —preguntó Melanie.

—Que es ella —contestó Hunter.

—¿Quién? ¿Qué ha hecho?

—La tía con la que estás —dijo Hunter—. Joder, no tienes ni idea. Qué mona. Es la que está intentando matar a Terry Hunt, Kris Pulaski.

—No —respondió Melanie, antes de pensar en ello unos instantes y repetir—: Nooooo.

—Que sí —insistió Hunter—. Enséñasela.

Chisolm giró el móvil y Melanie miró la pantalla; era una foto de Kris, de hacía unos siete años, además de un retrato robot policial del aspecto que debía de tener hoy. La línea de la mandíbula, los labios finos, las mejillas afiladas, la mirada intensa… Incluso con aquel pésimo esbozo policial era más que obvio.

Melanie se recostó en el asiento y se tapó la boca con las manos.

—Joder, Dios —dijo.

Los cuatro hombres se miraron mutuamente y estallaron en carcajadas.

—¡La hostia! —exclamó Spencer.

—¿Quéééé? —preguntó Slowen.

—¡No tenía ni idea, la tía! —dijo Hunter, riéndose. Le acercó la cabeza a Melanie y le dio un beso en la coronilla—. Eres la persona más confiada que he conocido en mi vida.

Todos se mofaron de ella, sin malas intenciones, hasta que Melanie se puso seria.

—No puedo delatarla.

—Nadie te está pidiendo que la delates —dijo Hunter—. Pero va a intentar matarlo. Vamos a ver, es que probablemente podrían arrestarte por cómplice.

—Hasta ahora, no —contestó Chisolm, que era abogado fiscal—. Ahora que conoces su identidad, te corresponde actuar puesto que existe una alta probabilidad de que se cometa un crimen.

Melanie sacudía la cabeza en medio de las incitaciones, los chantajes y la cháchara. Se negaba a creerlo, pero sabía que era cierto. Tenía todo el sentido del mundo.

—La recogiste en Nuevo México —continuó Hunter—. Y eso fue justo después de que matara al pavo con el que viajaba. No me puedo creer que el país entero estuviera buscando a esta desgraciada y tú la llevaras en el asiento del copiloto, a lo *Thelma y Louise*.

—No pienso entregarla —repitió Melanie.

—Lo bueno es que ese 800 no es el número de la poli, sino una línea directa de Terry Hunt, así que es poco probable que la estés entregando a la policía.

—Supongo que podría llamar anónimamente —dijo Melanie.

—¿Perdón? ¿Estás de coña? Si te responde Terry Hunt, te deberá la vida. Te dará entradas VIP. Iremos al *backstage*. Tía, esta es tu oportunidad.

—Dadme un momento —dijo Melanie, recogiendo el móvil de la mesa y saliendo del reservado—. No llaméis a nadie. Tengo que darle un par de vueltas.

Salió a la calle y comenzó a andar en círculos por la abrasadora acera, abriéndose paso entre los mirones que contemplaban la grúa que estaba extrayendo un Honda del recinto del casino. No podía traicionar a Deidre… a Kris. ¿Quién le cubriría las espaldas a lo largo del fin de semana en el Hellstock? Aunque Hunter y sus colegas le estarían tan agradecidos si conseguía meterlos en el *backstage* que probablemente la tratarían como a una diosa. Pero aquello no estaba bien. Llamaría a la habitación desde el teléfono público del hotel y le diría a Kris que huyera, y luego llamaría a la línea anónima.

¿Permitirían que recogiera su ropa de la habitación o la cubrirían de cinta policial?

El caminar sin rumbo la llevó al accidente de coche. Todo el mundo tenía el móvil en las manos y tomaba fotografías de una enorme mancha de sangre en la acera, como si alguien la hubiera limpiado con una fregona sanguinolenta. En la alcantarilla, descansaba una única Reebok blanca.

—Ahí es donde el crío se ha dado un golpe en la cabeza —comentó un transeúnte con un sutil acento ruso—. Lo he oído desde el otro lado de la manzana. Ha sonado como si hubiera reventado un melón.

A Melanie se le revolvió el estómago y el calor le nubló la vista. La gente no debería sufrir así. Aquellos turistas estaban retratando el dolor de personas reales. Sobrepasada por las náuseas, cruzó la muchedumbre para alejarse del accidente. Era repugnante lo mucho que le fascinaba a la gente el dolor de los demás. ¿Por qué el mundo quería estar constantemente haciéndose daño?

¿Por qué querría Kris matar a Terry?

Contempló la zapatilla vacía, olvidada en la alcantarilla. Pensó en Greg gritándole al videojuego, fingiendo que asesinaba a desconocidos una y otra vez. Pensó en una bala atravesándole el rostro a Terry Hunt. Pensó en todas las heridas que tenía Kris en la cabeza, provocadas por el hombre que no era su marido.

La gente debía dejar de hacerse daño.

– – –

Kris salió de la ducha. Abrió la puerta que daba a la habitación y llamó a Melanie para ver si la chica había vuelto ya. No hubo respuesta.

Dejó la puerta del baño abierto y se puso la ropa limpia. Los pantalones eran más cortos de lo que le habría gustado, y deseó tener todavía encima la Huesos. Al no llevar maleta, guardó la camiseta de Roswell en la bolsa de plástico. Tendría que pedirle una chaqueta a Melanie. En el desierto hacía frío.

Cuanto más se acercaba a Terry, más puertas parecía que *Troglodyte* le estaba abriendo. Trató de pensar si habría algo en «Sailing the Seas of Blood» o «One Life, One Bullet» sobre aquel tramo del viaje. ¿Aparecerían de algún modo Hunter y sus colegas?

No fue capaz de ubicarlos en el disco, de modo que se limitaría a seguir adelante. J. D. y Scottie Rocket, todas aquellas tristes almas atrapadas en el Manantial del Bosque… Terry tenía mucho por lo que responder.

Tenía la sensación de estar ganando impulso y velocidad a medida que se acercaba al centro. No estaba feliz, pero sí se sentía

henchida de una siniestra satisfacción por saberse fuera del radar de Terry y llevar la iniciativa. Se dirigía a él desde su punto muerto.

Melanie llamó a la puerta.

—Un momento —dijo Kris, recogiéndose el pelo con la toalla de camino a la puerta.

La chica habría perdido la llave. Kris echó un vistazo por la mirilla, pero no vio más que negrura.

Volvieron a llamar.

—¿Señora? —preguntó una voz apagada—. UPS.

DOCTOR CRAIG BORWIN: …La ciudad es territorio ocupado, hay helicópteros negros, generadores de ruido blanco e inhibidores de señal móvil. Esta mañana, una empresa fantasma ha registrado el dominio NevadaStrong.com. Se avecina algo gordo.

TODD FIXX: ¿Quién es el enemigo?

DOCTOR CRAIG BROWN: Ya ni siquiera lo sabemos. Podrían ser terroristas antifascistas financiados por Soros, matones del Nuevo Orden Mundial con identificaciones de la Agencia Federal de Gestión de Emergencias, la Agencia de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos, el estado profundo… Nadie lo tiene claro porque siempre van un paso por delante. Están vigilando a todo el mundo. Lo escuchan todo. Imploro a todos los patriotas que confinen su propiedad, adopten una posición armada y estén preparados para cualquier cosa.

—Radio a la carta de la Red de Comunicaciones Génesis, «Libertad con Fixx»
7 de septiembre de 2019

In the Nightside Eclipse[1]

El atasco fue algo para el recuerdo. Horas y horas de avance lento y paradas repentinas, de gente saliendo de sus vehículos y deambulando entre los coches, sentándose en tumbonas en el arcén. Con todo, al caer la tarde, por fin salvaron la colina y vieron el Valle de Strawberry, y Melanie se olvidó de respirar.

Un descomunal cometa de basura había tocado tierra en el desierto y había dejado tras de sí un cráter salpicado de porquería. Había drones zigzagueando por el cielo, filas y filas de tiendas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, explanadas de coches aparcados que relucían bajo el sol de justicia. Los coches se deslizaban bajo una araña de tres pisos de alto construida con chatarra, situada a horcajadas sobre la carretera, y una colorida cabeza de payaso hecha con fibra de vidrio escupía fuego desde la parte superior de un tiovivo.

—¡Yyyy… adiós a la red! —comentó Spencer cuando los tres puntos de su móvil se convirtieron en un mensaje de «Sin cobertura».

La cobertura telefónica del Valle de Strawberry ya era mala de por sí, pero las 440 000 personas, los 21 000 miembros del equipo y los 5 000 voluntarios se la habían llevado por delante.

—No había visto tantas tiendas juntas en mi vida —dijo Melanie.

—Entienda usted que es que hay muchas —soltó Hunter, y todos se echaron a reír.

Melanie se preguntaba dónde estaría Kris. Si se habría puesto en su lugar. Sabía que había hecho lo correcto, porque los chicos se habían pasado la mañana entera convenciéndola, pero no parecía ser capaz de dejar de sentir que había traicionado a una amiga. Al contemplar todos aquellos coches aparcados y las hileras de tiendas que se extendían a sus pies, pensó que parecían filas interminables de tumbas.

– – –

Los cuatro tipos de UPS llevaban pantalones cortos color marrón, calcetines marrón oscuro subidos hasta arriba y las rodillas peludas al descubierto. Tenían la llave.

Irrumpieron en la habitación y la empequeñecieron. No mediaron palabra. Dos de ellos la cogieron por los brazos, la tumbaron en la cama y allí la retuvieron, mientras los otros dos registraban la habitación. Tardaron cinco segundos. Acto seguido, atrancaron la puerta, corrieron las cortinas y encendieron la lámpara de la mesilla de noche.

—Voy a gritar —amenazó Kris.

El que la estaba agarrando por los hombros se llevó un dedo a la boca y negó con la cabeza. Kris cogió aire. Cuando abrió la boca para chillar, él le colocó una mano en la parte inferior de la caja torácica y le hundió el pulgar en el diafragma con firmeza. Todo el aire escapó de sus pulmones en una única ráfaga, junto con la oferta de desayuno a 3,99 $. Giró la cabeza para que la mayor parte cayera sobre la almohada.

Otro repartidor de UPS examinó el cinturón del albornoz, lo descartó y optó por la plancha. Arrancó el cable y comprobó su resistencia. Kris vio cómo se lo llevaba al lavabo. Por el espejo de la habitación, observó cómo le hacía un nudo y lo colgaba de la alcachofa de la ducha.

—Quiero hablar con Terry —dijo Kris.

Los dos repartidores de UPS que estaban con ella se miraron mutuamente y uno de ellos sacó un bote de paroxetina. Ahí fue cuando Kris cayó en la cuenta de que los cuatro repartidores eran idénticos, de pelo negro, esbeltos, con un bigotillo definido justo por encima del labio superior.

El que le había apretado el diafragma le agarró la mandíbula con una manaza y hundió los dedos en las articulaciones. El otro sacó una paroxetina del bote de plástico y la sostuvo en el aire.

—Paquete —anunció.

Kris sabía que eso quería decir que abriera la boca. Negó con la cabeza. El que la retenía por la mandíbula apretó, y le presionó las glándulas de tal forma que no le quedó otra opción que abrir la boca por completo. El repartidor le introdujo la pastilla y notó que tenía las puntas de los dedos saladas. Luego, relajó los dedos de la mandíbula.

—Firme aquí —dijo.

Y Kris supo que eso significaba que tragase.

– – –

El sol caía a plomo sobre el Valle de Strawberry. Tenían la tienda en la zona del desafío «encuéntralos en Google», donde actuaban los grupos ruidosos, y bajo aquel calor abrasador, el sonido distante de agresivos acordes y voces masculinas amplificadas gritándole al público se le antojó como un sueño. Vieron pasar chicas en bikini y gafas de sol, chavales sin camiseta con máscaras de gas, máscaras con pipas de agua, bandanas de esqueleto que les convertían la mitad inferior del rostro en calaveras sonrientes. Un equipo de maquillaje de Los Ángeles había montado un taller de zombis, y los muertos vivientes renqueaban, vaso rojo de Solo en mano, por las calles que dibujaban las tiendas de campaña. Las bicicletas de montaña pasaban de largo, los aeropatines se quedaban encallados en la arena y los pocos policías

que vio Melanie iban montados en *quads*.

Tardaron noventa minutos en llegar del coche al campamento, donde Jones los esperaba sentado y claramente asfixiado por el calor en medio de las tres tiendas azules tipo iglú que compartirían.

—Tíos —dijo—. Me acabo de enrolar en el ejército.

Todo el mundo ofrecía sus servicios en el Hellstock 2019. Podías enrolarte en el ejército, firmar para que te consolidaran tus préstamos estudiantiles, pedir una tarjeta American Express con un 0 % TAE durante el primer año, participar en un concurso para ganar un iPhone gratuito, asociarte a Rise Up, We the People, Earth First, Amnistía Internacional o Change.org. La gente iba dejando sus firmas por todas partes.

La mayor parte del equipo de mantenimiento había dejado el trabajo el viernes por la noche y no había regresado. La basura se cuajaba y cocía en las papeleras. No había brisa de aire que no arrastrara con ella el hedor a mierda propio de una granja.

—Sí, sí —dijo Jones, riéndose—. Han tumbado los lavabos portátiles. Ahora los llaman los Pozos de Mierda. Pero hay unos pavos que han montado unos lavabos químicos y están cobrando un dólar por mear y cinco por cagar. Las tías tienen más suerte, porque solo tienen que enseñar las tetas para mear gratis.

A Melanie le aterraba aquella desorganización. Los chicos se quitaron las camisetas para dejar al descubierto unos abdominales trabajados en el gimnasio y unos pectorales esculpidos. Compartían un vapeador y llevaban comida en las neveras, y cuando unos testigos de Jehová intentaron darle una charla a Melanie sobre que aquel festival era el fin del mundo, cerraron filas en torno a ella y los expulsaron. Querían que se sintiera segura, pero en ocasiones había alzado la vista y se había dado cuenta de que apartaban una mirada que parecía comunicar algún tipo de secreto. Había algo extraño en la forma que tenían de hablar, como si compartieran una broma interna y ella fuera el remate final.

Mientras la gente lanzaba fuegos artificiales a los drones que zigzagueaban sobre sus cabezas, ellos decidieron dirigirse al Pepsi Peace y a la Love Arena para ver a Gwar. Se estaban echando las mochilas al hombro cuando un dron descendió del cielo y pasó de ser una mota a un punto y, poco después, a una araña zumbadora que pendía frente a sus rostros.

—¿Hola? —preguntó una voz diminuta desde el diminuto altavoz—. ¿Me oís?

—Eh… sí —contestó Chisolm, riéndose.

—¿Quién de vosotros es Melanie? —preguntó.

—¿Yo? —dijo ella, levantando tímidamente una mano.

El dron giró hasta situarse frente a ella.

—Terry Hunt te agradece lo que hiciste —dijo—. Te agradece que hayas contribuido a que este acontecimiento sea un espacio seguro y divertido para vosotros, sus seguidores. Le gustaría invitarte a una visita privada por el *backstage* de la Cripta y a un breve encuentro cara a cara con él para que pueda darte las gracias en persona. Si te diriges al escenario Bud Light y le comunicas tu nombre al de seguridad, se encargarán de acompañarte.

Un instante más tarde, se elevó de nuevo hacia los cielos y volvió a convertirse en la mota frenética y veloz de antes.

—¡No me jodas! —exclamó Spencer, y los chicos chocaron las manos los unos con los otros.

Hunter se llevó a Melanie aparte.

—Mira, sé que no nos conoces y fijo que te sientes muy desubicada, pero estoy pendiente de ti, ¿vale? Si en algún momento sientes que algo no te cuadra, dímelo.

Lo que quería sentir era alivio.

– – –

—Paquete —dijo el repartidor de UPS.

Los dedos se hundieron de nuevo en la articulación de la mandíbula de Kris, y sus labios se abrieron como por resorte.

—Firme aquí —repitió el repartidor de UPS.

Se tragó la pastilla. El tipo le vertió un poco de agua en la boca para ayudar a deshacer el amargo coágulo de píldoras que se le estaba disolviendo en la garganta. Kris se tragó el engrudo. Mejor eso que asfixiarse.

El repartidor de UPS salió del lavabo y le hizo un gesto de cabeza al de las pastillas. Luego, todos centraron la atención en Kris, y fue entonces cuando supo que iba a morir. Otro patético suicidio roquero en un hotel de mala muerte con agujeros en las sábanas, quemaduras de cigarrillo en la moqueta y un televisor anclado a la pared.

—Por favor —suplicó.

—Paquete —dijo el repartidor de UPS.

La estaban matando de sobredosis para luego colgarla del cable de la ducha, y probablemente le tiraran de los pies para asegurarse de que el hilo le machacaba la garganta y la sangre se le acumulaba en el cráneo, palpitante y caliente en las sienes.

Habría apostado lo que fuera a que además habrían preparado una nota. Algo escrito con su caligrafía sobre un acceso repentino de culpa, o cómo no se había visto capaz de hacerle daño a Terry. Nadie volvería a escuchar el *Troglodyte*. Dürt Würk caería en el olvido. Toda su vida la había conducido a aquella tenebrosa habitación de hotel en Las Vegas, a media tarde.

—Firme aquí.

—Paquete.

—Firme aquí.

—Dejadme hablar con Terry —dijo Kris.

—Paquete.

Esta vez le hundió los dedos sin contemplaciones.

—Necesito hablar con Terry —insistió—. ¿Podéis llamarlo? ¿Solo una llamada? Dos segundos, nada más.

—Firme aquí.

—Por favor, tengo que decirle una cosa.

—Paquete.

—Tenéis que decirle a Terry que le he traído algo.

Las píldoras comenzaban a disolverse en su flujo sanguíneo, y ya notaba cómo la ralentizaban, cómo le entumecían la cara.

—Firme aquí.

—He compuesto una secuela de *Troglodyte*. —Le salió así, sin más. Desconocía qué parte de su cerebro había optado por probar con eso, pero le siguió la corriente—. Es una secuela y es igual que el primer disco. Decidle que hace lo mismo. Y hay una canción sobre esta noche, hay un tema sobre este espectáculo.

—Paquete.

—Tenéis que decírselo —insistió, y se echó a llorar. Las lágrimas caían sobre el dorso de la mano del repartidor de UPS.

—Firme aquí.

—La noche no saldrá como él cree —dijo—. Se lo tocaré. Los fraseos, la letra, lo tengo todo en la cabeza. Son seis canciones, un disco entero sobre lo que va a ocurrir.

—Paquete —repitió el repartidor de UPS.

—Firme aquí.

Ante alguna suerte de señal silenciosa, los repartidores de UPS dejaron de cebarla a pastillas y la incorporaron, sujetándola por las axilas, y la arrastraron hacia el lavabo. Kris perdió los papeles.

—¡No! —gritó—. ¡Nooooo!

Sacudió el cuerpo a un lado y a otro, pero solo consiguió que le juntaran con firmeza los tobillos y le retuvieran las muñecas. La llevaron a la bañera. El cable eléctrico blanco colgaba de la alcachofa en una soga perfecta.

—Por favor —dijo—. Decídselo a Terry, no pido más. Decidle que tocaré para él. Decídselo a Terry.

La levantaron y le rodearon el cuello con la soga. En la otra habitación, sonó el teléfono con un delicado timbre electrónico. Los repartidores de UPS se quedaron quietos y se miraron fijamente. Volvió a sonar. A Kris le dio un vuelco el corazón, pero sabía que lo más probable era que fueran los de recepción, que llamaban para recordarle que debía dejar la habitación a las once.

Uno de los repartidores de UPS se fue a la habitación contigua y cogió el teléfono en mitad de un timbre. Kris vio por el espejo cómo se lo acercaba a la oreja. Escuchó lo que le decían desde el otro lado y luego colgó. Los otros tres repartidores de UPS lo observaban.

—El paquete está en proceso de entrega —anunció.

Pusieron a Kris de pie, le limpiaron el vómito del pelo con una toalla húmeda y, sin dejar de controlarle los brazos, se marcharon del hotel y la metieron en la parte trasera de la furgoneta. A continuación, arrancaron y se pusieron en marcha, de camino al Hellstock 2019.

– – –

Tras el escenario Bud Light se extendía toda una ciudad llena de tiendas de campaña, caravanas, pasarelas con aire acondicionado, vallas metálicas, paredes de tela para evitar a los paparazis, un helipuerto, camiones con baños portátiles, tráileres de maquillaje, generadores, servicios de cáterin, tres bares completos, una fuente de helado tallada a partir de un único bloque descomunal de hielo, un Starbucks, dos gimnasios, un estudio de Pilates, un *spa* y una piscina elevada. Todo para entretener a los cincuenta grupos invitados, conjurado en las arenas del desierto mediante el poder del dinero. En uno de los extremos, cerca del lugar donde los sesenta y tres camiones articulados formaban largas hileras, esperando para el ataque del domingo, se encontraba el complejo privado de Terry, abierto solo a invitados selectos. En el centro del complejo descansaban los dos tráileres de la Cripta.

La Cripta era un museo móvil en el que se destacaban los acontecimientos principales de la carrera de Koffin, solo accesible para los doscientos «superseguidores» que habían comprado las entradas de la «Koffin Experience» por 1200 $. Dentro, unos aparatos de aire acondicionado industriales insuflaban aire frío en las oscuras habitaciones donde diminutos ojos de buey resaltaban un micrófono de oro que el hermano de Osama Bin Laden le había entregado a Terry después de que tocara en el décimotercer cumpleaños de su hijo, los diseños a mano de los corsés que vendía Shroud, su colección de moda, y una pata de metal retorcida de la torre de sonido con la que tropezaron unos seguidores en la gira del *Insect Narthex*. No había mención alguna a Dürt Würk salvo por una única fotografía, junto a una imagen de Terry con sus padres, de cuando tenía catorce años, en una competición de atletismo.

—Mírala —suspiró Hunter, y Melanie se pegó al cristal.

Kris estaba en el escenario de la Robot House de Filadelfia, con las piernas muy abiertas y la cabeza encorvada sobre la guitarra mientras Terry berreaba al micrófono en la parte delantera, sin camiseta, enclenque, con la corona de sangre puesta y la sangre falsa

recorriéndole el rostro y goteándole sobre los hombros.

—Qué joven está —dijo Melanie.

Melanie anhelaba ser esa mujer de la fotografía tan intensa sobre el escenario, tan absorta en lo que hacía que podía aislarse del mundo. Esperaba que Kris se encontrara bien, estuviera donde estuviese.

—Hasta los psicópatas empiezan siendo críos —contestó Hunter.

Contemplaron con el gesto de asombro de rigor la guitarra de Terry (que jamás había tocado), tres libros de su biblioteca ocultista (que jamás había leído) y un par de tejanos de cuero ceñidos (que jamás se había puesto porque le quedaban demasiado pequeños). La última parada era la sala del encuentro, donde un ayudante llamado Stephen les dijo que esperaran.

Una mujer con auriculares examinó la habitación y se marchó, y luego dos guardias de seguridad entraron y se apostaron a ambos lados de la puerta, y allí se quedaron tanto tiempo que el grupo se olvidó incluso de su presencia, haciéndose fotos en un *photocall* de American Airlines, hasta que de repente, tras la vorágine de su séquito, apareció Terry.

Los chicos lo rodearon y empezaron a pedirle fotografías y autógrafos, pero Melanie se quedó atrás. Era más bajo de lo que creía, apenas un hombre en miniatura perfectamente formado, con una piel hecha de la misma sustancia que los bellísimos bolsos hidratados que ella jamás podría permitirse. Parecía un elfo, poco mayor que ella, a pesar de estar a punto de cumplir los cincuenta. No le vio una sola arruga, y tenía el pelo fino y dorado, iluminado por algún tipo de luz interior, como el efecto digital de una película. Parecía más real que ella. No sonrió, sino que se limitó a observarlos tras sus enormes gafas de sol espejadas.

Finalmente, Terry preguntó:

—¿Quién ha llamado?

Los hombres se separaron como el Mar Rojo para dejar a la vista a Melanie, mientras esta balbuceaba un «yo» y Terry daba un paso al frente para estrecharle la mano. La tenía fría y seca, y no comprendía cómo era posible con aquel tiempo. Incluso con el aire acondicionado a máxima potencia, ella tenía la parte inferior de los brazos húmeda.

—No dudes de que hiciste lo correcto —le dijo Terry, quitándose las gafas de sol. Sus ojos almendra y pómulos altos se le clavaron en el alma.

Melanie farfulló algo y entonces Terry hizo ademán de retirarse, pero ella le apretó la mano en el último segundo. Él se volvió, justo en el momento en que se estaba volviendo a poner las gafas de sol.

—No… —comenzó Melanie, y no tenía claro por qué sentía que necesitaba decirle esto—: No le hagas nada. Se ha portado bien conmigo.

Terry la miró a través de los dos reflejos perfectos del rostro de ella, y contestó:

—Kris debe aprender que sus decisiones tienen consecuencias.

En ese momento, una sonrisa fugaz le cruzó el rostro y se giró hacia los hombres.

—Guardad energía para esta noche, chavales —les dijo.

Melanie los vio detenerse en esa tregua en mitad de una conversación que llevaba observando todo el día por el rabillo del ojo, y algo secreto ocurrió entre ellos y Terry. Luego Spencer trató de hacerse una foto más y Terry le dio la espalda y se convirtió de nuevo en una estrella del rock, su séquito se arremolinó a su alrededor y desapareció, y a ellos empezaron a empujarlos, con delicadeza, hacia la salida.

Siguió a los chicos en silencio, ligeramente consternada por que el momento por el que había trabajado toda su vida se le hubiera antojado tan insignificante.

LAURA TOWER: ¿…aquí en el Hellstock 2019?

DENISE: ¡A ver a Koffin!

LAURA TOWER: ¿Por qué?

DENISE: Porque son la banda más importante de la historia de la música.

LAURA TOWER: ¿Y por qué significa algo tan importante para ti el Hellstock 2019?

DENISE: ¡Porque es el Woodstock de mi generación! Si siento un mínimo de respeto por mí misma, ¿cómo no voy a ir?

—103.5 KIND-FM, «Tower-Trax»
7 de septiembre de 2019

Diary of a Madman[1]

Ya había caído la noche cuando los de seguridad escanearon el pase del repartidor de UPS antes de permitirle seguir adelante con el camión. Con el rugir de la multitud de fondo, que llovía del cielo como un enorme océano de olas batientes en el desierto, arrastraron a Kris a lo largo de las interminables y angostas calles entre las tiendas de campaña hasta detenerse, por fin, al pie de una precaria escalerilla de metal sujeta al lateral de un tráiler y custodiada por dos gorilas a juego, calvos y con perilla.

Uno de ellos llamó y la puerta se abrió de inmediato, y Kris se encontró cara a cara con el demonio.

Allí estaba él, tranquilo y apuesto, totalmente inmune a la miseria y la muerte que se había cometido en su nombre. Le parecía injusto que siguiera tan joven y con la piel tan tersa.

—Terry —dijo Kris.

Se quitó las gafas de sol. Se le dibujaron los hoyuelos y dejó al descubierto sus impecables dientes.

—No te rindes, ¿eh? —contestó Terry Hunt con una sonrisa.

Kris notaba la sangre palpitándole en el cuello. El ambiente se enrareció. Volvía a tener veintiocho años y Terry, treinta y uno, y estaba en la base de las escaleras, mirándolo, cuando él le extendió una mano y le dijo:

—Sube.

Y Kris alargó el brazo a través del pesado aire, a través de todos aquellos años, y posó su manaza callosa de guitarrista en la mano pequeña y delicada de Terry, más propia de una estrella del rock, y subió por los tintineantes escalones de metal, cruzó la puerta y se encontró de vuelta en Gurner.

Se quedó inmóvil, dejando que sus ojos se habituaran a la oscuridad, en la gélida caverna de la Sporting House en la 191, al este de Hecktown Road. Olía a cerveza vieja y serrín, y aquel reloj de Natty Boh que había detrás de la barra proclamaba: ¡MADRE MÍA, QUÉ CERVEZA! En la máquina de discos mural giraban cedés plateados que destacaban en la penumbra dorada.

Kris tocó la puerta de plástico blanco que tenía a su espalda para comprobar que seguían en el tráiler, tras el escenario. Y allí estaba, el único artefacto disonante, lo único que aún la conectaba al desierto. Terry estaba plantado en el centro con los brazos extendidos, como el director que presenta su circo.

—¿No te parece alucinante? —le preguntó.

—Pero si se quemó —dijo ella.

—Qué va —dijo Terry, acercándose al bar con sus navideñas guirnaldas de luz y sus botellas de licor retroiluminadas—. Me lo llevé yo.

Tardó unos instantes en unir todas las piezas y luego la mera audacia de lo que Terry había hecho le arrebató la voz. Se agarró al pomo de la puerta para no perder el contacto con el mundo real.

—¿Sabes lo caro que es robar un edificio sin que nadie se dé cuenta? —le preguntó Terry, sacando dos Rolling Rocks de la nevera que había tras la barra, por cuyos laterales se deslizaban placas de hielo—. Rob cree que lo de gastarme tanto dinero es enfermizo, pero no es por el dinero, ¿no? Es lo que haces con él.

Hizo saltar las chapas de las Rolling Rocks, rodeó la barra y se dirigió al reservado más alejado de los tres que había en la pared izquierda, sin dejar de hablar:

—Quiero contratar actores, meter unos cuantos clientes, como lo del enano negro. ¿Te acuerdas de él? ¿O del vaquero manco? Así, cuando venga siempre habrá gente pasando el rato, como antes. No sería tan difícil. La gente es barata.

Se había sentado ya en el reservado, con los brazos extendidos sobre el respaldo del asiento, recostado como si fuera el dueño del lugar. Porque, de hecho, lo era.

—Bueno, venga, vamos a ver cómo suena —dijo, y señaló uno de los extremos del bar—. Ese *Troglodyte* nuevo. Coge la que quieras.

Sobre el minúsculo escenario, descansaban dos guitarras en sendos soportes, una acústica Gibson Hummingbird y una horrenda Fender Telecaster personalizada que parecía estar cubierta de escamas negras de dragón.

Se acabó. No habría charlas ligeras sobre los viejos tiempos. Kris había hecho una afirmación desesperada y ahora debía demostrarlo. Cogió todo el aire que pudo sin que Terry se percatara, se acercó al reservado y se sentó frente a él. El almohadón de vinilo rojo suspiró. La luz del bar le teñía medio rostro a Terry de tonos áureos. Tamborileaba con los dedos sobre el maltrecho tablero de madera.

—No esperarás que toque esa cosa, ¿no? —dijo Kris, ganando tiempo—. Es la guitarra más espantosa que he visto en mi vida.

—Siempre tienes que ir de dura, ¿eh? Relájate.

Deslizó una de las Rolling Rocks por la mesa y levantó la suya, con el hielo aún goteando, y la sostuvo para hacer un brindis.

—Salud —dijo.

Kris recogió su cerveza fría, la alzó y, cuando Terry se adelantó para hacer chocar los cuellos, ella giró la suya y dejó que se derramara sobre la mesa. La cerveza se precipitó por el borde hasta el regazo de Terry, que dio un respingo y salió del reservado entre movimientos de baile.

—Hemos perdido a mucha gente —dijo Kris—. Scottie, J. D., la familia de Scottie. No murieron para que tú y yo pudiéramos pasar el rato en el bar de la vanidad que tienes en el *backstage*.

—He puesto en marcha fondos en su memoria —contestó Terry, frotándose la entrepierna húmeda—. He enviado flores. Pero ahora, insisto: ¿tienes un segundo *Troglodyte* o no?

Kris llevaba tantas horas mintiendo que casi se había convencido a sí misma de que existía.

—No sería la primera vez que me la clavarías con un contrato —dijo ella, pensando rápido—. Y no pienso tropezar dos veces con la misma piedra. No toco nada hasta que no hayamos acordado los términos.

Por un momento, un gesto de hambre descarnada se dibujó con claridad en el rostro de Terry. Poco después, se sentó en una de las mesas del centro del bar y empujó la silla que tenía enfrente con el pie.

—Te propongo un trato —dijo.

Sin más opción que esa, Kris se levantó y se sentó delante de él.

—Mira, ni siquiera deberías estar aquí —continuó Terry—. Pero cuando te oí decir en la habitación del hotel que tenías un nuevo *Troglodyte*, me vino como una lluvia de ideas. Verás, aquí pueden pasar dos cosas, Kris. La primera eres tú, una roquera suicida más, una vieja gloria triste e irrelevante colgada de la alcachofa del baño, una respuesta más a una pregunta del Trivial. Pero cuando he caído en la cuenta de que seguías componiendo, un secreto bien guardado, por cierto, he caído en la cuenta de que, vamos a ver, hay que pasar página. Estamos mejor juntos que separados. Compón para mí.

—¿Estás de puta coña? —replicó Kris, tan desconcertada que no había podido contenerse.

—¿Sabes lo que es no ser capaz de crear nada nuevo? —preguntó Terry, con el tono desesperado del yonqui que no ve el momento de meterse otro chute—. ¿Sabes lo que es no tener nada más que arena en el cerebro? Para crear algo, primero debes soñarlo, pero la Montaña del Hierro Negro me devoró los sueños. He dividido mi alma, y he conseguido que me lo paguen, y he recibido muchísimo a cambio, pero ese es el problema cuando vendes algo, con el tiempo, todo se termina. ¿Por qué crees que publiqué aquel disco de mejores éxitos? ¿Por qué crees que el *9 Circles* fue un fracaso absoluto? ¿Por qué crees que me retiro? Le estoy pagando a un chaval solo para que escuche lo que me sale últimamente y me diga a quién se lo he plagiado.

»Estoy seco, Kris, y sigo sin tener lo que más me importa. Ya ni siquiera me vale el dinero. Si el dinero fuera importante, seguiríamos todos perdiendo el culo por Liberace. Tiene más éxitos que yo, pero ahora no es más que un chiste. Tengo todo el dinero del mundo y me

da igual porque no soy una leyenda.

Kris notó cómo se le secaba la boca.

—Ha muerto gente —dijo Kris—. Gente que conocíamos. ¿Y todo para que tú fueras famoso?

—Una leyenda —la corrigió Terry—. Es distinto, y lo sabes. Las leyendas dejan huella, crean un mito que vive eternamente. No te atrevas a restarle importancia. Además, tú también llevas toda la vida deseándolo.

Tenía razón, y por primera vez desde la noche del contrato, Kris pudo imaginarse el futuro. Una casa. Respeto. Una factura de teléfono que se pagaba religiosamente. Volver a tocar en un estudio.

—Me engañaron —prosiguió Terry—. En el 98, cuando fui a Los Ángeles con Rob y me enteré de lo que era capaz la Montaña del Hierro Negro, me exigieron un alma para convertirme en una estrella, y yo les di cuatro. Pensaba que el acuerdo os satisfaría, pensaba que seguiríamos tocando juntos, pero entonces a ti te dio por joderlo todo. Total, que me adapté. Pero seguían ansiando más, y más, y más.

»Cuando me quedé seco, les pregunté qué más podía ofrecerles, y se rieron de mí. O, vaya, eso creo. Es difícil saberlo. Pero yo seguí preguntando, y al final la Montaña del Hierro Negro me dijo que me devolverían mis sueños si les entregaba más almas. Muchas más. Todas de golpe. Y por eso organicé los conciertos de despedida, y todos los críos que firmaron para comprar las entradas, cuando terminó el concierto y volvieron a casa, se quedaron dormidos y los Especiales se alimentaron durante días.

—¿Cómo has podido hacernos esto? —preguntó Kris—. ¿A Tuck, a Scottie, a mí, a toda esa gente?

—He llegado hasta aquí porque estoy dispuesto a hacer lo que nadie se atreve a hacer —contestó Terry—. Tampoco es que nadie vaya a echar en falta sus almas. ¡Y qué más da, si me han mentido!

Le dio un porrazo a la mesa con la palma de la mano.

—Se suponía que esta noche cantaría material nuevo —dijo—. Hice todo lo que la Montaña del Hierro Negro me pidió, y no me han dado nada a cambio. ¡Nada! Y por eso hago esto, para darles todavía más… cientos de miles de almas, todas esta noche… y esta vez, tendrán que proporcionarme lo que yo quiero.

»Pero cuando comenzaste a hablar en la habitación del hotel, comprendí que no eras un problema que debía solucionar, sino una señal. Apareciste cuando más te necesitaba, como siempre. El *Troglodyte* los aterra. No lo crearon ellos y no pueden controlarlo. No lo entienden. Y habla de ellos. Dame el nuevo y por fin tendré algo con qué negociar. Podemos pedirles lo que quieras. Esto es lo que soñábamos en tu sótano cuando éramos unos críos. Aquí todo el mundo sale ganando.

—Menos J. D. —respondió Kris—. Menos Scottie.

—Esto es la tortilla —dijo Terry—. Y ellos eran los huevos. La Montaña del Hierro Negro nunca se sacia, me presionan para que les consiga más y más, ¡y lo único que recibo a cambio es dinero! Pero tú escribiste el *Troglodyte*. Y has llegado hasta aquí a pesar de todo lo que te han hecho. Hay algo en ti que no acaba de encajar, y si compusieras para mí, por fin dispondría de un arma. Si vuelven a engañarme, podría contraatacar.

Hablaba con el mismo gemido agudo al que había recurrido siempre cuando no entendía por qué la gente no le daba la razón.

—Se te ha ido la olla —dijo Kris.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó Terry, ojiplático—. Aquí no hay lucha heroica que valga, ni guerras entre el bien y el mal. La guerra ha terminado, y la han ganado ellos. Nosotros nos limitamos a ocultarnos entre las ruinas y tratar de sobrevivir. Déjame que te proteja.

—Quiero recuperar mi alma —dijo Kris.

Aquello le borró la sonrisa de un plumazo. Se inclinó hacia delante.

—Joder, Kris —dijo—. Somos amigos. Cuando *Troglodyte* entra en escena, los bordes de la realidad se difuminan y ocurren cosas que no les hacen ni pizca de gracia. Tú y yo estamos en el mismo equipo.

—Vendiste el alma de Scottie —contestó ella—. Vendiste el alma de Tuck. La de Bill me la suda, porque es un gilipollas, pero vendiste mi alma. Y no tenías ningún derecho. Quiero recuperar mi alma.

El hielo de la nevera que había detrás de la barra se agitó y asentó. Terry parecía avergonzando, y desvió la mirada.

—Las cosas no funcionan así, Kris. Se ha perdido.

Se había abierto camino hasta allí con la esperanza tácita de que el acuerdo podría revertirse. Había soñado con que al fin podría llenar ese vacío en el centro de su mundo, el que le absorbía toda felicidad, toda esperanza, que engullía toda luz, le impedía salir de la pobreza y la aplastaba, y que al ver a Terry podría cicatrizar la herida. Pero ahora sabía que no mentía y, en un instante, su mundo se vino abajo y la ira volvió a apoderarse de ella de golpe.

Kris se puso en pie, agarró la silla y la levantó sobre su cabeza para dejarla caer sobre el rostro de Terry, con la intención de borrarle aquel gesto condescendiente, pero él mostraba el mismo aspecto de siempre, y estaban en la Sporting House y parecía que no hubieran pasado los años y de repente se sintió como una imbécil melodramática, la que seguía gritando cuando la discusión había terminado. De modo que se volvió y arrojó la silla a través de la Sporting House, pasó por encima de la barra y reventó el espejo. El ruido del estallido de las botellas de licor fue una pobre satisfacción,

pero menos daba una piedra.

—¡Eres un puto vendido! —bramó Kris—. Me arrebataste todo lo que tenía y lo aprovechaste para levantar este imperio de mierda. Tú eres la razón por la que este mundo parece tan ajeno y miserable, no yo. Hay un agujero en el centro del mundo, Terry, y eres tú.

En silencio, Terry se levantó, se acercó a la barra y examinó los daños. Luego metió la mano por detrás y sacó una botella de plástico transparente. Abrió el precinto y dio un largo sorbo. A Kris le fallaron las piernas y se dejó caer en una de las sillas.

—Devuélveme mi vida —dijo, y la voz se le rompió.

Terry dio otro largo sorbo de la botella de Pedialyte y se secó la boca. Luego, recurrió a su voz de comercial, densa y parsimoniosa, sincera.

—Fue por una buena causa —contestó—. Mira lo que he construido: el concierto más grande del mundo, la marca Koffin, Shroud, todo este imperio, y, en cierto modo, tú me has ayudado. Y ahora estamos tan cerca. Solo me hace falta ese disco para que la Montaña del Hierro Negro me proporcione lo que necesitaba para que el mundo recuerde esto para siempre.

—Me robaste la música —masculló Kris—. Nos robaste nuestras vidas. Mataste a Scottie y J. D. Seguiré luchando contra ti, me enfrentaré a ellos, me…

Terry la interrumpió.

—Se acabó, Kris. Ya no queda nadie con quien luchar.

—Ya lo veremos —replicó Kris—. Soy capaz de pelearme hasta en un puto ascensor vacío. —Hizo una pausa—. Que no queda nadie con quien luchar… Vete a la mierda.

—Puedo protegerte, Kris —dijo Terry, ya con una actitud abiertamente aduladora—. Y solo necesito el disco. Necesito saber si es verdad que lo tienes.

—No existe —exclamó Rob a sus espaldas—. No son más que patrañas. En eso consiste su vida, ¿no? En una larga sarta de mentiras.

Terry dejó caer los hombros.

—¿No puedo tener un poco de intimidad ni en mi propio bar? —preguntó.

Rob se había deslizado por la puerta en algún momento mientras ellos discutían y allí se había quedado, con las manos en los bolsillos traseros, una sonrisa en el rostro y un peinado impecable, exactamente igual que el día en que Kris firmó el contrato, en 1998.

—Creía que nunca volvería a verte la cara —le dijo Rob a Kris, caminando hacia la mesa—. Siento que hayas malgastado tantos esfuerzos para llegar hasta aquí.

—Te he estado oyendo por las emisoras de radio —dijo Kris—. Has sido un puto manipulador hasta el final.

Rob arqueó las cejas en un gesto de sorpresa fingida.

—¿El final? —preguntó—. ¿Es que se termina algo? No me consta que hoy vaya a terminar nada, excepto tú.

—Voy a trabajar con Terry —dijo ella, y aquello le borró la sonrisa de suficiencia del rostro—. Le he compuesto un disco nuevo.

Terry alzó la vista sorprendido, y Kris sintió el poder que tenía en sus manos. No había nada que deseara más en el mundo que la escapatoria de la Montaña del Hierro Negro que ella podía ofrecerle. Rob procuró mantener el gesto impasible.

—Tienes que empezar a prepararte —le dijo a Terry—. Son casi las ocho, y tienes pendiente el yoga y los estiramientos, y me encantaría que pudieras dedicar un ratito a meditar, y luego te darán un masaje... tienes que estar en el *backstage* a las nueve y media.

Terry le posó una mano a Kris en el brazo.

—Tócalo ahora —dijo.

—¿De verdad la crees? —preguntó Rob.

Terry lo ignoró.

—Es ahora o nunca, Kris —insistió.

Rob se dejó caer en una silla y se dio una palmada en los muslos.

—Bueno, venga —dijo—. Subo y veo la apuesta. Si de verdad estás dispuesta, vamos a oír lo que tienes. Enséñanos lo que nos has traído o cierra la boca.

Se había quedado sin excusas, Kris debía tocar. Se puso en pie, asió uno de los pesados taburetes del bar por el asiento y lo arrastró hasta el escenario donde la pequeña Hummingbird brillaba con tonos dorados sobre su soporte. Detestaba las guitarras acústicas, le recordaban al señor McNutt, el primer profesor que había tenido en Gurner.

No obstante, en ese momento la levantó, sorprendida por lo poco que pesaba, y se sentó en el taburete. Terry le lanzó a Rob una mirada y los dos hombres se dispusieron a observarla, ambos ocultando lo aterrados, entusiasmados y necesitados que estaban. Y no solo Terry. Rob también lo deseaba con todas sus fuerzas. No la creía, pero ansiaba tanto lo que estaba a punto de tocar que su hambre descarnada superó sus dudas y cargó el aire de electricidad estática.

Kris rasgueó un acorde abierto y Terry prácticamente saltó de la silla, pero se reacomodó cuando cayó en la cuenta de que solo estaba calentando. Tras unos instantes, Kris hizo una pausa, tomó aire, cerró los ojos y rezó. Le rezó al *Troglodyte*, a las casualidades, a la magia vikinga, a nada y a todo lo que se opusiera a la Montaña del Hierro Negro. Rezó por un arranque de inspiración. Dejó la mente en blanco y esperó a que le dijeran qué hacer.

—En serio, deberíamos ponernos en... —comenzó Rob.

—¡Shhh! —Terry le dio un manotazo.

Kris se quedó inmóvil, con la guitarra equilibrada sobre el muslo, y no hizo nada. Terry la miró y, en lugar de evitarlo, ella le devolvió la mirada, y comprendió que hasta ahí habían llegado. Ya no tenía por qué ocultarse más. Dejó que se lo viera todo en los ojos: la traición de él, el miedo con que había vivido todos esos años, el momento en que vio suicidarse a su mejor amigo, ella escondida en el armario mientras los hombres de UPS asesinaban a la familia de Scottie, los monótonos y largos meses en el Manantial del Bosque y el hambre que había pasado durante todas las semanas en la carretera. Permitió que lo viera todo. Y se negó a tocar. Al cabo de un rato, él negó con la cabeza, pareció estar a punto de decir algo, hizo una pausa, reteniendo las palabras en la boca, miró a Rob, luego a Kris y, por último, se encogió de hombros.

—Lo he intentado —dijo Terry, antes de girarse y dirigirse hacia la puerta.

—Lo sabía —dijo Rob—. Otra mentira más. Qué patética.

Kris se puso en pie.

—Yo también me voy —anunció.

Terry se detuvo con una mano en el pomo de la puerta.

—Lo siento, Kris —dijo sin volverse.

—¿Me la estás jugando? —preguntó Kris—. ¿Otra vez?

Terry se giró hacia ella.

—Siempre he intentado protegerte de ti misma —contestó, y se puso las gafas de sol. Kris lo odió por haber cuadrado el movimiento a la perfección—. Pero tus decisiones tienen consecuencias.

Luego salió hacia el brillante pasillo del *backstage* y dejó a Kris a solas con la Montaña del Hierro Negro.

(LAS VEGAS, NEVADA) —Arden fuegos, la gente está dejando sus puestos de trabajo y la policía afirma que la situación es «extremadamente crítica» en el Hellstock 2019, el festival de música que se está celebrando a una hora hacia el norte de Las Vegas. Encabezado por Terry Hunt, voz principal del supergrupo de *heavy metal* Koffin, el Hellstock ha atraído casi a medio millón de personas a esta tranquila comunidad del desierto. La policía estatal de Nevada se encuentra en la zona, pero se ha visto desesperadamente superada en número por los asistentes al festival, una situación que se ha complicado todavía más después de que casi dos mil vigilantes de seguridad voluntarios abandonaran su trabajo el viernes por la noche. Saqueos, falta de agua y un respeto nulo por las barreras de control de multitudes han generado una situación que solo podríamos describir como volátil…

—WABC Emisora de noticias
7 de septiembre de 2019

Devil is Fine[1]

El momento perdió seriedad un instante más tarde, cuando una asistenta con un polo verde y una bata entró con un cubo de suministros en una mano. Se paró en seco en cuanto vio a Kris y Rob.

—Ay, perdón —dijo—. Ya vuelvo luego.

—No, no —contestó Rob, invitándola a entrar—. Haz lo que tengas que hacer.

Cerró la puerta tras de sí y la Sporting House volvió a sumirse en la fría penumbra de antes. Lo único que rompía el silencio era el delicado tintineo de los cristales rotos que la asistenta estaba barriendo detrás de la barra.

—¿Sabes una cosa curiosa? —preguntó Rob—. Esperábamos que tú fueras la primera que acudiera a nosotros.

Todos y cada uno de los tendones del cuerpo de Kris estaban tensados hasta su límite, los músculos le temblaban, el hombro le dolía y notaba la boca seca. Era una bala disparada de un arma, preparada para atravesar el rostro impoluto de Rob, harta de que jugaran con ella.

—¿Quién cojones eres? —le espetó.

La asistenta dejó de barrer un instante y levantó la cabeza. Rob se encogió de hombros y esbozó una sonrisa tontorrona. «Mujeres», fue lo que dijo su expresión. La asistenta siguió barriendo. Rob se apostó al borde de uno de los taburetes del bar, como si posara para una foto.

—¿Quién quieres que sea, Kris? —le preguntó—. ¿Preferirías que me llamara Lou Cifer? ¿Don Belce Bú? ¿Has visto esa película en la que el vampiro se llama Dr. Ácula? Brillante.

—No estoy de coña —dijo Kris.

—Soy la misma persona que conociste hace tantos años —contestó Rob—. El que siempre ha querido lo mejor para ti. El que pagó el *Troglodyte* de su bolsillo porque creía en vuestro sonido. El que redactó un contrato bastante bueno para los cinco. El contrato que, y me sabe mal tener que recordártelo, tú misma echaste a perder cuando te dio por conducir un vehículo bajo los efectos del alcohol.

—¡Esto no es culpa mía! —gritó Kris.

La asistenta volvió a pararse, Rob le sonrió y ella continuó barriendo.

—Baja el volumen, ¿quieres? —dijo Rob—. Mira, no quiero empeorar más la situación, pero estás donde estás por culpa de una única persona: Kris Pulaski.

—Estamos donde estamos porque les vendiste nuestras almas a esas putas cosas, sean lo que sean.

Rob se rio y sacudió la cabeza.

—¿Verdad? —dijo—. ¿Qué serán? ¿Qué es la Montaña del Hierro Negro? Seguro que piensas que si alguien lo supiera esa persona sería yo, pero ahí me has pillado. No tengo ni idea. Ni siquiera puedo describírtelas. Con los años, las he visto de soslayo por aquí y por allá, pero siempre he procurado no estar cerca cuando emergen arrastrándose desde sus rincones. —Fingió un escalofrío caricaturesco—. Ni siquiera me gusta pensar en ellas.

—Pues ayúdame —dijo Kris.

—No he hecho otra cosa —contestó Rob—. Pero, ahora mismo, tenemos otras prioridades. Ahora mismo, todo depende de Terry.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Kris.

—Lo que quiera él es lo de menos —respondió Rob—. Lo importante es qué quieren ellos. ¿Y sabes qué es lo más gracioso? Que no sabemos lo que quieren. Pero algo anhelan. El único idioma que tenemos en común es el del comercio, el intercambio, el truque. Ni siquiera entendemos su lenguaje corporal. Siempre he querido enviarles a un lingüista, grabar los ruidos que emiten, ver si se pueden analizar. Se lo encargué a uno de mis viejos profesores de Reed hará unos nueve años. Aún me siento culpable por lo que les ocurrió a él y a su familia. Pero aquí no hay errores, solo lecciones. Siempre adelante.

—Nos vendiste a esas cosas.

—Y, sin embargo, tú eres la única que se queja —dijo Rob—. Que sí, a veces le exigimos un pelín demasiado a personas como Scottie, y a veces no soportan la responsabilidad y se les va un poco de las manos. Pero, por lo general, todo el mundo ve la televisión, discute sobre política, tuitea sobre sus luchadores favoritos, vive el fútbol, ve películas de superhéroes, come en el Chipotle y disfruta del gran sabor de una cerveza ligera. De vez en cuando, el agujero que tienen dentro se ensancha demasiado y aparece una novia muerta, o alguien se presenta un día en el trabajo con un arma, pero es un pequeño precio a pagar por tener un mundo limpio y ordenado.

—Hasta ahora —dijo Kris—. Voy a ponerle fin.

—¿Cómo? —preguntó Rob—. Lo único que vas a conseguir es volver a casa de Bill. Te someterán a un sencillo procedimiento quirúrgico y entonces no recordarás nada de lo ocurrido. Te recetarán paroxetina y en un abrir y cerrar de ojos estarás otra vez en el Best Western, y esto no habrá sido más que un sueño borroso. Es lo menos que puedo hacer, por los viejos tiempos. Aunque, oye, si prefieres puedes optar por lo del suicidio de estrella del rock en un hotel de mala muerte. Te hemos guardado la habitación.

Kris buscó ayuda en la asistenta, quiso saber si la oía, pero la mujer estaba atando la bolsa de plástico negro llena de cristales rotos

y arrastrándola hacia la trastienda.

—Un cadáver más en la ruta hacia el éxito de Terry —dijo Kris tratando de sonar cínica, pero solo consiguió aparentar miedo.

—Eres una ignorante —replicó Rob—. Terry está tratando de salvar el mundo.

La mera idea se le antojó tan ridícula que Kris rio a carcajada limpia. No pudo evitarlo.

—Ya sé que para ti todo es un gran chiste —dijo Rob—. Pero la Montaña del Hierro Negro se está metastatizando. Crece más rápido con cada año que pasa. Siempre desea más almas. Su codicia no conoce límites. Por eso Terry hizo un trato. Le ofreció a la Montaña del Hierro Negro algo nuevo. Llevan todo el fin de semana apuntando gente, ofreciéndoles planes de datos ilimitados, peticiones por los derechos de los homosexuales y contra el *fracking*, registrándolos para votar. Y esta noche, los Especiales saldrán arrastrándose desde sus rincones y se darán un festín con casi medio millón de almas.

Kris se imaginó la luna del desierto asomando entre jirones de nube, y en la noche vio críos cayendo inconscientes, perdiendo el conocimiento en la arena, metiéndose en sus tiendas y tumbándose en los sacos de dormir. Y luego los fríos rostros blanquecinos llegarían arrastrándose desde la oscuridad, cientos de ellos, miles, cientos de miles, reptando desde el agujero que había en el centro del mundo, abriéndose paso entre cuerpos cálidos, convirtiendo las bocas abiertas en cuencos, arrebatándoles a lengüetazos la mejor parte de su ser.

Se preguntó si Melanie estaría por allí.

—Intenté advertir a Terry —continuó Rob—. Cuando esto termine, seguirán igual de hambrientos que antes. Pero Terry no escucha. Está convencido de que esta vez puede aplacarlos. Cree de verdad que no lo están engañando. Su ambición le nubla el juicio, pero nunca es suficiente. Ni para él ni para la Montaña del Hierro Negro. Pienso que hoy será un punto de inflexión. Después de esto, engullirán el mundo entero.

Los únicos sonidos que rompían el silencio eran el zumbido de los motores de la nevera y el de las luces de neón, y el pss-pss del desinfectante que estaba rociando la asistenta sobre la barra.

Kris pensó en la cría que le había estrechado la mano en la gasolinera y le había dicho: «Me llamo Melanie Gutiérrez. Voy camino de Las Vegas». La oyó cantando con Dolly. Pensó en ella en mitad del desierto, sin más compañía que la de aquellos hombres sin alma, en los Especiales reptando entre la multitud; pensó en Melanie inconsciente sobre la arena, con la espuma negra brotándole de la boca.

El corazón le dio un vuelco sutil, lento. La sangre le abandonó la cabeza, notaba las piernas como dos cañas vacías, y tenía la voz frágil

y distante cuando dijo:

—No tienes por qué hacer esto. No tienes por qué obedecerlos.

Rob parpadeó y, por un momento, su rostro mostró su edad real. Le dirigió a Kris una sonrisa triste.

—Hará unos treinta años, estaba en un grupo —dijo con voz queda, sincera—. Pensaba que íbamos a cambiar el mundo. Pero, una mañana, mi padre me llevó a la playa y me hizo ver con otros ojos mi vida. Me contó la fábula del gorrión y la montaña. ¿La conoces?

—Hostia, mira que os gusta escucharos —contestó Kris.

—Lo único que quiero es que sepas que no soy un monstruo. Verás, la Montaña del Hierro Negro es, vaya, una montaña. Y tú eres un gorrión. La cuestión es que quieres destruirla, y la sobrevuelas y agarras una piedrecita con las garras y estás cabreadísima y arrrrgh, arrrgh, arrgh, y te la llevas lejos y la lanzas al océano. Te lleva todo el día. Luego vuelas de vuelta a la montaña y te llevas otra piedrecita. Arrrrgh, arrrgh, arrgh. ¿Ves por dónde voy?

—Sí. El gorrión se carga la montaña —contestó Kris.

—No. —Rob negó con la cabeza, atónito—. La montaña es descomunal y el gorrión solo puede llevar las piedras de una en una, y además tiene que volar hasta el océano, que está a horas de allí. Cientos de gorriones morirán y la montaña no cambiará. Para lo que nos ocupa, la montaña es eterna. Es una historia muy deprimente. Aquella mañana, mi padre me preguntó: ¿quieres ser el gorrión o la montaña? ¿Quieres morir en un abrir y cerrar de ojos sin que nadie lo sepa, o formar parte de algo mayor que tú que vivirá para siempre?

—Conseguiré reunir un millón de gorriones —dijo Kris, pero le pareció una amenaza vacía incluso a ella—. Nos llevamos un millón de piedras a la vez. Tu puta montaña está acabada.

Rob sacudió la cabeza y se levantó del taburete, y si se hubiera marchado en ese momento, Kris no habría tenido escapatoria. Rob podría haberse limitado a marcharse del bar y haber dejado a Kris en manos de la Montaña del Hierro Negro, y entonces nada de lo que ocurriese aquella noche habría tenido por qué ocurrir. Pero Rob era un hombre, y los hombres no sabían cuándo callarse.

—Ser como tú debe de ser muy agradable —respondió Rob—. Todo debe de parecer tan sencillo...

Esbozó entonces una de sus sonrisas condescendientes, la misma que le había dirigido aquella noche mientras les explicaba el contrato con la Montaña del Hierro Negro en la Casa de la Bruja. La misma que le había lanzado cuando se presentó en el hospital mientras Tuck y Bill seguían en urgencias. La misma que había esbozado desde el otro lado de la mesilla auxiliar mientras ella cogía el bolígrafo para firmar el contrato, fingiendo que leía unas cláusulas que no entendía en un intento desesperado por posponer lo inevitable. La misma sonrisa que

le habían dirigido los hombres durante toda su vida.

Todos los promotores que la habían engañado en la puerta porque ella «no entendía cómo funcionaban las salas». Todos los técnicos que le habían explicado donde tenía que ir el monitor, cómo debía afinar la guitarra y qué canciones debía tocar.

Todos los que le habían dicho que se relajara, que le habían dicho que no, que se esperara, que fuera buena, que se portara bien, que hiciera lo que le decían, que firmara un contrato, que tocara este tipo de música… Todos le habían dirigido la misma sonrisa condescendiente mientras le explicaban cosas y allí la tenía de nuevo, en la última noche de su vida, justo en el rostro de Rob Anthony.

Kris no pudo contenerse y le dio un puñetazo con todas sus fuerzas.

El puño le acertó en la barbilla y le dolió como un demonio, pero a Kris no podía importarle menos, porque le complació enormemente ver el desconcierto en la cara de Rob mientras se tambaleaba hacia atrás, las piernas le cedían y se desplomaba como un saco de cemento antes de golpearse la cabeza contra el borde de una de las mesas. Que se quedara inmóvil en el suelo.

La asistenta se la quedó mirando fijamente, paralizada, con un trapo en una mano y el espray en la otra.

—¿Te importa que nos cambiemos la ropa? —le preguntó Kris, quitándose la camiseta—. No se lo contaré a nadie.

La asistenta apenas dudó un instante.

—No me pagan lo suficiente como para aguantar esto —dijo—. Prefiero estar en casa con mis niños.

Cinco minutos más tarde, Kris pasó por delante de los dos gorilas que vigilaban la puerta de la Sporting House, bajó repiqueteando por los escalones de metal y se fundió entre la multitud. No le dijeron nada. Al fin y al cabo, ¿quién se fijaba en las chachas?

DONALD PUPINO: Sería complicado describir el caos que se está viviendo. Justo después de las nueve de la noche, se ha producido el primer fuego entre el Pepsi Peave y la Love Arena durante una actuación del grupo Woods of Ypres. Se ha extinguido poco después, pero no ha podido evitarse que treinta asistentes al festival sufran lesiones debido a la estampida. Durante las dos horas siguientes, los asistentes han saqueado paradas de *merchandising* y han encendido múltiples fuegos a lo largo de la zona de acampada. La policía estatal de Nevada dispone de muy pocos efectivos, y estamos siendo testigos de una verdadera anarquía. Las autoridades nos han comunicado que nos retiremos hasta la autopista por nuestra propia seguridad.

—89.9, KNPR, «Noticias de impacto de Nevada»
7 de septiembre de 2019

You Can't Stop Rock 'n' Roll[1]

El gentío intentaba matar a Melanie. Durante el día, la enorme masa de personas había disfrutado del calor, lenta y aletargada como una serpiente. Sin embargo, en cuanto había caído el sol y una luna llena amarilla había ocupado el cielo, la multitud se había convertido en una vorágine destructiva y aplastante de cuerpos que amenazaba con engullir a Melanie.

Hunter, Jones, Chisolm, Spencer y Slowen formaron una barrera protectora a su alrededor mientras se abrían paso entre la densa y asfixiante multitud de personas atascadas e inmóviles frente al escenario Bud Light, 440 000 en total, un animal grande y torpe cuyo oleaje atrapaba a Melanie en la resaca y la aplastaban bajo las olas. Con todo, los chicos repelían a los intrusos, hacían retroceder a los idiotas que perdían la cabeza y la levantaban del suelo cuando se caía.

Cuando los de Cannibal Corpse tomaron el escenario, comenzaron a circular latas de Budweiser, botellas de Pacífico, porros encendidos y algún que otro comestible. Melanie intentó no propasarse con nada, hasta que Slowen le pasó un porro y, por encima de los sonidos guturales que emitía George Fisher mientras se destrozaba las cuerdas vocales, gritó:

—¿Para qué te estás reservando? ¿Para el matrimonio?

Melanie cayó en la cuenta de que tenía razón. Estaba en el Hellstock 2019. ¿Cuándo podría desmelenarse más que allí? Por eso, cuando Cannibal Corpse y Kamelot dieron paso a Pig Destroyer y Abbath, el ambiente se enturbió.

Para cuando Slipknot terminó su actuación, Melanie era capaz de sentir el ritmo que ascendía de la tierra y le llegaba a los pies. Cerró los ojos cuando la muchedumbre se agolpó contra ella y chocó contra las espaldas de Chisolm y Spencer, emocionados a tope con Slayer y Jones recitando datos sobre el día que echaron a Terry Hunt de una gira de Slayer porque molaba demasiado. Melanie se imaginó que el ritmo que sentía en los pies eran puños enterrados bajo tierra, cadáveres que aporreaban las tapas de sus ataúdes.

Notó un arañazo brusco e invasivo, y se dio cuenta de que alguien le había metido los dedos por debajo de los *shorts*. Tardó unos instantes en procesarlo con la confusión de la droga, pero al volverse se encontró con Slowen sonriéndole. Sacó los dedos y se los olisqueó. Melanie intentó decírselo a Hunter, pero Slowen la empujó a un lado con rapidez, agarró a Hunter por los hombros y le susurró algo al oído. Melanie le tocó el otro hombro, manteniendo la distancia con la mano de Slowen, pero Hunter la ignoró, se dio media vuelta y gritó:

—¡Toca moverse!

La barrera de hombres se abalanzó hacia el muro de espaldas con Melanie en el centro, incapaz de huir de aquella formación en cuña. Vio mujeres en bikini pasar de mano en mano a través de la turba, lanzadas a sesenta centímetros, un metro y medio y tres metros de altura por encima de la muchedumbre, para luego hundirse en el mar de manos y emerger de nuevo sin los *tops* y los pechos batiendo al aire. Los chicos siguieron avanzando, recibiendo hombros y codos en los pechos y rostros, adentrándose cada vez más en la sofocante mole mientras Slayer salía al escenario.

Melanie no podía respirar. Una mujer le pasó por encima de la cabeza y ella levantó los brazos para ayudarla mientras veía en todas direcciones las fuertes manos masculinas que se le introducían en los *shorts* y la camiseta y le tiraban del pelo. Luego la chica desapareció, absorbida por la turba, y los chicos dejaron de moverse. Melanie era demasiado baja como para ver el escenario. Apenas tenía unos pocos centímetros de arena donde subirse. A su lado se alzaban los puntales de metal de la torre de sonido donde el ingeniero estaba sentado a seis metros de altura. Echó un vistazo por encima del hombro y vio un sólido muro de rostros amontonándose tras ella. Cuerpos que empujaban por todos lados. No había forma de escapar. Slayer comenzó a tocar «Altar of Sacrifice».

– – –

Kris lo sintió en cuanto se mezcló con la multitud que discurría por los pasillos del *backstage*. Un peso denso y sofocante en el aire. Los aires acondicionados se habían averiado y ahora no soplaban más que arenilla ardiente del desierto. Los técnicos corrían de un lado para otro con los rostros protegidos por máscaras con filtro. El aire caliente estaba cargado con el olor a marihuana y plástico quemado.

Slayer resonaba por los monitores del *backstage* y ocupaba el espacio que había sobre las tiendas a medida que avanzaban por su repertorio, y la afluencia de personas en los pasillos aumentó mientras se preparaban para la actuación principal.

Kris salió al patio que formaba el círculo de autocaravanas de maquillaje aparcadas en torno a un enorme cuadrado de césped artificial, de un verde brillante. Habían repartido por allí mesas con sombrillas, atestadas de esposas, novias, agentes y visitantes de otras bandas. También había máquinas de *pinball* de Koffin en uno de los extremos. Los camareros tomaban nota de cafés y cócteles, que luego servían desde una barra al aire libre. La novia de alguien bailaba en toples sobre una de las mesas, pero los demás la ignoraban porque no había nada menos molón que prestarles atención a las grupis de otros grupos. Kris subió las escaleras de la autocaravana más cercana,

empujó la frágil puerta y entró en un espacio limpio y bien iluminado.

Era una cáscara de plástico blanco que olía a desinfectante. El tocador ocupaba uno de los laterales, junto con un espejo horizontal atornillado a la pared, y en la pared opuesta había un perchero con ruedas hasta los topes de ropa. Sobre el perchero descansaban una serie de cabezas de espuma con distintas pelucas: rizada, rubia, larga y morena. Habían colgado en una de las esquinas un televisor de pantalla plana donde se recibía la señal en directo del escenario.

El monitor se apagó y apareció una cuenta atrás en la esquina superior derecha, en la que se mostraban los minutos y segundos que faltaban para que Koffin saliera al escenario. Kris revisó la ropa del perchero y encontró un par de tejanos negros más o menos de su talla, se quitó el uniforme de asistenta y se los puso. Luego cogió una camiseta blanca de tirantes y se la pasó por la cabeza. Se echó un vistazo en el espejo. Estaba hecha una mierda. Tenía el pelo manchado e irregular, y la cara amarillenta y tensa por el agotamiento.

Se limpió un poco con unas toallitas y encontró un pintalabios y un lápiz de ojos entre los residuos del tocador. Aprovechó el pintalabios a modo de colorete y evaluó los resultados; no eran fantásticos, pero le valdrían para salir al escenario.

En el monitor, Terry salió a escena y el tráiler se sacudió con el estruendo de medio millón de gargantas. Agarró una cazadora amarilla y se la puso encima de la camiseta.

A sus espaldas, se abrió la puerta. Se dio media vuelta y se encontró pecho a vientre con Tuck.

—¿Qué coño…? —exclamó.

—Cierra la puerta —dijo Kris, esquivándolo por debajo del brazo y cerrándola detrás de él.

Él dio un paso automático hacia delante para que no le pillara la puerta.

—¿Qué cojones, Kris? —preguntó de nuevo.

Ella se alejó de él, por si acaso.

—¿Qué haces aquí? —dijo ella.

—Me han invitado —contestó—. Y sé que a ti no.

—Te han puesto maquillaje escénico.

Le habían igualado el tono de piel y aplicado base y lápiz de ojos. No era demasiado evidente, lo justo para salir en las cámaras.

—Terry ha invitado a la vieja banda a salir con él al escenario —dijo—. O, bueno, a mí, al menos.

—¿Para el *Troglodyte*? —preguntó Kris.

—Qué va —respondió Tuck—. Para «Chinagirl». Se supone que no deberías ni haberte acercado a este sitio.

—«Chinagirl» es una basura —dijo Kris—. No me puedo creer que

vaya a tocarla.

—Creo que ese no es ahora nuestro principal problema —contestó Tuck.

—Necesito que me ayudes —dijo Kris.

—No —replicó él.

Kris alargó un brazo y le dio unos golpecitos con la uña a la tarjeta de identificación con acceso completo que llevaba colgada del cuello. Tuck no se apartó.

—Me debes una —le dijo ella.

—No —repitió—. No vas a joderle a Terry su gran momento. Que a mí tampoco es que me pirre, pero te metimos en el Manantial del Bosque porque tienes un problema.

—Es que ni siquiera estoy enfadada por lo del Manantial del Bosque —contestó Kris—. Solo quiero el pase.

—¿Para qué? —preguntó Kris.

—Ya sabes lo que quiero —dijo Kris—. Solo una vez. Necesito llevarlo de vuelta a casa.

—No me puedo creer que me estés pidiendo esto —dijo Tuck.

—Sabes que hay algo que no cuadra. Dime que hay algo ahí fuera que te parezca normal.

—Ahí estoy contigo —respondió Tuck—. Este concierto es peligroso y los críos se van a hacer daño. El aire huele a maldad, noto malas vibraciones por todas partes, la gente se gruñe como si estuviera de resaca y nadie hace nada por evitarlo.

—Porque eso es lo que Terry quiere. Y yo quiero ayudar. Te lo prometo.

—Ya estás otra vez con Terry. Qué obsesión.

—¿A ti te parece normal?

—Claro que no—dijo Tuck—. Está como teniendo un viaje satánico. Si te soy sincero, me da vergüenza salir al escenario con un tío que se ha creído hasta este punto su propia expectación.

—Pues ayúdame —insistió Kris—. Te merezca la opinión que te merezca, u opines lo que opines de mí, no debería haber enterrado ese disco. Era mi vida. Solo quiero ponerle fin.

Tuck la miró de verdad por primera vez en años, y Kris le devolvió la mirada.

—¿Y entonces se habrá terminado? —le preguntó Tuck—. ¿Acabarás con todo esto? ¿Volverás a casa?

—«Behind the bars, there's a superstar, who never had a chance»[2] —recitó Kris, rebuscando en la memoria.

Tuck torció el gesto en una expresión confusa mientras trataba de ubicar la letra, y entonces la primera sonrisa que Kris le había visto esbozar jamás se le dibujó en los labios cuando reconoció la canción «Dead End Justice». La atmósfera del tráiler cambió, y los dos volvían

a estar en Dürt Würk.

—El problema —comenzó Tuck, sentándose en una de las sillas plegables, negando con la cabeza— es que en este pase aparece la foto de un negro fortachón y apuesto. Y no se parece a ti.

—Vale. ¿Cuál es el plan?

—«You grab the guard, in the prison yard —citó Tuck—. Get his keys and gun. We'll run».[3]

– – –

Terry ofreció un concierto tremendo en que repasó toda su discografía, empezando por *9 Circles* y siguiendo con *Insect Narthex*, *Necrosex* y, por último, *Witch Slave*. El público rugió cuando aparecieron en escena sus señas de identidad en momentos señalados: la langosta de nueve metros, la larva inflable de doce metros con sus doce titiriteros, el Esclavo de la bruja de seis metros operado por portaféretros vestidos de negro.

La muchedumbre se apiñaba y se empujaba, y Melanie se agarraba a la torre de sonido para que no la engulleran. En un momento dado, los agudos gritos de una mujer atravesaron el aire sobre la turba y la electrizaron, porque estaban en el registro del miedo más cerval, y luego se acallaron. Le tiró a Hunter del brazo, pero estaba cantando «Hellmouth» a coro.

La iluminación de Koffin era mejor que la del resto de las bandas; se utilizaban más las pantallas y el sonido era más nítido. Y, sin embargo, Melanie estaba desanimada por lo vacía que sentía la música. «Stand Strong» sonaba comercial y trillada, y «Burn You Down» era como si Greg le estuviera gritando.

Hunter intentó que cantara con ellos «InFANticide», y la estuvo mascullando hasta el final, pero no conectaba igual con ella como cuando estaba en el hospital, esperando a recibir noticias sobre su padre. Lo que antes le había parecido profundo, íntimo y valioso, ahora se le antojaba feo, pedante y barato.

Cuando comenzó *Witch Slave*, vitoreó junto con los demás, pero se sentía sola, apartada del público. Los chicos se apiñaron a su alrededor y la aplastaron, pero esta vez no se retiraron. La presión le comprimía los pulmones.

—No puedo respirar —croó ella.

Notaba manos en su cuerpo, en el culo, subiéndole por los *shorts*, en los pechos, el vientre y los costados. Intentó apartarlas, pero tenía los brazos atrapados. Unas manos le apretaron los pechos hasta hacerle daño.

—Hunter —gritó, pero su voz se perdió entre la turba—. ¡Hunter!

Fue entonces cuando descubrió que las manos que tenía en los pechos eran las de él. Los verdaderos rostros de los hombres la

rodearon, enseñando los dientes, sonriendo, con ojos abiertos y lascivos. Sus alientos cálidos robaron todo el oxígeno del aire mientras la voz de Terry ahogaba todo lo demás. Comenzó a gritar a medida que la empujaban y oprimían y empotraban contra los puntales metálicos de la torre de sonido, cada vez más y más fuerte hasta que las costillas se le doblaron y luego se le empezaron a fracturar, lastimándole los pulmones.

—Ayuda —dijo, pero su voz le llegó débil y patética a los oídos, perdida en el sonido de «Die for Me»[4].

Spencer la agarró del pelo y le golpeó la nuca contra la torre de sonido, y de repente Melanie no vio más que negrura y unos puntos titilantes de luz blanca. Se aferró a la torre como pudo, pero las manos le retorcían los dedos y la alejaban de allí. Y los hombres se apretaban, le pisoteaban los pies, la estrujaban, la empujaban hacia abajo y ella sabía que no volvería a levantarse. Unas manos le encontraron el cuello y la estrangularon. Y Hunter se le acercó al oído y le siseó lo último que le oiría decir:

—Muérete, puta.

– – –

Se oyó un golpe urgente en la puerta de la autocaravana.

—Media hora —exclamó una voz femenina, y Kris y Tuck se miraron mutuamente.

—¿Me vas a dar la identificación o voy a tener que luchar por ella? —le preguntó Kris.

—No seas idiota —contestó Tuck, poniéndose de pie—. Cógeme del brazo.

Lo que el guardia de seguridad vio cuando salieron de la zona de descanso fue a Tuck, el gigante que le habían dicho que saldría a tocar, con grupi rubia, risueña y borracha agarrada a él.

—Lo siento, señor —le dijo el chaval de seguridad—. Si no tiene pase, no puede entrar en el *backstage*.

El chaval era uno de los últimos voluntarios a los que habían convocado para ocupar las vacantes. Nadie esperaba problemas en el *backstage*. Las personas con experiencia estaban fuera, enfrentándose a la turba.

—¿Tienes algún problema con que un hombre negro salga con una mujer blanca? —preguntó Tuck, y el chaval les hizo un gesto rápido para que pasaran, lo último que quería era que lo despidieran por racista.

Kris y Tuck siguieron los cables escaleras arriba y hasta la parte trasera del escenario, y el ruido de la muchedumbre los azotó como un puñetazo en la cara. De hecho, Kris incluso retrocedió medio paso. Los dos dejaron atrás estuches rígidos y con ruedas, esquivaron utileros

que cargaban con bovinas de cable, pasaron por delante de guardias de seguridad y técnicos de iluminación que buscaban un gobo desaparecido. Koffin sonaba de pena porque todos los altavoces estaban ubicados en la parte delantera, enfocados hacia el público. Allí atrás, la música resonaba como una radio barata a demasiado volumen y que oías a tres manzanas de distancia.

Por fin encontraron un lugar desde el que observar a escondidas en el puesto de las guitarras. Tres hileras de instrumentos descansaban en soportes inclinados mientras dos técnicos corpulentos con melena se movían entre ellos, girando y toqueteando las guitarras a la luz de sus minúsculas linternas, pescándolas y entregándoselas a los asistentes.

Kris vio a Terry en el monitor y sintió que se encontraba justo donde el *Troglodyte* quería que estuviera. Estaba en el lugar adecuado, no le quedaba más que esperar al momento idóneo. Su vida era una bala que se dirigía ya hacia su objetivo.

Terry terminó «Die for Me» y la multitud estalló en vítores. Por la megafonía, Terry anunció:

—Ahora voy a tocar una canción que se llama «Chinagirl». Hace muchos años que no la toco, pero habla de todo lo que necesitáis saber sobre el grupo en el que estuve hace mucho tiempo, Dürt Würk. Un grupo del que hemos oído hablar mucho últimamente.

Aquel era su pie.

Siempre había detestado «Chinagirl». Una canción no puede ser el anuncio de un disco. No es una herramienta construida para darte visibilidad o reforzar tu marca. Una canción es una bala que puede disolver tus cadenas. «Chinagirl» jamás sería esa canción.

Fue una bala lo que se llevó a Scottie Rocket. Una bala mató a su familia. Y una bala era en lo que se había convertido Kris.

Una vida, una bala.

Kris se apartó de Tuck y alargó el brazo para cogerle la manaza, se la levantó, se la acercó a la cara y le dio un beso en la palma, cerrando los ojos e inhalando el olor de su piel. Conocía esa mano desde hacía mucho tiempo, desde el principio. Y sería la última persona que vería antes de poner fin a lo que había empezado tantos años atrás, en 1987.

Kris tiró al suelo la cazadora y se asomó por encima del hombro del técnico de las guitarras cuya barba era claramente demasiado grande para su cabeza.

—Oye —dijo, señalando una Strato, mientras la voz áspera de Terry seguía desvariando—. ¿Qué afinación tiene?

—¿Eh? —susurró el técnico, dándole una ojeada rápida. Concluyó en que probablemente fuera la novia del hombretón, y volvió a girarse hacia el escenario—. La estándar.

—Me parece bien —contestó Kris.

Sin darse tiempo para pensar, Kris Pulaski levantó el instrumento, salió de la penumbra y se puso debajo de las luces del escenario frente a 440 000 personas, colgándose la Strato mientras andaba. Con la guitarra rebotándole en la cadera, pasó por encima de los cables, dejó atrás el equipo y se dirigió hacia la parte delantera del escenario, hacia el espacio de Terry, hacia el foco y la fuerza e intensidad concentrada de 880 000 globos oculares y las impertérritas cámaras de sus móviles.

No estaba preocupada, no sonreía y no se sentía fuera de lugar.

Una mujer con una guitarra no tiene que disculparse por nada.

JASMIN AHMED: …más de cuarenta millones de dólares en daños, y estamos hablando de un cálculo estimado que no para de aumentar. 1566 personas han recibido atención médica urgente, se han denunciado incontables agresiones sexuales, nuestros colegas de la emisora KNPR siguen desaparecidos y la policía ha estado haciendo detenciones hasta las primeras horas de la mañana…

—BBC World Service, «Últimas noticias»
8 de septiembre de 2019

Troglodyte[1]

El clamor de la audiencia era una fuerza física arrolladora, un océano negro que le azotaba el pecho. Y el ruido no cesaba en ningún momento. Cuando la muchedumbre vio a Kris antes que Terry, cuando se percataron de que estaba justo detrás de él, el ruido cambió, se moduló, y se acrecentó hasta unos niveles insospechados. Terry se volvió, y dispuso de tres segundos antes de que los brazos de las cámaras se les acercaran, en los que aprovechó para decir: —No es posible que estés aquí.

Luego ella lo rodeó y agarró el palo del micrófono. Él hizo ademán de impedirle el paso, antes de caer en la cuenta de lo que aparentaría a través de las cámaras, de modo que dejó caer los brazos, y Kris cogió el micrófono y, mirando a aquel pulsante océano negro, a la audiencia más grande que había visto en su vida, dijo: —Me llamo Kris Pulaski y soy la guitarrista de Dürt Würk. —Oyó su voz retumbar por el desierto mediante un sistema de 30 000 altavoces—. El Rey Ciego me ha pedido que me uniera a él en el escenario para tocar un disco que no creo que hayan oído muchos de los aquí presentes. Se ha ganado una cierta reputación con el paso de los años. Lo escribimos allá por 1998, cuando aún estábamos todos juntos en Dürt Würk. Se llama *Troglodyte*.

Terry mostraba dos expresiones en el rostro al mismo tiempo. Una era una débil sonrisa para las cámaras que proyectaban su imagen en una pantalla de treinta metros de altura y enviaban su rostro a todos los rincones del planeta, dejando constancia de aquel momento para la posteridad. La otra expresión era solo para Kris: una mezcla de odio e incredulidad. Pero Terry era, sobre todo, un profesional, y apenas le costó arrancar el micrófono de la mano a Kris.

—¿Estás segura de que tienes lo que hay que tener? —le preguntó—. Pensaba que no tendrías los ovarios de subirte al escenario conmigo.

Kris no respondió. No tenía el mismo don de palabra que Terry. Solo disponía de una cosa, y rogó por no cagarla. No en el momento en que al fin serviría de algo.

Encorvó la cabeza sobre la guitarra y, sin afinarla ni hacer ningún tipo de calentamiento, con la esperanza de que los técnicos hubiera hecho su trabajo y sin darle a Terry la oportunidad de lanzarle otro comentario que minimizara el momento, sin vacilar, sin cuenta atrás, se lanzó a tocar los primeros acordes de «Beneath the Wheel».

Terry había fusilado el *riff* y lo había bastardeado en *Insect Narthex*, así que en un primer momento la audiencia pensó que Kris

estaba reciclando algo que ya habían oído. Poco después, los pocos que habían escuchado *Troglodyte* en grabaciones piratas se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo y comenzaron a vitorearla. Se fue extendiendo hacia la siguiente fila de personas, y hacia la inmediatamente posterior, y hasta las personas que no sabían por qué estaban gritando todavía más atrás, y las personas que tenían detrás, extendiéndose por la multitud como un incendio. Una tormenta de aire sopló entre las cuerdas vocales, un huracán, un océano, un vasto mar negro de sonido. Y sobre la superficie, las luces titilaron a medida que se apagaban las cámaras, destellos sobre un océano inmenso y oscuro.

– – –

La repentina disrupción paró a los chicos en seco, que le dieron la espalda a Melanie para mirar hacia el escenario. A través de las heridas e hinchazón del rostro, Melanie distinguió los labios de Hunter moviéndose para articular: —¿Qué coño?

Melanie se incorporó hasta ponerse en pie y una mano le golpeó la cara. Se estremeció, pero entonces se dio cuenta de que no pertenecía a ninguno de los hombres. Alzó la vista. Sobre ella, colgada sobre los puntales de acero de la torre de sonido, una mujer rechoncha con tirantes y una pajarita diminuta se inclinaba hacia ella, con una mano extendida hacia Melanie y la otra sujetada por un tipo enorme con melena que estaba tumbado en el suelo de la torre.

—Cielo, dame la mano —le dijo la mujer.

Melanie se quedó paralizada, presa del terror, pero la mujer le chasqueó los dedos delante del rostro y Melanie le cogió la mano, y la mujer la aupó fuera de la turba, hacia la torre de sonido, y los chicos no se percataron hasta que las zapatillas de ella se apoyaban ya sobre los puntales, a la altura de sus caras, y trataron de alcanzarla, pero ya era demasiado tarde, estaba volando. El tipo tiró de las dos hasta que, jadeante y sudoroso, dejó a Melanie de pie sobre la tambaleante torre, junto a la mesa de sonido.

—¡Fiu! —suspiró la mujer—. Una y no más. Y ahora, ¿se puede saber qué cojones está pasando?

El hombre de la melena que había en la mesa se esforzó por mezclar lo que les llegaba del escenario mientras Kris Pulaski tocaba la introducción de «Beneath the Wheel» una y otra vez, con Terry paralizado a su lado.

Melanie miró hacia abajo y le pareció imposible que la vorágine inquieta del público no fuera capaz de tumbar aquella raquítica torre y que no acabara engullida en aquel mar de cuerpos sin fondo. El tipo peludo hizo un movimiento violento a sus espaldas, y le oyó decir: «¡Aquí no se puede subir!», antes de que lo sustituyeran, colocándose

el pelo por encima de la oreja, y la mujer rechoncha de la pajarita asumió el control de la mesa, toqueteando controles deslizantes y botones.

—Hostia puta —exclamó la mujer, tomando conciencia de lo que estaba ocurriendo en el escenario—. Esa es Kris Pulaski.

– – –

Cuando la muchedumbre comenzó a abuchearlo, Terry comprendió que no le quedaba otra opción, porque Kris no estaba dispuesta a dejar de tocar aquel puñetero *riff* de la introducción y, si no reaccionaba, el público se volvería en su contra. De modo que agarró el micrófono y gritó: *History*

Is a boot
Smashing your face
Forever

La multitud respondió con un rugido, lo que le proporcionó la motivación que necesitaba para cantar el verso siguiente.

Eternity
In the mud
Crushed like a bug
Whatever

Born with a squeal
Die where you kneel
All that is real
Crushed!

Entonces rebuscó en lo más profundo de su ser y extrajo su gruñido del Monstruo de las Galletas, un efecto al que ya nunca recurría porque se relacionaba en exceso con el *death metal*, el *black metal* y el *doomcore*, y porque le destrozaba las cuerdas vocales. Pero aquello insufló nueva vida en el público, restallando en las descomunales torres de altavoces, azotando el mar de cuerpos como un látigo.

Beneath the Wheel

El rugido de la multitud asoló a Kris y a punto estuvo de levantarla del suelo. A pesar de los años, a pesar de que solo estuvieran Kris y Terry, seguía funcionando. Y cuando llegaron al final de la canción, el caos de gritos y rugidos se acrecentó hasta lo inhumano, y los cuerpos cargaron contra el escenario, apenas

contenidos por la seguridad. Los gritos rompieron contra Kris como un maremoto, y antes de que Terry tuviera ocasión de ponerle punto y final, Kris se lanzó a tocar el solo blusero de canción de amor de «My Master's Eye».

Vio a Terry hundir los hombros cuando comprendió las intenciones de Kris, y luego la muchedumbre comprendió también sus intenciones, e incluso los que jamás habían oído el *Troglodyte* supieron que estaban viviendo un momento único que no volvería a repetirse, y el estruendo era como meter la cabeza en el motor de un avión a reacción.

Kris esbozó una sonrisa y llevó el solo a otro nivel, a algo más bien sarcástico y burlón, incitando a Terry. Terry era, por encima de todo, una criatura que se crecía con las multitudes, y cuando ella dejó de tocar durante los tres tiempos de silencio antes del primer verso, él se desató con un falsete limpio y dulce, más propio del *doo wop* de los años 50: *Everything I do he studies*

Everything I do he knows
He watches me wherever I am
He follows me where I go

Kris miró hacia atrás, al batería mercenario que Terry habría contratado para llevar el ritmo y, milagrosamente, el chaval estaba mirándola a ella, y lo que era aún más milagroso, parecía conocer el disco, porque entró con un agradable ritmo de cuatro por cuatro con los platillos y la caja, con un *swing* romántico, en el verso siguiente.

He has one hundred hands
He has all-seeing eyes
He is all I am
Without him I die
And die
And die
And die
And die

Kris atacó el monstruoso *riff* que devoraba las últimas palabras y la canción se aceleró hasta un ritmo apabullante, y el batería y Kris la acompañaron hasta el final, no de forma impecable, y con dos cambios de ritmo terribles porque el batería aún tenía el metrónomo en el oído, pero de algún modo fueron capaces de dejar de tocar en el mismo tiempo, y dejaron que Terry interpretara el último verso a capela hacia la inquieta multitud, hacia el pálido bosque de brazos que hacían el signo de los cuernos, hacia las luces de los móviles, las cámaras, los láseres y los palos de luz.

And all that I am
And all that I was
And all that I am
And all that I see
And all that is me
And everything
Everything
Everything
Is he

Kris se inclinó hacia el micrófono de Terry y exclamó:

—Oye, el de la mesa de sonido. Quítanos el metrónomo. Estamos yendo a nuestra bola.

Se oyó otro clamo de aprobación por parte de la multitud, entusiasmada por saberse en territorios inexplorados. La mujer rechoncha de la pajarita soltó una carcajada e hizo una modificación, y ahora lo único que Kris, Terry y el batería oían era la mezcla del monitor y, por tanto, podían escucharse en condiciones los unos a los otros.

—Y otra cosa —dijo Kris, apostándolo todo a una carta—. ¿Haría el favor de salir al escenario el señor Tuck Merryweather? El auténtico bajista de Dürt Würk.

Se apartó del micrófono y Terry se volvió para detenerla, pero Kris ya había empezado a tocar el *riff* de «Eating Yourself to Live» sin descanso, una y otra vez, ganando seguridad con cada repetición. Amplificada, parecía aún más que se la hubieran plagiado a Black Sabbath, así que la manipuló, la prolongó, la despedazó y la recompuso, matando el tiempo hasta que Tuck apareciera. Justo cuando Kris estaba a punto de tirar la toalla, oyó rugir a la multitud y, al girarse, el foco móvil apuntó a Tuck, que arrastraba los pies por el escenario con el bajo ya colgado de los hombros.

Estaba demasiado lejos y el público era demasiado clamoroso como para decirle nada, de modo que Kris se limitó a tocarle el *riff* de «Eating Yourself to Live», una vez, y otra, y otra más, y él la miraba y ella asintió, y el océano negro rugió cuando Tuck le devolvió el fraseo del bajo.

Continuaron así durante un minuto, atacándose mutuamente, hasta que Kris le dio la espalda e hizo avanzar la canción. En el escenario, Terry comprendió que estaban todos atados a aquella ballena, y que la única huida posible era llegar hasta el final, así que decidió seguirles el juego.

Mientras interpretaban «Eating Yourself to Live», Kris se olvidó de la audiencia. Se centró en recordar las progresiones de acordes y los cambios de tiempo, y no cabía en sí de la emoción cuando

descubrió que no los había olvidado. Incluso en aquellos momentos en que no era capaz de preverlos, aparecían allí en cuanto los necesitaba, como cuando Tarzán atravesaba la jungla, alargaba un brazo en el aire y siempre encontraba la siguiente liana.

Melanie los observaba desde la torre de sonido que vibraba y se mecía, difusa ya la sensación del tacto de las manos de los chicos sobre su cuerpo mientras contemplaba a aquella mujer sobre el escenario, la persona con la que había escuchado a Dolly Parton, la que había considerado loca, a la que había traicionado. Bajo las luces del concierto, aquella mujer brillaba.

Los arreglos eran austeros y torpes, y el batería apenas si era capaz de seguir el tiempo, y tampoco tocó ningún *fill*. Kris sentía la falta de Scottie como un miembro fantasma, pero se esforzó al máximo. Scottie adoraba «Eating Yourself to Live», así que ella la aprovechó para rendirle homenaje, elevándose como un cohete en los fraseos, reluciendo en el cielo con notas que, si parpadeabas, te las perdías. Incluso Terry parecía haberlo sentido cuando le puso fin, ascendiendo cada vez más y más, ganando velocidad y fuerza.

Everything's a game
And everything's been tamed
And everything's the same
And everyone's to blame
And no one sees the pain
And everyone's insane
The Blind! King! Reigns!

La canción se interrumpió de repente, se desconectó, chocó contra un muro, y se produjeron unos instantes de silencio hasta que el clamor regresó, y Kris se quedó sin palabras, pues durante los dos minutos que había durado la canción, se había olvidado por completo de la existencia del público. Habían vuelto a ser solo ellos tres, más viejos pero reunidos, un grupo otra vez, rodeados de oscuridad.

Se llevó la púa a la boca y empezó a tocar con los dedos los arpegios de «Poincaré's Butterfly», rezando por que Terry se acordara de la letra. Solo hubo un ligero tartamudeo cuando Kris se saltó un cambio de acordes en la introducción, pero entonces Terry se incorporó, cantando como un chico del coro con su dulcísima voz aguda.

Down
Through the dirt
Through the floor
Through the Blue Door

Tunnels
Made of darkness
Made of whispers
Made of screams
Like a choir

On wings
Made of red
Made of yellow
Made of dust
Made of fire

It lands
On my hand
I see
This strange thing
With its wings

Kris tropezaba con las notas, se le desincronizaban la mano izquierda y la derecha y la canción se paró en seco. Cogió aire y comenzó de nuevo, notando las manos invisibles de Scottie Rocket sobre las suyas, guiándole los dedos, y el clamor renació. Allí arriba todo parecía épico, mítico, mágico, y las letras que se habían escrito en el sótano de la Casa de la Bruja brotaban de la garganta de Terry como un conjuro.

Makes me know
That it's so
Beyond the pain
And the shame
And the blood
And the screams
Past the flood
Of the fire
And the King
And his choir
Beyond the torture
And the wire
And the guts
And the gore
There's a door.

Al oír el rugido de aquel océano negro, Kris comprendió por qué aquel disco era una amenaza. Aquella era la grieta de la Montaña del

Hierro Negro. Se giró para prepararse y acometer «Down Where the Worms Squirm» y vio de soslayo a Rob en la penumbra de las bambalinas, con una mirada brillante y cargada de odio. No le prestó atención, pero cuando comenzaron con la canción siguiente, observó que varios vigilantes de seguridad vestidos de negro ocupaban los bastidores a cada lado de Rob, como cuervos.

Everything you said you wanted
Rots and falls apart
In the kingdom of the Blind King
He'll eat your bleeding heart

Kris sabía que no había escapatoria posible de aquel escenario. No para ella. Era una bala disparada desde un arma. Había quemado todos los puentes y por fin estaba sola, en mitad de una isla, rodeada por aquel mar embravecido. ¿Qué le había dicho J. D.? Los discos solo se reproducen de una forma, hacia delante.

La siguiente era «Sailing the Seas of Blood», y después le llegó el turno a «In the Hall of the Blind King», y entonces Kris interpretó el *riff* demoledor que culminaba la canción, el *riff* que los conducía al combate final, que desgarraba la noche como una explosión y los lanzaba a todos por la rampa directamente hasta el inicio de «One Life, One Bullet».

A sus espaldas se oían tambores militares, agresivos repiqueteos que se convirtieron en estallidos cuando Tuck se les unió, y Kris esperó, escuchando, sintiendo el modo en que la intro sacudía al público. Le dolía el cerebro. Poco después, se incorporó al ritmo con los demás y sintió una punzada de dolor tan intensa en el hombro derecho que creía que se le caería al suelo. Una sensación de entumecimiento le recorrió el brazo, y sabía que si bajaba el ritmo, el brazo se le paralizaría. Terry caminaba a grandes zancadas por el borde del escenario, azotando a la multitud con el estribillo, gritando:
One life
One bullet
Troglodyte
One life
One bullet
Troglodyte

El tempo se aceleró y la canción cobró potencia e intensidad, hasta convertirse en algo primario, una invocación, un exorcismo, en unas palabras que asumieron un sonido más allá del sonido, en notas que aparecían sin que ellos las tocaran. Sonaba primitiva, tribal, y Kris no pensó en lo próximo que estaba el final hasta que se lo encontró de

bruces y paró de tocar.

Mientras a Kris aún le resonaban en los oídos los ecos de la música, Terry empezó a recitar: *There is a hole*

In the center of the world

El océano negro se le unió y 440 000 personas coreaban: «There is a hole | In the center of the world | There is a hole | In the center of the world | There is a hole | In the center of the world». Kris miró a Tuck para esbozar un gesto que dijera: «¿Te das cuenta de lo raro que es esto?», pero él ya tenía la mirada clavada en el mar, y no era de asombro. El sudor le caía por el rostro mientras gritaba con ellos, y Kris no vaciló, se volvió hacia el frente, levantó el puño derecho y empezó a gritar con los demás, porque la había acompañado durante toda su vida, durante todas sus vidas, y estaba esperando a engullirlos al final, todo lo que era buena, todo lo que era libre, se lo llevaba todo. Al final, todos sucumbían a la oscuridad.

Y Kris comprendió, mientras ella se desgañitaba y el público aullaba con ellos, que los estaba guiando algo mucho más grande que todos ellos, una fuerza superior, quizá una casualidad, algo enorme e invisible. Y llegó el momento álgido cuando, milagrosamente, Kris, Tuck, Terry y las 440 000 personas de la multitud se callaron al mismo tiempo, como si llevaran toda la vida practicándolo.

Luego Terry, el puto Terry, el Rey Ciego, su dolor de muelas, el chaval que le daba golpecitos en la ventana del sótano, el chaval que le hizo la pregunta que lo desencadenó todo, que había provocado todo aquel dolor, que había sido la chispa de mil conciertos, el chaval que le dijo: «¿Quieres que montemos un grupo», cogió el micrófono y justo a tiempo, en el momento preciso, pronunció las palabras que venían a continuación y que Kris no creyó que le oiría cantar jamás: —*And inside that hole!* —gritó Terry, y el océano negro se sumió en el silencio, su colosal ruido se quedó suspendido tres segundos, su poder crecía, se acumulaba, listo para rebosar—. *And inside that hole* —bramó Terry de nuevo— *is Black Iron Mountain!*

Terry levantó ambos puños y dejó que la marea lo arrollase, y Kris miró hacia atrás y el batería se había levantado y recibía el clamor del océano negro con las dos baquetas alzadas, y vio el rostro de Tuck de reojo y él le sonrió, y observó a todas las fuerzas de la Montaña del Hierro Negro en movimiento, bloqueándoles las salidas en las bambalinas: Bill en su silla, con Miranda y sus rastas a su lado, ella todavía con collarín, y Rob, y todos sus cuervos de negro, la policía de carreteras de Nevada con sus chalecos antibalas y sus guantes de látex negro.

Y en la turba se alzaban puños y volaban botellas, en el fondo alguien le prendió fuego a una parada de *merchandising*. Y arriba en la

torre de sonido Melanie gritaba con la multitud y notaba que algo le caía por la cara, y la mujer rechoncha de la pajarita se levantó y le hizo al escenario un breve saludo. Y sobre el escenario, Kris se acercó al micrófono de Terry una última vez.

—Hay… —comenzó, pero el océano negro la arrolló y la engulló, y ella se quedó en silencio un momento mientras se ahogaba—. Hay… hay… —repitió, intentando que se la oyera, mientras el mar negro se calmaba y retrocedía poco a poco, y finalmente pudo decir hacia la negrura—: Hay una última canción. —Todo el mundo se quedó en silencio—. El disco tenía una última canción que…

Y entonces miró a Terry. El maquillaje se le corría por el rostro y parecía tremendamente vulnerable. No era más que un chiquillo enamorado de sí mismo, cerrando tratos sin ni siquiera preguntar por el precio, creyendo que jamás tendría que pagarlo. Lo vio a él, sin maldad, sin bondad, tan solo a un crío que se creía la única persona del mundo que importaba. Y por eso le hizo un último favor, y en la hora de la verdad no dijo que la canción la había recortado él, ni mencionó la traición que aún seguía escociéndole después de tantos años, ni cómo le había arrebatado a su hijo de los brazos y lo había mutilado, así que, en vez de eso, dijo: —La cuestión es que… perdimos las grabaciones, se dañaron y nunca pudimos incluirla en el disco.

Y, como un niño pequeño, Terry le lanzó una sonrisa de agradecimiento.

—Pero hoy quiero cantarla para vosotros. Porque es la canción más importante del disco. Sin ella, el Troglodita vagaría por toda la eternidad. Esta noche, quiero traerlo de vuelta a casa. Esta noche, quiero liberarlo.

Se oyó otro clamor entre el océano negro, y Bobbie, sentada a la mesa de sonido, negó con la cabeza, alargó el brazo, le cogió la mano a Melanie y le dijo: —Cariño, no tengo ni puta idea de lo que está pasando.

Kris vaciló frente al micrófono, notando el foco en el rostro. Tenía tanto que decir, y lo estuvo pensando unos segundos, toda una eternidad encima de un escenario, y al final dijo: —Pretenden deciros lo que tenéis que hacer, lo que tenéis que querer. Pretenden controlar vuestras vidas. Y son muchos, demasiados —hizo una pausa, a punto de decir algo más, pero ya desaparecía por el horizonte de su mente y no fue capaz de agarrar la cola de la idea, y distinguió el fondo del agujero acercándose deprisa mientras ella caía y la Montaña del Hierro Negro esperaba entre bastidores, así que lo dejó estar—. Luchad —dijo al fin—. Solo eso, luchad. No os rindáis nunca.

El mar rompió y bramó y Kris llevó los labios al micrófono y cantó «The Door with Cerulean Hue».

Up the tunnels
Out the maze
Towards the daylight
Through the caves[2]

Every step closer
He hasn't been here before
Every step closer
The Blue Door[3]

Rasgueó un acorde menor en «Blue Door» y no había batería ni bajista, solo Kris y el fantasma de Scottie Rocket a sus espaldas, y en vez de los cuervos de las bambalinas sintió a J. D., contemplando a la mujer por la que había dado su vida tocar la última canción en el último concierto de Dürt Würk.

He's past the barricades
No longer a slave
Beyond their reach
Beyond the caves[4]

Step by step
Out and through
These things you want
He will not do[5]

Troglodyte seeks
The door with cerulean hue[6]

And everyone you saved
Everyone who died
Everyone who slaved
Everyone who thrived
Everyone forgotten
Those written in stone
Everyone together
Everyone alone[7]
They build up behind him
An unstoppable flood
A furious storm
A song made of blood[8]

Las palabras levantaban un pilar de sonido a través de sus pies, de su estómago y hasta la parte superior de su cráneo, que se elevaba

hacia los cielos y la suspendía en una columna cristalina de música entre la tierra y las estrellas.

Step by step
Out and through
These things you want
He will not do

Troglodyte seeks
The door with cerulean hue

No era la misma canción, porque nunca lo es, la canción cambia cada vez que la tocas, pero el sentimiento siempre es el mismo. Era una canción para el Dürt Würk que podría haber sido, una canción para el grupo que terminó el último tema del *Troglodyte* y se quedó en el frío sótano de la Casa de la Bruja mirándose los unos a los otros en un silencio sepulcral durante unos instantes. En la época en que no eran más que una panda de matados que buscaban su lugar en el mundo. En el momento en que sabían que podían llegar a ser legendarios.

Mucho antes de que lo echaran todo a perder.

Kris le puso el broche final a la canción. Había disfrutado de sus cuarenta minutos de gloria. No le quedaba nada más allí, de modo que cerró la canción y liberó al Troglodita.

Up the tunnels
Out the maze
Towards the daylight
Past the caves

Each step closer
He's never been here before
Each step closer
The Blue Door

Un cambio de tono y redujo el ritmo hasta casi nada, arpegiando un *riff* sencillo una y otra vez que iba perdiendo velocidad poco a poco. El océano oscuro estaba callado, escuchando, mientras las paradas de *merchandising* ardían en la distancia.

One more step
One step higher
One more body
Thrown on the fire[9]

There is no more
It’s time to fly
It’s not a door—
It’s the sky.[10]

Una nota final. Un instante de silencio. Miró a Terry y él le devolvió la mirada, y se volvió hacia Tuck y, durante un momento, Dürt Würk fue todo lo que podría haber sido. Durante un segundo, Kris ocupó ese otro mundo, paralelo al nuestro, en que nada se había roto, todos sus amigos seguían con vida y jamás era demasiado tarde.

Poco después, el océano negro cargó contra el escenario con un rugido, derribó las barricadas y superó la delgada línea de seguridad, y el rayo resplandeció y ardió y su estruendo los ensordeció a todos. Y Kris Pulaski se vio sola en mitad del caos, con la guitarra en la cadera, y se giró para enfrentarse a la Montaña del Hierro Negro con una oscura marea alzándose a sus espaldas.

KIM HUNT: ¿Cómo ha sido su experiencia como mujer en un grupo de *heavy metal*? ¿Debe afrontar algún problema cuando están de gira? ¿Es difícil que los seguidores la respeten? ¿Y qué me dice de la imagen que ofrece el *heavy metal* de las mujeres? ¿Cree que el *heavy metal* crea modelos de conducta positivos para las mujeres?

KRIS PULASKI: Pues no tengo ni idea. Yo lo que quiero es tocar.

—101.7 WFNX, «Los fines de semana de la FNX»
23 de marzo de 1994

3 AÑOS MÁS TARDE

For Those About to Rock We Salute You[1]

El Hellstock 2019 acabó en desastre. Los incendios de las paradas de *merchandising* solo fueron el principio. Aquella noche, la multitud de casi medio millón de personas asoló el Valle de Strawberry. Irrumpieron en el escenario, destrozaron el equipo, tumbaron las torres de telefonía móvil y encendieron hogueras. Los críos saltaron por encima de las llamas. Dos de ellos sufrieron unas quemaduras tan graves que uno perdió un brazo y el otro el pie a la altura del tobillo.

Los puestos de *merchandising* acabaron reducidos a ceniza, los cajeros automáticos, reventados, y dieciséis semirremolques, tumbados y saqueados. Por la mañana, una vasta marea de humanidad se precipitó hacia sus vehículos y condujeron de vuelta hacia Las Vegas, dejando tras de sí un cráter lleno de basura, barro y excrementos humanos. No se salvó ni un solo registro. Todos los formularios, entradas escaneadas, los nombres de todos los asistentes se perdieron en discos duros machacados y papeleo quemado.

En el momento en que aquel circo del caos finalizó a la mañana siguiente, había 2016 personas esperando atención médica, 431 detenidos, Kris había desaparecido, Terry no estaba
y Tuck no era capaz de encontrar a nadie que le proporcionara las respuestas que buscaba.

Llamó a varias personas de entre las fuerzas del orden, conocidos de su hermana, presentaba denuncias por desaparición siempre que podía y colgaba carteles en los tablones de anuncios y conciertos por si alguien veía a Kris, pero Kris había desaparecido sin dejar rastro, y lo único que había dejado atrás era su peluca. La encontraron detrás de la batería, en el suelo. Nadie sabía adónde se había marchado y en internet proliferaban teorías que se cruzaban y entrelazaban, y generaban subteorías mutantes que, a su vez, daban a luz a conspiraciones todavía más barrocas.

Una de las teorías afirmaba que Kris tenía enemigos muy poderosos y que Terry estaba vinculado con los hombres que controlaban Hollywood. Según esta teoría, había huido del concierto en el maletero de la limusina de Terry, y se la habían llevado a una habitación insonorizada en el sótano de la casa que él tenía en Las Vegas. Allí la habían recluido durante unos días, y probablemente la habrían torturado y matado, y luego habrían enterrado sus restos en el desierto y sobornado a todo el mundo para que hiciera la vista gorda. No se llegó a encontrar su cuerpo, pero de vez en cuando aparecían

pruebas en la arena: restos de su chupa de cuero, los restos calcinados de su guitarra, una cinta de Manowar forrada con papel de plomo...

Otra teoría defendía que Kris había huido en mitad del caos. Que alguien había visto a una asistenta de la limpieza ayudarla a escabullirse por uno de los laterales del escenario. Que un técnico de sonido la había sacado del recinto dentro de una caja con ruedas. Esta teoría también sostenía que un red clandestina de metaleros había conseguido llevársela del país y había llegado a un lugar en que el *heavy metal* aún se trataba con el respeto que merecía.

Alguien afirmaba haberla visto en Brasil. Otras personas insistían en que se encontraba en Chile. Unos pocos porfiaban haberla visto en las Filipinas. Vinieran de donde viniesen, todos decían lo mismo, que aquella mujer se presentaba en micrófonos abiertos y en conciertos aleatorios. Pedía que le dejaran una guitarra y dejaban que la conectara y tocara. A veces repasaba los clásicos como Sabbath, Slayer o Megadeth. Le encantaba «Reign in Blood». Había días en que, si la noche lo merecía, tocaba el *Troglodyte*. Cada vez era más frecuente, según decían, que tocara material nuevo. Y la mayoría era bastante bueno.

Jamás daba su nombre, nadie sabía de dónde había salido, y después de los conciertos siempre se escabullía por la parte trasera o se fundía entre el público antes de que alguien pudiera hacerle una foto. Las canciones nuevas se grababan con los móviles y se subían a internet, donde se intercambiaban y obsesionaban a los Trogloditas más apasionados.

Había días en que Tuck se creía una teoría, y días en que se creía la otra. Pero escuchaba las nuevas canciones que iban colgando y pensaba que sí, que sonaban a algo que tocaría su amiga. Y ahora, hoy, en el tercer aniversario del Hellstock 2019, ha salido de la Funkytown, donde enseña a tocar el bajo a niños cuando salen de la escuela, y se ha dado cuenta de que la echa de menos. No quería volver a aquella época, y la noche del Hellstock había sido una de las más aterradoras de su vida, pero la vida siempre parecía un poquito más real cuando Kris estaba cerca.

De camino a su coche, algo familiar le ha hecho cosquillas en los oídos y ha caído en la cuenta de que era «Poincaré's Butterfly». Al otro lado de la calle, una muchacha estaba sentada contra el muro de una tienda de cobro de cheques cerrada, y, frente a ella, habían lanzado algunas monedas de veinticinco, un puñado de centavos y un par de billetes en el forro de terciopelo de la funda abierta de la guitarra. Un cachorro de pitbull descansaba a su lado, con el morro apoyado en las patas delanteras y una correa gruesa en el cuello. La joven tenía costras por toda la cara y tocaba una guitarra destartalada. No cantaba mal, aunque tampoco bien.

Tuck ha rebuscado en la cartera, pero solo tenía un billete de cinco dólares. Entonces ha pensado, ¿por qué no? Los consideraría los derechos de autor que correspondían a Kris. Lo ha soltado en la funda de la muchacha, ha andado hasta su coche y ha vuelto a casa, con su familia, sin quitarse de la cabeza «Poincaré's Butterfly».

En Los Ángeles, Bobbie Gilroy, la técnica de sonido, subía su prístina grabación pirata del *Troglodyte* por noningentésima vez mientras se liaba un porro y oía ducharse a su chica. No había nada que le gustara más. Lo que había ocurrido aquella noche en el desierto se había convertido en un momento cumbre de la cultura pop, como cuando Ozzy le arrancó por accidente la cabeza a un murciélago o Michael Jackson se quemó el pelo grabando un anuncio de Pepsi. Era el tipo de acontecimiento cultural que todo el mundo conocía.

Bobbie concluyó que había acabado allí para que lo grabara y difundiera la palabra por todo el mundo. Y se sentía orgullosísima por ello, puesto que la consideraba una de las mejores actuaciones que había presenciado jamás, y no era solo por la nostalgia. Claro que había innumerables problemas técnicos, pero emocionalmente te arrollaba como un tren de carga. Y su grabación pirata capturaba cada segundo de la actuación con una claridad digital perfecta. Evitar las notificaciones de retirada se había convertido en un juego. Su intención era seguir colgándolo hasta que fuera una vieja decrépita. Algo que, ahora que lo pensaba, no le caía tan lejos. Luego, su chica salió de la ducha, mojada e inquieta, y ella le dio al botón de subida y centró su atención en asuntos más urgentes.

En su estudio de grabación doméstico de Los Ángeles, Terry Hunt estaba sentado solo, tratando de evitar su reflejo. No le gustaba presenciar lo que la Montaña del Hierro Negro había hecho para castigarlo. Así que, en vez de eso, se había encorvado en su silla de estudio y había escuchado lo que había compuesto aquel día. Publicaría aquel disco. No estaba dispuesto a permitir que el Hellstock 2019 fuera su epitafio.

Lo escuchó y cayó en la cuenta de que el ataque de guitarra con el que había soñado y que lo había despertado en mitad de la noche no era suyo, sino de «The Tropper», de Iron Maiden. Y el *riff* que había estado puliendo durante horas era, de hecho, de «Blood and Thunder» de Mastodon, y la línea de bajo de la que tan orgulloso estaba pertenecía a «Schism», de Tool, y todo lo que había escrito a lo largo de los tres días anteriores era un plagio de otra persona. Arrastró todos y cada uno de los archivos de sonido a la papelera de reciclaje y la vacío con un rotundo clic.

Debía continuar. Era cuestión de tiempo. No tenía más que sacarse aquellas influencias del cerebro y seguir intentándolo. Le vino entonces a la cabeza una sencilla progresión de tres acordes, y se dejó

llevar por el entusiasmo durante unos instantes, pero entonces se dio cuenta de que lo había sacado del segundo disco de Wolves in the Throne Room. Cerró los puños y se apretó las sientes y sintió el impulso de gritar, pero ya no podía abrir tanto la boca.

En Hollywood Oeste, Rob Anthony caminaba por el Largo antes de un concierto acústico sorpresa de Aimee Mann y estrechó manos y pagó rondas y le preocupaba que las sonrisas de la gente ya no parecieran tan amplias como antes, que los apretones de manos parecieran más breves, que sus conversaciones no sonaran tan sinceras. Tenía la sensación de que la gente lo evitaba. Captó entonces un hedor fétido, como el de una herida supurante y purulenta, y estaba convencido de que no era él, y luego se consoló pensando que aunque fuera él —aunque claramente no fuera el caso—, los demás no podían percibirlo. Poco después, se apagaron las luces y empezó el concierto, y él se escabulló por la puerta y volvió a casa solo, con todas las ventanas bajadas.

En Valley Center, en el estado de Kansas, Ethel Davis estaba tumbada en la cama, tratando de quedarse dormida pero, sobre todo, añorando a su hijo. Había conseguido dormirse poco antes, pero luego se había despertado porque había alguien en la casa. Desde el piso de abajo, desde el oscuro sótano, subía por las escaleras el sonido de una batería, un escándalo propio del *heavy metal* saliendo por la puerta abierta del sótano.

Esbozó una sonrisa y reacomodó la cabeza en la almohada. Aquello ocurría al menos una vez a la semana, y, de hecho, le resultaba reconfortante. J. D. quería hacerle saber que estaba bien. Su hijo no quería que se preocupara por él, así que volvía para decirle que estaba en un lugar mejor, tocando su música sin preocuparse por el volumen. Siempre había sido un chico muy considerado. Se lo imaginaba agitando los brazos detrás de la batería del sótano, con su casco cornudo, absorto en su música, pasándolo en grande. No podía evitarlo. Sonrió. Ningún padre debería sobrevivir a sus hijos, pero ¿quién sería ella sin su pequeño vikingo?

Y en otro sótano de Los Ángeles, en el estado de California, detrás del lavadero y lejos de los vecinos, Melanie Gutiérrez estaba sentada y encorvada sobre su guitarra, tratando de tocar el principio de la canción que le había salvado la vida. Tenía las muñecas huesudas y frágiles. Las delgadas cuerdas de metal del mi, el si y el sol le rasgaban las puntas de los dedos. La guitarra de falsificación china que había comprado en Amazon le magullaba las costillas allí donde las apoyaba, y sentía una punzada de dolor en la muñeca izquierda.

Cerró la mano como una garra en torno al cuello de la guitarra y presionó con el dolorido índice el la, con el corazón el re y con el anular el sol, rasgueó las cuerdas y se produjo la magia: de su

amplificador salió el mismo sonido que había salido del amplificador de Kris Pulaski. El mismo sonido que oyeron las 440 000 personas de Nevada aquella noche estaba allí mismo con ella, en su sótano.

Pero era demasiado difícil. Las manos le dolían en exceso. Estaba demasiado cansada por los turnos dobles. Tenía las muñecas demasiado débiles. No se veía capaz de hacerlo, no podía retener tantas notas en la cabeza, no conseguía que las canciones sonaran bien. Luego volvió a tocar aquel acorde y el amplificador resonó de nuevo, y pasó al acorde siguiente, y al sucesivo, y al que iba justo después de ese, y fue cambiando de acorde en acorde y el sótano temblaba, y «Beneath the Wheel» bloqueó todos los demás aspectos de su vida, el mundo y la Montaña del Hierro Negro, y supo…

Supo que era capaz de hacerlo.

¿Cómo destruye el gorrión la montaña?

Piedra a piedra.

DÜRT WÜRK

Troglodyte no habría sido posible sin los esfuerzos de todas estas criaturas subterráneas: En primer lugar, gracias a Rob Anthony, cuya visión y dedicación nos ha cambiado la vida para siempre. ¡Parece que vienen curvas!

Gracias a nuestro productor e ingeniero de sonido, Jason Rekulak, por su magia en el estudio e impecable juicio musical.

Los sintetizadores de «One Life, One Bullet» son de Rick Chillot, y no permite que nadie diga que los sintetizadores no son propios del *heavy metal*.

Una mención especial para Nicole De Jackmo y Ivy Weir por sus angélicos coros en «Down Where the Worms Squirm» y «Sailing the Seas of Blood».

El aspecto del Troglodita y ese logo malvado hasta la médula son responsabilidad del señor Doogie Horner.

Tenemos una deuda de sangre con Mary Ellen Wilson y Jane Morley por sus fantásticas mezclas.

El equipo entero de los estudios Roundhouz de Los Ángeles que han hecho posible este disco: Katherine McGuire, Moneka Hewlett, Brett Cohen, David Borgenicht, John McGurk, Mandy Dunn Sampson, Andie Reid, Blair Thornburgh, Megan DiPasquale, Elissa Flanigan, Rebecca Gyllenhaal, Kelsey Hoffman, Christina Schillaci, Kate Brown y Molly Murphy.

No hay nadie mejor que el equipo de ventas de PRHPS, y sabemos que vais a conseguir que el lanzamiento del disco sea la hostia.

Gracias a Thom Youngblood y a Mary Schreck por su inspiración en la carretera y por dejarnos 20 $ en Denver cuando más los necesitábamos.

Y, como siempre, este disco está dedicado a nuestros seguidores: Sarah Nivala, Evan Vellela, Michelle Souliere, Patrick Wray, Chris Ryall, Carson Evans, Jo-Jo Gervasi, Miles Foster, Mariah Cherem, Chris Dortch, Lisa Morton, Mitch Davis, Jonathan Lees, Eric Bresler y el resto de los Trogloditas. Nunca dejéis de trogloditear.

EN MEMORIA DE AMANDA COHEN

Siempre recordaremos tu dedicación a Dürt Würk y que nos dejaras alojarnos en tu casa cuando pasábamos por Toronto.

Sentimos mucho que nos olvidáramos de que estabas detrás de la furgoneta la última vez que nos fuimos.

Notas

1. Transcripción: Fuera de los túneles ⚰ Fuera del laberinto ⚰ Hacia la luz del sol ⚰ A través de las cuevas ⚰ Un paso más cerca ⚰ Jamás había pisado este lugar ⚰ Un paso más cerca ⚰ La puerta azul ⚰ Ha dejado atrás las barricadas ⚰ Ya no es un esclavo ⚰ Lejos de su alcance ⚰ Lejos de las cuevas ⚰ Paso a paso ⚰ Fuera y lejos ⚰ Todo lo que quieres ⚰ No está dispuesto a hacerlo ⚰ El Troglodita busca ⚰ La puerta cerúlea ⚰ Y todos los que has salvado ⚰ Todos los que han muerto ⚰ Todos los esclavos ⚰ Todos los que han vivido ⚰ Todos los olvidados ⚰ Aquellos escritos en piedra ⚰ Todos juntos ⚰ Todos solos ⚰ Se concentran a sus espaldas ⚰ Una marea imparable ⚰ Una tormenta furiosa ⚰ Una canción hecha de sangre ⚰ Paso a paso ⚰ Fuera y lejos ⚰ Todo lo que quieres ⚰ No está dispuesto a hacerlo ⚰ El Troglodita busca ⚰ La puerta cerúlea ⚰ Fuera de los túneles ⚰ Fuera del laberinto ⚰ Hacia la luz del sol ⚰ A través de las cuevas ⚰ Un paso más cerca ⚰ Jamás había pisado este lugar ⚰ Un paso más cerca ⚰ La puerta azul ⚰ Un paso más ⚰ Un peldaño más ⚰ Un cuerpo más ⚰ Arrojado al fuego ⚰ No queda nada más ⚰ Ha llegado el momento de volar ⚰ No es una puerta... ⚰ Es el cielo ⚰

1. Warlock, 1986.

1. Venom, 1981.

1. Iron Maiden, 1984.

1. Slayer, 1986.

2. Métete el *metal* por el culo.

3. Meteos en vuestros ataúdes.

1. Twisted Sister, 1982.

2. «Sé dónde vives | Traigo gasolina | Aparco | Y suelto una chispa | Es de noche | Desfrunzo el ceño | Cuando te quemo | Hasta las cenizas.»

3. Sé fuerte.

4. Arderás.

5. InFANticidio.

6. Una tumba es el agujero que excava tu corazón.

1. Guns'n'roses, 1987.

2. Mujer china.

3. «Te gustan las drogas, te gusta la priva | No creerás lo que puedo hacer.»

4. «Chavales de la calle en la zona peligrosa | Estáis todos borrachos o colocados.»

5. «En una cárcel adolescente barata y decadente, obviamente.»

6. «En el planeta de la tristeza, no hay mañana posible.»

1. KISS, 1976.

2. El ojo de mi maestro.

3. Bajo la rueda.

4. Pequeños sonidos del subsuelo.

5. «Joan, me estoy cansando.»

6. «Me he quedado sin fuerzas.»

7. «Pero, Cherie, tienes que esforzarte más.»

1. Nártex de insectos.

1. Fates Warning, 1986.

2. «¡Látex negro! ¡Pibas blancas! ¡En tu cuello! ¡Gotean las perlas!»

3. 9 círculos.

4. «¡Mujer blanca! ¡Espirales de humo! ¡Látex negro, negro! ¡Para mis pibas blancas, blancas!»

1. Dio, 1983.

1. Napalm Death, 1988.

2. La puerta cerúlea.

1. Megadeth, 1992.

1. Def Leppard, 1981.

2. «Rubia, vas a estar por aquí hasta los dieciocho, así que ve acostumbrándote.»

1. Mötley Crüe, 1985.

1. Manowar, 1984.

1. Meshuggah, 1995.

2. «La historia | Es una bota | Que te rompe la cara | Para siempre.»

3. «La eternidad | En el barro | Aplastado como un insecto | Cualquiera.»

4. «Naces con un chillido | Mueres cuando te arrodillas | Esa es la verdad.»

5. «Aplastado | Bajo la rueda.»

6. «La identidad | Borrada | Químicamente | Para siempre.»

7. «La lepra | Es todo | Lo que me queda | Opresor.»

8. «Encadéname | Bajo tierra | Esclavos con grilletes | Juntos.»

9. «Analiza todo lo que hago | Sabe todo lo que hago | Me observa allá donde estoy | Me sigue allá donde voy.»

10. «Él tiene cien manos | Ojos que todo lo ven | Sin él no tiene sentido | Sin él me muero, muero, muero, muero, muero, muero.»

11. «Mi maestro no me abandonará | Ya no tengo escapatoria | Sus manos me guían | Controla mi mente, le da forma.»

12. «Estoy mudo, estoy sordo | Mi maestro me llama, y acudiré | No pediré nada | Y uno, dos, tres, cuatro… | Estoy aturdido.»

13. «Porque todo es un juego | Y nos han domado a todos | Y todo es lo mismo | Y la culpa es de todos | Y nadie quiere sufrir | ¡Que viva el Rey Ciego!»

14. La mariposa de Poincaré.

15. «Abajo | A través del suelo | A través de la tierra | A través de la puerta azul.»

16. «Túneles | De oscuridad | Y susurros Y gritos | Como un coro.»

17. «Con alas | Teñidas de rojo | Teñidas de amarillo | Hechas de polvo | Hechas de fuego.»

18. «Se posa | Sobre mi mano | Este extraño ser | Con sus alas.»

19. «Me hace saber | Este espectáculo de sombras | La voz de mi maestro | Todos mienten.»

20. «Aquí hay fuego.»

21. «Me hace saber | Que así es | Más allá del dolor | De la vergüenza | De la sangre | De los gritos | Del torrente | Del fuego | Del Rey | Y su coro | De la tortura | Y el alambre | Y la muerte | Y la masacre.»

22. «Hay una puerta.»

23. Donde las lombrices se retuercen.

1. Love/Hate, 1994.

1. Sleep, 1992.

2. «La Montaña del Hierro Negro es fría, fría, fría.»

3. «La Montaña del Hierro Negro es fría, fría, fría | El idioma que hablan es antiguo, antiguo, antiguo | Y sus mentiras están hechas de oro.»

4. «Bienvenido a mis lugares oscuros | Ataúdes blancos en las tinieblas | Rodeados de rostros ciegos | Sus mentes portan su maligna marca.»

5. «Todo lo que sé es lo que me dicen | Un gato me chilla en la cabeza | Y kilómetros sobre mi ataúd | Los cielos de hierro vomitan su lluvia férrea.»

6. «Donde las lombrices se retuercen | Donde la sangre se revuelve | Donde el dolor quema | En mis lugares oscuros | Enterrado con las lombrices.»

7. «La lluvia férrea sigue cayendo | Sobre los cuerpos de los caídos | El Rey Ciego sigue clamando | Atrapado en un ataúd hecho de dolor.»

8. «Todo lo que decías que querías | Se pudre y desaparece | En la corte del Rey Ciego | Se come tu corazón herido.»

9. «Donde las lombrices se retuercen | Donde la sangre se revuelve | Donde el dolor quema | En mis lugares oscuros | Enterrado con las lombrices.»

10. «En la oscuridad, las lombrices se concentran | Aguas negras inundan sus negras cavernas | Esta rabia que siento es una tormenta fría | Que ahoga a todos sus esclavos.»

11. «Que caigan los cielos | Y se lo lleven todo | Las lombrices gritan bajo tierra | Ya no tengo miedo.»

1. Twisted Sister, 1984.

2. Navegando por mares de sangre.

3. «Mi-mi-mírame | ¿Qué-qué-qué es lo que ves?»

1. Mercyful Fate, 1984.

1. Amon Amarth, 2006.

1. Bathory, 1991.

2. «Los centinelas cabalgan sobre olas color escarlata | Sus ojos reflectores buscan a los esclavos fugitivos.»

3. «Cincuenta estados de sangre | Entre la Troglodita y la puerta | Atados por nuestro juramento | En este mar de horrores | Siempre ofrece más.»

4. «Navegando por mares de sangre | Cabalgando una ola de vísceras | Del océano a un mar rojo oscuro | De Gettysburg a Wounded Knee.»

1. Necrosexo.

2. Esclavo de la bruja.

1. Metallica, 1986.

1. Manowar, 1983.

1. Dolly Parton, 2001.

2. «Doncellas, oíd mi advertencia | No confiéis jamás en el corazón de los hombres | Os aplastarán como a un gorrión | Y jamás podréis sanar.»

1. System of a Down, 2001.

1. Emperor, 1994.

1. Ozzy Osbourne, 1981.

1. Zeal & Ardor, 2016.

1. Twisted Sister, 1983.

2. «Detrás de los barrotes hay una superestrella que nunca tuvo ninguna oportunidad.»

3. «Tú agarra al guardia del patio de la prisión. Quítale las llaves y el arma. Echaremos a correr.»

4. Muere por mí.

1. Dürt Würk, 1998.

2. «Fuera de los túneles | Fuera del laberinto | Hacia la luz del sol | A través de las cuevas.»

3. «Un paso más cerca | Jamás había pisado este lugar | Un paso más cerca | La puerta azul.»

4. «Ha dejado atrás las barricadas | Ya no es un esclavo | Lejos de su alcance | Lejos de las cuevas.»

5. «Paso a paso | Fuera y lejos | Todo lo que quieres | No está dispuesto a hacerlo.»

6. «El Troglodita busca | La puerta cerúlea.»

7. «Y todos los que has salvado | Todos los que han muerto | Todos los esclavos | Todos los que han vivido | Todos los olvidados | Aquellos escritos en piedra | Todos juntos | Todos solos.»

8. «Se concentran a sus espaldas | Una marea imparable | Una tormenta furiosa | Una canción hecha de sangre.»

9. «Un paso más | Un peldaño más | Un cuerpo más | Arrojado al fuego.»

10. «No queda nada más | Ha llegado el momento de volar | No es una puerta… | Es el cielo.»

1. AC/DC, 1981.

Vendimos nuestras almas

Grady Hendrix

Título original: We Sold Our Souls

Traducción: © Victor Ruiz Aldana
Diseño de cubierta: Doogie Horner
Fotografía de cubierta de Viorel Sima / Shutterstock

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-450-1585-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


GRADY
HENDRIX
CÓMO VENDER UNA
CASA
ENCANTADA
minotauro

Cómo vender una casa encantada

Hendrix, Grady
9788445016459
440 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

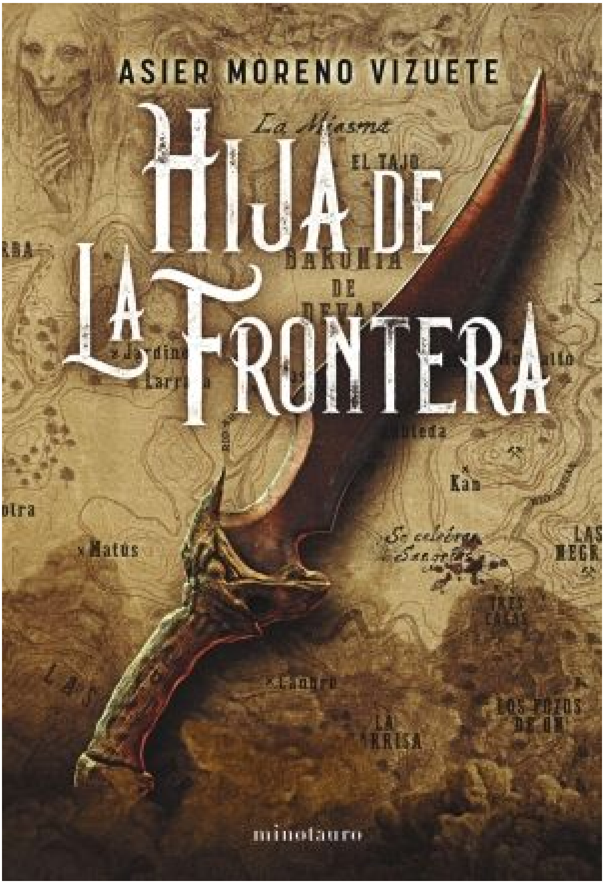
El best seller del nuevo maestro del terror, Grady Hendrix

Cuando Louise se entera de que sus padres han muerto, teme volver a casa. No quiere dejar a su pequeña con su ex y volar a Charleston. No quiere enfrentarse al domicilio familiar, donde se amontonan los restos de la vida académica de su padre y de la constante obsesión de su madre por los títeres y los muñecos. No quiere aprender a vivir sin las dos personas que mejor la han conocido y más la han querido del mundo entero.

Sobre todo, no quiere tener que lidiar con su hermano, Mark, que nunca ha salido de Charleston, es incapaz de conservar un empleo y no lleva bien el éxito de Louise. Por desgracia, ella lo necesita, porque, para vender esa casa, va a hacer falta algo más que una manita de pintura y retirar los recuerdos de toda una vida. Pero hay casas que no se dejan vender, y la de Louise y Mark tiene otros planes para ellos dos…

Grady Hendrix, autor superventas del ***New York Times***, aborda el clásico de la casa encantada en una nueva y apasionante novela que explora hasta qué punto el **pasado** —y la **familia**— pueden llegar a aterrarnos más que cualquier otra cosa.

Cómpralo y empieza a leer


ASIER MORENO VIZUETE
HIJA DE LA FRONTERA
minotauro

Hija de La Frontera - Premio Minotauro 2023

Moreno Vizuete, Asier
9788445016411
544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hija de La Frontera es la novela ganadora de la XVIII edición del Premio Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica

El Barón Albredo IV Cadágara ha muerto y la guerra civil sacude la Baronía de Arborias. La Frontera lo engulle todo a su paso y los chatarreros aprovechan la ocasión para zambullirse en El Pedo de Dios en busca de los tan preciados tesoros de Antes de Aquello. Para conseguirlo necesitarán la ayuda de los Rompebotas, conocedores de los peligros del desierto. Mantente viva, mantente al margen.

Esa es una de las frases de su padre, el mejor Rompebotas que el polvo haya engendrado jamás. Ilda ha puesto toda una Baronía de por medio para huir de un pasado que la atormenta, pero, al regresar de una de sus expediciones en La Frontera, descubre que sus fantasmas la están esperando. En su camino de vuelta al hogar, la Rompebotas no solo tendrá que enfrentarse a los peligros del desierto y de la guerra, a daimonios y aldeas carbonizadas, sino a todas esas historias que su padre le contaba y que resultaron convertirse en la más grande de todas las mentiras. Un viaje entre dos mundos y dos tiempos que obligará a Ilda a volver a ser la niña que era para ponerse delante de un espejo, y lo que allí se encuentre, quizá no le sea del todo desconocido.

Un grimdark oscuro y sangriento al estilo de Joe Abercrombie o George R.R. Martin. Una historia que nos sumerge en un mundo postapocalíptico a la par que mágico, donde los rifles se disparan junto a hechizos imposibles y en las ciudades enterradas por el polvo no solo duerme nuestro mundo sino también demonios que susurran en la oscuridad. Literatura de género que se abre a nuevos horizontes para navegar en mares en los que la fantasía o la ciencia ficción se convierten en un escenario donde dar cabida a los dolores y conflictos más profundos del alma humana.

Cómpralo y empieza a leer


la ESPADA
de los
SECRETOS
TRICIA LEVENSELLER
minotauro

Forjadora de espadas nº 01 La espada de los secretos

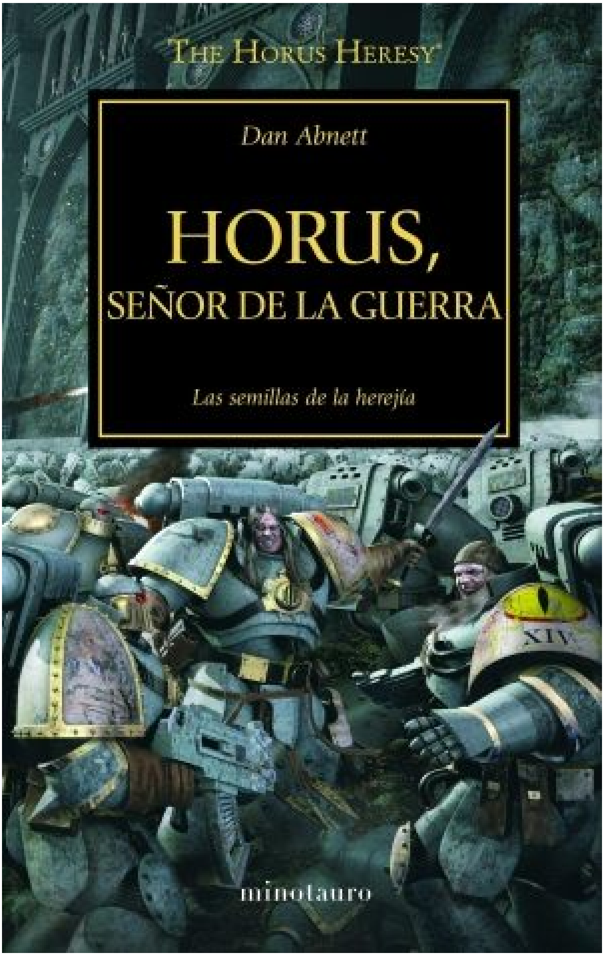
Levenseller, Tricia
9788445017692
304 Páginas

Una novela de fantasía y romance.

A sus 18 años, a Ziva le gusta más el metal que las personas. Pasa los días encerrada en su forja, a salvo de la sociedad y de la ansiedad que le causa, utilizando su don mágico para crear armas únicas imbuidas de poder.

Pero pronto recibe un encargo de un poderoso señor de la guerra y el resultado es una espada capaz de robar los secretos de sus víctimas. Una espada con el poder de derrocar reinos. Cuando Ziva descubre que el señor de la guerra quiere utilizarla para esclavizar el mundo entero, huye junto a su hermana.

Acompañadas por un mercenario absurdamente guapo y por un académico con un extenso conocimiento de la magia, Ziva y su hermana se embarcan en una misión para mantener a salvo la espada hasta que encuentren a alguien digno de blandirla o una forma de destruirla.


THE HORUS HERESY
Dan Abnett
HORUS,
SEÑOR DE LA GUERRA
Las semillas de la herejía
XIV
minotauro

Horus Señor de la Guerra nº 1/54

Abnett, Dan 9788445003459
352 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Los orígenes de Warhammer 40000

En esta serie se relatan hechos que suceden 10000 años antes que los referidos en las novelas de Warhammer 40000. Por este motivo se trata de una serie imprescindible para los aficionados que quieran conocer el origen de episodios y personajes de otras novelas.

Cómpralo y empieza a leer


WARHAMMER
40.000
PENITENTE
UNA NOVELA DE BEQUIN
DAN ABNETT
minotauro

Bequin nº 02 Penitente

Abnett, Dan
9788445017685
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Los estupendos personajes de Eisenhorn y Ravenor regresan como implacables adversarios

En la misteriosa ciudad de Reina Mab, las fuerzas de la luz y la oscuridad está enzarzadas en una lucha asesina que tiene la verdad como recompensa. Los agentes consagrados de la Santa Inquisición luchan contra su oscuro homólogo, el tristemente famoso Cogitae, para descubrir la identidad encriptada del enigmático y todopoderoso Rey Amarillo. Atrapada en el centro de esta disputa se halla la paria Alizebeth Bequin. ¿Se aliará con la Inquisición o con el Cogitae que la ha criado? Y si escoge la Inquisición, ¿lo hará con el sabio y despiadado Ravenor, o con su rival, el herético declarado Eisenhorn? Bequin deberá soportar el ataque de ángeles y demonios, e incluso de los monstruosos guerreros de la Legiones Traidoras, para poder resolver el mayor misterio de su vida.

Los estupendos personajes de Eisenhorn y Ravenor regresan como implacables adversarios en una novela cargada de misterio esotérico, intriga macabra y acción trepidante, donde el descubrimiento de la auténtica identidad podría representar la muerte… o sacudir el Imperium hasta sus propios cimientos.

Cómpralo y empieza a leer